



❖ Mi tesoro

ERES TÚ

ROMANCE ROMÁNTICO, AVENTURA Y ACCIÓN

Daniza Mitchell

MI TESORO ERES TÚ

ROMANCE ROMÁNTICO, AVENTURA Y ACCIÓN

DANIZA MITCHELL

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22

*Título: Mi tesoro eres tú
Copyright © 2020 Daniza Mitchell
Registro de la Propiedad Intelectual
Cubierta: imagen utilizada con licencia Depositphotos*

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.



Ésta es una obra de ficción en su totalidad. Tenga en cuenta que, los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares, acontecimientos y hechos que aparecen en la misma son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas (vivas o muertas) o hechos reales es pura coincidencia.

Por primera vez desde que se convirtió en sheriff, Yerko Anderson tuvo la tentación de mentir. ¿A quién se le ocurrieron las ridículas preguntas en las aplicaciones de citas online? No tenía ni idea de cuál sería su “cita ideal”. No era uno de esos tipos que se andan con sentimentalismos.

Con su ayudante atendiendo otro caso de allanamiento, Yerko tenía la oficina para él solo unos minutos más. Seguramente abordaría las preguntas fáciles primero.

Altura: 1.92 metros

Peso: 200 libras

Edad: 35 años

Color de cabello: Marrón oscuro

Color de ojos: Azul

Después de eso las preguntas se complicaron.

¿Hobby?

¿Correr e ir al gimnasio se consideraría un hobby? Le gustaba mantenerse en forma, pero era parte de su trabajo hacerlo. ¿O qué tal leer libros de suspenso? No. Eso lo haría parecer un ratón de biblioteca debilucho, aunque le gustaba perderse en una gran historia.

¿Qué tal el senderismo y el rafting en aguas bravas? Pero si una mujer no quisiera hacer esas cosas, ¿sería un motivo de ruptura? Un vistazo al reloj en la esquina inferior derecha de la pantalla de su computadora mostró que era casi la hora de irse.

Rozó con su lengua su dentadura quebrada. No había otra opción. Esta vez tenía que ir.

Por muy molestas que fueran las preguntas de la solicitud, ir al dentista podría ser igual de molesto. Y era muy poco probable que alguien en el somnoliento Anderson Butte, Colorado, cometiera un grave delito en los próximos cinco minutos para poder cancelar su cita.

Le tomaría dos minutos llegar al lugar, así que se iría en tres.

Enfocando nuevamente su atención en la pantalla, se saltó la pregunta del hobby. Volvería por ella más tarde. La siguiente pregunta era su preferencia en la textura y color de piel en una mujer.

Enseguida apareció la imagen de una mujer guapa y de baja estatura, con una bonita sonrisa y cabello castaño.

Sarah...

Alguien que nunca engañaría y mentiría como su madre. Había estado enamorado de Sarah, una mujer tranquila, dulce y leal, desde la secundaria, pero le había costado mucho decirle lo que sentía por ella. Ahora estaba casada con un imbécil al que nunca dejaría.

Ryan mantenía altas expectativas en las mujeres con las que salía, y se le había acusado de ser demasiado rígido, demasiado blanco y negro, además de ser demasiado callado, había visto el resultado de las malas elecciones en el matrimonio de sus padres, y se negaba a cometer el mismo error. Muchos de sus amigos venían de buenos hogares con padres increíbles y él siempre juró que tendría eso, o se quedaría soltero.

Escribió lo contrario a Sarah: alta y rubia.

Ante el eco de las pesadas pisadas que se acercaban a su oficina, rápidamente guardó y cerró su perfil justo cuando Vincent, uno de sus ayudantes, entró.

—Tengo que irme. Asegúrate de presentar el informe del caso antes de irte —ordenó Yerko.

Su ayudante, un compañero de fútbol en el equipo de la escuela secundaria, le lanzó una estúpida sonrisa.

—¿Apresurado por visitar a nuestra nueva y bonita dentista?

No. Nunca lo admitiría en voz alta, tenía una reputación que mantener, pero siempre temió ir al dentista. Era lo último que tenía prisa por hacer. Sin importar lo guapa que fuera Alicia.

—¿No recibes una vibración extraña de ella? ¿Como si estuviera escondiendo algo? —preguntó, ignorando lo que Vincent le había preguntado antes.

—Con el tipo de vibraciones que recibo de Alicia me ganaría un buen golpe de mi esposa —se sentó en el escritorio.

—Debería golpearte de todas formas, te lo mereces.

—Un hombre puede mirar —se rio—. Oye, el alcalde pasó por aquí antes. Te dejó dicho que quiere que detengas esa falsa búsqueda de la receta de whisky, que seguramente hace mucho tiempo que no existe. Fin del comunicado. ¿Crees que tu tío loco realmente enterró ese mapa? Esos barriles de whisky de la época de la Prohibición podrían valer una fortuna si aún están intactos. He estado tentado de buscar yo mismo.

Había pasado una semana desde que una carta con pistas crípticas había sido accidentalmente desenterrada y publicada. La receta de lo que una vez se conoció como el mejor whisky al oeste del Mississippi había causado el mayor revuelo que el pueblo había visto en mucho tiempo. El alcalde, su padre, había presionado a Yerko para que fuera más duro con los habitantes y penalizara a todo aquel que buscara tesoros e iniciara excavaciones. Y como si lo fueran a encontrar pronto, se estaban haciendo apuestas sobre la situación.

—Ni idea. Es tu turno pagar el burrito del desayuno para mañana. Nos vemos.

Yerko cerró su portátil de golpe y luego lo guardó bajo llave en el cajón superior de su escritorio para evitar que los ojos curiosos revisaran el historial de su navegador. No quería que nadie supiera que había estado revisando sitios de citas y trabajos en Denver...

Salió de su oficina en la comisaría, todavía pensando en Alicia. Vincent tenía razón. La nueva dentista era hermosa, alta, rubia y fácil de mirar. El tipo de mujer que detiene a los hombres en seco para admirarla. Pero su hermano, Cesar, la había invitado a salir, así que el código de hermano dictaba que ella estaba fuera de los límites. No es que quisiera salir con una dentista en primer lugar. Sería como si Superman saliera con la versión femenina de Lex Luthor.

Bajó por el largo pasillo, pasando frente a todos los cuadros antiguos que colgaban en las paredes de ex oficiales que habían servido al pueblo antes que él, y se dirigió a la entrada principal.

La voz de una mujer llamó su atención.

—Buena suerte, Yerko. He oído que Alicia reparte piruletas sin azúcar a los chicos que se portan bien.

¿Ahora le estaban llevando la cuenta de sus citas con el dentista? Realmente necesitaba irse de ese lugar.

Forzando una sonrisa, agitó una mano en dirección a los miembros del consejo de la iglesia. Las tres mujeres sentadas detrás de una larga mesa colocada estratégicamente junto a las puertas de entrada para que nadie pudiera pasar sin que se les avisara. Y siguiendo su modus operandi habitual, combinaron la salvación de almas con la venta de artesanía para recaudar dinero para una u otra causa.

—Adiós, señoras. Pórtense bien mientras no estoy. No defrauden a nadie, ¿me oyeron? —sus cabezas grises se movieron mientras se reían.

Abriendo de golpe la puerta de cristal, bajó con dificultad los anchos escalones de piedra. El sol de agosto se reflejaba brillantemente en el recién pintado quiosco de la plaza central. Una vez que la cruzó, saltó a la pasarela de madera elevada y estiró su mano para abrir la puerta del consultorio, pero se detuvo en el aire mientras miraba la radio de su cinturón, rogándole que sonara.

No tuvo tal suerte.

Sin más opción, abrió la puerta y la curvilínea asistente dental, Veronica, lo recibió con una gran sonrisa.

—¡Yerko, ahí estás! Alicia y yo teníamos una apuesta de si volverías a cancelar. Ahora me debe veinte dólares, así que muchas gracias por venir.

Genial. ¿Ahora estaban apostando por él?

El procedimiento de Yerko resultó ser muy sencillo y rápido.

—¡Y hemos terminado! —anunció Alicia—. Nos vemos en dos semanas para colocar la corona permanente.

Ambos se acercaron al escritorio de Veronica para acordar la siguiente cita, después de eso

Alicia se obligó a caminar con calma a su oficina. Al cerrar la puerta tras ella, se apoyó de la misma y cerró los ojos.

Él sabía que ella estaba ocultando algo. Podía sentirlo.

Se quitó su bata de médico blanca y la colgó en la clavija junto a su licencia con la tinta apenas seca con su nuevo nombre.

—Alicia Carter, tienes que evitar a ese hombre. No te enamores de esa hermosa sonrisa —susurró para sí misma.

Ya había cometido ese error antes.

Se sentó tras su escritorio para responder algunos e-mails, luego tendría una pequeña charla con Veronica sobre su comportamiento poco profesional hacia los pacientes... por décima vez.

Veronica, así como Anderson Butte, tenía un encanto pintoresco y pueblerino, pero debajo había una historia compleja que Alicia aún no había comprendido. Al igual que los embrollos de la larga disputa entre los Grant y la familia de Yerko, los Anderson. Igualmente, la gente no relacionada con ningún clan tenía que respaldar a una familia o a otra.

Pero lo más sorprendente fue descubrir que el pueblo tenía un “pacto secreto”, uno que tuvo que firmar antes de poder comprar la práctica del dentista anterior. Evidentemente, la investigaron antes de considerarla lo suficientemente fiable como para contarle su increíble secreto. Por suerte, entre la policía de Denver y su padre rico, sus nuevos antecedentes parecían perfectamente normales.

¿Quién hubiera imaginado que el pequeño Anderson Butte era el escondite secreto de celebridades? Había visto a algunos de los más grandes nombres de Hollywood paseando por la calle, pasando completamente “desapercibidos”.

Todos los habitantes del pueblo recibían beneficios a cambio de mantener sus bocas cerradas sobre las celebridades que los visitaban año tras año debido a la total privacidad que el pintoresco pueblo del lago les proporcionaba. Cualquier lugar donde la gente se uniera de esa manera y pudiera guardar ese gran secreto parecía un lugar seguro para ella. Bueno, siempre y cuando pudiera evitar a Yerko y mantener su propio secreto a salvo.

El tintineo de la campana sobre la puerta principal señaló su salida, así que Alicia se unió a Veronica para ayudar con la limpieza final del día.

—Tenemos que hablar.

Los ojos de su asistente se abrieron de par en par en disculpa.

—Alicia, lo siento mucho. Estaba molesta con él. Sé que las cosas que dije no van con un buen comportamiento profesional. Todavía estoy trabajando en eso.

—Bueno, trabaja más duro, ¿vale? Entonces, ¿qué pasa con ustedes dos? ¿Antiguo novio?

Veronica resopló.

—Ya quisiera yo. Yerko no sale con chicas del pueblo. La otra noche, después de que nos tomáramos unos cuantas cervezas en Brewster, le pregunté si quería llevarme a casa para

divertirnos por una noche. Dijo que no existía la diversión de una sola noche cuando tendríamos que vernos todo el tiempo por el resto de nuestras vidas. Es el único tipo que conozco que rechazaría eso. No es como que yo parezca una gárgola o algo así, ¿verdad?

—No, eres una mujer hermosa —Veronica era cinco años menor que ella y linda como un gatito. Alicia nunca podría estar enojada con ella por mucho tiempo—. La gente dice que Yerko es callado, pero siempre parece tener muchas preguntas para mí.

Veronica terminó de limpiar su espacio de trabajo.

—Es el típico “tipo fuerte y silencioso”, a menos que le hagas hablar sobre la lectura. La mayoría de las veces sólo le pregunto sobre su último libro y luego lo ojeo mientras habla. Es tan condenadamente sexy. Es una lástima para todas las chicas de la zona.

Alicia nunca lo habría considerado un lector. Ella también lo era. Últimamente, su idea de un viernes por la noche divertido había sido pasar la noche acurrucada con el nuevo hombre de su vida, su adorable cachorro mestizo, Sherlock, acompañada de unas copas de vino delicioso y un buen libro en su lector electrónico. Eso la hacía muy feliz.

—Bueno, sigue trabajando en tu comportamiento profesional, ¿de acuerdo? Especialmente porque tenemos tres extracciones seguidas en la agenda de mañana —Alicia accionó el interruptor para encender el esterilizador, y luego apagó las luces de la parte de atrás.

—Gracias, Alicia. Eres la mejor jefa de todos los tiempos —sostuvo un par de gafas de sol—. Tan buena jefa que apuesto a que me ahorrarías la vergüenza de revivir el rechazo de Yerko y le devolverías esto —Veronica le mostró una dulce sonrisa.

—Um..

¿Parecería raro si se negara?

—Gracias —Veronica le entregó las gafas sin esperar una respuesta—. Puedes verlo en la cafetería en unos minutos. Yerko es un hombre rutinario. Cena allí todos los martes y jueves por la noche. Y se ejercita todos los días. Tan pronto como la nieve se derrite en la primavera, corre alrededor del lago por la mañana, y luego va al gimnasio del hotel. No es que lo esté acosando ni nada de eso. En fin... Hasta mañana.

Alicia también había notado su rutina. Era la forma en la que ella solía evitarlo.

—Espera. Le has enseñado a Yerko cómo cuidar su corona temporal y cómo comer mientras está entumecido, ¿verdad?

Mientras trabajaba para el anterior dentista, Veronica había formado malos hábitos. Había sido otro de los desafíos de reentrenarla.

—Whoops. Lo siento. Trabajaré en esa parte también. ¿De acuerdo? ¡Adiós!

Antes de que Alicia pudiera refutar al respecto Veronica se escabulló por la puerta.

Alicia frunció el ceño ante las gafas de sol en su mano mientras cerraba la puerta de su oficina detrás de ella. Yerko debió haber sido advertido de que tuviera cuidado al comer hasta que el entumecimiento por la anestesia desapareciera, para no morderse el labio o la mejilla. Iba a tener

que buscarlo en la cafetería antes de que comiera.

Resignada a la tarea, metió las gafas de sol en su bolso y se dirigió a la cafetería. Era una hermosa y cálida tarde de verano. Del tipo que podría hacerla olvidar sus preocupaciones, por lo menos un poco.

El hermoso lago, visible a simple vista entre los edificios, reflejaba los brillantes destellos del sol mientras descendía lentamente. Se llevó una profunda bocanada de aire con aroma a pino a sus pulmones y sonrió. Le encantaba vivir en el pueblo más bonito de Colorado. Los edificios pintados con colores vibrantes estaban todos en hileras rectas alrededor de una plaza con mucha hierba y un lindo quiosco en el medio. Solía estar llena de niños todo el verano, era como un pueblo de las viejas películas que a su madre le gustaba ver. Sin basura en las calles, o grafitis en las paredes.

—¡Hola, Doctora Carter! —los chicos del equipo de fútbol del pueblo gritaron al unísono.

Su entrenador, un tipo rubio que vivía cerca de la playa y que había dejado claro que le gustaría conocerla mejor pero sin tanta ropa, tenía una gran sonrisa traviesa en su cara.

—Hola, Alicia. Estaré en Brewster más tarde por si quieres hacerme compañía.

—Gracias, Diego. Pero tengo planes.

Con su perro, pero Diego no necesitaba saber eso.

—¡Me estás matando, Alicia! —puso una mano sobre su corazón, dramáticamente.

Los chicos se rieron mientras Diego fingía estar mortalmente herido por su rechazo. Seguramente lo intentaría de nuevo la próxima vez que ella lo viera. Aunque no era un cazador disimulado, se acostaba con la peluquera, Pam, una rubia explosiva con un gran corazón.

Alicia abrió la puerta de cristal de Good Eats and Better Treats, y luego miró hacia el mostrador de la cafetería temática de los 50 buscando a Yerko. No estaba allí todavía, así que decidió cenar mientras lo esperaba. No era como si tuviera que compartir una comida con el hombre. Siempre se sentaba al final del mostrador de espaldas a ella. Sólo cruzaban las palabras necesarias y luego hacía lo mejor para ignorar esos hombros anchos, como los de su ex-marido Spencer.

Se deslizó en una cabina de vinilo rojo, y Gloria, la dueña, apareció y le entregó un menú recubierto de plástico.

—Hola, Alicia. ¿Lo de siempre? ¿Ensalada, con pollo a la parrilla?

Alicia levantó la vista de su menú y sonrió, era imposible no sonreírle a Gloria. Parecía un personaje de dibujos animados con su peinado de colmena, sombra de ojos azul, lápiz labial rojo brillante y camisa rosa con “Gloria” bordado audazmente en su pecho. Una mujer valiente de los años 50 que tenía un corazón bondadoso.

—No. Me voy por el lado atrevido esta noche, dejaré que me traigas el especial del día.

Las cejas de Gloria se levantaron bajo su flequillo burlón mientras escondía el bolígrafo en su alto peinado. Ya había otros cuatro bolígrafos ahí dentro.

—Bueno, el pueblo entero se está volviendo loco últimamente, todos tras la caza de esa caja y

ahora tú arriesgándote por el especial del día. Hay carne roja involucrada, ¿todavía estás de acuerdo?

Ella asintió.

—Tráelo.

No era como si nunca hubiera comido carne roja. Aunque tampoco lo hacía frecuentemente. Sería una gran manera de empujarse a sus límites. Sus antiguos psiquiatras en Denver que la ayudaron a salir de su calvario estarían orgullosos de ella.

Estaba orgullosa de sí misma por haber superado lo que Spencer le había hecho. Bueno, en su mayoría. Tenía unas cuantas cosas mínimas en las que trabajar. Como aprender a salir con alguien sin involucrar sus emociones, porque no volvería a cometer ese error. No podía confiar en su corazón para elegir al hombre adecuado.

No. Definitivamente nunca volvería a cometer ese error.

Sacudiendo la cabeza, sacó el lector de su bolso, abrió la tapa y empezó donde lo había dejado la noche anterior.



Había tenido que saltarse el almuerzo, así que Yerko estaba esperando su cena favorita del martes por la noche: carne asada, puré de patatas, mazorca, y el increíble pastel de chocolate de su tía Gloria. Abrió la puerta de la cafetería e hizo un rápido sondeo del lugar mientras se dirigía a su taburete habitual en el mostrador. No había ninguna celebridad de renombre que ignorar esa noche. Luego vio la cabeza rubia de Alicia inclinada sobre lo que estaba leyendo.

De repente subió su mirada y lo vio.

—¿Yerko? —gritó.

¿Ahora ella quería hablar? Cada vez que él intentaba hacerle una pregunta antes, ella le metía una herramienta nueva en la boca, cortándole el paso.

Cuando llegó a la mesa, sus dedos se agarraron a su lector electrónico como si fuera a arrebatárselo de las manos. Siempre se ponía así de tensa cuando él estaba cerca.

—Hola. Olvidaste algo en el consultorio —cavó dentro de su bolso y aparecieron con sus gafas de sol.

—Gracias —los puso en la parte delantera de su camisa y se giró para irse.

—Una cosa más —Alicia extendió una mano señalando hacia el banco de vinilo rojo que estaba enfrente de ella.

Después de que él se deslizara en la cabina, se metió unos mechones de su bonito cabello rubio detrás de la oreja y se aclaró la garganta.

—Quería recordarte cómo cuidar esa corona temporal.

Mientras le contaba sobre los peligros de la comida pegajosa para su corona temporal, cada vez que sus ojos se encontraban con los de él, ella desviaba la mirada rápidamente, como si le fuera imposible mantener contacto visual.

¿Qué era eso? Su instinto de policía le hacía sospechar. ¿O acaso todo se debía a que era un poco tímida? Tal vez la investigaría a fondo más tarde para calmar su intuición de que ocultaba algo.

—Lo entiendo todo. Gracias.

Empezó a deslizarse de la cabina de nuevo cuando Gloria puso los platos de los especiales del martes delante de ambos y luego plantó sus manos en sus anchas caderas.

—Así que, este es un buen cambio. Por lo general, ambos se sientan en lados opuestos —Gloria le acarició ligeramente la parte de atrás de la cabeza—. Ya era hora de que te dieras cuenta de la hermosa mujer que es Alicia. Aunque sea una “temida” dentista.

Se rio de su propio chiste mientras daba la vuelta al mostrador para llenar más tazas de café.

—Lo siento. Sé que prefieres la compañía de mi hermano, o de cualquiera, menos la mía.

Agarró su plato y estaba a punto de irse cuando ella lo tomó suavemente de su brazo.

—Espera, Yerko —entonces, como si su piel estuviera en llamas, lo soltó rápidamente—. No es... nada personal.

Enfocó su mirada en la comida, evitando mirarlo de nuevo.

Tal vez sí debería ir a sentarse en el mostrador. Pero cuando se dio vuelta para irse, la escuchó susurrar.

—Puedo hacer esto —en voz baja antes de que finalmente se atreviera a mirarlo a los ojos de nuevo y le preguntara—. ¿Qué pasa con esa caja enterrada que todos comentan?

—Es una larga historia —su estómago gruñó, y muy fuerte.

¿Tal vez lo había oído?

Los labios de Alicia se curvieron en una sonrisa.

—Adelante, come. Puedes decírmelo después.

Genial. Ahora estaba avergonzado, y luego necesitaría tener una larga e interminable conversación con una mujer que apenas podía mirarlo a los ojos. Debió haberse quedado en casa y hacerse un sándwich.

Alicia tomó un bocado mientras lo miraba disimuladamente comer. Lo hacía pulcramente, sin embargo la velocidad en la que lo hacía era como si acabara de pasar una semana perdido en el desierto. Probablemente necesitaba mucha comida para alimentar todos esos músculos tonificados.

Prefería estar en casa acurrucada con Sherlock en lugar de estar sentada frente al hombre más entrometido, aunque más guapo, que haya visto. Pero la expresión de Yerko cuando dijo que ella prefería la compañía de alguien más a la suya hizo que se quedara. Herir a alguien era la última cosa que querría hacer.

Se detuvo entre bocados y mostró una de sus grandes y sexys sonrisas. Su estómago traidor siempre se apretaba cuando él hacía eso.

—Hace mucho tiempo que no nos vemos en el gimnasio. ¿Qué pasa con eso? —preguntó él.

La obligó a mirar sus impresionantes ojos azules, en lugar de evitarlo como solía hacerlo. La luz perpetua de las cinco lo hacía más peligrosamente guapo.

—Nada. Sólo... he estado ocupada, supongo.

La peor respuesta de la historia. El hombre fue entrenado para olfatear mentiras. Necesitaba hacerlo mejor.

—¿Entonces? ¿Dejaste atrás a un novio desconsolado cuando te mudaste aquí?

Hora del espectáculo.

—Tal vez dejé toda una serie de hombres con el corazón roto, como he oído que tienes a las mujeres de por aquí —alzó una ceja para añadir un poco de confianza que no sentía.

Yerko apretó sus labios.

—Eso suena un poco exagerado. Eres buena en las técnicas de evasión.

—Soy incluso mejor sabiendo cuando alguien se está entrometiendo.

Se rio.

—Tal vez sólo estaba comprobando si realmente estás soltera.

—¿Por qué harías eso si no sales con mujeres locales?

—Quizás para sólo ser un buen compañero. Escuché que mi hermano te invitó a salir, pero tuvo que cancelar...

Ella había aceptado la invitación de Cesar porque todas las chicas dijeron que no se comprometía con las relaciones. Justo lo que estaba buscando. Nunca más se dejaría engañar por el llamado amor. El matrimonio fue una cosa de su pasado.

—Sí. Emergencia médica. Parte del problema de ser el único médico del lugar, supongo.

Asintió mientras la miraba tan profundamente a los ojos, era como si pudiera ver todo el camino hasta su alma. ¿Podría ver el daño?

Tuvo que mirar hacia otro lado.

¿Por qué no podía Anderson Butte tener un viejo sheriff amargado? Yerko despertaba un serio deseo físico en ella. Fue el primero en activar su interruptor de atracción desde su divorcio. Creía que jamás volvería a sentir algo así por un hombre, hasta que conoció a Yerko dos meses atrás.

Levantó la vista de su plato, y él ya había terminado su comida y se pasaba una servilleta por la boca. Miró su propio plato casi lleno e hizo una mueca de dolor.

—Hoy me perdí el almuerzo. No suelo... comer tan rápido.

El hecho de estar entumecido no le había obstaculizado en lo más mínimo. Excepto que no se había limpiado muy bien con la servilleta porque no podía sentir ese lado de su labio inferior.

—Tienes una pequeña cosa aquí —extendió la mano a través de la mesa para limpiar la esquina de su boca con su servilleta. Cuando se dio cuenta de lo que estaba a punto de hacer se detuvo a una pulgada de su cara—. Oh, lo siento. ¿En qué estaba pensando? —rápidamente retrocedió su mano y la puso en su regazo—. Hábito de trabajo, supongo.

—Gracias, mamá —los ojos de Yerko brillaban de diversión mientras se limpiaba la boca de nuevo—. ¿Ahora sí lo hice bien?

Apenada, sólo asintió sin decir una palabra más.

Tal vez fue bueno que su hermano cancelara su cita. Claramente había olvidado cómo compartir una simple comida con un hombre.

Sin llamarla, Gloria apareció con el pastel de Yerko. Este le dio las gracias, y luego volvió su intensa mirada azul a Alicia.

—Esperaré hasta que Gloria traiga el tuyo.

Era muy amable de su parte. Pero entonces recordó que Spencer también era muy agradable, hasta que un día simplemente dejó de serlo.

—Gracias —dijo, escarbando en el montón de puré de papas cremoso en su plato—. Entonces, ¿esa larga historia sobre la caja?

—Oh, sí. Bien...

Un ruido áspero sonó desde la radio en el cinturón de Yerko, y una voz de mujer resonó.

—Zeke llamó y dijo que vio una excavadora en la propiedad de tu abuela. Sé que no estás de guardia, pero como probablemente sigas en la cafetería, así que eres el más cercano.

Miró su pastel y suspiró. Luego se quitó la radio del cinturón y se la llevó a la boca.

—Yo me encargo.

—Salvado de ese largo cuento por la radio, o por una excavadora en este caso.

—Sí —una pequeña sonrisa se extendió en sus labios llenos—. Tal vez deberías preguntarle a alguien más. No soy de los que cuentan historias.

—O conversando en general, escuché —se metió en la boca otro bocado de la mejor carne que había probado y casi suspiró también—. A menos que sea sobre libros... O cuando tienes preguntas personales que hacerme.

—Sí. Me gusta leer.

Su sonrisa se convirtió en una sonrisa letal, sólo un poco torcida por la Novocaína.

—La página web de la ciudad tiene todos los detalles sobre la caja —se deslizó fuera de la cabina aún con esa sonrisa matadora—. Y tal vez te encuentre tan fascinante como un buen libro, Alicia Carter. Adiós.

¿Fascinante? Probablemente pensaba que era una asesina en serie o algo así. Porque no parecía alguien que tratara de esconderse de un sociópata, ex genio de la informática.

Yerko estaba relacionado con la mitad del pueblo. Si ella le confesara todo o le pidiera ayuda, ¿trataría de desenterrar su pasado o se lo diría a todos los demás? Su contacto en la policía de Denver dijo claramente que podía contar con él si tenía algún problema. Pero incluso una simple búsqueda en Google de su verdadero nombre podría alertar a Spencer de su paradero. No, no se arriesgaría.

Mientras Yerko desaparecía a través de las puertas, los hombros de Alicia finalmente se relajaron. Era como si el hombre la hechizara con esos bonitos ojos azules. Casi le había limpiado la boca, cuando lo último que quería era volver a tocarlo y sentir ese aviso de “cuidado” que tuvo cuando lo tomó del brazo.

Pero tal vez el embarazoso gesto de limpiar su boca había sido algo bueno. Probablemente sería él quien la evitaría en el futuro en vez de viceversa.

Era lo que ella esperaba.

Tan pronto como Alicia terminó su comida, Gloria le sirvió un trozo de pastel de chocolate, y luego tomó el de Yerko para guardarlo en una caja para llevar.

—Sé una buena amiga y hazme el favor de llevarle esto a Yerko de camino a casa, ¿puedes? Tal vez te invite a entrar y te muestre el gran trabajo que ha hecho renovando su casa. Por su cuenta, por cierto. Es muy hábil —añadió, con un guiño.

Alicia estaba llena, así que también guardó su pastel en la misma caja.

—Estoy segura de que su casa es encantadora, pero no hay nada entre nosotros, Gloria. Olvidó algo en mi oficina antes, y vine a devolvérselo.

Gloria se deslizó en el asiento frente a Alicia.

—Sí, pero luego se quedó y cenó contigo. Algo que nunca hace. Come solo para no tener que charlar. Y vi esa gran sonrisa en él al final —empujó la caja más cerca del lado de Alicia—. Tienes que pasar por su casa de todos modos.

Ella empujó la caja hacia atrás.

—Lo atrapaste para que comiera conmigo. Y acaba de ser llamado a la casa de su abuela, así que me temo que no estará en casa de todos modos —se deslizó fuera de la cabina—. Además, tengo que llegar a casa antes de que Sherlock se aburra demasiado y trate de escaparse por debajo de la valla. ¿Pondrías su comida en mi cuenta también, por favor?

Era lo menos que podía hacer después de la comida más incómoda que dos personas probablemente habían compartido. Tenía algo de trabajo que hacer si quería empezar a salir de nuevo. No es que eso fuera una cita.

—Lo haré —Gloria se rio entre dientes cuando se levantó de la cabina—. No lo sé, Alicia. Nunca lo he visto dejar que ninguna otra mujer casi le limpie la barbilla.

—Eso fue... él estaba entumecido desde... no importa. Hasta luego —agarró su bolso y se dirigió hacia la puerta.

Esa Gloria no perdía nada de vista.

Unos minutos después, mientras pasaba por delante de la gran y hermosa casa de Yerko cerca del lago, se detuvo a mirarla. Si el interior era tan bonito como el exterior, probablemente era algo

que valía la pena ver. La madera estaba recién barnizada, tenía un nuevo y brillante techo azul, y tenía macetas de flores silvestres de diferentes colores estratégicamente colocadas en el porche delantero. Detalles que una mujer pensaría que no suelen ser de un hombre. No coincidía con su supuesta personalidad fuerte y misteriosa.

Sonó su celular, regresándola de vuelta al presente y se percató de que estaba parada frente a la casa del hombre mirando como una acosadora. No necesitaba darle más ideas sobre su “misterioso pasado” que parecía estar siempre buscando. Sacó el teléfono de su bolso y miró la pantalla.

Era su madre sobreprotectora.

Pensó en dejarla caer en el buzón de voz, pero entonces sus padres se preocuparían y llamarían a la Guardia Nacional. Empezó a caminar de nuevo y apretó el botón verde.

—Hola, madre. ¿Cómo estás?

—Molesta con tu padre como siempre. Viendo cómo te ha estado empujando fuera de tu zona de confort.

Alicia respiró profundamente para tener paciencia.

—Tengo treinta y tres años, no diez. Y estoy bien.

—Siempre dices que estás bien, incluso cuando no lo estás. No entiendo cómo alguien puede vivir tan lejos de un Nordstrom. Quizás vayamos de visita y veamos ese pequeño pueblo por nosotros mismos.

—¡No! Es demasiado pronto. Los dos todavía se olvidan de llamarme Alicia. Ustedes realmente necesitan trabajar en eso o lo arruinarán todo. Igualmente, te veré pronto en la boda de Laura.

Su madre se quedó callada, lo que nunca era algo bueno. Durante esas pausas solían producirse conspiraciones nefastas.

—Sólo nos preocupa que estés sola allí, Melissa.

Realmente no podía culpar a su madre por no querer llamarla por el nombre falso. O por preocuparse después de lo que Spencer le había hecho. Tuvo a sus padres tan engañados como a ella. Incluso había sido un alto ejecutivo en la empresa de su padre. Todos pensaban que era el tipo más amable del mundo, no el monstruo que resultó ser.

—Entonces te alegrará saber que he cenado con un hombre esta noche.

Eso no era mentira, aunque no dentro el contexto que su madre creía. Era por una buena causa. Para ayudar a su madre a relajarse.

—¿En serio? ¿Puedes estar segura de que... no es peligroso?

—Ha vivido aquí toda su vida. Soy amiga de sus hermanas, te he hablado de Meg y Casey, y él es el sheriff. No se puede conseguir mucho más seguro que eso, ¿verdad?

Excepto por la parte en que él escarbaba en su pasado.

—Supongo que no —su madre hizo un chasquido—. De igual manera no es posible tener una

relación a largo plazo con alguien... en el servicio público, cariño.

Alicia resopló.

—Fue sólo una cena, mamá.

—Bueno, las cenas llevan a más cenas y así sucesivamente. ¿Qué pasó con la cita que ibas a tener con ese doctor? Sería más del tipo que tu padre y yo elegiríamos para ti.

—Lo siento, necesito dejarte ahora, así que saluda a papá de mi parte, y gracias por llamar. Hablaremos pronto. Adiós.

Terminó rápidamente la llamada, agradecida de haberse zafado de otro de los intentos de su madre de invitarse a sí misma a una visita. Sólo esperaba poder mantenerlos alejados para que su secreto estuviera a salvo. Su padre era un hombre poderoso que estaba acostumbrado a salirse con la suya, pero era tan descuidado como su madre al llamarla Melissa.

Y necesitaba permanecer oculta.



Yerko corrió por el largo camino de grava de su abuela y la encontró en la orilla del lago mirando a través de la mira de su rifle Remington, con su bastón apoyado en su pierna.

No quiso asustarla, así que la llamó en voz baja.

—¿Abuela? Tenemos que hablar.

—Vete. Tengo otro intruso. Voy a asustar a este para que no vuelva a husmear por aquí.

—Prefiero que bajes el arma.

—Esta es mi propiedad, y tengo los carteles adecuados colocados. ¡Sabes tan bien como yo que puedo disparar legalmente a cualquiera que cruce esa cerca! —entrecerró los ojos y movió el arma—. Has estado muy malhumorado últimamente. ¿Qué te pasa?

¿Él, malhumorado? Su abuela alta y peleona, acaparaba el mercado con su mal humor y algunas otras cosas como terquedad, mal genio y astucia. Pero ella ayudó a criarlo a él, a su hermano y hermanas después de que su madre muriera, y él la amaba más que a nadie.

—Hablo en serio, abuela.

La anciana era una de las mejores tiradoras del estado, pero se estaba haciendo mayor y podría herir a alguien.

—¿Se supone que eso debería asustarme? —bajó su arma y se rio—. Oh, muy bien. Tienes cinco minutos para ir y echar a ese maldito Grant de mi tierra antes de que le dispare a los dos. Ahora, ¡vete!

—Abuela...

—¡El reloj está corriendo, chico!

—Bien. Me voy.

Lo que lo ponía de mal humor últimamente era todo el problema que había causado esa maldita caja. Tenía a todo el pueblo en un frenesí de excavación.

Se deslizó detrás de la casa, hacia los sonidos de un pico que golpeaba rítmicamente la tierra. Su abuela se había comprometido en mantener viva la rivalidad entre su familia y los Grant, una rivalidad que se remontaba al día de la fundación del pueblo. Y a su lado guerrero le gustaba mantener la olla revuelta.

Cerca de un grupo de árboles, el viejo que dirigía las minas en las afueras del pueblo dio otro golpe.

—Hey, Pete —gritó.

El hombre dejó de excavar y sacó un trapo rojo de su bolsillo trasero para limpiarse la frente.

—¿Qué quieres?

Pete tenía tanto respeto por cualquiera con el apellido Anderson como la abuela de Yerko por los Grant.

—Estás invadiendo propiedad privada. Es mejor que tomes tus cosas y te vayas antes de que mi abuela empiece a disparar.

—No —escupió tabaco de mascar en el suelo junto a la bota de Yerko—. Esa carta fue escrita por un Anderson, pero decía que cualquiera que encontrara la caja podía quedarse con el botín. Como yo lo veo, era un Anderson dando un permiso especial para cazar en la tierra en cuestión.

Un fuerte disparo resonó en el aire justo antes de que una bala golpeará la corteza de un árbol a un metro de la cabeza de Pete. Se dio la vuelta para inspeccionar los daños.

—Esa maldita vieja loca.

Yerko se quedó perfectamente quieto. Era más seguro.

—Últimamente ha estado actuando un poco más loca de lo normal. Tal vez incluso un poco inestable —dijo, esforzándose por mantener una expresión seria.

Otro disparo sonó antes de que una bocanada de tierra volara a dos pies del zapato de Pete.

—Bueno, diablos. Entonces me voy de aquí. Por ahora —agarró su pico y su cubo lleno de herramientas más pequeñas antes de gritar—. ¡Estás loca, Rebeca, y todo el mundo lo sabe!

La anciana respondió con un disparo que le quitó el cubo de la mano. Pete dejó caer su pico y se giró sobre sus talones para empezar a correr.

Yerko levantó los pulgares a su abuela, quien seguramente lo estaba mirando a través de su mira mientras se reía a carcajadas. Ella podía presentar cargos por ese hecho, pero no lo haría. Se divertía más disparando a los intrusos que haciendo que los arrestaran. Probablemente tendría que quitarle las armas pronto. Pero de esa manera, la situación se terminó y no fue necesario arrestar al viejo.

Llegó a la calle principal y vio a la Sra. Wright haciendo malabares con tres bolsas de tela. Cruzó

la calle y se acercó a ella.

—Déjame ayudarte con eso.

—Bueno, esto es útil —le dio dos bolsas—. Un gran muchacho fornido para salvar el día — extendió su mano para entregarle una tercera—. Esta también.

Aunque sólo tenía cincuenta años, tenía una artritis debilitante que había dejado sus manos tan retorcidas como garras.

—No deberías llevar tanto peso por tu cuenta.

—Podría haberlo logrado, pero no rechazaré la ayuda —ella le entregó la última bolsa—. A menudo me pregunto por qué mi hija no eligió a un buen hombre como tú en lugar de Ed.

A menudo se preguntaba eso también, pero ya había terminado de suspirar por Sarah.

—A cada uno lo suyo, supongo.

Él disminuyó su ritmo y lo igualó al de ella hasta que llegaron a su casa, agradecido de que la Sra. Wright fuera una persona tan tranquila como él y no sintiera la necesidad de charla ociosa.

La siguió dentro y puso las bolsas en el mostrador de la cocina.

—¿Necesitas ayuda para guardar las cosas?

—No —le dio una palmadita en el brazo con su mano torcida—. Alguna chica afortunada se va a llevar el premio gordo contigo algún día, Yerko. Gracias por la ayuda.

—Cuídate.

Cerró la puerta tras él y bajó la colina hacia su casa, esperando que ella tuviera razón. Nadie sabía que recientemente había tomado la decisión de seguir adelante y encontrar una mujer con la que establecerse y tener hijos también. Le encantaba pasar el tiempo con sus sobrinos y estaba listo para tener algunos hijos propios. Siempre quiso una buena familia, como sus amigos cuando crecían. Nunca sería un padre distante y frío como el suyo.

Revisó su buzón y agarró los dos sobres que había dentro antes de sentarse en el porche y quitarse las botas. No había pasado horas arreglando sus pisos de madera sólo para volver a rayarlos.

Finalmente había terminado las renovaciones que le habían llevado cuatro años. Lo había hecho bajo la esperanza de que Sarah viera el error que cometió al casarse con alguien tan frío como Ed, y tuviera otra oportunidad con ella. Evidentemente amaba a su esposo lo suficiente como para soportar la forma en que la trataba y por tantos años.

Ahora podría terminar vendiendo el lugar a su familia y mudarse a Denver si una de sus solicitudes de trabajo era aceptada.

Acolchado dentro de sus medias, se dirigió directamente a su estudio para encender su computadora. Quería comprobar sus solicitudes de trabajo, y luego averiguar qué pasaba con Alicia.



Al llegar a su casa, Alicia recogió un paquete de su madre en el escalón delantero, abrió la puerta principal y desactivó el sistema de alarma. Los chillidos de Sherlock la hicieron cruzar rápidamente la sala de estar hasta la puerta trasera.

—Hola, hombrecito. Entra.

Su bola de pelo blanco y negro corría por el interior. Su emoción al verla le hizo perseguir su cola en éxtasis durante su habitual minuto antes de dejar caer su trasero a sus pies y mirarla fijamente, esperando su cena. Las rutinas diarias de Sherlock variaban tanto como las de Yerko. Extrañamente, Alicia encontraba consuelo en eso.

—Buen asiento. ¿Tienes hambre?

Vibraba con impaciencia ante la perspectiva de la cena. Así que ella le dio la señal de liberación con su mano.

—¡Vamos!

Había pasado muchas de sus tranquilas tardes entrenando a Sherlock. Sobre todo porque acababa de redecorar el interior de su casa y no necesitaba que un cachorro estropeará las cosas. Había estado agradecida contables veces por el sellado de sus pisos de madera, hasta que dominaron la técnica de ir al baño.

Abrió el paquete que su madre le había enviado y leyó la nota:

«No agradezcas al terco de padre por esto.»

Era un bonito jarrón de cristal que no necesitaba, pero lo colocaría junto a todas las otras cosas que su madre le había enviado antes. Sus padres debieron haber discutido otra vez, porque el jarrón de cristal tallado pesaba una tonelada y debía valer una fortuna.

Al ritmo en que sus padres se peleaban últimamente, su casa pronto se desbordaría de cosas. Su madre solía desquitarse con su padre comprando cosas caras. Las últimas discusiones tal vez fueron demasiado convenientes, ya que había dado lugar a un magnífico conjunto de sala, comedor y dormitorio principal de una de las tiendas más exclusivas de Denver. Todo entregado a la puerta de su casa tres días después de que firmara el contrato de arrendamiento. Otra de las maneras de su madre en asegurarse de que Alicia tuviera las comodidades y cosas lujosas de la vida sin las que no podía imaginar que pudiera vivir.

Sus padres podían ser agotadores a veces, por la forma en que peleaban, se cernían sobre ella y encontraban formas furtivas de malcriarla incluso después de que ella les rogara que se detuvieran, pero ninguno de ellos la había abandonado en el momento más difícil que vivió, ni se despegaron de su cama cuando estaba en el hospital. Los amaba a ellos y a su hermana pequeña, Laura, más que a nada en el mundo.

Después de que su cachorro devorara su comida, se puso una camiseta y unos cómodos pantalones de yoga, y se sentó en el sofá con su portátil. Sherlock se acurrucó a sus pies y se durmió rápidamente.

Envió un e-mail de agradecimiento a su madre, y luego indagó en la página web de la ciudad para

ver por sí misma de qué se trataba el asunto de la carta hallada. El titular decía:

«¿El viejo misterio que data de los días de la prohibición se resolvió por fin?»

Escaneó el artículo. Parecía que la Sra. Beechum, la nueva ayudante del alcalde, había estado buscando un documento antiguo y se encontró con un sobre sellado en un archivo. Después de que Arthur Anderson falleciera, alguien fue a su casa y guardó todo tipo de documento legal en un archivo, que luego fue entregado a la secretaria del pueblo en ese entonces, y que también era una Anderson.

Una copia escaneada de la nota en cuestión apareció en una pantalla emergente.

20 de julio de 1995

A los residentes de Anderson Butte.

Mis parientes me dieron una paliza por casarme con una Grant, así como la familia de Jane la rechazó por casarse conmigo. Todos ustedes nunca entendieron por qué éramos tan devotos abstemios con la elaboración del whisky, el origen de la fortuna de la familia Anderson. Pero, siendo un hombre de esa familia, no puedo esperar a ver cómo lidian con esto desde mi posición en el cielo.

Antes de que Jane muriera hace unos años, no podíamos decidir quién merecía la receta de whisky de los Anderson, mundialmente famosa, que mi padre me confió, junto con la ubicación de donde había escondido muchos barriles del mismo durante la era de la Prohibición. El whisky añejo por sí solo vale una fortuna, pero nunca vimos correcto el aprovecharnos de algo a lo que nos oponemos. Mi padre en su lecho de muerte me pidió que me asegurara de que la receta se hiciera pública si las leyes sobre la bebida cambiaban, así que me siento obligado de hacerlo.

Fue un Anderson quien lo inventó, pero un Grant murió ayudándole a esconderlo, así que decidimos que el que pateara el cubo por última vez (yo) escogería un lugar apropiado para enterrar la receta y el mapa de ubicación. Si no se encuentran, entonces Dios ha jugado su mano y todo terminará para bien.

Si se encuentra, es probablemente demasiado esperar que trabajen juntos y quizás usen las ganancias para el mejoramiento de todo el pueblo. Así que cualquier persona, sea Anderson, Grant o cualquier otro que lo encuentre primero puede quedárselo. Feliz excavación. Aquí hay algunas pistas sobre la ubicación:

**Hay una caja sellada enterrada a no más de un metro de profundidad.*

**Es por algo que existía antes de las calles pavimentadas.*

**Proporciona sombra y refugio, pero ten cuidado con las falsificaciones.*

**Se encuentra no muy lejos al oeste del lago.*

**Incluso hay un patrón en el lugar donde se coloca.*

**Encuentra ese patrón, ve al sur y cava en su base.*

¡Si le das al metal, estás en el lugar correcto!

Alicia se rio al pensar en Yerko recitando esa carta. No es de extrañar que haya dudado contarle el asunto por eso. Una visión de ella casi limpiando su barbilla apareció en su mente de nuevo y se sintió avergonzada. ¿En qué estaba pensando?

Necesitaba evitar al hombre a toda costa.



Yerko revisó los correos electrónicos acumulados del resto del día. El primero era de su tía Gloria.

«Alicia pagó tu cena de esta noche. Y vi la forma en que le sonreíste. ¿Tal vez ella es LA CHICA?»

Probablemente había pagado su comida porque Veronica había olvidado las instrucciones para su corona temporal. Cuando él y Veronica estuvieron en Brewster la otra noche, ella le dijo que Alicia se tomaba su trabajo muy en serio y que todo lo manejaba según las reglas.

Él respondió:

«A ella le gusta Cesar, y por favor, pon las dos comidas en mi cuenta. P.D. ¿Guardaste mi pastel?»

Presionó “Enviar”, luego navegó a la bandeja que mostraba el estado de sus solicitudes. Todavía no tenía noticias de ninguno de los trabajos que había solicitado. Luego revisó los antecedentes de Alicia cuando la investigaron por primera vez, e intentó encontrar algo que podría haber pasado por alto.

No vio nada fuera de lugar, pero su instinto le decía lo mismo que cuando estuvo investigando a Josh, el prometido de su hermana Meg. Todo estaba demasiado limpio y perfecto. Y más tarde descubrieron que Josh era un agente encubierto del FBI.

Tal vez le haría a Alicia algunas preguntas inocentes. Ella corría alrededor del lago todos los días justo después de que él lo hiciera. Puede que no le guste, pero iba a tener compañía en sus carreras diarias.

Sonó un ding, alertando un nuevo correo electrónico entrante. Era de su tía otra vez.

«Tu pastel está en la cafetería esperándote. Alicia añadió el suyo también. ¡Creo que eso demuestra que le gustas tú, no Cesar! :)»

Sonrió, feliz de que su pastel estuviera a salvo, y volvió a escribir.

«Creo que significa que es dentista y probablemente no coma dulces. Pasaré mañana a recogerlo, entrometida.»

Echaría de menos a su familia si se mudara a Denver, no lo podía negar. Especialmente a su tía Gloria, quien, por haberse divorciado del tío Brewster, no era técnicamente su tía en el papel, pero siempre lo sería para él.

A la mañana siguiente, Yerko cambió su rutina yendo primero al gimnasio. Hizo un duro

entrenamiento, terminó a las siete, y luego se dirigió a la rampa para botes al otro lado del hotel donde Alicia solía empezar a correr. Cuando dobló la esquina, allí estaba ella, vestida con algo ajustado y rosa, estirando sus largas y bronceadas piernas.

Se puso los auriculares y se fue a paso ligero. Corrió en dirección contraria, con la intención de encontrarse con ella a tres cuartos del camino pavimentado, para que no pareciera que la estaba siguiendo.

Después de veinte minutos a toda velocidad, vio a un tipo justo delante. Por la complexión del hombre, el bronceado profundo y el cabello con reflejos de mujer, debía ser la celebridad que su hermana Casey mencionó que se había registrado en el hotel la noche anterior.

Luego vio el traje rosado de Alicia corriendo hacia ellos. El famoso sin camisa, con los cordones blancos de sus auriculares rebotando a cada paso, levantó una mano a Alicia cuando pasó junto a ella.

Alicia dio unos pasos más y luego sus pies giraron 180 grados para seguirlo. Yerko aumentó su velocidad para alcanzarla. Seguramente debió haber olvidado las reglas del pueblo sobre dar espacio a los famosos.

Cuando se acercó a ella, la llamó en voz baja, pero probablemente no podía oírlo con la música que escuchaba por sus auriculares. No quería que la estrella de cine supiera que lo estaban siguiendo, así que le puso una mano en el hombro y le dio un suave apretón para llamar su atención.

Su codo afilado le golpeó en el plexo solar, deteniéndolo en seco y doblándolo. Luego le pisó el pie y antes de que pudiera enderezarse y recuperar el aliento, el talón de la mano de Alicia lo golpeó en su nariz tan fuerte que vio estrellas.

El dolor cegador lo desorientó y su mano voló hacia su cara. Su nariz no estaba como debería estar.

Enseguida Alicia se tapó la boca sorprendida.

—Oh, Dios mío, eres... tú —se quitó los auriculares.

No sabía qué le dolía más, si su nariz o su orgullo. Acababa de ser golpeado por una mujer.

—¿De qué demonios iba eso?

Alicia arrancó la cinta de tela rosa que sostenía su cabello y se la puso a Yerko bajo la nariz para detener la hemorragia.

—Me agarraste por detrás y yo... reaccioné.

Sí. Probablemente no debería haber hecho eso. Ella era de la ciudad.

—Lo siento —sostuvo el trozo de tela y lo presionó más fuerte contra su nariz—. Intentaba evitar que siguieras al Sr. Premio de la Academia de allá —señaló la orilla mientras el hombre inconsciente de todo corría en sentido contrario.

Un leve tono rosa apareció en sus mejillas.

—No iba a hablar con él, sólo iba a... mirar.

Si no le doliera la cara como si le hubieran golpeado con un bate de béisbol, se habría reído.

—Debo irme. Necesito detener la hemorragia.

—Déjame ver.

Sacudió la cabeza y se alejó.

—Estoy bien.

Alicia se puso firme.

—Por favor, déjame ayudarte.

Respirando hondo, bajó la tela y ella hizo un gesto de dolor.

—Necesitamos llevarte a la clínica.

—Estaré bien —tiró la tela empapada de sangre a un cubo de basura cercano. Luego se levantó su camiseta, retirándola sobre su cabeza, la hizo una bola y la presionó contra su nariz—. Nos vemos.

Alicia lo alcanzó con unas largas zancadas y puso su suave mano en la parte baja de su espalda desnuda por un breve momento antes de quitarla rápidamente de nuevo.

—Yerko, creo que te he roto la nariz. Realmente necesitas ir a la clínica.

Estaba seguro de que estaba rota, maldita sea. Odiaba tener que contarle a su hermano cómo sucedió.

—Iré a la clínica. Necesitas ir a trabajar o algo así, ¿verdad?

Sacudió la cabeza y siguió caminando a su lado.

—No sin antes asegurarme de que estarás bien.

—No me voy a desmayar ni nada.

—Podrías. El ángulo de ese golpe está diseñado...

Cuando le envió su mejor mirada de “policía severo”, ella cerró la boca.

Caminaron junto al lago unos minutos más hasta que ella rompió su silencio de nuevo.

—Pagaré tus gastos médicos y la camisa también.

—No puedes.

Incrementaba su ritmo a medida que su nariz se hinchaba aún más y se intensificaba el dolor con cada paso. Estaban casi en la clínica y esperaba que su hermano pudiera hacer que el dolor se detuviera.

—Insisto.

—Esta camisa es de la gira de despedida de los Rolling Stones. No puede ser reemplazada.

—Ahora me siento aún peor. ¿Pero no han tenido ya como cinco viajes de despedida? —su cara se iluminó—. Quizás están haciendo otra. Veré si puedo comprarte boletos para que te consigamos una camisa nueva.

Sacudió la cabeza.

—Muy poco probable. Mick Jagger es muy viejo, algo así como...

—Setenta. Tienes razón.

Cuando se acercaron a la clínica, Alicia se adelantó para abrir la puerta. ¿No podría la mujer dejarlo con una pizca de su hombría?

Yerko avanzó su paso y se lanzó hacia adelante abriendo la puerta antes que ella.

—Después de ti, Kung Fu Panda.

—Gracias.

Le sonrió por primera vez y una ola de calor le atravesó el pecho. Alicia era la mujer más bonita que había conocido. Extrañamente, admiraba la forma en como ella le había dado una paliza.

Lástima que le hubiera echado el ojo a su hermano. Podría haber sido la única mujer capaz de tentarlo a romper su regla de no salir con chicas del pueblo.

Alicia se sentía horrible por haberlo golpeado. ¿Quién hubiera pensado que sería capaz de hacer tanto daño con un solo puñetazo? Pero la dentista que había en ella necesitaba saber que sus dientes estaban bien, así que siguió en silencio a Yerko y a la enfermera que la vio con disgusto después de que le explicaran lo que había sucedido.

Una vez que la enfermera lo llevó a una de las habitaciones y lo acostó en la cama con una bolsa de hielo en la cara, se dirigió a Alicia.

—No eres familia, así que no puedes estar aquí —puso una mano en su cadera y con la otra señaló la puerta. En su etiqueta llevaba el nombre de “Joyce” y parecía tan vieja como Mick Jagger.

—Sólo quería comprobar su boca. Soy la nueva dentista.

Joyce levantó una ceja.

—Sé quién eres, jovencita, y no aprecio a las...

Cesar entró.

—Ella puede quedarse. Hago mejor mi trabajo con mujeres bonitas a mi alrededor.

Yerko y Joyce gruñeron. Ella sacudió la cabeza y se quedó en silencio junto a la cama, como si lo estuviera protegiendo de Tara.

Entonces la puerta se abrió y las hermanas Casey y Meg, entraron volando.

—Oímos que Yerko se rompió la nariz —dijo Casey.

Casey, alta, elegante y mimada, dirigía el hotel. Meg, bajita y guapa, estaba abriendo su propio negocio al otro lado del lago. Ambas eran morenas guapas con grandes sonrisas.

—No es gran cosa —se quejó Yerko.

Cesar se volvió hacia Alicia.

—¿Ves en lo que te has metido al mudarte aquí? Las palabras viajan rápido.

—Sí, Joyce llamó y nos dijo que Alicia le dio una paliza. Queríamos verlo por nosotras mismas —Casey movió la bolsa de hielo de la cara de Yerko—. Hombre, te ha dado un buen golpe.

—¡Espera! —los ojos de Meg se abrieron de par en par—. Eso tuvo que doler. Déjame ver tu mano, Alicia.

De mala gana, Alicia levantó su palma dolorida.

—¡Ouch! —se quejó.

Eso hizo que Cesar cruzara la habitación y le tomara la mano lastimada.

—¿Puedes mover los dedos?

Las chicas se reunieron alrededor mientras Cesar le sondeaba suavemente la mano.

—Creo que es sólo un moretón grave. Joyce, ¿le traerías a Alicia una bolsa de hielo también?

Joyce exhaló un respiro cuando se fue.

—Iré a casa y tomaré una aspirina —Yerko se sentó.

—No —Cesar lo empujó haciendo que se acostara otra vez—. No hemos terminado contigo todavía —se volteó hacia sus hermanas—. Meg, sube aquí y siéntate sobre él, sujétalo por los hombros. Casey, mantén su cabeza quieta. Lo siento, amigo, pero tenemos que arreglar el daño.

Alicia no podía mirar. Cerró los ojos mientras Cesar contaba hacia atrás.

—Tres, dos, uno.

Yerko soltó una fuerte maldición, y luego un lento gemido.

—Lo disfrutaste, ¿verdad? —le replicó a su hermano.

—Sólo un poco. Alicia, ¿quieres venir a ver sus dientes ahora? Probablemente me mordería los dedos si lo intentara.

Cesar ayudó a Meg a bajar de la cama, mientras que Casey se alejaba para hacer espacio.

Alicia se puso un par de guantes y se paró al lado de Yerko. Por mucho que su mano derecha palpitara, era obvio que el dolor de él era diez veces peor.

Y todo por su culpa.

Sus ojos se llenaron de lágrimas enseguida.

—Va a estar bien y tan bonito como antes, Alicia. Debe haberte asustado de alguna manera, ¿eh?

—Meg le echó una mano por la espalda.

No hace mucho tiempo, Meg había visto accidentalmente las cicatrices en el torso de Alicia. Sin embargo, aunque no le había contado lo que le pasó, ella debió haber sumado dos y dos. Alicia estaba agradecida de que Meg nunca la hubiera presionado pidiendo una explicación.

—Sí. Quizás me tomé ese entrenamiento de autodefensa demasiado en serio.

—No estoy enfadado contigo, Alicia —aclaró Yerko.

—Gracias —el alivio pasó a través de ella—. Abre, por favor.

Concentrándose sólo en su boca, y no en todos los gloriosos músculos de su pecho desnudo, ella presionó dos dedos contra sus dientes delanteros, feliz de que no se movieran. Después de un poco más de sondeo suave, se quitó los guantes.

—Por suerte, a tus dientes les fue mejor que a tu nariz. Si siguen molestándote después de unos días, ¿prometes venir a verme?

Cesar se deslizó a su lado.

—Yo la escucharía, Yer. Alicia acaba de demostrar que es la única en el pueblo que puede patearte el trasero.

Yerko cerró los ojos.

—Nunca voy a escuchar el final de esto, ¿verdad?

—¡No! —dijeron sus hermanas y hermano al unísono.

Joyce finalmente regresó con una bolsa de hielo. Cesar tomó suavemente la mano de Alicia, la miró a los ojos y sonrió antes de poner el bendito paquete frío en la palma de su mano.

—Quince minutos aplicando frío y quince de descanso. Y si todavía te duele en unos días, ven a verme.

Cesar era un hombre increíblemente guapo. Entonces, ¿por qué no sentía ese revoloteo en su estómago como cuando Yerko le sonreía?

Mientras Cesar coqueteaba con ella, Yerko se deslizó de la cama y se levantó para irse.

—¿Puedes llegar bien a casa? —le preguntó Alicia, retirando su mano de la de Cesar.

—Meg y yo lo acompañaremos a casa —Casey envolvió su brazo alrededor de los hombros de su hermano.

—Pídele a Joyce las medicinas antes de salir. Asegúrate de que coma antes de tomarlas. Y Yerko, ¡tómalo con calma hoy!

—Nos aseguraremos de que lo haga —asintió Casey.

Alicia empezó a caminar detrás de ellos, pero Cesar la detuvo.

—¿Puedes esperar un segundo por favor, Alicia?

—Seguro.

—¿Así que sus dientes y encías se veían bien?

Cesar era como un muñeco Ken, perfecto en todos los sentidos. Tal vez demasiado perfecto. ¿Tendría una mujer que luchar por el espejo del baño todas las mañanas con un hombre así?

—Sus dientes se veían bien. Pero tiene algunos moretones en la encía superior, así que debe estar dolorido.

Cesar garabateó una nota y luego cerró el archivo.

—Me aseguraré de preguntarle sobre ello en unos días. Gracias.

—Era lo menos que podía hacer —se dirigió a la puerta—. Me siento muy mal por esto. Espero que tome sus medicinas en vez de tratar de aguantar como la mayoría de los hombres.

Cesar la alcanzó y salió a su lado.

—Casey le hará tomar las píldoras que hice que Joyce le entregara. Lo dejarán inconsciente durante horas.

—Yerko me parece alguien a quien no le guste que le digan lo que tiene que hacer.

Cesar se rio.

—Así es. Pero Casey ayudó a criar a Meg y a Yerko y es la única persona, además de nuestra abuela, a la que ese hombre terco escuchará —le dio una sonrisa, mostrando sus dientes blancos de estrella de cine otra vez—. Espero que tu mano no te duela demasiado hoy.

—Estaré bien, gracias.

El brillo de sus ojos le hizo temer que la volviera a invitar a salir de nuevo. Después de sus incómodas conversaciones con Yerko, tal vez no estaba tan lista para volver a salir como pensaba. Especialmente con un tipo que usaba zapatos más caros que ella.

¿Qué había estado pensando cuando aceptó la oferta anterior de Cesar? No era su tipo en absoluto. Sí, estaba totalmente decidida a no volver a casarse, y aunque un soltero empedernido como Cesar sería sólo diversión, la atracción no estaba allí.

—Mejor me voy, debo atender a algunos pacientes en unos pocos minutos. Gracias por la bolsa de hielo y envíame la factura de Yerko también, ¿vale?

—No hay cargos por eso. Cuídate.



La cara de Yerko le dolía demasiado como para llevarle la contraria a sus hermanas, así que se rindió. Discutir con ellas era inútil. Después de que le sirvieran el desayuno en la cama y le hicieran tomar las pastillas que Cesar le había recetado, consideró fingir estar dormido para que se fueran. Luego se sentaría en el sofá y leería, o algo así.

Cuando Meg asomó la cabeza en su dormitorio para ver cómo estaba, recordó la conversación que ella y Alicia tuvieron en la clínica.

—¿Sabes por qué Alicia reaccionó tan fuerte hoy?

Meg parpadeó rápidamente como siempre lo hacía cuando no quería decir algo. Por suerte, nunca mentía.

—Tal vez. No me ha dicho de dónde vienen las cicatrices de su estómago y espalda, pero cuando se las mencioné a Josh, dijo que sospechaba que había sufrido algún tipo de ataque por la forma

en que reacciona a los hombres.

Josh era un ex agente del FBI cuya especialidad era extraer la verdad de la gente, así que sus instintos eran buenos.

—Antes parecía estar bien con Cesar.

Meg asintió.

—Josh cree que fue un hombre más grande el que la hirió. Ella también se pone nerviosa con Josh, como lo hace contigo.

¿Alicia estaba nerviosa a su alrededor por su tamaño? ¿No era porque él era policía y ella tenía algo que ocultar? O tal vez no era el tamaño en absoluto. ¿Quizás estaba nerviosa con Josh porque él podía saber si estaba mintiendo?

—No se lo digas a nadie más, ¿vale? Nos lo dirá cuando esté lista —añadió Meg.

—Bien.

Pero eso sólo desencadenó una docena de nuevas preguntas de las que se sentía obligado a conocer las respuestas. Más que nada, ¿dónde estaba la persona que la había lastimado?

—Yerko, tienes que darme tu palabra de que dejarás esto en paz. Nunca te lo hubiera dicho, pero sé que puedes guardar un secreto.

No podía prometer que no lo investigaría. Era su deber asegurarse de que no estuviera en peligro.

—Me quedaré con lo que encuentre para mí.

Casey se deslizó dentro detrás de Meg.

—Llamé a Vincent y le dije que no irías hoy. Dijo que se está comiendo tu burrito de desayuno. Y quiere saber quién golpea más fuerte, ¿él o Alicia? —ella cruzó sus brazos—. ¿Puedo confiar en que descansarás si nos vamos?

Alicia lo golpeó diez veces más fuerte, y él se aseguraría de darle una paliza a Vincent después por esa pregunta.

—Prometo quedarme en la casa si eso hace que ustedes dos se vayan.

—Bien. Pero tienes que saber que podemos llegar sin avisar más tarde, así que se bueno.

—¿Qué lo hace diferente de cualquier otro día?

La respuesta de Casey fue un fuerte portazo.

Esperó unos minutos para estar seguro de que realmente se habían ido, luego se dirigió a la sala de estar. No iba a estar en la cama todo el día como un maldito inválido. Encendió su televisor de pantalla grande en el canal de ESPN para crear ruido de fondo y luego recogió un libro.

Intentó leer pero su mente seguía volviendo a lo que Meg había contado sobre Alicia. ¿Quizás si le ayudaba a entender que nunca le haría daño, entonces tendría una oportunidad con ella?

Pero Cesar claramente estaba interesado, así que era una idea estúpida. Debían ser los

medicamentos para el dolor los que nublaban su pensamiento y lo hacían sentir muy cansado, aunque su cara se sentía mucho mejor. Apagó la televisión, cerró los ojos y puso su cabeza en la parte de atrás del sofá. Descansaría unos minutos.

El golpeteo de llamada a la puerta de su casa lo despertó. Esa era una pista de que no era alguno de sus parientes agresivos, siempre entraban sin avisar.

—¡Pasa! —gritó, frotándose los ojos.

Le dolía la cara otra vez. Era el momento para más medicina. La puerta se abrió con un chirrido y Alicia entró con tres cajas pequeñas en sus manos.

—Hola. Te he traído algo de cena. Gloria también envió pastel extra.

Miró su teléfono en la mesa de café. ¿Cómo demonios eran las cinco y media? Su hermano lo había drogado, bien.

—Gracias. No tenías que hacer eso.

—No fue... —los ojos de Alicia se abrieron de par en par cuando vio las estanterías de madera de cerezo. Dejando caer su gran bolso y las cajas sobre la mesa de café, cruzó la habitación y pasó sus dedos ligeramente sobre los frágiles lomos de sus libros antiguos—. ¡Vaya! ¿Algunos de estos son primeras ediciones?

Se paró y se acercó a ella, con cuidado de mantener cierta distancia.

—Unos pocos. Pero sobre todo son mis favoritos.

Ella acomodó su cabello rubio detrás de una oreja mientras inclinaba la cabeza para leer los títulos.

—Tienes algunos de Keats.

Odiaba que ella se hubiera ido directamente a eso. Sólo tenía dos, pero probablemente lo hacía parecer un cobarde.

—Son objetos de colección. No soy realmente...

—¿Poético? —Alicia levantó la vista y le sonrió.

—No —sacudió la cabeza.

—Entonces sólo un tipo curioso lleno de preguntas personales, supongo.

Sonrió. Ella era una total contradicción. Un minuto era como si le tuviera miedo, y al siguiente se burlaba de él.

—Me encanta una gran historia. Cuando estés lista, espero que me cuentes la tuya.

—Mi historia no es tan buena —Alicia miró por la ventana, alejándose de su mirada penetrante, y disfrutó de la fantástica vista del lago. La historia de su vida era más como uno de los thrillers psicológicos que tenía en sus estantes—. Gloria dijo que hiciste todo esto tú mismo.

—Sí. ¿Quieres un tour?

Cuando ella se volvió a mirarlo, él ya no la estudiaba como un experimento científico. Si no lo supiera, pensaría que él podría estar interesado en ella. Debía irse, pero realmente estaba impresionada con la casa.

—Bien.

Alicia lo siguió mientras señalaba todas las renovaciones que había hecho en su preciosa casa. No era una cabaña como el exterior sugería, sino una casa hermosa, llena de luz y elegante.

Pasaron por el comedor, que tenía una encantadora mesa de madera perfecta para colocar unas bonitas flores en el centro. La gran cocina había sido remodelada con electrodomésticos de acero inoxidable que rivalizaban con los que usaban los chefs de sus padres. Las relucientes encimeras de granito compensaban la misma hermosa madera de cerezo que había usado en la sala de estar.

Cuando ella se giró para decirle lo impresionada que estaba, él estaba a pocos pasos detrás de ella. Caminaba en silencio para ser un tipo que debía pesar tanto como un jugador de la NFL.

Retrocedió para poner un poco de distancia entre ellos hasta que la parte baja de su espalda golpeó la isla de la cocina.

—Tu casa es extraordinaria, Yerko. Estoy impresionada.

—Gracias —extendió la palma de la mano—. ¿Puedo ver tu mano derecha, por favor?

—Estoy bien. ¿Tienes hambre?

Yerko dio un pequeño paso más y su presión sanguínea se disparó. Pero entonces se detuvo, con la mano aún extendida, esperando que ella cumpliera. No aceptaba un no por respuesta, aparentemente.

Ella se acercó lentamente y puso su mano en la grande y áspera de él.

—No es nada comparado con tu nariz. Todavía me siento muy mal por eso.

Cuando su pulgar se deslizó lenta y muy suavemente, por la palma de su mano lastimada, envió un sensual escalofrío por todo su cuerpo. No tan diferente de cómo su estómago revoloteaba cuando él le sonreía. ¿Por qué tenía que sentirse tan atraída por alguien a quien debía evitar? ¿Habría notado su reacción hacia él?

Su sonrisa pícaro que creció lentamente respondiendo a esa pregunta. La miró fijamente a los ojos mientras su pulgar seguía acariciando la palma de su mano.

—¿Qué tal si te prometo que dejaré de acercarme sigilosamente, y tú prometes que te abstendrás de golpearme? —su sonrisa pícaro se convirtió en una más amplia y sus labios traidores no pudieron evitar seguir su ejemplo.

Asintió mientras lo miraba a los ojos, que brillaban de alegría. Su lado sensible le decía que se fuera y que nunca mirara atrás, pero su toque era muy... agradable.

—Trato...

La puerta principal se abrió de golpe y una pequeña voz resonó en el lugar.

—¿Tío Yerko?

Le dio a Alicia una última caricia en su mano antes de soltarla. Se dio la vuelta y atrapó a la hija de Meg, que se había lanzado sobre él.

—Hola.

La rubia y adorable Heather le dio una palmadita en el pecho.

—No tienes puesta tu camisa de policía. ¿Así que no hay dulces para mí?

¿Así que Yerko guardaba caramelos para Heather en el bolsillo de su uniforme? ¿Qué tan adorable podría ser?

Meg entró con una bolsa colgada en su muñeca y una gran olla en sus manos.

—Está cerca la hora de la cena para comer dulces de todas formas, Heather —Meg puso la olla en la estufa de ocho hornillas y tiró la bolsa de la compra en el mostrador, al lado de la nevera doble incorporada—. Hola, Alicia.

—Hola, Meg. ¿Necesitas una mano?

—No, estoy bien. Voy a guardar algunas cosas en la nevera mientras preparo la cena. Josh y Eric estarán aquí en un minuto. Deberías quedarte.

Eric era un dulce niño que Meg y Josh estaban adoptando. Él había salvado a unos cachorros y a su madre de morir de hambre en la casa de acogida donde había estado viviendo, antes de que Josh lo llevara a él y a los perros a vivir en Anderson Butte. Eric los amaba pero no podía tenerlos a todos en su casa, así que Alicia felizmente aceptó a quedarse con Sherlock.

Ella amaba a Eric y le hubiera gustado quedarse a cenar por él. Pero Josh era un ex agente del FBI que probablemente sentía que también mentía. Lo mejor sería irse antes de que llegaran.

Mientras Meg estaba de espaldas, Yerko sacó del mostrador un paquete de Life Savers de cereza, y luego le pasó uno a Heather, quién sonriendo corrió hacia el sofá.

—Se supone que eres un adulto y deberías ser un buen ejemplo para tu sobrina. No le des caramelos a mis espaldas. ¡Pagarás la factura dental de Alicia si Heather tiene una caries! —aclaró Meg, aún de espaldas a ellos.

La respuesta de Yerko fue una sonrisa engreída. Parecía que ya habían tenido esa discusión antes. Alicia caminó hasta la sala de estar y agarró su bolso, luego recogió su comida para llevar, dejando las cajas de Yerko atrás.

—Adiós, Heather.

La pequeña le envió una dulce sonrisa y un saludo antes de que su atención volviera directamente a alguna princesa de Disney en la televisión. Ella tenía casi tres años y era la niña más linda que Alicia había conocido.

Una punzada directa a su corazón. Spencer también le había robado eso. La capacidad de tener alguna vez una pequeña Heather propia.

—¿No te quedas? —Yerko apareció a su lado.

—Será mejor que vaya a casa y alimente a mi cachorro. Pero gracias de todas maneras.

Caminó junto a ella hacia la puerta.

—Gracias por la cena. Y el pastel —metió las manos en los bolsillos de su sudadera—. ¿Segura que no quieres quedarte?

¿Realmente quería que se quedara? No, sólo estaba siendo educado. O buscando otra oportunidad para seguir indagando sobre su vida.

—Gracias, pero no. Espero que te sientas mejor pronto, Sr. Entrometido.

—Espero que tu mano se sienta mejor también, Bruce Lee.

Se rio mientras bajaba las escaleras de la casa. Podía sentir que la observaba. Sólo antes de doblar la esquina miró por encima del hombro y él seguía de pie en la puerta mirándola, le envió otra sonrisa y luego levantó una mano.

¿Podría estar con un hombre como Yerko y aun así guardar su secreto? ¿En qué estaba pensando? Le acababa de romper la nariz. Sería la última persona con la que él querría estar. Además, cualquier hombre que rechazara los rollos fáciles de una noche y se tomara el tiempo de hacer su casa tan bonita era probablemente del tipo que quería una esposa e hijos para llenarla. Algo que ella nunca podría volver a ser o darle. Debería limitarse a pasar su tiempo libre con Sherlock y olvidar lo bien que se sintió su toque.

Mientras abría la puerta y escribía el código de su sistema de seguridad, sonó su celular. Lo sacó de su bolso y revisó la pantalla. No reconoció el número.

—¿Hola? —una respiración suave sonaba en su oído—. ¿Hola? —repitió.

Entonces la línea se cortó.

Su corazón se agitó. No podía estar sucediendo de nuevo. Spencer era un genio de la informática, si hubiera tenido acceso a... No. Sólo se trataba un número equivocado. Todas sus facturas tenían la dirección de la casa de sus padres, por si acaso.

Estaba siendo paranoica, eso era todo.

Conseguiría un nuevo número por la mañana, sólo para estar segura, no podía pasar de nuevo por lo mismo.

Yerko esperó quince minutos en la rampa de botes a que Alicia apareciera para su carrera matutina antes de rendirse. Tal vez había decidido saltárselo.

Puso su lista de canciones favoritas en el teléfono atado a su brazo y se fue por el camino pavimentado. No había durado ni una canción completa antes de que el dolor en su cara se volviera insoportable, obligándolo a detenerse. Cada paso que daba, le daba un golpe fuerte en la nariz, no valía la pena seguir así. Las píldoras para dormir del día anterior ya no eran una alternativa para él, así que sólo había tomado algunas aspirinas antes. Luego lo compensaría con una carrera más larga.

Caminando hacia la casa para desayunar antes del trabajo, recordó que se le había acabado la avena, así que cambió de dirección y se dirigió a la tienda.

Una vez dentro, se deslizó por la sección de ferretería hacia los pasillos de comida y vio una familiar cabeza de cabello rubio. Alicia se encontraba en el quiosco telefónico hablando con Fred, el dueño bajito y regordete que siempre hacía de Santa en la fiesta de Navidad del pueblo. Además de tener el físico adecuado, Fred lucía una larga barba blanca que se movía cuando hablaba con Alicia mientras señalaba un móvil en su mano. Cuando Fred miró a Yerko, levantó su mano en saludo, así que se acercó a ellos, y cuando estuvo a unos metros de distancia, se puso las manos en la boca y anunció:

—Sheriff Anderson pide permiso para acercarse a la Doctora Carter.

Alicia giró la cabeza sobre su hombro y puso los ojos en blanco.

—Muy gracioso, Yerko. Permiso denegado —se detuvo en su camino. No había contado con que ella dijera eso. Alicia se giró y sonrió—. Sólo estaba bromeando.

—Oh.

Fred se rio.

—No puedo culparte por eso después de lo de ayer, Yerko. La dama da un buen puñetazo, ¿eh? — luego se dirigió a Alicia—. Te arreglé todo con tu nuevo número y transferí todos tus contactos. Pero me di cuenta de que el número de tu novio no estaba ahí, así que lo añadí para ti.

¿Fred estaba hablando de Cesar?

—No tengo novio —frunció el ceño.

Fred señaló a Yerko.

—¿Y cómo llamas a este tipo? Se dice en todo el pueblo que ustedes dos son el nuevo objeto de interés. Gloria dijo que compartiste la cena con él dos noches seguidas —le guiño un ojo—. Es difícil guardar secretos por aquí, Alicia —se rio y se fue.

—Gloria tiene buenas intenciones, pero también una gran boca —acotó Yerko.

Alicia respiró profundo mientras guardaba el teléfono nuevo en su bolso.

—Es la tercera persona que hoy lo menciona. Cuanto más protesto, más creen que es verdad. Me tengo que ir. Que tengas un buen día.

Mientras ella caminaba hacia la puerta, él la alcanzó. ¿Por qué estaba consiguiendo un nuevo teléfono?

—¿Cambiaste tu número para evitar las llamadas de tu nuevo novio?

—Sí, últimamente te has vuelto demasiado necesitado. Creo que deberíamos romper. Tal vez en la cafetería esta noche, para que Gloria pueda verlo en vivo.

Yerko le abrió la puerta y esperó mientras ella pasaba junto a él.

—¿Y si no quiero romper?

—¿Qué? —Alicia se detuvo.

—Bromeo. Sé que es a Cesar a quien tienes en la mira —sonrió ante la confusión en su cara.

Alicia sacudió la cabeza y caminó hacia su consultorio.

—Cesar es un buen hombre y todo eso, pero realmente no es mi tipo. Además, he decidido que prefiero concentrarme en mi práctica antes de empezar a salir de nuevo.

¿Así que no estaba interesada en su hermano después de todo? ¡Genial! Aunque eso no significaba que Cesar no estuviera todavía interesado en ella.

Maldición.

Sin embargo, nunca respondió a la pregunta sobre el número de teléfono.

—¿Así que, a quién tratas de evitar?

—¿Desde cuándo se ha interesado en la charla ociosa, Sr. Parlanchín? —apartó sus ojos de él y aceleró el paso.

Desde que llegar al fondo del misterio conocido como Alicia se convirtió en todo un reto.

—¿Quizás me es más fácil hablar contigo que con la mayoría?

Su frente se arrugó y sus ojos se encontraron con los de él.

—¿Es eso una frase para ligar, Sheriff?

—No lo necesito. Ya eres mi novia. Pregúntale a cualquiera en el pueblo —sus ojos se iluminaron con diversión y sonrió, esperando silenciosamente su respuesta.

Tara soltó un largo suspiro.

—Conseguí un nuevo número gracias a todas las organizaciones benéficas. Tratas de ser amable y dar, y luego se convierten en pirañas —su respuesta pareció salir de su boca como si fuera practicada.

Al llegar a su consultorio buscó las llaves dentro de su gran bolso y tanteo la lata de spray de pimienta que siempre llevaba atada dentro.

—¿Quieres hacerte otra limpieza en los dientes? Porque de lo contrario no sé para qué me seguiste.

—Negativo —sacó su teléfono de la correa de su brazo—. Tenía que conseguir tu nuevo número.

Su mano se detuvo a mitad de camino antes de alcanzar la cerradura y sus ojos se encontraron nuevamente con los de él.

—¿Por qué?

—En caso de que alguien tenga una emergencia dental.

O, para que pudiera rastrear su teléfono en el futuro, en caso de que fuera necesario.

—¿Prometes llamar menos veces de las que has salido con chicas del pueblo? —preguntó, mientras giraba la cerradura.

Burlándose de él otra vez. Le gustaba eso de ella.

—Lo intentaré —hizo una cruz contra su pecho—. Honor de explorador.

—Bien.

Ella le dictó el número.

Zeke, el manitas del pueblo, apareció. Era un hombre de setenta años, tan alto y delgado que hacía que Yerko quisiera comprarle comida cada vez que lo veía.

Zeke asintió.

—Buenos días, ustedes dos. Alicia, pensé en arreglar esa silla antes de que abrieras el negocio — luego se volvió hacia Yerko—. Así que es verdad, ¿eh? ¿Finalmente has renunciado a esa tonta regla tuya de no salir con chicas del pueblo?

Yerko abrió la boca para decir algo, pero Zeke ya había entrado.

Alicia se rio.

—En serio, si esto de “nosotros” se pone peor, deberíamos crear un plan de ruptura pública. Adiós.

Esperó a que la puerta de cristal se cerrara antes de dar con el número que acababa de añadir a su teléfono y llamar. Alicia echó un vistazo a su móvil, luego se dio la vuelta y le frunció el ceño a

través de la puerta de cristal mientras levantaba el teléfono junto a su oreja.

—¿Esta es tu idea de llamarme menos?

—A diferencia de ti y tus muchas reglas telefónicas, puedes llamarme cuando quieras. Especialmente si te sientes insegura. De día o de noche, Alicia —presionó “fin” en la pantalla del teléfono y se alejó antes de que ella pudiera responder.

Eso debería darle algo en qué pensar. Acababa de demostrar que podría mantener una conversación cuando hacía el esfuerzo. Tal vez intentaría hacer eso más a menudo. Especialmente con ella.

Sonriendo, se dirigió a la tienda para comprar su avena.

Alicia se quedó mirando fijamente el teléfono en su mano, debatiendo por qué razón estaba más molesta. Si por haberle colgado, o por parecer estar husmeando en sus asuntos personales. Odiaba que le colgaran el teléfono. Pero sería peor que sospechara de sus mentiras y se dedicara a investigar su vida.

Y definitivamente había estado coqueteando con ella. ¿No es así? Extrañamente, a ella le gustaba. Era divertido cuando se lo proponía. Y Veronica tenía razón, estaba muy bueno.

Se deslizó detrás de su escritorio y encendió su computadora mientras Zeke golpeaba algo en la otra habitación. Tal vez debería comprar nuevas sillas de examen en lugar de tener que repararlas una vez a la semana. Podría recurrir a su fondo fiduciario. Había más dinero ahí de lo que ella podía gastar.

Pero si comprara sillas nuevas se perdería sus sesiones semanales de chismes con Zeke, siempre estaba feliz de darle la primicia sobre todos los residentes de Anderson Butte. Tal vez le preguntaría algunas cosas sobre Yerko.

Mientras esperaba a que se cargara su programa, garabateó un recordatorio en una nota adhesiva para llamar a su madre más tarde. A esa hora aún estaría durmiendo y un mensaje de voz sobre un cambio de número de móvil activaría todo tipo de alarmas.

Afortunadamente, ella tenía planeada la excusa que le diría a sus padres para respaldar el cambio de teléfono, mucho antes de que Yerko le preguntara sobre ello. Aunque no pareció convencerlo del todo.

Las campanillas de la puerta principal sonaron, señalando la llegada de Veronica. Alicia miró el reloj de su pared y sonrió, había llegado temprano por una vez. Veronica irrumpió en la oficina hecha un cumulo de colores brillantes que pronto se escondería detrás de una bata blanca.

—¡Vine temprano para escuchar todos los detalles sobre ti y Yerko!

Las esperanzas de Alicia de una futura puntualidad de su asistente se desvanecieron rápidamente.

—No pasa nada entre nosotros.

Veronica se lanzó en la silla libre al otro lado del escritorio.

—Gloria dijo que comió contigo el martes por la noche y que le llevaste la cena anoche —cruzó los brazos y respiró hondo como una niña petulante.

Alicia retuvo el impulso de gritar. Gloria pareció haber convocado una reunión del pueblo para notificarles a todos de sus hábitos alimenticios.

—En primer lugar, me pediste que le devolviera las gafas de sol porque no querías verlo. ¿Recuerdas? Y luego te dije ayer lo mal que me sentía por romperle la nariz, así que recogí su cena mientras pedía la mía. La dejé de camino a casa. No me quedé a comer con él.

Aunque por la forma en que le tomó la mano y le sonrió pudo haberla convencido de quedarse si Meg no hubiera aparecido, pero eso no importaba, así que se guardó ese pequeño dato para sí misma.

—Oh —Veronica parpadeó ante la nueva información—. Entonces, ¿es sólo una ilusión por parte de Gloria?

Alicia se encogió de hombros.

—Supongo. Ahora olvidemos todo esto y preparémonos. Tenemos una agenda muy apretada hoy, y tendrás que ser muy amable. ¿Entendido?

—Bien —se levantó lentamente de la silla—. Supongo que no podría culparte si lo de Yerko fuera cierto. Es tan guapo, aunque no pueda mantener una conversación decente. Imaginé que necesitaría una mujer como tú para que finalmente plante la cabeza.

Alicia se levantó y se metió en su bata.

—¿Mujer como yo?

—Perfecta y bonita —puso los ojos en blanco y se dirigió a la sala de observación, así que Alicia la siguió—. La mayoría de las mujeres te odiarían al instante por eso, excepto que lo haces muy difícil porque eres amable. Aunque me duele un poco que Yerko haya cenado contigo. Por muchas veces que me he ofrecido, nunca ha aceptado cenar conmigo —agarró una bandeja y empezó a prepararse.

—Estoy lejos de ser perfecta, y tengo más defectos de los que tú crees, Veronica —frunció el ceño mientras ayudaba a preparar la habitación, buscando razones para que se sintiera mejor—. Yerko se quedó a tomar contigo en Brewster la otra noche. Eso tiene que contar para algo, ¿verdad?

—Sí, eso es cierto, supongo —sus labios se curvaron en una lenta y linda sonrisa—. Así que saquemos a esos malditos Grant de aquí esta mañana tan rápido como podamos. Así podremos tener una tarde agradable.

Alicia cerró los ojos y suspiró. Al parecer iba a ser un día muy largo.



Yerko pensó que realmente lograría pasar su primer día entero sin una llamada de allanamiento, pero a las cuatro y cuarenta y cinco su radio emitió un graznido, llamándolo a la calle. Cerró su oficina y se fue.

Cuando llegó a la casa de su padre, caminó hacia el patio trasero. Billy Grant tenía su tractor Bobcat encendido y listo para dar su primer mordisco al jardín de la madrastra de Yerko.

Su padre, Mitch, y su madrastra, Madelein, estaban cerca. Su padre evitaba que su furiosa esposa le arrancara los ojos a Billy con sus letales uñas. Madelein parecía una versión más joven y enojada de Dolly Parton.

—¡Maldita sea, Yerko! —gritó Mitch—. Mételo en la cárcel y que sea un ejemplo para el resto del pueblo. ¡Esto nunca va a terminar si sigues dejando a la gente libre de culpa!

Yerko se acercó al Bobcat, alcanzó la llave y lo apagó. De niños, Billy también había jugado al fútbol con él y era un buen amigo.

—¿En qué demonios estás pensando? —le preguntó.

—Pensé que se irían por mucho más tiempo —Billy sonrió—. La Sra. Beechum dijo que fueron a Denver y que no se esperaba que volvieran hasta más tarde esta noche. Llegaron a casa temprano.

Yerko se pasó una mano por la cara buscando paciencia.

—¿Qué te hizo pensar que esa caja estaría aquí?

—Este sería el lugar más lógico para buscar. Esta ha sido siempre la casa del alcalde, incluso antes de que las calles fueran pavimentadas, y aquí es donde el jardín con todas sus filas rectas ha estado siempre. Me parece el lugar perfecto para enterrar esa mina de oro.

—La nota decía que la receta y el mapa estaban enterrados en la base de algo que proporcionaba sombra y refugio. ¿Cómo lo haría eso un jardín?

Billy frunció el ceño.

—Oh sí. Olvidé esa parte —encogiéndose de hombros, encendió su Bobcat—. Nos vemos por ahí.

—¡Presentaré cargos! ¡No lo dejes ir! —gritó Mitch.

—Yo me encargaré de mi padre. Saca tu trasero de su propiedad. ¿Nos vemos el viernes por la noche para el póquer?

—Por supuesto, amigo.

Yerko esperó hasta que Billy se perdiera con el Bobcat por la calle principal antes de volver con su padre y con Madelein, que estaban de pie con los brazos cruzados, mirándolo fijamente.

—No hay daño, no hay falta.

—Tienes suerte de que no me haya desenterrado las zanahorias o te habrías arrepentido, Yerko —refutó Sue. Se puso sus tacones de aguja y cerró la puerta trasera con fuerza detrás de ella.

Los ojos de su padre se entrecerraron.

—¿Qué te pasa últimamente, Yerko? ¿Por qué te niegas a poner fin a esta tontería?

—Porque es justo eso, una tontería. Y hasta ahora, nadie ha sufrido ningún daño —era un buen momento para contarle a su padre sobre sus planes—. Pero ya que no estás de acuerdo, sigue adelante y busca un nuevo sheriff. Especialmente ahora que he solicitado trabajos en Denver.

El rostro de su padre se tiñó de rojo.

—Eso no sucederá. Hemos tenido un Anderson como sheriff desde que este pueblo fue fundado por mi bisabuelo. ¡Te vas a quedar y no quiero oír ni una palabra más sobre ello! —cruzó los brazos sobre su gran pecho.

—Si consigo la oferta de trabajo adecuada, me voy. Siempre has estado sobre mí para que me establezca y tenga hijos que lleven el nombre de Anderson. Eso no pasará nunca estando aquí. Deberías estar feliz de que me esté mudando.

Antes de que su padre pudiera refutar una vez más, Yerko se dio la vuelta y se fue.

—Esto es por Sarah, ¿no? Te vas por ella, ¿verdad? Si la quieres tanto, sé un hombre y ve a robársela a Ed —gritó.

¿Ser un hombre? ¿Romper el matrimonio de Sarah? ¿Y luego qué? ¿Obligarla a amarlo? Se negaba a dejar que lo presionara, así que siguió caminando.

Su padre le decía constantemente que actuara como un hombre desde que estaba en la escuela secundaria. Para que se defendiera, para que luchara contra los matones en la escuela, y usara su tamaño para tomar lo que quisiera en la vida. Pero nunca estuvo de acuerdo con él. Le gustaba usar su cerebro y no su fuerza para conseguir lo que quería, a diferencia de su padre, que era del tamaño de un oso pardo. Por esa razón nunca había sido capaz de complacerlo.

Caminando hacia su oficina, Yerko casi consideró buscar la maldita caja enterrada él mismo, sólo para hacer que todo se detuviera.

En la plaza del pueblo sus sobrinos jugaban al béisbol con su futuro sobrino, Eric. Verlos reír y divertirse le levantó el ánimo.

Si tuviera que salir con un montón de extrañas hasta encontrar la adecuada para compartir su vida y tener unos cuantos chicos divertidos como ellos, lo haría. Quería lo que Meg estaba consiguiendo. Una familia de verdad, no la que tuvieron. De niño, le encantaba pasar tiempo en casa de amigos que tenían padres que claramente se preocupaban por ellos. No como su familia disfuncional. Tenían una madre llena de secretos que resurgieron después de su muerte y un padre rudo que parecía no querer a nadie más que a Madelein.

Una pelota de béisbol perdida rodó frente a las botas de Yerko. La recogió y la lanzó de regreso.

—Necesitamos a un cuarto, tío Yerko. ¡Estás en mi equipo! —gritó Caleb.

—¡De ninguna manera! ¡Está en mi equipo! —refutó Ty.

Tenía un montón de papeleo que hacer, pero ya eran más de las cinco. Entraría un poco más temprano en la mañana.

—Veamos quién puede ser el primer bateador en llegar a los veinte.

Los chicos le dieron un bate antes de cruzar el parque.

—¡Golpee esta, Sheriff! —gritó Eric.

—¡Estoy listo!

Eric le lanzó la pelota con fuerza y Yerko la bateó, enviándola a lo lejos.

Después de media hora de intensa competencia, cada impacto lo sentía en su cara dolorida, Yerko quiso parar, pero los chicos se estaban divirtiendo tanto que no tuvo el corazón para dejarlos. Entonces, por el rabillo del ojo, vio una larga limusina negra que se detenía en la acera.

Llamó a un tiempo muerto. Los chicos se quejaron, así que declaró un empate y los mandó a todos a casa. Luego se dirigió hacia la limusina.

Una ventana oscura se deslizó hacia abajo y una mujer de aspecto ligeramente familiar, probablemente de unos cincuenta años, asomó la cabeza.

—Hola, oficial. ¿Puede ayudarnos, por favor?

Un hombre que estudiaba un montón de papeles en sus manos se sentaba a su lado.

—Feliz de hacerlo.

—Estamos aquí para ver a nuestra hija. Es la nueva dentista de la ciudad. ¿Puede decirnos dónde está su consultorio?

¿La madre de Alicia? Por eso le resultaba familiar. Levantó una mano en dirección al lugar.

—Está justo ahí.

Los ojos de su madre se entrecerraron.

—No será por casualidad el sheriff, ¿verdad? ¿Con el que está saliendo Alicia?

¿Le había dicho a sus padres que estaban saliendo y aun así parecía molestarle que todo el pueblo lo pensara? El misterio de Alicia se volvía cada vez más interesante. Tal vez si le seguía la corriente a su madre averiguaría algunas cosas.

Le mostró una gran sonrisa y le extendió la mano.

—Sí, señora. Yerko Anderson. Encantado de conocerla.



Alicia cerró por el día, preocupada de que por primera vez Zeke no pudiera arreglar la parte que se había estropeado en su segunda silla odontológica. Ella cerraba los viernes, así que Zeke tenía el fin de semana para trabajar en ello.

Había tenido el día más ocupado desde que se mudó a Anderson Butte, y le encantó. De regreso a su casa vio una limusina familiar. Eran sus padres y Yerko estaba hablando con ellos.

¡Mierda! Había estado tan ocupada que se había olvidado de llamar a su madre. Seguramente la había llamado y al descubrir que su número estaba desconectado entraron en pánico.

Cruzó la calle justo cuando Yerko sonreía y le extendía la mano. Su increíble día se había convertido en su peor pesadilla.

Se paró al lado de Yerko.

—Hola, nena. Mira quién está aquí.

¿Nena? ¿De qué se trataba?

—Hola, madre. Esto es una sorpresa —se inclinó y miró dentro—. ¿Los dos? Esto es una gran... sorpresa.

Su madre irradiaba una brillante sonrisa.

—Sí, y tu padre y yo nos encontramos con tu nuevo novio aquí.

Mierda. Mierda. ¡Mierda!

Él la miró fijamente a los ojos, esperando que ella hiciera el siguiente movimiento. Maldición. ¿Sus padres se acordarían de llamarla Alicia? ¿Estaba su secreto a punto de ser revelado?

Necesitaba calmar su pánico interno, no podía darle más razones de sospecha a Yerko.

—Él no es realmente... Quiero decir, que hay algo más en la historia... —su mente se revolvió sin saber qué decir con Yerko parado ahí, sonriéndole—. ¿Qué hacen aquí? —preguntó mientras se ponía un mechón de cabello caído detrás de la oreja.

—Sólo pensé que... —los ojos de su madre se abrieron de par en par—. ¿Qué le pasó a tu mano, cariño?

¿Podría ser más embarazoso?

—Yo golpeé... —ella lanzó su pulgar en dirección a Yerko—. A él. Pero...

Antes de que pudiera explicarlo, su padre salió del auto y marchó hacia ellos. Tomó su mano y examinó el daño, entrecerró sus ojos antes de dirigirse a Yerko.

—¿Qué hiciste para que te golpeará?

Puso su mano en el brazo de su padre.

—No es lo que piensas, papá —ella forzó una sonrisa—. Yerko me sorprendió y yo exageré. Puedes entender cómo pudo pasar eso, ¿verdad?

Mantuvo una mirada seria hasta que la comprensión pareció reemplazar su ira.

—Las mujeres jóvenes tienen que ser muy cuidadosas en estos días. Supongo que tu cara pagó el precio.

Yerko asintió en acuerdo.

—Es mi culpa. La asusté.

Cuando la madre salió del auto y se unió a ellos, el padre extendió la mano hacia Yerko.

—Deberíamos empezar de nuevo. Encantado de conocerte, Yerko. Esta es la madre de Alicia, Javiera, y yo soy Joe Mc...

Alicia le dio un codazo en las costillas para cortarles antes de que dijera su apellido. No quería darle a Yerko más municiones para fisgonear.

—Qué gran lugar tienen aquí. Puedo ver por qué Alicia lo eligió —agregó, tratando de disimular.

Su padre le guiñó un ojo, obviamente orgulloso de haber recordado llamarla Alicia. Probablemente no duraría mucho tiempo. Necesitaba que sus padres estuvieran escondidos en algún lugar fuera de las garras del pequeño pueblo entrometido.

—Así que, si nos disculpas, Yerko, llevaré a mis padres al hotel para que se instalen.

—¿Cuánto tiempo piensan quedarse? —preguntó sin perder la oportunidad.

Alicia contuvo la respiración, esperando la respuesta.

Por favor, digan que sólo una noche.

—Tenemos un evento de caridad mañana por la noche en Denver, así que será una entrada y salida rápida —respondió Javiera.

¡Gracias a Dios!

Mientras sus padres volvían a subir al auto, Yerko se acercó al oído de Alicia y le susurró.

—Todo el hotel está reservado hasta el próximo fin de semana. Por el corredor que ibas a... mirar ayer.

Su aliento cálido envió un cosquilleo por todo su cuerpo, provocándole una sacudida erótica. Ignorando su desubicada y confusa lujuria por él, buscó una solución en su mente. Sólo tenía dos habitaciones y una era una oficina. Sus padres podrían tomar su cama y ella podía dormir en el sofá. Eso funcionaría. ¿Pero qué hay del resto?

—Entonces, ¿eso significa que el restaurante del hotel está cerrado al público también?

El hotel tenía un chef de cinco estrellas, como sus padres estaban acostumbrados en casa.

Yerko asintió.

—La cafetería de Gloria es la única opción.

—No quiero ofender a Gloria, pero mis padres no son... gente de comer en sitios así. Y siento lo del “novio”. Te explicaré todo eso más tarde. Después de que averigüe qué darles de comer para la cena.

—Asar algo a la parrilla es bastante fácil.

—Yo... no sé cómo hacer una parrilla. O cocinar.

—¿Cómo es posible? —parpadeó confundido—. ¿Qué comes?

—Muchas ensaladas. Y sándwiches. Aprender a cocinar comida de verdad es lo siguiente en mi lista de tareas.

—¿Lista de tareas?

—Nunca aprendí a hacer ciertas cosas porque crecí con... —señaló hacia la limusina—. Eso. Y cuando me casé, no tuve que cocinar porque mis padres nos contrataron un chef como regalo de bodas.

Las cejas de Yerko estaban tan elevadas que casi se les unían con la línea de su cabello.

Maldición. ¿Por qué había mencionado a Spencer?

Porque la visita sorpresa de sus padres la había sacado totalmente de su juego, por eso. Y porque algo en él parecía tentarla siempre a decir la verdad.

¿Pero qué iba a hacer con sus padres en la cena?

Una visión de la cocina de Yerko con su equipo profesional de repente llenó su mente.

—¿Sabes cocinar? —le preguntó.

En tiempos desesperados, las medidas desesperadas nunca habían sido un dicho más verdadero.

Yerko cruzó los brazos.

—Sí.

Se quedó en silencio, esperando que él entendiera el trasfondo de la pregunta. En lugar de eso, se quedó ahí parado con una pequeña sonrisa en su cara. Claramente estaba disfrutando de eso e iba a hacerla rogar.

—¿Considerarías cocinar para nosotros esta noche? Con eso te debería un gran favor. Tal vez incluso te daría mi riñón izquierdo.

—¿Qué clase de favor? —sus labios se curvieron en una lenta y hermosa sonrisa.

—Cualquier cosa, excepto desnudarme ante tus ojos.

Se rio.

—Supongo que tendré que conformarme con otra cosa entonces. Pero siéntete libre de cambiar de opinión. Siete en punto. ¿Algún alimento a evitar?

La idea de desnudarse para Yerko le dio una sacudida en todo el cuerpo otra vez. Esperaba que sus ojos no la delataran. Necesitaba concentrarse en la comida.

—No. Les gusta casi todo —pedirle que usara sólo los mejores ingredientes le haría parecer una idiota, así que se arriesgaría—. Y por favor, pon todo a mi cuenta en la tienda —comenzó a alejarse.

—¿No te olvidas de algo?

Tara se giró y él estaba justo delante de ella.

—Probablemente deberías darle un beso de despedida a tu novio, por el bien de tus padres —añadió.

No había sido besada por nadie desde Spencer, y su cuerpo se tensó automáticamente. Sería sólo un beso. En cualquier momento tendría que volver a tener su primera vez, ¿por qué no ahora? Lo tomaría como un avance, marcando otra casilla en su lista de recuperación. ¿Quién mejor que un hombre seguro como el sexy sheriff para hacerlo? No salía con chicas locales, así que no quería nada más de ella.

—Bien —acercándose a él, Alicia cerró los ojos.

Su gran mano le rozó lentamente la mejilla antes de pasar sus dedos por su cabello, acercándola. Mientras su olor, especiado como la madera y todo masculino llenaba sus sentidos, sus manos automáticamente fueron a su duro pecho en defensa. Cuando el pánico familiar comenzó a surgir por lo que Spencer le había hecho, ella se obligó a controlarlo, negándose a ceder al impulso de alejarlo.

Yerko le dio un suave beso en la frente.

—¿Qué tal si lo dejamos para cuando estés lista?

Abrió los ojos con un parpadeo.

—No... Yo... te quiero... a ti.

Ella no sabía qué demonios quería de él.

—¿Entonces por qué estás a punto de arrancarme los bolsillos de la camisa, Alicia? —le susurró.

—Oh. Lo siento —aflojó su agarre, pero dejó sus manos en su pecho, sintiendo el rápido golpeteo de su corazón que desmentía su amable acción—. Supongo que también debo agregar el recordar cómo besar a mi lista de cosas por hacer.

Dios, ¿qué tan patética puede ser?

Por mucho que quisiera un beso de verdad, quería que confiara más en él. Yerko buscaba en su mirada respuestas que no estaban allí. Quería darle una paliza a aquel que la hirió tanto como para que temiera a un simple beso.

—¿Qué tenemos aquí? —la voz de su hermano interrumpió la conexión de sus miradas—. Así que los rumores son ciertos sobre ustedes dos, ¿eh? ¿Apoderándote de mi territorio, Yer?

Alicia se dio la vuelta para enfrentar a Cesar.

—¿Qué se supone que significa eso? ¡No soy el territorio de nadie!

Así que Alicia tenía un carácter duro. Interesante.

Cesar levantó ambas manos en rendición.

—Sólo cumplía con mi deber de hermano mayor de hacerle pasar un mal rato a Yerko. No quise ofenderte. Por supuesto que no eres territorio de ningún hombre. Me disculpo.

Qué charlatán.

Alicia frunció el ceño mientras miraba de un lado a otro entre ellos, como si debatiera si Ben decía la verdad.

—Bien. Disculpa aceptada.

Puso toda su atención en Yerko a continuación, preparándose para descargar toda la furia que probablemente se merecía por besarla en la plaza del pueblo, aunque sólo fuera en la frente.

Sin embargo, su cara se suavizó y su voz se volvió tranquila.

—Estaremos allí a las siete. Llevaré el vino que les gusta a mis padres. Gracias de nuevo —le envió una débil sonrisa—. Por todo.

Cuando Alicia se acercó a la limusina, un chofer mayor y uniformado salió y abrió la puerta. Se deslizó en el auto junto a su madre y se dirigieron hacia su casa.

—¿Qué diablos fue eso? —preguntó Cesar.

—Tú siendo un imbécil —comenzó a cruzar el césped de camino hacia la tienda.

—¿Yo? Pues no soy el que va por ahí besando a las mujeres con las que has pedido salir... oh, espera. Eso sería imposible porque nunca invitás a nadie a salir por aquí.

—Lo que sea.

Por eso nunca hablaba de su vida amorosa con nadie. Especialmente con su hermano y sus hermanas.

Cesar se rio mientras ambos se acercaban a la puerta de la tienda. Yerko extendió la mano y la abrió de un empujón.

—¿Qué te pasa, Yer? La abuela tiene razón. Últimamente has estado muy...

Yerko soltó la puerta dejando que se cerrara de golpe en la cara de su hermano, luego agarró un carrito y comenzó a tirar ingredientes en la canasta.

Cesar lo alcanzó con su propio carrito a mano, pero afortunadamente se mantuvo en silencio mientras subían y bajaban por los pasillos, llenando sus carritos de la compra.

Después de que se fueron, caminaron lado a lado hacia sus respectivas casas, sin hablar.

Yerko no podía soportar más el silencio, y eso no era propio de él.

—Sé que la invitaste a salir primero. No quise cruzar la línea. Simplemente... sucedió —y se sentía fatal por ello—. Me retiraré.

Pero él no quería retroceder, maldita sea. Quería a Alicia.

Sin embargo, la familia era lo primero. Siempre.

Cesar se encogió de hombros.

—Después de ver cómo te miraba en la clínica ayer, entendí que la mujer claramente tiene mal gusto.

Los labios de Yerko se curvieron antes de que pudiera detenerlos.

—¿Tal vez te estás haciendo viejo o algo así?

—¿Ahora quién es el imbécil? —Cesar se detuvo—. Mi avanzada edad me ha dado siete años más de experiencia en citas, y puedo ver que a Alicia le gustas. Te estaba buscando antes para decirte que no pierdas la oportunidad con ella. Y para recordarte que rompas esa ridícula lista mental de requisitos para la mujer perfecta. ¡Esa mujer no existe! —se giró para irse en otra dirección, y luego gritó—. Trata de tener conversaciones reales a veces, si quieres mantenerla a tu

lado más tiempo que al resto de la gente. Adiós, cabeza hueca.

—Nos vemos más tarde.

Yerko caminó por su entrada, aliviado de que las cosas con Cesar volvieran a la normalidad otra vez. Seguiría el consejo de su hermano y trabajaría para hablar más mientras intentaba obtener información de los padres de Alicia.



Después de que instalara a sus padres y sus seis maletas para una sola noche en su habitación, organizó el alojamiento para el chofer, Jimmy, en un hotel a quince millas de distancia en el siguiente pueblo del sur, y luego lo envió a su camino. El hotel formaba parte de una cadena popular, perfectamente bien para cualquiera que no sea su madre, de lo contrario los habría enviado a ambos allí también.

Se escabulló a su patio trasero para llamar a Yerko.

—Hola —contestó.

—¿Todo bajo control? ¿Necesitas ayuda con algo?

—No.

—Um, ¿estaría bien si llevo a mi cachorro? Está todo incómodo porque mis padres aparecieron de la nada.

—¿Incómodo?

—A Sherlock le gusta su rutina. No sé qué haría si lo dejo solo en casa.

—Ok.

—¿Siempre hablas así por teléfono? ¿Con respuestas de una sola palabra?

—Sí.

Alicia sonrió, decidida a hacerle pronunciar una frase completa.

—Por el bien de mis padres y para mantener la artimaña de que eres mi verdadero novio, dime algo que deba saber de ti.

Estuvo tanto tiempo en silencio que pensó que se había cortado la llamada.

—No me gusta hablar por teléfono —dijo finalmente.

Ocho palabras. Lo aceptó.

—Eso ya lo había averiguado antes. ¿Algo más?

—Soy un excelente cocinero. Pero las cosas se van a quemar si no dejas de hacerme preguntas.

Riéndose, ella cedió.

—Está bien. Estaremos allí en un momento. Gracias por hacer esto, Yerko. Realmente... lo aprecio.

—Por nada —colgó.

No hubo una despedida, sólo silencio. También había colgado la última vez sin decir adiós. Tal vez le hacía eso a todos. ¿Entonces no debería ofenderse?

Su teléfono sonó de nuevo. Era él.

—¿Hola?

—Debí haberme despedido. Me han dicho que es un mal hábito mío.

—Sí. Es difícil mantener a las novias felices cuando les cuelgas todo el tiempo.

—Trabajaré en eso. Mi nariz rota muestra lo fuerte que golpeas. Adiós, Alicia.

Fueron tres frases enteras. Tal vez había esperanza para el hombre todavía.

—Adiós, novio falso —ella colgó rápidamente.

Sacudiendo la cabeza y sonriendo, agarró la correa de su perro y se la puso al excitado cachorro.

—En cuanto a tus malos hábitos, hombrecito, no saltes sobre mi madre, ¿me oyes? Sé un buen chico y cuida tus modales.

La cola de Sherlock se movía en respuesta mientras se acercaba a la puerta, casi arrastrando a Alicia. Le encantaba salir a pasear. Una vez dentro, el cachorro se dirigió directamente a Javiera. Usando su voz más severa, Alicia le tiró de la correa.

—¡Siéntate!

Sherlock se puso tieso antes de detenerse en su camino y dejar caer su trasero. La expresión confusa de su carita por su tono áspero, le conmovió el corazón.

—Buen chico.

—Es bastante lindo, supongo —la madre de Alicia trató de ocultar su disgusto por un perro en la casa, pero su nariz seguía arrugada—. ¿Qué harás con él mientras comemos?

¿Él? Empezó a recordarle a su madre que su nombre era Sherlock, pero escoger sus batallas parecía más prudente. Se acercaba una larga noche.

—Nos acompañará —Alicia ignoró la mortificación en el rostro de su madre—. Ustedes no tenían que vestirse tan elegantemente. Sólo vamos a la casa de Yerko. ¿Les gustaría cambiarse?

Su madre llevaba algo adecuado para una cena formal y su padre se veía guapo con su traje oscuro y su corbata roja.

—Uno siempre debe vestirse para la cena, Melissa. ¿Tal vez tú deberías cambiarte? Seguramente querrás lucir lo mejor posible para Yerko.

Su padre puso los ojos en blanco. Era más feliz cuando estaba vestido para su juego de golf.

—Melissa se ve bien, Javiera. Déjala en paz.

—Recuerden que soy Alicia para ustedes. Y a Yerko no le importará. Es un tipo casual y tranquilo.

—Sería un buen cambio con respecto a nuestros compañeros de cena habituales —murmuró el padre, y se ganó un golpe de su esposa en el brazo.

Alicia reprimió su sonrisa.

—Vámonos.

Cualquier hombre que cocinara para sus padres y la dejara llevar su cachorro alborotado a su casa recién remodelada sin dudarle, obtenía puntos extra. Tal vez ella y Yerko podrían terminar siendo amigos después de todo.

Tara agarró el vino y cerró con llave la puerta principal.

—¿Adónde fue Jimmy? —preguntó Joe.

—Lo envié a un hotel en el siguiente pueblo. Podemos caminar hasta la casa de Yerko. Está justo abajo de la colina.

—Un paseo, suena bien. Me encanta el aire de este lugar, limpio y fresco.

—Caminar está fuera de discusión —Javiera señaló sus rascacielos Louboutins.

—Bien —Alicia le entregó las botellas de vino y la correa de Sherlock a su padre—. Conduciremos.

Volvió a entrar para sacar su BMW del garaje, que no había conducido en semanas. Probablemente necesitaba ser usado de todos modos.

Después de que entraran al auto e iniciaran el camino, Alicia miró por el espejo retrovisor.

—Yerko acaba de remodelar su casa y es hermosa, mamá. Apremiarás especialmente todos los adornos de madera de cerezo. Y la vista del lago es impresionante.

Antes de que su madre pudiera responder, la casa apareció frente a ellos.

—¿Esto es todo? ¿Una cabaña? —la frente de su madre se arrugó tanto como el Botox le permitía.

Alicia se estacionó frente al garaje.

—Sólo espera. Ya lo verás.

Mientras salían del auto, Yerko caminó hacia la cubierta y levantó una mano en un saludo silencioso. Llevaba una camisa de vestir blanca como la nieve, pantalones negros y mocasines de cuero negro. Nunca lo había visto con nada más que su uniforme y su ropa de correr. El héroe de acción que la había dejado estupefacta el día anterior no era nada en comparación con Yerko, ni siquiera con los moretones en su cara.

Y cuando sonrió, su corazón casi se detuvo.

—¿Ves? Él también se cambió para la cena. Luce tan guapo. Creo que ya me gusta —le susurró

Javiera.

Yerko bajó los escalones de la cubierta y se deslizó a su lado mientras ella intentaba sacar a Sherlock del auto.

—¿Condujiste? —susurró.

—No preguntes —se inclinó y tiró de la correa de Sherlock, pero él se negaba a moverse. Era otro cambio en su rutina, y el cachorro ya estaba al límite del día—. Vamos, Sherlock. Por favor...

Después de unos pocos intentos fallidos y muchas súplicas, Yerko metió la mano y lo sacó.

—Vamos, amigo.

Su perro movió la cola y se acurrucó felizmente contra el pecho de Yerko, que ya era su mejor amigo.

—Pequeño traidor.

—Tienes que mostrarle a un perro quién manda, Alicia —se dio la vuelta y sonrió a sus padres—. Javiera. Joe. Me alegro de verlos de nuevo. Por favor, entren.

Mientras los seguía, Alicia miró sus pantalones y su camisa de seda, sintiéndose de repente muy mal vestida, además de ser un desastre en el interior. Yerko extendió su mano para ayudar a Javiera a subir los dos escalones. Esperaba que él siguiera detrás de sus padres, pero también la esperó, tendiendo su mano para ayudarla a subir los escalones también.

—Gracias.

—Relájate.

La forma fácil en que sostenía a Sherlock, junto con la diversión en sus bonitos ojos, ayudó a que parte de la tensión se drenara de sus hombros. Pero lo último que podía hacer era relajarse con el sheriff entrometido y guapo.

—Lo intentaré.

La cubierta tenía una cocina exterior de acero inoxidable y una zona de asientos. Había adecuado el espacio para que comieran fuera.

Después de un recorrido por la casa de Yerko, Alicia y sus padres se instalaron en los cómodos muebles de exterior, con bebidas en la mano, bajo la sombra de un pino gigante. Yerko ató la correa de Sherlock a un poste cercano y luego se unió a ellos.

Javiera miró al otro lado del hermoso y tranquilo lago y suspiró.

—Este es un lugar encantador, Yerko. Gracias por recibirnos.

Justo cuando Alicia pensaba que las cosas podrían ir bien, su madre continuó su charla.

—Y estoy tan contenta de que Alicia tenga ahora una cita para la boda de su hermana el próximo fin de semana. Esperamos que asistas.

¿En qué estaba pensando su madre? Todos los que iban a la boda la conocían desde que era una

niña. No había manera de que ella fuera capaz de guardar su secreto si él iba.

—Mamá, Yerko está de guardia los sábados. No podrá ir —miró a su madre fijamente, esperando que entendiera la señal.

—Él está a cargo. Estoy seguro de que puede cambiar las cosas —agregó su padre.

¿Acaso habían perdido la cabeza?

Se volvió hacia Yerko y sacudió la cabeza muy ligeramente.

—Realmente no puedes, ¿verdad?

Él la miró fijamente a los ojos por un momento, como si lo estuviera pensando.

—No me lo perdería. Gracias por invitarme.

¡Quería matarlos a los tres!

—Necesito ayudar a Yerko con la cena. Por favor, discúlpenos.

Yerko sacudió la cabeza.

—No, todo está...

No lo dejó terminar, lo agarró del brazo y tiró de él.

—¡Regresaremos enseguida!

E staba en problemas. La postura rígida de Alicia no le dejaba dudas mientras la seguía a la cocina. Pero no renunciaría a la oportunidad perfecta para llegar al fondo de lo que sea que ella estuviera escondiendo. Entre quedarse con sus padres y hablar con los otros invitados de la boda, seguramente conseguiría dar con la verdad.

Se giró y cruzó los brazos.

—¿Por qué aceptaste la invitación? ¿Qué demonios estabas pensando?

Probablemente era hora de cavar hondo y tener una verdadera conversación.

—Acabo de enterarme que tengo una entrevista de trabajo en Denver el sábado. Iba a estar allí de todos modos.

El e-mail debería haber sido una buena noticia, pero algo no le había sentado bien desde que lo leyó.

—Oh —Alicia ladeó la cabeza, ya no parecía que quisiera volver a pegarle—. ¿Estás pensando en irte? ¿Aburrido de la vida de pueblo?

—No. Más bien estoy listo para tener una familia. He agotado casi todas mis opciones por aquí.

—Y Sarah se casó con Ed. Tus hermanas me lo contaron todo —le echó una mirada de “no estás contando toda la historia”.

—Mis hermanas tienen grandes bocas —no quería hablar de Sarah, especialmente con ella—. Y fue tu idea que jugáramos a ser una pareja para tus padres.

Alicia abrió la boca, y luego la cerró. Yerko prácticamente podía ver las ruedas girando dentro de su cerebro.

—Sí. Pero sólo por esta noche. Por favor, díles que no puedes ir —dijo, finalmente.

—No soy tu tipo. Vale. Lo entiendo.

Que ella no estuviera interesada en él lo lastimaba. Había despertado sentimientos que no estaba seguro de volver a tener.

—¡No! No es lo que quise decir —lo miró directamente a los ojos mientras ponía una mano suave

en su antebrazo. Era la primera vez que lo tocaba sin sacudirse. Un progreso para ella—. Tú serías mi tipo, si quisiera tener una relación ahora mismo, pero no es lo quiero. Esto no tiene nada que ver contigo, Yerko.

Le costó todo lo que tenía para no sonreír ante el comentario de “serías mi tipo”. Sus ojos le dijeron que estaba diciendo la verdad sobre eso.

—Entonces, ¿qué tiene que ver eso con la boda, Alicia?

El pánico recorrió su cara mientras sus brazos se cruzaban de nuevo.

—¿Es... umm... complicado?

Eso sólo sirvió para despertar más su interés. Caminó hasta la nevera y sacó el pollo marinado.

—¿Por qué le dijiste a tus padres que estábamos saliendo en primer lugar?

Alicia se acercó a uno de los taburetes y se sentó, cubriéndose la cara con las manos.

—No quiero decirte la verdad, pero tampoco quiero mentirte. ¿Abogar a la quinta enmienda es una opción?

Yerko se rio, volviendo a la nevera y sacando los ingredientes para la ensalada.

—Preferiría la verdad.

—Bueno, si estamos declarando nuestras preferencias, yo prefiero ayudar con la ensalada y dejar el resto. Las ensaladas son lo único que sé cocinar. Por favor...

Yerko se lavó las manos, y luego la lechuga, mientras debatía su siguiente movimiento. Quería ir a esa boda.

Dejaría el tema por ahora. Sabía que si le pedía a Alicia ir a cambio del favor por sus padres, no le iba a gustar. Después de tirar la lechuga limpia en un bol, le dio a Alicia todas las verduras y los trozos de queso feta, junto con un cuchillo.

—¿Se le puede confiar a una persona demente objetos afilados?

Se rio.

—Tengo un diploma en la pared de mi consultorio que lo dice.

Nunca se cansaría de ver cómo se iluminaba toda su cara cuando sonreía.

Puede que haya sido el vino o la imaginación de Alicia, pero Yerko se le hacía más atractivo a medida que pasaba la noche. El hombre podía cocinar, remodelar una casa y aguantar a sus padres.

Después de la cena, lo miró fijamente mientras se acercaba para servirles el postre. Cuando le envió una cálida sonrisa, la idea de confesar la mentira del noviazgo a sus padres se disipó. Sería un novio estupendo si ella estuviera en el mercado.

Puso una mano sobre su estómago lleno y suspiró por las fresas cubiertas de chocolate que Yerko servía delante de ella.

—Aunque debería, no puedo decirle que no a esto —miró por encima del hombro y se encontró con su divertida mirada mientras rellenaba su copa de vino. Otra vez. Estuvo haciendo eso toda la noche, alimentando su agradable embriaguez—. Gracias.

—A tus órdenes.

Yerko se sentó en la cabecera de la mesa. ¿Había sido accidental que el brazo de él rozara el de ella repetidamente a lo largo de su deliciosa comida? O Peor, ¿que no le haya importado?

Fue increíble cómo pudo soportar a sus padres y sus preguntas sin parar durante la cena. Hablaron de cómo Casey había dirigido el hotel desde que se graduó en el instituto, y de que Meg se casaría pronto. Lo habían interrogado implacablemente para obtener detalles sobre sus padres.

Yerko, su hermano y hermanas no habían tenido una vida fácil, con la muerte de su madre siendo tan joven en un accidente de auto y luego teniendo al padre más brusco y aterrador que Alicia había conocido. Él explicó que por esa razón sabía cocinar tan bien. De niño se turnaba con su hermano para hacer las comidas ya que eran lo suficientemente altos para llegar a la cocina.

Siempre le ablandaba el corazón cuando él y sus hermanos hablaban del otro. Aunque normalmente se hacían bromas, había mucho amor entre ellos. La ventaja de la noche fue la manera perfecta de aprender más sobre su pasado, sin que pensara que ella estaba interesada en él lo suficiente como para preguntar por su cuenta.

Yerko había mantenido sus respuestas cortas, pero para Alicia, sin duda, había establecido un récord en el mayor número de palabras dichas en un solo día.

Su madre mordió una fresa con chocolate, cerró los ojos y suspiró.

—Yerko, ¿cómo es que no te secuestraron hace mucho tiempo? ¿Qué pasa con las mujeres de aquí?

Alicia quería darle un respiro al hombre, así que respondió por él.

—Hay unas cuantas mujeres que están locas por tenerlo, pero él no sale con nadie de la zona. El pueblo es demasiado pequeño y las rupturas pueden ser desagradables —le echó un vistazo a Yerko—. Al menos eso fue lo que me dijeron tus hermanas.

—¿Pero está saliendo contigo? —la frente de su madre se arrugó.

Mierda. Ese era el problema con las mentiras. ¡Ella era terrible en eso!

Antes de que pudiera responder, Yerko intervino.

—En realidad, Javiera, las mujeres con las que he salido me han dicho que soy demasiado callado. Y mis expectativas son demasiado altas. Alicia me debía un favor, así que le pedí que me enseñara a tener citas de la manera correcta, desde el punto de vista de una mujer, y para poder quedarme con ella, por supuesto.

Alicia dejó caer la fresa que iba de camino a sus labios.

Dijo, ¿quedarse con ella? ¿Como ella, o cualquier mujer? Probablemente se refería a cualquier mujer.

Debía verse tan atónita como se sentía, porque la sonrisa no tan inocente de Yerko se ensanchó mientras lo miraba con la boca abierta. Eso era lo último que quería hacer. Ya le costaba bastante ignorar sus furiosas hormonas cuando estaba a su alrededor. Tenía la intención de quedarse soltera para siempre, y Yerko quería justo lo contrario. Sería una tentación que no necesitaba.

Su madre asintió con la cabeza en señal de aprobación.

—Ja... Alicia es la mujer adecuada para el trabajo, Yerko. Nuestra otra hija, Laura, era enferma de niña. Tenía Leucemia. Cuando Laura finalmente se mejoró, Alicia le dio un cambio de imagen completo y la ayudó a ganar la confianza que necesitaba para brillar. Ahora que lo pienso, te pareces mucho a Roland, nuestro futuro yerno.

—Entonces esto debería funcionar muy bien —Yerko ignoró el zapato que se clavaba en su espinilla y le lanzó una sonrisa petulante a Javiera. Finalmente se dio vuelta y se encontró con su mirada—. Podemos hacer de la boda de tu hermana una de las lecciones, ¿verdad, Alicia?

¿Cómo iba a salir de esa? Tal vez debería confesar. Entonces correría en la dirección opuesta. El hombre quería la esposa perfecta, no una mujer emocionalmente dañada como ella.

—Entrenarlo correctamente desde el principio es inteligente, cariño. Ojalá hubiera podido hacer eso con tu padre.

Eso comenzó una nueva ronda de discusiones entre sus padres que despertaron a su cachorro dormilón.

Alicia se inclinó hacia Ryan.

—Tenemos que hablar de esto, pero antes de que mis padres se metan demasiado en su batalla, será mejor que los lleve a casa. Deja los platos. Vendré mañana y los lavaré.

Yerko se inclinó aún más, y su olor mezclado con el ligero aroma a chocolate y fresas era peligrosamente sexy.

Maldito sea ese vino.

—¿Qué vas a hacer con el desayuno? —le susurró al oído.

No había pensado tan a fondo. Todo lo que tenía era cereal y yogurt. Las tostadas y la mermelada tampoco contaban como desayuno.

—Este podría ser un momento perfecto para empezar nuestras lecciones. Lección número uno: a las mujeres les encanta cuando te ofreces a cocinar el desayuno para sus padres también.

La esquina de su boca se elevó.

—Aunque por lo general, el desayuno después de una cita no suele incluir suficiente ropa como para invitar a los padres.

Alicia miró a sus padres para ver si habían escuchado eso, pero seguían en su discusión absurda.

La visión que le vino a la cabeza de Yerko sirviéndole el desayuno en la cama sólo en calzoncillos fue demasiado para soportar.

—Bien. Uh... mejor nos vamos. Gracias de nuevo, Yerko.

Se levantó y fue a desatar la correa de Sherlock. Yerko también se puso de pie y se unió a ella.

—Me saltaré mi entrenamiento por la mañana. ¿Te parece a las siete?

Veronica dijo que nunca se saltaba su entrenamiento.

—¿Estás seguro?

—Por supuesto —se agachó para acariciar a Sherlock.

A Yerko parecía gustarle Sherlock, tanto como él le gustaba a su cachorro. Con ese gesto, envió otro pequeño pinchazo a ese muro reforzado de hormigón alrededor del corazón de Alicia.

—Gracias. Pasaré temprano y ayudaré, entonces.

Su madre nunca se levantaba antes de las nueve, pero cuanto antes salieran y volvieran a Denver, mejor. Javiera tendría que aguantarse.

—Te llamaré cuando llegue a casa para que podamos hablar un poco más sobre cómo devolverte el favor.

Yerko se acobardó. Estaba cansado de hablar de él durante toda la noche.

—No importa. Podemos hablarlo mañana.

—Bien —le dio a Sherlock una última caricia—. Los llevaré a casa. Todos ustedes han bebido demasiado.

—Es como un viaje de dos minutos. Estaremos bien.

—No es negociable, Alicia.

El recuerdo de Spencer diciendo que algo no era negociable, la hizo perderse en sus pensamientos por un momento, hasta que trató de contar sus bebidas. Yerko había llenado su copa toda la noche. Había decidido tomarse los viernes libres hasta que su negocio creciera un poco, así que bebió más de la cuenta. ¿Cuántas había tomado? Estaba nerviosa y el vino la había ayudado.

Cuando no pudo llegar a un número sólido, su argumento murió en sus labios.

Entregó sus llaves.

Sus padres finalmente llegaron a un callejón sin salida, así que dejaron de discutir y se pusieron de pie para unirse a ellos, luego todos se subieron al auto con Yerko al volante.

Una vez en casa y dentro del garaje, introdujo el código de seguridad y dejó entrar a todos. Sus padres, que ahora no se hablaban en absoluto, se despidieron y se deslizaron rápidamente por el pasillo hasta su dormitorio. Eso la dejó en el pequeño vestíbulo, demasiado cerca de Yerko.

—Bueno, buenas noches —alcanzó el pomo de la puerta.

Su mano cubrió la de él para detenerlo.

—¿Pasa algo malo? Pensé que nos divertiríamos esta noche —miró por encima del hombro para asegurarse de que sus padres no estaban al acecho y luego abrió la puerta principal—. Hablemos

en el porche.

Ambos se sentaron en el mueble exterior y Sherlock decidió que era mejor que se sentara entre ellos. Normalmente Alicia no aceptaba que hiciera eso, pero probablemente sería algo bueno en ese momento. Yerko se veía demasiado guapo para su propio bien.

No podía decirle toda la verdad. Lo mejor era darle una versión modificada y más suave.

—Quiero tener claro cuál es mi posición en todo este asunto de las citas. Aunque probablemente esté violando el código de chicas al revelar secretos al otro lado, aceptaré darte algunos consejos, pero nada más. Tuve una mala experiencia con el matrimonio, y no me interesa otra relación seria.

Yerko frunció el ceño.

—¿No quieres tener hijos? ¿Una familia propia?

El familiar nudo que se formaba en su garganta cada vez que pensaba en no tener nunca un hijo propio, apareció de nuevo, junto con los recuerdos de cómo Spencer, en una loca, equivocada y celosa furia, se aseguró de que nunca tendría el hijo de otro hombre.

—Algo pasó... mi ex herido... —se detuvo y tragó fuerte, tratando de controlarse. No le daría a Spencer el poder de arruinar su vida otra vez—. No puedo tener hijos... nunca más.

Miró a Yerko, cuya mirada se centró intensamente en la suya.

—¿Qué te hizo, Alicia?

La honesta preocupación en sus ojos hizo que ella quisiera contarle toda la historia, decirle a alguien que no fuera un miembro de la familia, o un psiquiatra, lo que había vivido, lo que había estado mejorando lentamente, y cómo todavía luchaba con ello diariamente. Pero cuantos menos conocieran la verdad, mejor. Por si acaso. Su seguridad dependía de eso.

—No importa —una sola lágrima se escapó y se deslizó por su mejilla, así que rápidamente la limpió—. Sólo quería que entendieras que tú y yo nunca estaremos juntos. Sólo les dije a mis padres que salíamos porque se preocupan por mí, y quieren que sea feliz de nuevo. Tú y yo acabábamos de cenar la otra noche cuando mi madre llamó, y lo vi como una forma de aliviar sus preocupaciones. No debí haberte involucrado en esto.

Aunque, ¿por qué lo hizo? Especialmente cuando ella había estado tratando de evitarlo. ¿Quizás fue porque Yerko era diferente de cualquier otro hombre que hubiera conocido? Quería confiar en él aunque no debía involucrarse y darle una impresión equivocada.

—No hay problema.

Yerko deslizó su brazo alrededor de sus hombros, pero no se acercó más porque Sherlock seguía durmiendo entre ellos. Permaneció en silencio mientras pasaba su mano lentamente por su brazo. Un impulso de poner la cabeza sobre su pecho y dejar salir sus lágrimas la embargó. En cambio, bloqueó los sentimientos y se aclaró la garganta.

—Ahora que sabes la verdad, si quieres cambiar de opinión sobre todo esto, lo entenderé.

—No —apretó ligeramente su mandíbula—. ¿Dónde está su ex-marido ahora?

—Internado en un psiquiátrico en Nueva York. En la Costa Este.

—Bien —le dio un último masaje rápido en el brazo, seguido de un dulce beso en la parte superior de la cabeza—. Buenas noches, novia falsa.

Sus labios se inclinaron de mala gana.

—Buenas noches.

Se levantó lentamente y recogió a su cachorro dormido. Después de cerrar la puerta con llave, su celular sonó con un mensaje de texto.

Era de Yerko.

«Nunca dejaría que nadie te hiciera daño, Alicia. Estás a salvo aquí.»

Dios, era lo que ella esperaba.

Apoyó su frente en la puerta de madera y dejó fluir sus lágrimas reprimidas, recordando aquel bebé que llevaba en su vientre cuando Spencer la atacó. Era un niño y se habría llamado Sean.



Cuando el borde de la cama de Yerko se hundió con el peso de alguien a la mañana siguiente, abrió lentamente un ojo. Lástima que no fuera Alicia.

Necesitaba empezar a cerrar la maldita puerta.

Miró el reloj, y luego a sus hermanos alrededor de su cama.

—¿Todos ustedes aquí y antes de las seis de la mañana?

Se sentó y se apoyó en la cabecera mientras Meg bostezaba y se acostaba en el lado libre de la cama.

—Cúlpalos. Les dije que no te irías realmente. Despiértame cuando haya café.

Casey se sentó en el borde de su lado de la cama mientras que Cesar estaba de pie con los brazos cruzados.

—¿Qué es esa tontería de que te mudas, Yer? —preguntó Cesar.

—La abuela dijo que vio el lujoso BMW de Alicia aquí anoche. Prefiero escuchar eso —agregó Meg, con los ojos todavía cerrados.

Casey inclinó la cabeza.

—¿En serio? ¿Pasa algo entre tú y Alicia?

—Lo vi besarla ayer —la voz de Cesar subió dos octavas mientras añadía—, en la frente. Todo fue tan dulce.

Yerko le tiró su almohada.

—Alicia y yo sólo somos amigos. Me va a dar algunos consejos de citas para cuando me mude a Denver.

Cesar agarró la almohada y la tiró de nuevo.

—¿Consejos para citas? Bien. La excusa perfecta para pasar más tiempo con ella. Me gusta.

Eso sería un beneficio adicional, si ella no le hubiera dicho que una relación entre ellos estaba fuera de discusión.

—¿Por qué estás pensando en irte, Yerko? ¿Es por papá? —preguntó Casey.

Meg resopló.

—Papá es la razón por la que me fui una o dos veces. Extrañamente, no ayuda. Encuentra maneras de molestarte desde lejos. Confía en mí.

—No es por papá. Sólo quiero un cambio de escenario y de gente.

—¿De gente? —los ojos de Casey se entrecerraron—. Si te refieres a las mujeres, Alicia sería una razón para quedarse, yo... pienso.

Lo sería, pero si ella lo quisiera.

—No me han contestado sobre el trabajo que realmente quiero. Dudo que acepte esta.

Entendió que esa era la razón de su malestar desde que leyó el correo electrónico. No se trataba de irse.

Meg finalmente abrió los ojos y se sentó.

—Siempre pensé que te quedabas por Sarah, en caso de que el temperamento de Ed se le fuera de las manos.

Eso era cierto, pero nunca se lo había dicho a nadie. Sus hermanas eran como lectoras de mentes.

—No puedo esperar más a Sarah. Necesito seguir adelante —admitió.

—Tienes que seguir adelante —Casey le dio una palmadita en el brazo—. Pero preferiría que lo hicieras aquí. Te extrañaremos demasiado.

Meg frunció el ceño.

—¿Cómo es que nunca me dijeron un discurso como este cuando estaba pensando en irme?

—Porque necesitabas irte para crecer. Yerko salió del útero como un anciano —bromeó Cesar.

—Cierto. Mejor volvamos al tema de Alicia —Meg se acercó y lo miró con una sonrisa maliciosa—. Te gusta mucho, ¿verdad? Me doy cuenta.

Él y Meg siempre habían sido los más cercanos, siendo los dos más jóvenes y con sólo unos pocos años de diferencia. Casey y Cesar eran los mayores, y a veces tenían que ser más como padres, en vez de hermanos.

—Sí. Pero dice que no está interesada en las relaciones a largo plazo —señaló Yerko.

Meg le dio un puñetazo en el hombro.

—Entonces es tu trabajo hacerla ver lo increíble que eres y hacerla cambiar de opinión. Eso significa que tienes que quedarte para hacerlo. Mi trabajo está hecho aquí —se deslizó de la cama y agarró el brazo de Cesar—. Vamos, ustedes dos. Dijimos nuestra parte. Alicia llegará en cualquier momento y no queremos estorbar.

—Por favor, reconsidéralo —Casey le envió una débil sonrisa cuando se levantó para irse también.

Yerko refutó a sus espaldas en retirada

—Meg, ¿cómo diablos supiste que Alicia venía?

—Sólo lo supuse, ella le envió un mensaje a Eric anoche y le pidió que se llevara a Sherlock por la mañana. Me imagino que a su madre no le gustan los perros —se detuvo en la puerta mientras los demás seguían adelante—. A veces también me dan ganas de irme, Yer. Pero no es lo mismo en Denver. Muchas veces me sentí sola, incluso cuando estaba rodeada de gente. Hay algo único sobre conocer a la gente toda tu vida. Por muy molesto que sea vivir aquí, te garantizo que lo echarás de menos. Buena suerte con Alicia. Todos los apoyamos a ustedes —sacudió una mano en despedida y desapareció cerrando la puerta tras ella.

Sí, pero podría ser igual de solitario vivir en el mismo pueblo con la segunda mujer que quería pero que no podía tener.

¿Y si Meg tenía razón? Alicia había pasado por algo malo; no era de extrañar que hubiera decidido retirarse de las relaciones reales. Él había hecho lo mismo en el pasado, pero con los años cambió de parecer. ¿Debería tratar de hacer que Alicia cambie de opinión sobre las citas?

Tenía sentimientos hacia ella y si algo más se desarrollara entre ellos, no le importaría adoptar a un gran chico como Eric. A Alicia parecía gustarle los niños aunque no podía tenerlos.

¿Podría él cambiar su opinión? ¿O sería cometer el mismo error que cometió con Sarah?

El olor de tocino ahumado mezclado con café recién hecho llamó a Alicia como el canto de una sirena cuando se acercó al porche de Yerko. Enseguida se le hizo agua la boca.

La puerta principal estaba abierta, pero de igual manera ella tocó. Cuando no hubo respuesta, gritó.

—¿Yerko? Es Ja... Alicia.

Casi decía su verdadero nombre. Probablemente porque lo había oído muy a menudo en las últimas veinticuatro horas. Sus padres se negaron a llamarla Alicia cuando no había nadie más. Necesitaba estar alerta hasta que se fueran.

Cuando todavía no hubo respuesta, abrió la puerta. Entrando con mucha cautela, gritó su nombre otra vez.

Un par de pies descalzos aparecieron en las escaleras. Yerko llevaba un par de jeans y nada más. Su cabello estaba húmedo, como si acabara de salir de la ducha.

¡Mierda! El hombre estaba construido como un atleta bien entrenado. Se le hizo agua la boca otra vez.

—Detente ahí mismo —exclamó Alicia. El pie de Yerko se detuvo en el aire mientras fruncía el ceño en la confusión—. Ese look es perfecto para cocinar para tu verdadera novia. Pero como no soy yo, por favor, date la vuelta y ve a ponerte una camisa.

—¿Te estoy distrayendo, Alicia Carter? —le mostró una sonrisa traviesa.

Distracción era una palabra demasiado suave. Más bien una atracción absoluta. No necesitaba más de eso.

—Sí. Ahora, vete.

—¿Siempre eres tan mandona por la mañana?

Su sonrisa no se había atenuado, y eso hizo que ella quisiera sonreírle de nuevo.

—Me preocupa que si mi madre te ve así deje a mi padre y te proponga matrimonio. Anoche causaste una gran impresión.

Yerko se rio y empezó a subir los escalones.

—El café está listo.

Alicia fue a la cocina y buscó en los armarios hasta que encontró las tazas. No había dejado los platos de la noche anterior para que ella los lavara, pero probablemente habría mucho que limpiar después del desayuno. Esperaba que la dejara hacerlo, sentía que siempre estaba a favor del hombre.

Agarró dos tazas del armario y las llenó. Le gustaba el café negro y tan fuerte como se podía. Con suerte, sabría tan bien como olía.

Mientras se frotaba el cuello dolorido, tomó el primer sorbo. No había dormido mucho durante la noche en su incómodo sofá de dos pulgadas. Incluiría una cama Murphy en su lista de compras.

Cuando el audaz y rico sabor del café de Yerko le llegó a la lengua, casi gimió de placer. Cerrando los ojos disfrutó su sabor.

—¿Bueno? —preguntó Yerko.

Abrió los ojos.

—¡Está delicioso!

Él también se veía delicioso, pero ella necesitaba dejar de fantasear y tomar en serio el desayuno.

Yerko había dejado su camisa azul oscura sin abotonar completamente. Los dos botones superiores estaban abiertos, mostrando los fuertes músculos de su cuello, y había subido las mangas para mostrar sus antebrazos tonificados. Ponerse una camisa no había disminuido su atractivo en lo más mínimo.

Ella le entregó su taza.

—Gracias.

También bebió su café negro, aparentemente, porque tomó un largo y lento trago.

—¿Qué puedo hacer para ayudarte? —preguntó Alicia.

—Después de ver tus pobres habilidades con el cuchillo ayer, creo que deberías dedicarte a la odontología.

—Ja, ja. ¿Siempre eres tan divertido por la mañana?

—La mayoría de la gente no entiende mi sentido del humor —su boca formó esa sonrisa traviesa otra vez.

Siempre lo hacía cuando se burlaba.

—Eso es porque eres un tipo grande y duro. Si quieres que la gente sepa que estás bromeando, añade una de tus sonrisas burlonas.

—Bien —le envió una amplia y dentada sonrisa—. Sal de mi camino, entonces. Mira y aprende.

—Muy presumido —dijo mientras se subía a un taburete en el mostrador—. Deberíamos tener una

cita de práctica que involucre la cocina. Podrías enseñarle a ella, o en este caso, a mí, cómo hacer algo especial. Las mujeres piensan que es muy sexy cuando un tipo cocina para ellas. Sería una buena tercera o cuarta cita.

—¿En serio? —Yerko rompió los huevos en un bol con una mano y luego vertió un poco de leche. Su antebrazo se flexionaba mientras batía la mezcla—. ¿Y por qué no es bueno para una primera cita?

Se concentró en el batidor en lugar de su brazo.

—No nos conocemos lo suficiente todavía. Podría ser incómodo. En la primera cita es mejor estar en un lugar ocupado. Eso ayuda a que la conversación fluya mejor, te da algo de qué hablar.

Yerko puso un poco de mantequilla en una sartén y encendió la llama a fuego lento.

—Soy mejor cocinando que hablando.

—¿No puede ser? ¿En serio? —ella le mostró una gran sonrisa falsa.

—Muy sarcástica —Yerko le sonrió siguiendo su juego y luego sumergió gruesas rebanadas de tostadas tejanas en la mezcla de huevos antes de ponerlas en la sartén caliente. Luego roció un poco de canela encima—. Es difícil encontrar gente ocupada por aquí. Espero que Denver sea mejor.

Alicia tomó otro sorbo de su café mientras pensaba en eso.

—Si no puedes encontrar gente ocupada, entonces podrías ser tú el ocupado. Siempre pensé que hacer rafting en aguas bravas sería divertido para una cita. Así tienes una buena oportunidad de ser quien la proteja cuando se asuste y grite como una niña.

—Probablemente arruinaría las cosas si yo también gritara como una niña, ¿no?

Tara detuvo su taza a medio camino de sus labios.

—¿Lo haces?

—No. Cuando grito es siempre varonil.

Se rio.

—Bien, esta vez me enganchaste, pero lo arruinaste. Aquí es donde deberías haberme pedido una cita porque mostré interés.

Yerko volteó la tostada francesa.

—Alicia, ¿te gustaría ir a hacer rafting conmigo el domingo por la tarde?

—Sí, me gustaría. ¿Debo usar mi pequeño bikini rojo?

No es que tuviera uno de esos. No podía usarlo. Tenía que esconder sus cicatrices.

Sus ojos se dirigieron a los de ella por un momento, como comprobando si estaba bien, antes de volver a prestar atención a la estufa.

—Hay algunas excursiones involucradas. Puede que estés más cómoda con una camiseta y unos

pantalones cortos sobre el... traje de baño. Eso es si tu cuello no está demasiado dolorido para ir. Lo has estado frotando desde que llegaste aquí.

¿Lo había estado haciendo?

—Sillón lleno de bultos. Estaré bien una vez que mis padres se vayan.

Yerko sacó el pan tostado de la sartén.

—Soy bueno con las torceduras. ¿Puedo?

—Uh. Claro.

Se acercó detrás de ella y puso sus manos sobre sus hombros.

Sus grandes manos amasaron suavemente los músculos tensos de ella mientras sus pulgares daban vueltas entre sus omóplatos. Bordeaba en algún lugar entre el dolor y el placer. Pero entonces, cada vez que él la tocaba había una chispa y una conexión que ella nunca había experimentado antes.

—Oh Dios mío, eso se siente bien.

—¿Para cuándo debería guardar esto en una cita?

—Haz esto y te llevara directo a su cama —respondió, sin pensarlo.

Con su voz ronca le susurró al oído.

—¿Y cuántas citas tendría que esperar para llegar a esa, Alicia?

Si no lo supiera, pensaría que estaba pidiendo que se acueste con él. Pero ella había dejado las reglas básicas bastante claras.

—Ummm...

Los fuertes golpes en la puerta y la voz del padre de Alicia sonaron desde el porche.

—¿Hay alguien en casa?

Con eso, se puso fin instantáneamente a todos los pensamientos traviosos sobre dormir juntos. Yerko le dio un último apretón suave a sus hombros antes de apartar sus manos.

—Adelante —gritó.

Sintiéndose como en casa, sus padres se instalaron al lado de Alicia en el mostrador. Su madre irradiaba una brillante sonrisa.

—Buenos días, Yerko. ¿Cómo estás hoy?

—Grandioso. El desayuno está casi listo. ¿Café?

—Por favor. Negro para mí —indicó el padre—. Y uno bien azucarado para esta —inclinó su pulgar hacia su esposa.

Preocupada de que pudiera desencadenar otra discusión entre ellos, Alicia intervino.

—¿Cómo van los planes de la boda? ¿Alguien ya está en pánico?

—Mi chequera está en pánico, eso es seguro —se quejó Joe.

—Ignóralo —Javiera puso los ojos en blanco—. Oh, por cierto, Melissa, el peinado y maquillaje para la cena de ensayo empieza el próximo viernes a las cuatro. Y Laura me pidió que te recordara de llevarle el collar que le prometiste para la tradición de usar algo prestado.

Alicia asintió.

—No lo olvidaré.

—¿Melissa?

Ella miró hacia arriba para encontrar a Yerko mirándola fijamente.

¡Mierda! Su madre debió llamarla así y no se había dado cuenta. Su boca se abrió, pero nada más salió aire.

Su padre interfirió.

—Apodo. Es una larga historia, pero toda su familia la llama así. Su verdadero nombre es Alicia.

Bien hecho, papá. No me extraña que el hombre ganara mucho dinero.

Miró a Yerko para ver si lo había creído, pero no parecía del todo convencido. Después de terminar de repartir el café, la miró fijamente a los ojos.

—Me gustan las historias largas —agregó.

Javiera se ingenió un cuento rápidamente.

—Ya sabes cómo son las niñas. Siempre desean tener un nombre diferente. Alicia decidió a una edad temprana que todos la llamaríamos Melissa, y se quedó así.

—Alicia fue el nombre que escogió Javiera, pertenece a su parte de la familia. Nunca me gustó mucho de todos modos —se encogió de hombros y bebió profundamente de su taza.

Esa parte era realmente cierta. Alicia había sido el nombre de su querida bisabuela. Por eso lo había elegido. Y su nuevo apellido, Carter, había sido sacado de un personaje de un libro favorito. Pero la excusa de sus padres fue bastante ingeniosa.

¡Maldita sea! ¿Habían inventado ese cuento para que Yerko pudiera ir a la boda? Tara ya les había dicho que sería imposible que él asistiera. Todos en la boda la llamarían Melissa. ¿Estaba su padre “arreglando” todo como de costumbre?

Yerko les preparó el desayuno, comió rápidamente un trozo de tostada francesa, y luego se excusó para prepararse para el trabajo. Subió las escaleras y desapareció.

—¿Qué fue eso, mamá? ¿Sabes que el detective Bailey dijo que esto no lo podía saber nadie!

Su madre sólo asintió mientras comía una tostada francesa.

—Llamé al detective justo después de que te fuiste esta mañana. Dijo que preferiría que te saltaras la boda de Laura, pero le dije que eso era imposible. Le conté sobre este plan y él lo aprobó. Oh,

y los antecedentes de Yerko también están limpios —explicó su padre en voz baja.

Por supuesto que en los antecedentes de Yerko estaba todo muy claro. Todo lo que alguien tenía que hacer era preguntarle a Zeke o a cualquier otra persona en el pueblo y obtendría un chequeo de antecedentes más completo que el del FBI.

—¿Así que ustedes dos, que normalmente no se ponen de acuerdo en nada, están en perfecta armonía cuando se trata de conspirar a mis espaldas? —Alicia dejó el tenedor y cruzó los brazos—. ¿En serio? Debieron haberme hablado de esto primero. Ahora Yerko va a tener más preguntas.

Su madre sacudió la cabeza.

—Pensamos que estarías feliz de tener a tu nuevo novio allí. Y sabes que sólo estamos invitando a la familia y a amigos más cercanos. Tu padre enviará un correo electrónico a todos advirtiéndoles que no hablen de tu pasado. Si Yerko hace preguntas en la boda, todos estaremos en la misma página. Y si fisgonea por su cuenta, no averiguará tu nombre de casada. Probablemente piense que Carter era tu nombre de casada. Papá contrató a esa firma de primera categoría para hacer desaparecer todo rastro en internet bajo tu verdadero nombre.

Realmente nada desaparecía por completo en Internet. No importa cuánto dinero haya pagado su padre por eso. Y probablemente debería haber confesado que Yerko no era realmente su novio. Eso fue en parte su propia culpa.

—De igual manera, es un riesgo que no debiste haber tomado —agregó su madre.

Alicia perdió el apetito, así que se levantó para empezar a lavar los platos. Mientras se preparaba para hacer lo que tenía que hacer, dos grandes y fuertes manos se posaron en sus hombros y dieron un suave apretón, provocándole inmediatamente un buen escalofrío en la columna vertebral.

—Tengo que ir a trabajar —le susurró al oído.

Se dio la vuelta y forzó una sonrisa, sin querer que él viera lo disgustada que estaba.

—Tenga mucho cuidado en esas calles, oficial.

—Es un trabajo peligroso, pero alguien tiene que hacerlo —le dio un dulce beso en la mejilla como un verdadero novio podría hacer antes de dirigirse a sus padres—. Buen viaje a casa, chicos.

Joe estrechó la mano de Yerko.

—Me alegro de haberte conocido, muchacho. Nos vemos el próximo fin de semana.

Maldición. Sus padres estaban locos de remate.

—Muchas gracias por toda la gran comida, Yerko.

Javiera se paró y le dio un abrazo, convirtiéndolo en un completo festival de amor. Parecían felices y no se preocupaban por ella, por primera vez desde que volvió del hospital. No quería reventar sus burbujas felices y decirles que él era un falso novio. Pero que asistiera a la boda era demasiado arriesgado.

Después de que Yerko se despidiera y se fuera, Alicia se volvió hacia sus padres.

—No va a ir. Fin de la discusión.

Su padre rodeó el mostrador y la envolvió en un fuerte abrazo.

—El detective Bailey dijo que estaba feliz de que tuvieras a un policía como pareja. Por más discreto que hayamos tratado de mantener las cosas, Spencer sabe que nunca te perderías la boda de Laura. Hemos reforzado la seguridad hasta niveles presidenciales, así también me sentiré mejor. Casi te perdemos una vez, cariño.

Alicia puso su cabeza en el hombro de su padre y parpadeó soltando sus lágrimas mientras los recuerdos de esa horrible noche la llenaban. Tal vez tenían razón. Podría ser más seguro.

Su padre le dio un último apretón antes de liberarla.

—Además, me gusta Yerko —agregó.

—¡A mí también! —exclamó su madre emocionada.

—¿En serio, mamá? —Alicia arqueó una ceja—. ¿Aunque esté en el “servicio público”?

—Sólo queremos asegurarnos de que no termines con alguien que esté detrás de tu fondo fiduciario. La verificación de antecedentes de Yerko muestra que es bastante rico para ser sheriff. ¿Tiene otros intereses comerciales?

Probablemente era por el reparto de beneficios en el pueblo. A todos, incluida a ella misma, se les pagaba bastante bien. Era lo que mantenía las bocas cerradas sobre las celebridades que visitaban. Los ingresos definitivamente rivalizaban con lo que una revista pagaría por unas fotos.

—Yerko y yo todavía nos estamos conociendo. Esos temas aún no han surgido —entonces un pensamiento le llegó de repente—. No vinieron por el cambio de número de celular, ¿verdad?

Sus padres agarraron rápidamente sus platos y se dirigieron al fregadero. ¿Llevar platos sucios? Eso era algo que no habían hecho por sí mismos desde que ella podía recordar.

—¿Cuándo exactamente hiciste revisar los antecedentes de Yerko, papá?

Joe se dio la vuelta y la culpa se reflejó en su cara.

—Uh...

—El martes por la noche, justo después de hablar contigo —intervino Javiera, extendiéndole sus manos a Alicia—. Nos preocupamos por ti, cariño. No puedes culparnos por eso.

Realmente no podía.

Por ahora, tenía que idear una razón para que Yerko no asistiera a la boda. Ya le había contado sobre su mal matrimonio, pero no podía permitirle más detalles. El poderoso padre de Spencer había hecho todo lo posible para ocultar los detalles de su ataque. En lo que respecta a los medios de comunicación, ella y Spencer tuvieron un terrible accidente de auto justo antes de su amargo divorcio. Pero el detective Bailey había advertido que la búsqueda de información usando su apellido de casada en línea podría disparar alertas a alguien tan hábil en el hacking como lo era Spencer. Entonces podría ser tan fácil como rastrear una dirección IP para encontrar la ubicación del buscador y no sería difícil encontrarla en Anderson Butte si Spencer se acercaba tanto.

Tal vez podría hacer que su prima Gina se encargara de Yerko durante la boda, para asegurarse de que su secreto quedara enterrado.

Eso podría funcionar.



Yerko encendió su portátil. No había nadie más en la oficina, y estaba decidido a desenterrar el secreto de Alicia. Sus padres habían contado con total normalidad la historia del apodo, pero pudo ver el pánico en los ojos de Tara cuando la llamó Melissa. Su apellido de soltera empezaba con Mc algo, y Melissa era probablemente su verdadero nombre.

Ella tenía una licencia dental. Tal vez podría encontrar más por ese lado.

Empezaría con Google.

Un fuerte graznido salió de su cinturón.

—¿Sheriff? ¿Me copia?

Yerko levantó su radio.

—Dime, Vincent.

—Uh. Tengo algo un poco inusual. ¿Me puedes dar una mano en la casa de los Barker?

Suspiró.

—Ya voy.

Vincent era un gran tipo, pero era uno que no podía pensar por sí solo cuando se enfrentaba a algo fuera de su pequeña zona de confort.

Tendría que volver a su búsqueda más tarde.

Mientras salía, la culpa por fisgonear se sentía como una bola de plomo en sus entrañas. Prefería que Alicia se lo dijera ella misma. Tal vez después de unas cuantas “citas” se daría cuenta de que podía confiar en él lo suficiente para contarle su secreto. Y para mantenerla a salvo de lo que obviamente aún temía.

Yerko caminó un cuarto de milla hasta la casa de los Barker. Vincent había conducido su patrulla hasta el fondo del camino cerca del lago, donde Nate Barker estaba de pie con un rifle apuntando a algo en la distancia. Cuando Yerko vio el arma, aceleró el ritmo.

—¿Qué está pasando, chicos?

Vincent se giró y sonrió.

—Parece que Nate ha pillado a un par de fornicadores en la costa.

Yerko miró en la dirección en que apuntaba el arma y vio a la pareja desnuda. Pam, la peluquera que le coqueteaba desde el instituto, y Diego.

—Nate, baja el arma —ordenó.

—No. Se escapan. Estoy cansado de que la gente busque esa receta enterrada.

—Creo que Nate realmente está disfrutando de la buena vista —bromeó Vincent.

Probablemente Vincent también lo estaba disfrutando. El tipo tenía la misma edad que Yerko, pero aun así actuaba como un adolescente hormonal.

Yerko se frotó la nuca mientras buscaba una solución para hacer feliz a todo el mundo.

—Claramente, estos dos no están buscando ninguna receta. Baja el arma. Ahora —ordenó nuevamente.

Nate gruñó pero hizo lo que le dijeron. Yerko le echó un vistazo a Vincent, diciéndole en silencio que asegurara el arma. Luego, se acercó a la pareja desnuda y desabrochó su camisa para dársela a Pam, quién se puso de pie, sin hacer ningún esfuerzo para cubrirse.

—¿Qué demonios les pasa a ustedes dos? ¿Dónde está tu ropa?

Desafortunadamente, Diego levantó las manos que cubrían sus partes cuando empezó a explicar.

—Anoche llevamos mi barco a Sunset Cove, y decidimos nadar desnudos. Pam dijo que no quería ahogarse mientras nosotros... ya sabes, estábamos en eso, así que nadamos hasta la orilla. Después, necesitábamos, uh, descansar un poco, y accidentalmente nos quedamos dormidos. Cuando nos despertamos esta mañana para el segundo asalto...

Yerko levantó una mano.

—Entiendo. ¿Así que Nate te vio en el acto?

Diego asintió, mientras una sonriente Pam se tomaba su tiempo para abotonarse la camisa.

El mismo Yerko había sido culpable de nadar desnudo en Sunset Cove, una isla en forma de media luna en medio del lago, lo había hecho una o dos veces cuando estaba en el instituto.

—Diego, saca tu trasero de aquí y ve por tu ropa. Después, reúnete conmigo en mi oficina para tu multa. Pam, tienes que venir conmigo.

Mientras Diego se zambullía en el lago, los ojos de Pam se abrieron de par en par.

—¿En serio nos vas a multar?

—Tengo que hacerlo.

Puso sus manos sobre sus hombros.

—Se me ocurren algunas formas mejores de pagar mi deuda con la sociedad —se le acercó al oído y susurró todas las posiciones sexuales de su lista de deseos que aún no había probado.

Pam se había burlado de él así desde la secundaria, pero tenía que admitir que las nuevas posiciones eran mucho más creativas que las de antes.

—Diego es un tipo con suerte. Pero tu multa no es nada grave, sino cortes de cabello gratis para todos los chicos de la fuerza. Ahora hagamos que esto se vea bien para Nate.

—Gracias, Yerko. Al menos hoy pude vivir una de mis fantasías secretas favoritas: despertarme sólo con tu camisa.

—Me siento halagado. Ahora, necesito que finjas estar preocupada.

Subió a Pam en la parte trasera de la patrulla de Vincent, y se quedó hasta que Nate pareció haberse calmado. Luego volvió a su oficina para reportar el caso.

Era casi estúpido que tuviera que multar a esos dos fornicadores. No había ocurrido un asesinato o un robo importante en Anderson Butte desde que era sheriff. Su día a día era lidiar con ocasionales disturbios domésticos, artículos robados, o celebridades borrachas y desordenadas. Sería bueno tener un poco más de emoción en Denver.

¿Pero quién tomaría su lugar cuando se fuera? Vincent no tenía material de sheriff, y Carl y Nick, sus otros dos ayudantes, eran mayores y sólo trabajaban a tiempo parcial.

Aunque ese no era su problema. Su padre tendría que contratar a alguien nuevo. O, tal vez Josh lo haría. Tuvo entrenamiento durante su tiempo en el FBI.

Lo mencionaría más tarde durante el póquer. No le gustaba la idea de dejar a la gente del pueblo en las manos equivocadas.

A liviada de que sus padres y sus bocas delatadoras estuvieran de regreso a casa, Alicia envió un e-mail a su prima sobre el nuevo plan para cuidar a Yerko en la boda. Después de contarle sobre lo realmente guapo y nada nerd con el que tendría que lidiar, Gina finalmente aceptó. Por suerte su padre ya había enviado el e-mail advirtiendo a los invitados de no hablar sobre su pasado.

Spencer sabía que se había cambiado el nombre para esconderse de él, y que nunca volvería a usar su apellido de soltera. Así que si Yerko buscaba en Google el nombre de sus padres, averiguaría su apellido de soltera, pero no podría dar con el nombre de Spencer o su antiguo apellido de casada, y esa era la información más importante que había que mantener enterrada. Combinado con la mentira que sus padres le dijeron a Yerko sobre que Melissa era su apodo, todas las bases al parecer estaban cubiertas.

Aun así, ella deseaba que Yerko cambiara de opinión acerca de ir a la boda. O que tal vez algo surgiera en el pueblo como para obligarlo a quedarse en casa. Sólo podía esperar a ver qué sucedía.

Una vez hechas todas sus tareas de encubrimiento, Alicia corrió alrededor del lago y luego fue a recoger a Sherlock. Mientras sus zapatos de tenis golpeaban la grava en el camino de entrada a la casa de Meg, Alicia disminuyó su ritmo. Un equipo de trabajo estaba en el techo, y otro grupo trabajaba en el revestimiento de la cabaña. Debe ser difícil vivir en todo ese ruido y desorden.

Vio a Eric llevando a cabo lo que parecía ser un entrenamiento de obediencia para Sherlock y su compañero de camada, el Capitán Jack Sparrow. Su madre, Oreo, estaba a la sombra observándolos.

—Hola, Eric.

Miró por encima del hombro.

—Hola, Alicia.

Cuando Sherlock la escuchó, sus modales desaparecieron y se dirigió hacia ella. No había nada mejor que el entusiasmo de su cachorro cada vez que la veía. Se inclinó y lo acarició.

Meg se unió a ellos.

—Creo que Eric tiene un gran futuro como entrenador de perros. Espera hasta que veas su último

truco.

Eric alineó a los tres perros, les dijo que se sentaran y les colocó una golosina para perros en cada uno de sus hocicos. Sherlock tembló en anticipación, pero mantuvo su posición hasta que Eric dio la orden, y los tres dieron la vuelta a las golosinas y las atraparon en sus bocas.

—¡Eso es impresionante! —gritó Alicia, luego le dio un abrazo a Eric y algo de dinero en remuneración por su gran esfuerzo—. Eres el mejor cuidador de perros de la historia.

—Gracias. Iré a buscar la correa de Sherlock —salió corriendo y los tres perros lo siguieron.

Como si fuera el Flautista de Hamelín de los perros.

—Le pagas demasiado. Él ama a Sherlock y lo cuidaría gratis —acotó Meg.

Se encogió de hombros.

—Está ahorrando para un regalo de cumpleaños especial para Josh.

Alicia se había ofrecido a comprarlo en una tienda en línea que él le dijo que estaba más barato. Planeaba ayudarlo a pagar parte del regalo. Siempre tuvo una debilidad por Eric.

Meg sonrió.

—Eso es dulce. No sabía sobre eso.

—Lo que significa que probablemente fue un secreto que acabo de revelar, así que no lo menciones, por favor.

—No te preocupes, no diré nada. ¿Así que son ciertos los rumores sobre ti y Yerko?

Alicia sacudió la cabeza, mientras se cuestionaba a sí misma sobre si de verdad quería tener una vida de pueblo.

—Yerko me pidió que le ayudara a ser una mejor “cita” para cuando se mude a Denver. No pasa nada entre nosotros.

—Buena suerte con eso —Meg suspiró—. Lamentablemente, nuestra madre no era una santa, y Yerko ha jurado que nunca estaría con una mujer que miente y engaña como ella. Por eso, ha mantenido sus expectativas de mujer adecuada a un nivel imposible. Pero incluso si llega a encontrar a esa mujer perfecta, probablemente la perderá porque no habla con nadie. No es de los que desperdician palabras innecesarias.

Genial. Ahora se sentía diez veces más culpable por mentir sobre su secreto a Yerko.

—He notado la parte tranquila cuando está cerca de todos los demás, pero extrañamente, no es tan tranquilo a mi alrededor.

—¿En serio? —una lenta y traviesa sonrisa iluminó el rostro de Meg.

Ella tenía el mismo brillo en sus ojos que la madre de Alicia cuando planeaba su próximo movimiento furtivo.

Eric regresó con Sherlock y Alicia tomó la delantera.

—Nuestra primera “cita de práctica” será hacer rafting en aguas bravas pasado mañana. Tal vez trabajemos en sus expectativas.

Los ojos de Eric se iluminaron.

—Siempre he querido hacer rafting en aguas bravas.

¡Perfecto! De esa manera no estaría sola con Yerko. Era demasiado atractivo para su propio bien.

—¿Por qué no vienes? Iremos el domingo por la tarde —se volvió hacia Meg—. ¿Está bien si viene con nosotros?

—Llevar a los niños a las citas puede ser un poco molesto, Alicia —le sonrió a Eric—. No te ofendas, cariño.

—No es una cita real de todos modos. He oído que eres una excelente guía, Meg. ¿Por qué no vienes tú también?

Que su hermana estuviera allí garantizaría que no pasara nada entre ella y Yerko.

—Um. No estoy segura de que Yerko...

—No le importará —la interrumpió—. ¿Te veré más tarde para el Bingo en Brewster?

—Sí —Meg asintió—. Josh jugará al póquer esta noche, así que me apunto.

—Grandioso. Hasta luego, entonces. Adiós, Eric.

Alicia empezó a correr con su cachorro. Cuando Sherlock se cruzó de repente delante de ella, casi se cae de cara. Había intentado enseñarle a correr a su lado, pero aún no lo había conseguido. Siempre se detenía cada pocos metros y comenzaba a investigar, de ahí su nombre. Resignada, se rindió y optó por un paseo más lento, esperando un viernes por la noche divertido con las chicas, y tal vez unas horas sin preocuparse por Spencer.



Le había tocado otra mano de mierda. Estaban reunidos alrededor de la mesa del comedor de Cesar jugando al póquer, y Yerko no había ganado una sola mano en toda la noche. Le había costado mucho concentrarse cuando su mente seguía volviendo a la frustrante falta de información que había encontrado en internet sobre Alicia. Y sin una orden de registro, la junta de licencias del estado sólo podía dar información básica. Sólo tenía que esperar que la boda fuera más fructífera.

—La apuesta es ligera, Yerko. Entra.

Yerko arrojó una moneda de diez centavos en el centro de la mesa y esperó lo mejor. Eran sólo las diez de la noche. Los chicos lo molestarían si se retiraba y se iba a casa temprano.

Josh, Vincent, Billy, Cesar y Yerko habían estado compitiendo en una rivalidad de póquer de cinco, con apuestas entre diez y quince centavos. Pero a pesar de todo, su hermano estaba en el último lugar y estaba enfadado por eso.

Cesar repartió la siguiente ronda, echó un vistazo a su mano, y luego tiró las cartas sobre la mesa.

—¿Qué tengo que hacer, hombre? ¡No he tenido una buena mano en toda la noche! —se quejó Yerko.

Billy se rio.

—Sólo estás hackeado porque Mikey y yo, nos aprovechamos de la racha perdedora de tu hermano y tú no —le chocó los cinco a Vincent.

Ignorándolos, Yerko tiró dos cartas y recogió sus reemplazos. Esperaba hablar con Josh en privado sobre la toma de su posición después de que se fuera, pero Vincent había llegado temprano por primera vez en su vida. Lo hablaría más tarde.

—Yerko está distraído por nuestra nueva y bonita dentista. Lo tiene mal —bromeó Cesar.

Yerko le echó una mirada de “cállate la boca” y subió la apuesta para farolear.

—Ella muy guapa —Billy también subió la apuesta—. ¿Cómo has tenido tanta suerte?

Cesar se rio.

—Oh, no están saliendo en realidad. Sólo le está dando a Yerko “lecciones de citas” porque perdió una apuesta o algo así.

—Cincuenta para ti, Josh —Vincent tiró un cuarto y luego agregó otro—. ¿Qué demonios son las lecciones de citas, Yerko?

—Vamos a hacer rafting el domingo y luego a la boda de su hermana el próximo sábado.

Con suerte, tendría la oportunidad para hacer cambiar de opinión a Alicia sobre tener una relación con él.

—¿Boda? —Vincent terminó su cerveza—. Seguro que tienes suerte con ella después de eso. ¿Estoy en lo cierto, caballeros?

Los chicos asintieron con la cabeza.

—No he ido a una boda todavía que no haya tenido una recompensa después —Cesar vació su vaso.

—Son puntos positivos garantizados con la chica —agregó Vincent—. Hay algo en todo el romance del aire que juega a nuestro favor.

—Odio las bodas —expresó Billy con un gruñido—. Lo único que las hace soportables son todas las chicas sexys, como Alicia, ella hace que ir al dentista...

—Hey —Yerko levantó una mano. Ya había tenido suficiente—. No más charlas sobre Alicia o les patearé el trasero.

Cesar se rio.

—Es totalmente obvio que sientes algo por ella.

—No es asunto de ustedes. Fin del tema.

El teléfono de Yerko sonó en su bolsillo. Esperaba que alguien hubiera cometido un crimen para

poder irse.

Era un mensaje de Meg.

«¡Tienes que traer tu culo a Brewster ahora! Trey Jackson se está acercando demasiado a Alicia.»

—Lo siento chicos, el deber llama —anunció.

—Nick está de guardia. Deja que él se encargue —dijo Vincent mientras dejaba caer la mano ganadora.

—No hay necesidad de sacar a Nick de su sillón un viernes por la noche. Sólo es algo en Brewster —Yerko recogió sus cosas y se dirigió a la puerta.

Cuando llegó a la calle principal, aceleró el ritmo.

Trey Jackson, estrella de acción, regresaba a Anderson Butte cada año. El personal femenino del hotel sabía que debía mantenerse alejado. Pero Alicia no lo sabía, y claramente le gustó su aspecto cuando estaba corriendo el otro día.

Abrió de un tirón la puerta de Brewster y fue impactado por la música country a todo volumen, el aroma de la comida grasienta y de la cerveza, y el calor de muchos cuerpos atascados en el pequeño espacio. Mirando a su alrededor, vio a sus hermanas sentadas en una mesa llena de cartones de bingo, Sharpies y vasos medio llenos, pero no vio a Alicia.

Se formó una fosa en su estómago. ¿Alicia se habría ido al hotel con Trey?

Luego vio dos cabezas rubias entre la multitud de la pista de baile y sus tripas se relajaron. Después de abrirse paso entre la gente, se sentó al lado de Meg.

—¿Cuánto tiempo han estado en eso? —preguntó.

Casey sonrió con suficiencia.

—Llegaste rápido. ¿Viniste corriendo? Creo que deberías ir a romper eso —señaló en dirección a Alicia.

No había corrido. Tal vez trotó un poco.

—No. Alicia se enojará —Meg tomó un largo sorbo de su cerveza—. Tengan paciencia. Cuando termine, sácala tú a bailar y mantenla allí hasta que Trey se aburra de esperar y se vaya.

Trató de no mirar, pero no pudo evitarlo. Alicia le sonreía a Trey mientras hablaban. Entonces Trey hizo algo que la sorprendió y sus manos se deslizaron alrededor de su cuello para agarrarse. Un movimiento bastante hábil. Tendría que recordar esa.

Mientras sus hermanas parloteaban entre ellas sobre cuánto habían ganado jugando al bingo, la mano de Trey se deslizó lentamente y cada vez más hasta la parte trasera de Alicia. Ella detuvo su mano y la llevó a territorio neutral. Después de unos minutos, el hombre fue por el premio otra vez.

Eso era todo lo que podía soportar. Yerko saltó del asiento, abriéndose paso a través de los otros bailarines, y luego puso una mano en el hombro de Trey.

Puede que lo haya apretado un poco más fuerte de lo necesario.

Trey hizo un gesto de dolor.

—¿Qué...?

—Gracias por hacerle compañía a mi novia hasta que yo llegara. ¿Te importa si interrumpo? — Yerko le mostró una gran sonrisa falsa y dentada.

Trey se frotó el hombro mientras miraba las dagas en sus ojos, y justo cuando intentó abrir la boca para hablar, la mano de Alicia rodeó el brazo de Yerko.

—Gracias por el baile, Trey. Discúlpanos, pero necesito tener una pequeña charla con mi novio.

Meg tenía razón. Hizo enojar a Alicia.

Él deslizó su brazo alrededor de su cintura para mantenerla en el lugar.

—¿Qué demonios fue eso? —Alicia gruñó a través de sus dientes apretados.

La acercó más a él para no tener que gritar por encima de la música.

—Es un imbécil. Te estaba salvando de él.

—¿Salvarme? —le dio un toque en su nariz magullada—. ¿Te has mirado en el espejo últimamente? Puedo cuidar de mí misma, Yerko.

La música se detuvo, así que ella intentó alejarse, pero él no había terminado todavía. La mantuvo en su lugar.

—Te estaba manoseando.

Alicia cruzó sus brazos cuando la siguiente canción comenzó.

—Lo tenía bajo control.

Como estaban causando un atasco en la pista de baile, la arrastró a bailar con él y se acercó a su oído, para susurrarle.

—Es uno de esos famosos que cree que puede tener a quien quiera, cuando quiera. Tiene antecedentes penales en Los Ángeles. Múltiples cargos por agresión sexual que misteriosamente nunca han sido procesados. Sus abogados siempre hacen de las suyas. Él y yo hemos discutido sobre su comportamiento aquí, y no confío en él. Quería asegurarme de que no te hiciera daño, Alicia.

—Oh —sus ojos se abrieron mucho—. No me extraña que Meg actuara tan raro cuando me invitó a bailar.

Asintió.

—Ella me envió un mensaje de texto. Por eso estoy aquí.

—Lo siento, Yerko —sonrió antes de darle un abrazo—. Aprecio eso más de lo que puedo decirte. Gracias.

—De nada.

Le encantaba tenerla en sus brazos. Podría bailar con ella toda la noche.

Pero ella no estaba preparada para nada serio todavía, así que él deslizó lentamente su mano hacia su trasero, deteniéndose justo antes del punto decisivo.

Alicia retumbó en una carcajada, que a él también le hizo sonreír. Se inclinó hacia atrás, con los ojos aún brillantes de humor.

—Mueve tu mano o despídete de ella.

Lentamente movió su mano unos centímetros más arriba, amando todas sus curvas.

—¿Qué dijo Trey para hacerte sonreír? Nunca sé qué decirle a una mujer cuando bailamos. Es incómodo.

—Me estaba contando sobre el rodaje de su última película en Bali. Sonaba divertido.

—Es difícil competir con eso —la acercó un poco más.

—No tienes que competir con eso. Las mujeres sólo quieren saber que te interesan, Yerko. Podrías preguntarle cómo le fue en el día y eso sería suficiente.

—¿Cómo estuvo tu día, Alicia?

—Grandioso. ¿Cómo estuvo el tuyo?

Pensó en eso por un minuto.

—Raro. Arresté a Pam y Diego por estar desnudos en público.

—Pam lo mencionó —se rio—. Ella dijo que odiaba que ni siquiera la miraste. Si fuera tu verdadera novia, te lo agradecería. Mucho.

—¿Si?

—Mm hmm —se acurrucó a su pecho y sonrió—. Pam dijo que estaba muy enamorada de ti en el instituto. Pero sólo tenías ojos para Sarah.

—Pam nunca ha tenido material de novia.

—¿Qué significa eso? —se inclinó hacia atrás y frunció el ceño—. Ella es muy agradable.

Se encogió de hombros.

—Es que... ella se acuesta con todos... mucho... y un tipo no quiere...

—Un momento. Así que está bien que un chico se acueste con tantas chicas como quiera, hasta que decida sentar cabeza, ¿pero una mujer no puede? Si una mujer es soltera, está en su derecho.

—No me atrae ese tipo de mujer.

Su madre se había acostado con todos. De ninguna manera querría estar con alguien así.

Antes de que pudiera averiguar cómo explicarle eso a Alicia, ella le respondió.

—Bueno, es bueno que seamos una pareja falsa, entonces, porque planeo convertirme en ese tipo de mujer de aquí en adelante.

¿Esa es la salida? Maldito sea su ex-marido por lo que sea que le hizo para que Alicia se sienta así.

—Intenté acostarme con mujeres sólo por el hecho de hacerlo, sin el resto, y todo lo que hizo fue hacerme sentir como un idiota por hacerlo.

Los ojos de Alicia encontraron los suyos y los sostuvieron por un largo momento antes de que ella soltara un suspiro.

—Ya veremos, supongo. Eres un buen bailarín, Sheriff.

Evitarla, como siempre.

—Tú también. Me gusta bailar con alguien un poco más cercano a mi tamaño.

—Definitivamente necesitas lecciones de citas, amigo —puso los ojos en blanco—. Quieres decir más cerca de tu propia altura. Una mujer nunca quiere su tamaño comparado con el de un hombre.

—¿Así que no me pedirás prestada una camisa en un futuro próximo?

—Sólo si decido nadar desnuda y me atrapas sin una.

Le encantaba que ella tuviera su sentido del humor.

—Con gusto la compartiría. Pero a ti definitivamente te miraría primero.

Los labios de Alicia se separaron, pero sólo parpadeó. Era la segunda vez que la dejaba sin palabras.

La primera vez fue cuando la llamó por su verdadero nombre.

—¿Quieres un trago? —preguntó Yerko rápidamente en cuanto terminó la canción.

Se le escapó de los brazos.

—A riesgo de ofender tus viejas costumbres, te invito a un trago por haberme salvado antes. Vi unas Coronas en tu nevera. ¿Te parece una de esas?

—Grandioso. Gracias.

No quería que ella le comprara bebidas y casi se lo había dicho, pero si se negaba entonces le estaría demostrado su punto. Volvió con sus hermanas y las sonrisas en sus caras le hicieron querer seguir caminando.

—Lo vimos todo. ¿Hablaste con Alicia todo el tiempo que bailaste? —preguntó Meg.

—Ese tipo me estaba pateando el trasero —se sentó al lado de ella—. Tenía que defenderme.

—Será mejor que nos vayamos, Meg. La abuela probablemente esté tentada de ahogar a nuestros hijos en el lago ahora —agregó Casey, tomando el último sorbo de su cerveza.

—Está bien —le respondió, y luego se dirigió a Yerko—. Acompáñala a casa. Y cuando llegues

allí, pregúntale cómo un hombre sabe si es un buen besador.

—Alicia no va a caer en eso.

—Lo hará, porque antes, Pam contó la historia de lo mal que fue tu primer beso con Sarah en la escuela. Es algo patético y no podrá negarse a ayudarte.

Eso fue jodidamente embarazoso. Sólo pasó esa vez.

—¿Por qué demonios Pam dijo eso?

—Fue a propósito. Confía en mí. Haz lo que te digo y tendrás ese beso. Todos queremos verlos juntos, Yer. Aquí viene. Buena suerte.

Se puso de pie para que sus hermanas pudieran deslizarse fuera de la cabina, y ambas se despidieron de Alicia al salir.

El chico de secundaria avergonzado que había en él quería demostrarle a Alicia que había mejorado en el departamento de besos.

¿Funcionaría realmente decirle eso? Por muy molesto que fuera, sus hermanas rara vez se equivocaban cuando se trataba de consejos sobre mujeres. Pero no habían visto la forma en que Alicia casi le arranca los bolsillos de la camisa la última vez que casi la besó. Tendría que ser ella la que diera el primer paso. No es él.

Yerko se quedó de pie al lado de Alicia, esperando que ella se sentara primero. El hombre tenía modales. Ella tenía que darle puntos por eso.

—Las corriste a ellas también, ¿eh? —le sonrió para que él supiera que estaba bromeando mientras dejaba sus bebidas sobre la mesa y luego se deslizaba en uno de los lugares desocupados.

Se sentó frente a ella y luego golpeó ligeramente su vaso contra su copa.

—Pero ahora te tengo toda para mí. Gracias por el trago.

—De nada. Pero si nos sentamos aquí solos, las lenguas se moverán aún más, ya sabes.

—No me importa —sus ojos se encontraron con los de ella mientras tomaba un trago de su vaso.

A ella tampoco le importaba tanto. Era más fácil que tratar de convencer a todos de lo contrario.

—Me temo que las mujeres me van a odiar por ser quien rompa tu regla de citas. Veronica será la primera en la fila.

—Lo superarán. Especialmente cuando me mude.

—¿Lo dices en serio?

—Sólo necesito la oferta de trabajo adecuada, y me voy de aquí —su mandíbula se apretó antes de tomar otro trago largo.

Ella estudió su cara. Para alguien tan seguro de mudarse, no parecía feliz por ello. Tal vez sea hora de cambiar de tema.

—Así que, volviendo a tus lecciones. Tus antiguas novias dijeron que eras demasiado callado. Como no vivían en el pueblo, ¿con qué frecuencia les hablabas?

Se encogió de hombros.

—El fin de semana cuando las visitaba. Normalmente hacíamos planes para el fin de semana siguiente antes de que regresara al pueblo.

—¿Qué? ¿Estás bromeando?

Él no dijo nada, sólo la miró perplejo.

—¿Así que nunca llamaste, digamos, un miércoles por la noche, sólo para ver cómo estaba? ¿Sólo aparecías para la cita del fin de semana y follar?

Yerko frunció el ceño mientras se frotaba la nuca.

—Haces que suene mal. No fue así.

—Bueno, apuesto a que se sentían así las mujeres con las que salías. ¡También te habría dejado!

Jugó con un cartón de bingo durante un minuto antes de responder.

—No me gusta hablar por teléfono. Lo he intentado, pero se siente...

Su voz se había vuelto tan tranquila que de repente sintió lástima por él.

—Las mujeres hablarán si les haces las preguntas correctas. Entonces todo lo que tienes que hacer es hacer sonidos de aprobación y seguir la corriente.

—Hacer las preguntas correctas es donde está el problema.

—Eres un policía. Alguien entrenado para notar las cosas —cerró los ojos—. ¿De qué color son mis ojos?

—Azules.

—¿Ves? —abrió los ojos de nuevo—. ¿Qué tan alta soy? —sonrió.

—Seis pies. O media pulgada menos de eso.

—Muy bien. Nos saltaremos la pregunta del peso. Ya hemos tenido tres citas, más o menos, ¿qué sabes de mí?

—Que tu peso es perfecto, y que realmente comes, a diferencia de algunas de mis otras citas pasadas. Evitas responder a preguntas sobre cualquier cosa personal, especialmente sobre su antiguo marido o matrimonio. En tu gran bolso llevas un spray de pimienta. Tienes una buena familia, pero no quieres una propia. Corres casi todos los días. Prefieres el vino tinto y tu café bien negro. Te mudaste aquí desde Denver. Te gustaría ir a hacer rafting en aguas bravas y malcrías a tu cachorro.

—Vaya. Esas fueron un montón de palabras seguidas —se rio mientras tomaba otro sorbo de su vino—. Y no malcrío a mi cachorro, sólo lo complazco un poco. Pero todo lo demás fue bastante acertado. Y para tu información, también me encantan las películas, de cualquier tipo excepto las

películas de terror. Así que fuera de esa lista, ¿qué sería lo más fácil de discutir para ti?

—¿Tu peso?

—En serio, estamos teniendo una clase aquí.

Tomó su mano y la miró fijamente a los ojos. Cuando sus labios se inclinaron en una lenta y dulce sonrisa, su estómago se apretó de nuevo. ¿Eso dejaría de pasarle alguna vez?

—Aunque me encantaría preguntar sobre tu ex, y tu necesidad de llevar spray de pimienta en este pueblo, supongo que sería mejor preguntar sobre el libro que estás leyendo o sobre Sherlock.

—¡Y tendrías razón! —ella sacó su mano de la suya y miró su teléfono—. No me di cuenta de lo tarde que era. Reanudemos la clase en nuestra próxima cita —le envió una sonrisa—. Tengo que ir a casa y a atender a mi cachorro.

—Te acompañaré —acabó su vaso de cerveza.

Se deslizó fuera de la cabina.

—No tiene que protegerme, Sheriff. Para eso es mi spray de pimienta.

Le abrió la puerta para que ella saliera primero al bendito y fresco aire de montaña.

—Esperaba que tú me protegieras. Eres quien está armada, aquí. Yo estoy fuera de servicio.

Se rio.

—Vamos, entonces. Te llevaré a salvo a la puerta de tu casa. Pero no esperes un beso de buenas noches. He oído que eres malo en eso.

Se pasó una mano por la cara.

—Meg me contó sobre la gran boca de Pam. Pero eso fue en realidad un complot de las chicas para que me dejaras besarte.

—¿Qué? —dejó de caminar.

—Les gustas y tienen buenas intenciones —deslizó un brazo alrededor de su cintura y la acercó a él—. Se suponía que debía preguntarte cómo un hombre sabe si es un buen besador, y así tal vez me ayudarías a saber si lo soy. Pero estaba seguro de que no cederías a eso.

Odiaba que el miedo se apoderara de ella la última vez que aceptó un beso de él, y peor aún, que él se diera cuenta. Necesitaba seguir adelante, empezar de nuevo, olvidar a Spencer y lo que le había hecho. Era el pasado y ella estaba lista para volver a salir.

Probablemente.

Había estado tan metida en sus pensamientos durante el camino que no se dio cuenta cuando pasaron por la casa de Yerko y terminaron en la suya.

Él se iba a mudar pronto a Denver y era el indicado para darle el primer beso, desde los de su ex llenos de odio.

Ella iba a hacerlo.

Alicia subió al porche y antes de que él pudiera dar un paso adelante, se giró y lo enfrentó. Frente a frente con él, puso sus manos sobre sus hombros.

—Por el bien de nuestras lecciones, veamos si has mejorado desde la escuela secundaria.

Antes de que pudiera responder, ella posó su boca sobre la suya.

Los recuerdos del último beso de Spencer tensaron su cuerpo como la última vez, y sus manos volvieron al pecho de Yerko en defensa automática. Pero necesitaba superar su miedo. Quería besarlo, así que luchó contra la ansiedad y se centró sólo en sus cálidos labios presionados contra los de ella. Eran suaves y llenos, y sabían como la Corona con limón que acababa de terminar. Sus bocas encajaban perfectamente, como si hubieran sido creadas sólo para el otro.

Cuando él inclinó su cabeza para un mejor ángulo, Alicia separó sus labios por voluntad propia, invitándolo a que tomara más. Tres años fue un largo tiempo sin el toque de un hombre, pero la chispa de la conciencia que la atravesó, calentándola de adentro hacia afuera, fue una respuesta que su cuerpo nunca antes había tenido por un simple beso. La confundió tanto como encendió los largos impulsos latentes que gritaban por más.

Mientras su lengua rozaba ligeramente con la de ella y encontraba un ritmo primitivo que ambos parecían conocer, tomó sus manos, todavía apretadas en puños en la parte delantera de su camisa, y las movió a su cintura. Luego, lentamente la rodeó con sus brazos y la acercó a su pecho para que pudiera sentir su corazón contra el de ella. Incluso sus latidos parecían estar sincronizados.

Ella jadeaba del placer que su boca enviaba directamente a su entrepierna. Deslizó sus manos alrededor del cuello de Yerko mientras su beso se hacía más intenso, urgente, necesitado y muy ardiente.

Una alarma en su cerebro finalmente rompió el hechizo, advirtiéndole que las cosas se movían demasiado rápido. Debería parar antes de que no le quedara voluntad para resistirse a llevarlo a la cama para ver si era tan bueno haciendo el amor como lo era besando.

A regañadientes, se inclinó lentamente hacia atrás, terminando su beso. Se quedaron parados con los brazos envueltos alrededor del otro, con un aliento cálido mezclado, mientras se miraban a los ojos. Pasó un minuto completo antes de que Yerko finalmente rompiera el silencio.

—¿Y? ¿Cuál es el veredicto?

Aclaró su garganta y lo liberó, obligándose a tomar el control de sus hormonas para no parecer afectada.

—Besar no es definitivamente tu problema con las mujeres. Trabajaremos en las otras cosas el domingo. Adiós.

Antes de que Yerko pudiera responder, ella corrió hacia la puerta y entró rápidamente. Después de cerrarla y de introducir su código de alarma para detener el incesante pitido, se recostó contra la madera y suspiró. ¿Por qué había hecho eso? ¿Sólo para probarse algo a sí misma? ¿O porque se había preguntado más de una vez cómo besaría un hombre como él? Pero lo había hecho. Tuvo su primer beso y sobrevivió. Ya podía tachar eso de su lista.

Esa se convertiría en una de las cosas más inolvidables de su vida. Porque, maldita sea, era el mejor beso que le habían dado.

El domingo por la tarde Alicia bajó la colina hacia la casa de Yerko, con el estómago revuelto por la energía nerviosa del día que le esperaba. No estaba del todo segura de si su inquietud era por ver a Yerko después de ese beso, o si era la anticipación de ir a hacer rafting en aguas bravas por primera vez.

Los recuerdos de su beso el viernes por la noche seguían apareciendo en su cabeza, pero ella los apagaba rápidamente. Menos mal que Meg y Eric los acompañarían, así podrían mantener las cosas en un nivel de “amigos” para su aventura.

Yerko estaba cargando la balsa en el remolque enganchado a su camioneta. Llevaba un par de pantalones cortos y una camiseta de la marina que destacaba sus hombros anchos y sus músculos tonificados.

¡Maldita sea! ¿Por qué tenía que ser tan guapo? Pasar el día con él iba a ser una tortura, bueno, una dulce tortura.

El crujido de la grava bajo sus pies hizo que su cabeza girara en su dirección y sonrió.

—Hola.

Su sonrisa se desvaneció rápidamente cuando ató la balsa.

—Hey. ¿Necesitas ayuda?

Sacudió la cabeza.

—No, lo tengo bajo control.

—Tenía muchas ganas de que este día llegara.

Su respuesta fue una inclinación de cabeza y otra sonrisa firme. Parecía que Yerko había vuelto al modo silencioso. ¿O tal vez las cosas estaban raras debido a su beso?

Le dio un chaleco salvavidas.

—Pruébate ese.

—Bien —se puso el chaleco sobre los hombros. Le quedaba bien hasta que la cremallera golpeó su pecho—. Um... Creo que un hombre fue el último en usar esto...

Sin decir una palabra, le aflojó algunas hebillas de los lados para darle más espacio. Algo no estaba bien. Nunca había estado tan tranquilo.

Después de arreglar el chaleco, rompió el silencio.

—Regla número uno. Si te caes, mantén los pies delante de ti, río abajo. Intenta detenerte en una roca y espera. Yo haré el resto.

—¿Va a ser esto más aterrador de lo que creo? ¿Voy a estar gritando como una niña?

—Tal vez —rápidamente volvió al trabajo.

¿Estaba enfadado con ella? Probablemente debería decir algo sobre su increíble beso. ¿Pero qué? ¿Disculparse? Su beso probablemente le envió mensajes tan revueltos y complicados como sus sentimientos por él. Honestamente le gustaba. Parecía ser un gran hombre, pero no el ideal para ella, porque querían cosas diferentes.

Mientras trabajaba en cómo abordar el tema, la abuela de Yerko se acercaba lentamente por el camino. Usaba un bastón con su mano derecha y su izquierda sostenía un molde para pasteles. Cuando Yerko la vio, dejó de hacer lo que estaba haciendo y se puso rápidamente a su lado.

—Cuidado —agarró la bandeja que ella le entregaba—. ¿Me hiciste un pastel?

—Me imaginé que te merecías esto después de lo que pasó. Probablemente no sea correcto llamar a tu propio hijo asno, pero tu padre actuó como tal.

Yerko asintió mientras extendía un brazo para que ella se apoyara.

Así que tal vez por eso estaba callado. ¿Una pelea con su padre?

—Hola, Alicia.

—Hola, Sra. Anderson. ¿Qué tipo de pastel ha hecho?

—De manzana pateas traseros.

Alicia se rio mientras se quitaba el chaleco salvavidas y lo ponía con los demás. Nunca se acostumbró a lo directa que era la abuela de Yerko.

—¿Qué lo hace tan genial? ¿Ingrediente secreto?

Meg y Eric se acercaron.

—Porque nos patearía el trasero si dijéramos lo contrario —agregó Meg.

La Sra. Anderson se rio, revelando un nuevo hueco en sus dientes inferiores delanteros.

—Es el segundo favorito de Yerko. Le gusta más el mousse de chocolate de Gloria, pero siempre me dice que mi manzana es mejor. No es ningún tonto.

Alicia se acercó más a ella.

—¿Perdió una corona, Sra. Anderson?

—Sí —hizo un gesto con la mano—. Mordí una de esas manzanas antes y lo perdí.

Eric miró el pastel más de cerca.

—Entonces, ¿hay un diente ahí?

—Tendrás que comerlo bajo tu propio riesgo —le guiñó un ojo a Eric y le hizo sonreír.

—¿Te molesta el frío y el calor? —preguntó Alicia.

Ella asintió.

—Nada con lo que no pueda vivir hasta que pueda ir a verte la próxima semana. De todos modos, así dejo de beber tanto café.

—No, vamos a mi consultorio ahora. Te arreglaré para que puedas disfrutar de tu café por la mañana.

—No quiero arruinar tu diversión. Te llamaré mañana.

—Podemos ir en otro momento, ¿verdad, Yerko?

Él asintió.

—Por supuesto.

Los ojos de Eric siguieron la conversación como si estuviera viendo un partido de tenis.

Él realmente quería ir.

—Pensándolo bien, ustedes deberían seguir sin mí —agregó Alicia, y Eric asintió con entusiasmo.

Yerko la miró fijamente por unos segundos, y luego inclinó su cabeza en una especie de “sígueme” mientras caminaba hacia su cubierta.

Lo siguió hasta la cubierta, y Yerko puso el pastel en la barandilla.

—¿Estás segura? Mi abuela no habría dicho eso si no lo hubiera querido decir.

—Sí. Tengo un día inusualmente lleno mañana. En realidad es más fácil para mí verla hoy. Iré corriendo a casa a buscar las llaves del consultorio. No quiero que se sienta así tan mal hasta que tenga tiempo de atenderla.

—Vale. La dejaré de camino —Yerko la sorprendió cuando la envolvió en un fuerte abrazo y le susurró al oído—. Gracias, Alicia. Aprecio que hagas eso por mi abuela.

No sabía muy bien qué hacer con sus manos. Abrazarlo y arriesgarse a darle una idea equivocada, o quedarse ahí parada como una idiota. Por supuesto, no quería ser una idiota, así que le devolvió el abrazo.

Fue agradable. Era tan sólido y... cómodo. Y olía muy bien. Como a jabón y colonia y... a hombre sexy. Entonces un pensamiento la golpeó. ¿Tal vez estaba molesto por lo de su padre y necesitaba un abrazo? Le envió una punzada aguda a su corazón.

—¿Todo bien? ¿Estamos bien?

Inclinó la cabeza hacia atrás, pero continuó abrazándola.

—¿Por qué no estaríamos bien?

—Yo... probablemente no debí haberte besado. Mis sentimientos no han cambiado en cuanto a tener una relación seria. No quiero darte...

—Si algo más sucede entre nosotros, dejaré esa decisión en tus manos. Será estrictamente por placer entre dos adultos solteros. Sin compromisos. Lo entiendo.

—Espera. Anoche dijiste que te sentías como un imbécil cuando te acostabas con mujeres sólo por el hecho de hacerlo.

—Eso es diferente. Ellas eran unas extrañas. Tú y yo hemos llegado a conocernos y respetarnos mutuamente. Y no entraríamos en esto con ninguna otra expectativa.

Antes de que ella pudiera llegar a alguna conclusión y responder, él continuó.

—Piénsalo. Porque me gustó ese beso, Alicia. Y mucho —le dio una palmadita en el trasero y luego se fue.

¿Qué había pasado con el hombre que quería encontrar a la mujer adecuada, tener hijos y conducir una minivan? Era completamente confuso.

Debía tener una seria discusión con él más tarde.



Mientras conducían al norte hacia un río más suave para la primera vez de Eric, Yerko le contó a Meg su conversación con Alicia.

—¿Por qué le dirías eso a Alicia? Eso no es lo que quieres —preguntó Meg.

Revisó su espejo retrovisor para asegurarse de que Eric todavía llevara sus auriculares puestos. El chico miraba por la ventana moviendo la cabeza al ritmo de la música.

—Supongo que tampoco es lo que ella realmente quiere.

Meg le frunció el ceño.

—¿Desde cuándo lees la mente?

—Me baso en lo que sabemos de ella, y en algunas de las cosas que me dijo. Su ex le hizo daño. Algo muy malo. Así que creo que sólo necesita tiempo para curarse y confiar.

—Y mientras tanto, vas a desarrollar sentimientos más profundos por ella para luego romperte el corazón de nuevo si te equivocas —le puso una mano en el brazo—. No quiero verte herido, Yer.

—Si no hay dolor, no hay ganancia.

—Entonces, ¿cómo encaja esto con tu mudanza?

No había pensado en eso. Sólo se le ocurrió el plan después de estar despierto toda la noche pensando en ese beso. Lo único que sabía con seguridad era que la quería más que nunca.

—¿Quién sabe cuánto tiempo pueda llevar encontrar el trabajo adecuado? Pueden ser semanas, meses o incluso un año. Mientras tanto, pasaremos el rato y veremos si se desarrolla algo más. No es realmente diferente de algunas de las otras mujeres con las que he salido recientemente.

—Es muy diferente porque ella realmente te importa. No me gusta este plan.

—Es todo lo que tengo. Si se te ocurre algo mejor, házmelo saber.

—Créeme, lo haré. Esto parece ser la receta perfecta para el desastre.



El adhesivo de la corona temporal de la Sra. Anderson necesitaba fraguar, así que Alicia la ayudó a recostarse sobre la silla.

—¿Quieres una revista para leer?

—No. Ahora que tus dedos están fuera de mi boca, quiero hablar de ti y Yerko. ¿Qué es ese plan absurdo que estoy escuchando sobre las lecciones de citas?

Alicia sonrió.

—Fue idea de Yerko, no mía. Pero realmente necesita ayuda. Es como si estuviera viviendo en el pasado con la forma en que piensa sobre las mujeres.

—¿Lo dices porque tiene modales, está cansado de salir y quiere una familia? Pensaría que una mujer joven estaría feliz de estar con un hombre así. Es lo que todas las chicas querían cuando yo tenía tu edad.

Lo que acababa de demostrar el punto de vista de Alicia.

—No digo que no haya una mujer ahí fuera que quiera esas cosas también. Es sólo que las mujeres son mucho más independientes ahora y quieren vivir un poco y experimentar antes de establecerse, como sólo los hombres solían ser capaces de hacer, y un hombre no tiene derecho a discriminar a una mujer por eso.

—Bueno, una cosa nunca cambiará. Los hombres no compran vacas cuando obtienen la leche gratis. ¿Te estás acostando con mi nieto?

¿Muy contundente?

—No. Sólo somos amigos.

Aunque ese beso no era uno que un amigo le diera a otro. Había sido... erótico.

—Hmmm —los ojos arrugados de la Sra. Anderson se estrecharon—. Estuviste casada antes. Entonces, ¿qué fue lo que salió mal allí?

Vaya. Justo cuando Alicia no creía que pudieran empeorar mucho más las cosas.

—No era el hombre que pensé que era cuando me casé con él. Incluso admitiré que solía querer todas las cosas que Yerko quiere. Y pensé que las tendría, hasta que todo salió muy mal —eso era

todo lo que iba a decir al respecto—. Y ya que me estás preguntando, voy a hacer lo mismo. ¿Por qué crees que Yerko es tan callado? Es un hombre apuesto. No es por falta de confianza, lo que puedo ver. Es inteligente y muy amable. Debería ser capaz de tener cualquier mujer que quiera. No puedo entenderlo.

—Elige estar callado. Puede hablarte al oído si le apasiona algo —dejó escapar un largo suspiro—. Su padre fue muy duro con él cuando era niño. Pensaba que era demasiado introspectivo y que necesitaba ser más agresivo y usar su tamaño para intimidar, tal y como lo hacía él. Decía que debía luchar por lo que quería en lugar de analizar tanto las cosas antes de hacerlas, pero Yerko no estaba de acuerdo con esa manera de pensar de su padre, así que se encierra dentro de sí mismo y tiende a quedarse ahí a menos que lo convenzas de que salga. No ayudó que creciera sin una madre, y luego descubrió que la madre perfecta en su mente no era una persona de la más alta moral. Sin embargo, sé que no es tan tranquilo contigo, ¿verdad?

—No —parpadeó sorprendida de que la abuela de Yerko lo hubiera descubierto—. Es realmente gracioso cuando quiere serlo. Me gusta mucho, pero no queremos las mismas cosas. Él y yo ya hemos hablado de eso y tenemos un acuerdo.

Aunque Yerko al parecer había cambiado las reglas. Todavía estaba confundida.

La Sra. Anderson asintió lentamente.

—Bueno, eso me deja claro todo lo que quería saber. Te pediré que tengas cuidado con su corazón, Alicia. Tiene uno bueno que no merece ser roto de nuevo.

—Estás hablando de Sarah. ¿Qué salió mal allí? Nadie habla de eso.

—Sospecho que se cansó de esperar. Pero si me preguntas a mí... No era realmente la adecuada para él. Necesita a alguien que lo saque de ese caparazón. Como tú.

Afortunadamente, era hora de terminar con el trabajo.

—Se va a mudar pronto de todos modos, así que estoy bastante segura de que es un punto discutible —lentamente inclinó la silla de nuevo y ajustó la luz de arriba—. Abra de nuevo, por favor. Sólo una pequeña puesta a punto y luego podrá volver a su hábito del café.

La Sra. Anderson se rio.

—Me agradas, Alicia Carter. Y no suelo decir eso a la gente porque en su mayoría me molestan.

—También me agradas. Aunque creo que me agradas más cuando no haces tantas preguntas. Ahora veo de dónde Yerko sacó ese molesto hábito.

La anciana sonrió.

—Si tú eres la única que le pateas el trasero a Yerko. Será divertido ver lo que pase entre ustedes dos —sus ojos brillaban de diversión.

Alicia no tenía nada más que decir, así que sólo se dedicó en terminar su trabajo.



Después de que terminara el sándwich que se había preparado para la cena, agarró la correa de Sherlock.

—¿Quieres ir... —ni siquiera pudo formular la pregunta antes de que su cachorro estuviera a sus pies persiguiendo su cola con excitación—. Tomaré eso como un sí.

Había estado pensando en lo que Yerko había dicho antes acerca de que era su elección si algo más sucedía entre ellos. Necesitaban tener una pequeña charla sobre eso, así que tal vez ella y su cachorro pasarían por la casa de Yerko y vería si ya había regresado. Si no, darían una vuelta alrededor del lago y luego lo comprobarían de nuevo.

Aunque estaba convencida de que le iría mejor en una cita casual, no creía que Yerko fuera feliz haciendo eso. Entonces, ¿por qué su repentino cambio de opinión? No le sentó bien. Ella tenía la intención de llegar al fondo del asunto.

Bajaron la colina hasta la casa de Yerko. Su gran camioneta estaba en el camino, así que ella y Sherlock subieron al porche. La puerta principal estaba abierta, lo que eso era un buen presagio. Justo cuando levantó la mano para llamar a la puerta, la voz del alcalde retumbó en el interior de la casa.

—Maldita sea, Yerko. La tontería de buscar esa receta tiene que parar. Si no lo haces, me aseguraré de aquí en adelante de que cualquiera que sea atrapado excavando pierda sus privilegios de participación en los beneficios del pueblo.

—Hazlo, y te garantizo que alguien publicará fotos de los famosos y lo arruinará para todos. Lo manejaré a mi manera.

—Como si hubieras solucionado esa llamada de antes. Dejaste que esos niños se fueran sin siquiera una palmada en las manos. Se merecían un castigo por su crimen.

—Son sólo un par de niños tratando de encontrar un mapa, además son tus nietos.

La puerta se abrió y Alicia se sorprendió.

—Lo siguiente que harán será robar autos, sabiendo que su tío de corazón blando les dejará libres. ¡Arregla esto! —el alcalde pisoteó las escaleras—. Tal vez puedas hacerle entrar en razón, Alicia.

La mandíbula de Yerko se apretó mientras mantenía la puerta abierta para ella.

—Lo siento. Pasa.

Sherlock no dudó y la llevó dentro con él.

—¿Mal momento?

—No —cerró los ojos y se pasó una mano por la cara.

Sí que lo era. Su conversación podría esperar un poco.

—Siento lo de... eso —susurró.

Se encogió de hombros.

—No es gran cosa. Estoy acostumbrada.

Eso le rompió el corazón, y la hizo apreciar un poco más a sus intrigantes padres.

—Así que, en una nota más feliz, espero, ¿se divertieron hoy? ¿Todos se quedaron en la balsa?

—Sí —sonrió—. A Eric le encantó —tiró su pulgar sobre un hombro señalando la cocina—. ¿Has comido? Estaba a punto de hacer la cena.

Sherlock no pudo soportar más los buenos modales y saltó sobre Yerko, ansioso por un masaje.

—¡Sherlock, siéntate! —le ordenó, contenta de que él la escuchara rápidamente, demostrando que su cachorro no estaba tan malcriado. Ella sonrió—. ¿Un sándwich de mantequilla de maní cuenta como una cena?

—Por supuesto, si estás en el tercer grado —se inclinó y acarició a Sherlock, que se puso de espaldas para que le frotaran la barriga.

—No es agradable burlarse de los discapacitados para cocinar.

—Pero es divertido —sonrió con suficiencia—. Mira y aprende, pequeña saltamontes.

—Bien —en la cocina, se subió a un taburete mientras Yerko le quitaba la correa a Sherlock y le preparaba un tazón de agua. Le enterneció el corazón que él pensara en hacer eso por su cachorro—. Entonces, ¿tenemos esa cita para cocinar ahora, Sherriff?

Sus ojos se centraron en los de ella.

—Será lo que quieras que sea, Alicia.

Él había dicho lo mismo sobre su relación. Que sería su elección. Y era bueno que tuviera una respuesta clara.

A Melissa McDaniel le habría encantado estar con Yerko, pero Alicia Carter no debería.

Yerko se inclinó sobre el hombro de Alicia mientras ella intentaba extender la mezcla de las galletas. Realmente no tenía habilidad en la cocina.

—No, así —la rodeó con sus brazos y le quitó la bola de masa de las manos—. Golpea la superficie y asegúrate de tener suficiente harina en el rodillo o se pegará.

Ella resopló un poco.

—¿Qué tal si le compro unas galletas a Gloria? Sería mucho más fácil.

—Eso sería hacer trampa —puso sus manos sobre las de ella en el rodillo y rápidamente extendió la masa—. ¿Ves? Todo está en la muñeca.

Tara llevaba su cabello atado en una cola de caballo alta, exponiendo su largo y besable cuello.

Tentador para Yerko.

Rápidamente soltó sus manos y dio un paso atrás. Aún no le había dado luz verde sobre su cometario de tener una relación. Y no sabía cómo volver a sacar a relucir el tema.

Giró su barbilla sobre su hombro y le lanzó una bonita sonrisa.

—Bien. Ahora el siguiente paso —deslizó las manos en los bolsillos de sus jeans para no tener la tentación de tocarla—. Usa el cortador, luego ponlas sobre la bandeja.

—Eso parece bastante fácil.

Alicia cortó las galletas. La mayoría de ellas permanecieron juntas cuando las puso en la bandeja. Después de meterlas al horno y cerrar la puerta, él puso el temporizador.

—Cuando esto suene, puedes sacar todo lo demás del horno. Unos diez minutos...

Sonó un fuerte graznido, interrumpiéndolo.

—¿Sheriff? ¿Me copias?

Era Vincent.

Yerko cruzó la cocina y recogió la radio.

—Aquí Yerko, ¿qué pasa?

—Recibí una llamada de la Sra. Elliott. Ed está borracho. Está preocupada por Sarah. Necesito refuerzos, pronto.

—Ya voy —corrió arriba para agarrar su arma. No quería perder tiempo en cambiarse, así que se puso el cinturón de cuero sobre sus jeans y se dirigió a la cocina para notificarle a Tara—. Debo salir, no sé cuánto tiempo tardaré. ¿Puedes apagar el horno antes de salir?

No esperó una respuesta, corrió rápidamente a la puerta y salió.

Cuando Ed bebía se ponía agresivo. Aún no había golpeado a Sarah, por lo que Yerko sabía, pero siempre había temido por su seguridad. Ed era una bala perdida. Impredicible.

Yerko subió a su camioneta, prendió el motor y aceleró con fuerza, abandonado su entrada.

¿Sarah por fin se daría cuenta del hombre que era Ed y lo dejaría?

Pronto llegó al pequeño camino de tierra que llevaba a la casa de Sarah y Ed. Vincent estaba justo delante de él, al menos esta vez había seguido las reglas. Las disputas domésticas siempre requieren ser atendidas por al menos dos oficiales.

Se detuvieron uno al lado del otro y salieron. Mientras se acercaban juntos a la puerta principal, Ed estaba gritando.

—¡Malditos niños!

Yerko golpeó la puerta con el puño.

—Policía. ¡Abra la puerta!

Los gritos cesaron, sólo para ser reemplazados por una racha de maldiciones antes de que la puerta se abriera. Ed se apoyó en el marco con su ropa de trabajo sucia y una cerveza en la mano.

—¿Qué?

Yerko pasó por delante de Ed para ver si Sarah estaba allí. La sala de estar estaba vacía.

—Tengo una queja por el ruido excesivo. Y también necesito ver a Sarah. Ahora.

—¿Sarah? ¡Tu ex-novio está aquí para verte! —miró a Yerko fijamente a los ojos mientras tomaba un largo trago de su botella de cerveza. Luego se limpió la boca con el dorso de la mano—. Sólo estaba viendo una película y disfrutando de una cerveza después de un largo día de trabajo. No hay nada malo en eso, ¿verdad, Sheriff?

Yerko deseaba poder quitarle la sonrisa de satisfacción al bastardo mentiroso.

—No era una película lo que escuchamos, Ed. Eras tú, gritando como un loco —intervino Vincent.

Vincent tenía tanta tolerancia hacia Ed como Yerko.

Sarah finalmente apareció. Sus ojos estaban rojos como si hubiera estado llorando.

—Hola, chicos. ¿Cuál es el problema? —le envió a Yerko una media sonrisa antes de apartar la vista rápidamente.

Si Ed la hubiera lastimado, Yerko no se detendría hasta encontrar la manera de encerrar al hombre para siempre.

—Vincent va a hablar con Ed. Sarah, ¿puedes por favor salir y hablar conmigo?

Ed frunció el ceño.

—Sarah no quiere hablar contigo. Ella me eligió a mí, no a ti, perdedor.

—Ed, por favor —Sarah echó una mirada a su marido antes de pasar rápidamente a su lado—. No empeores las cosas.

Yerko caminó junto a ella un poco más abajo, deteniéndose junto a su camioneta. ¿Por qué Sarah soportaba el abuso verbal de Ed? ¿Por qué no podía ser más como Alicia? Nunca permitiría que un hombre la tratara de esa manera.

—Ya es suficiente. Será mejor que no te vea tocando a mi mujer, Sheriff —gritó Ed.

Ignorándolo y se volvió hacia Sarah. Estaba de pie con los brazos cruzados, mirando fijamente sus zapatillas de tenis.

—Sólo estábamos teniendo un desacuerdo.

—Uno ruidoso, aparentemente. Mírame, Sarah —lentamente inclinó su barbilla. Cuando notó una mancha oscura en su pómulo, parcialmente oculta por el maquillaje, la ira lo atravesó, pero por la coloración, el moretón no parecía reciente—. ¿Qué le pasó a tu cara?

—Oh, ¿esto? —subió mano rápidamente cubriendo su mejilla—. Eso sucedió en el trabajo. Estaba intentando sacar un juego de la estantería de arriba. Los peligros de ser de baja estatura. Terminé tirando tres cajas juntas y no me quité de en medio lo suficientemente rápido.

Eso era posible. Trabajaba en la juguetería del pueblo. Se aseguraría de comprobar su historia con el propietario.

—Ed no me golpea, si eso es lo que estabas pensando, Yer. Grita, especialmente después de un mal día como el de hoy, pero no me hace daño físico. Estoy bien —puso una mano sobre su brazo—. Gracias por seguir preocupándote por mí —le envió una tímida sonrisa.

En el pasado, cuando ella lo miraba así con esos grandes ojos marrones, él habría hecho cualquier cosa por ella. Ahora sólo quería hacerla entrar en razón. ¿Por qué quedarse con un tipo como Ed?

—¿Estás segura?

Ella asintió.

—He estado anhelando tener un bebé y él no cree que podamos mantener uno. Es un viejo argumento. Debí haberme dado cuenta de que era un mal momento para volver a mencionarlo.

—¿Quieres que te lleve a casa de Meg por la noche? ¿Darle a Ed algo de tiempo para refrescarse?

Su hermana le sacaría la verdad a Sarah, si hubiera algo más que contar.

Sacudió la cabeza.

—Eso sólo haría que Ed se enfadara más. Siento molestarte. Buenas noches, Yer —se dio la vuelta y regresó a su casa.

No se pude ayudar a alguien que no quiere ser ayudado. Cualquiera tan malvado y rencoroso como Ed estaba destinado a quebrarse algún día. Definitivamente mudarse a Denver podría ser lo mejor. Le costaría mucho trabajo no darle una paliza a Ed si alguna vez le pusiera una mano encima a Sarah.

Vincent bajó las escaleras y se unió a Yerko.

—Le di una advertencia, pero ojalá me hubiera agredido para arrestarlo.

—Sí. Por ahora sólo tendrás la satisfacción de llenar el reporte de la llamada. Hasta luego.

Yerko se subió a su camioneta, retrocedió y se dirigió a su casa. ¿Todavía estaría Alicia allí? Una sonrisa se formó al pensarlo. Ella era la única persona con la que realmente disfrutaba hablar. Aunque la mayoría de las veces corrigiera sus malos hábitos y se burlaba de él.

Metió su camioneta en el garaje y luego se dirigió al interior. El aroma de las galletas recién horneadas llenaba el aire, esperaba que estuvieran tan buenas como olían. Colgó su cinturón de armas en el perchero de la puerta y Sherlock se acercó a saludarlo.

Le agradó llegar a su casa y que no se sintiera tan vacía.

Alicia dejó el libro que había estado leyendo.

—Eso fue rápido. ¿Sarah está bien?

—Ella está bien. Ed estaba siendo un idiota, como siempre. ¿Comiste?

—No... bueno, sí. Más o menos. ¡Tienes que probar una de mis increíbles galletas!

—No puedo esperar.

Era lindo lo emocionada que estaba por algo tan simple.

Alicia había limpiado la cocina y guardado toda la comida. Había colocado las galletas en un tazón cubierto encima de la estufa para mantenerlas calientes.

Sacó una y se la entregó.

Yerko le dio un mordisco a la crujiente, y dulce galleta. Era increíble.

—¿Y? ¿Qué te parece?

—Creo que soy un excelente profesor.

—Lo eres. Esta fue la cita más productiva en la que he estado, y la que sin duda más me engordará, me comí cinco de esas malditas galletas —Alicia sacó un plato y lo llenó de galletas —. Creo que ahora puedo entusiasmarme a esto de cocinar. ¿Quién se imaginaría que aprendería a hacer galletas tan ricas? ¡Gracias!

—No hay de que.

De repente, volvió a pensar en Sarah, y en cómo la había dejado escapar por no haber actuado lo

suficientemente rápido.

Necesitaba reunir todo su valor y hablar con Alicia sobre su relación.

—Entonces, ¿has pensado más en lo que dije antes? ¿Sobre que pasemos al siguiente nivel?

—Sí, y estoy confundida —limpió el mostrador antes de deslizarse en el taburete junto al suyo—. ¿Por qué el cambio de opinión?

—Todavía quiero encontrar a la mujer adecuada y tener hijos algún día. Eso no ha cambiado. Pero me atraes y me mudaré pronto, así que si quieres dormir conmigo tanto como yo quiero dormir contigo, tiene sentido mantener nuestros corazones fuera de esto. Entonces, ¿qué dices? ¿Quieres acostarte conmigo, Alicia?

Eso no salió nada bien, ¡maldita sea!

Alicia soltó una carcajada.

—Cielos, debes estar tomando lecciones contundentes de tu abuela. Necesito pensarlo un poco más —riéndose caminó hasta la puerta principal, tomó la correa de Sherlock y lo ató.

Yerko se puso de pie y se unió a ella.

—Es lo que querías, ¿verdad? ¿Sexo sin ataduras?

—Sí —su frente se arrugó—. Pero no imaginaba que sería con alguien que me gustara tanto, Yerko. Podría ser confuso.

¿Imaginarlo?

—¿Así que no te has acostado con nadie desde tu divorcio?

Las mejillas de Alicia se sonrojaron.

—Bueno... no.

—Así que toda esa charla sobre dormir por ahí con cualquier era sólo eso, ¿eh? —la rodeó por la cintura acercándola a él, hasta que su boca quedó a una fracción de pulgada a la de ella —¿Es así?

Alicia asintió mientras se miraban a los ojos. Quería besarla, pero tal vez ella no estaba preparada para que él diera el primer paso. No quería arruinar sus posibilidades con ella.

—Creo que deberías besarme de nuevo, Alicia. Déjame convencerte.

Con los ojos todavía centrados en los suyos, ella deslizó una mano alrededor de su cuello y puso sus dulces labios en los de Yerko.

Gracias a Dios.

Su cuerpo alto y curvilíneo lo volvía loco. Quería explorarlo, acariciar cada centímetro de su piel.

Cuando ella profundizó su beso como si estuviera hambrienta por más, le tomó todo el control contenerse. No quería asustarla yendo demasiado rápido, pero ella era lo único en lo que podía pensar por la noche. Lo que sería tener su cuerpo sexy envuelto alrededor de él mientras le hacía

el amor.

Cediendo a sus antojos, dejó que sus manos vagaran hacia su perfecto trasero, amasándolo suavemente. Cuando ella soltó un gemido bajo y tranquilo, le tentó a cargarla sobre su hombro y llevarla arriba. En lugar de eso, la apoyó lentamente contra la puerta, se separó de sus labios y tomó su suave rostro entre sus manos.

—¿Ya estás convencida? —le susurró, mirando sus bonitos ojos azules.

Ella sonrió.

—No.

Ignoró a Sherlock que saltaba contra su pierna, y besó suavemente su mandíbula. Saboreando el dulce y florido aroma de su piel, se tomó su tiempo mientras se dirigía a su oreja. Cuando juguetonamente mordisqueó su lóbulo, ella tembló.

Acariciando su bonita piel con sus labios, le besó el cuello hasta la clavícula. Alicia dejó caer su cabeza contra la puerta para permitirle un mayor acceso.

—¿Yerko? —jadeó

—¿Ummm?

Él soltó los dos botones superiores de su blusa y le dio suaves besos en el valle entre sus senos mientras sus dedos se deslizaban ligeramente sobre el encaje sedoso de su sostén. Luego llenó su mano con uno de ellos y apretó suavemente.

—Estoy... —su espalda se arqueó mientras jadeaba.

Movió su boca hacia la de ella y estaba a punto de besarla de nuevo cuando vio la respuesta en sus ojos.

—¿Aún no estás lista?

—No —sacudió lentamente la cabeza—. Lo siento. Sólo quería ver si esa “cosa” que pasó la última vez que nos besamos seguía ahí.

Lo que pasó las dos veces que se besaron fue mucho más que una “cosa”.

Él se frenó decepcionado, mientras Alicia abotonaba su camisa.

—¿Y?

—Sí, todavía está ahí. Y todavía es confuso. ¿A qué hora te recojo para la boda del viernes?

Cambiando el tema otra vez. Su ex realmente le había hecho mucho daño, pero él sería paciente.

—¿Qué tal si yo conduzco?

—¿Esa es otra de tus reglas? ¿El hombre siempre conduce?

—No sabía que tuvieras licencia de piloto de helicóptero, porque así es como planeo llegar a Denver el viernes. Mi familia tiene uno en el aeropuerto.

—Oh. Será divertido. Y mucho más rápido.

—¿A qué hora?

—¿Te parece a la una?

—Bien. Nos vemos entonces. Buenas noches, novia falsa.

—Adiós.

Los acompañó al porche y luego la observó a ella y a Sherlock hasta que desaparecieron a la vuelta de la esquina.

Esperaba que no fuera falsa por mucho más tiempo. Sería una razón para cancelar esa entrevista de trabajo en Denver. No era el que realmente quería de todos modos.



Estaba acurrucada en el sofá, concentrada en la historia que estaba leyendo, cuando su teléfono vibrante sobre la mesa de café llamó su atención.

¿Quién la llamaba a las nueve en punto un miércoles por la noche? Por favor, que no sea otra de esas llamadas misteriosas. No dormiría toda la noche si eso volviera a empezar.

Dejó su lector electrónico y luego agarró su teléfono antes de que cayera al suelo. El detective Bailey había llamado antes asegurándole que Spencer todavía estaba donde se suponía que debería estar. Eso no le impidió pensar que él podría apoderarse de un ordenador y hacer Dios sabe qué en la boda. La hizo paranoica.

Cuando leyó el identificador de llamadas, se le relajaron las tripas.

—Hola, Sheriff Anderson.

—Hola, Doctora Carter. ¿Por qué estamos usando títulos?

Ella sonrió.

—Sólo estoy bromeando contigo. ¿Qué pasa?

—Me dijiste que se suponía que debía llamar a mitad de la semana para reportarme. Entonces, ¿cómo estás?

—Oh. Te has ganado una estrella dorada por eso. Estoy bien. ¿Y tú?

Había estado escuchando durante sus lecciones de citas, aparentemente.

—Bien. ¿Qué estás haciendo?

—Leyendo. ¿Qué hay de ti?

—Lo mismo.

Una larga pausa se extendió.

Ella debería salvarlo, pero quería que mejorara en la conversación telefónica. Después de unos segundos más, no pudo aguantar más.

—Así que esta es la parte en la que dices: “Tengo ganas de verte el viernes”.

—En realidad estaba tratando de averiguar cómo preguntarte si has estado evitándome de nuevo. Quería asegurarme de que todo está bien entre nosotros.

Sí, lo había estado evitando porque estaba luchando con lo que creía que debía hacer y lo que sus hormonas querían que hiciera. Lo que la Sra. Anderson le dijo sobre proteger su corazón también pesaba sobre ella.

—Estamos bien. Sólo he necesitado un poco de espacio para resolver esto. No quiero que nadie salga herido.

—Bien —pasaron unos segundos más de silencio—. Tengo ganas de verte el viernes —dijo finalmente.

Ella se rio.

—Yo también. Ahora haz una pregunta para hacerme hablar.

—Antes de hacerlo, ¿cuánto tiempo deben durar estas llamadas de registro?

—Nadie va a cronometrarlas. Sabrás cuando colgar.

—No, no lo sabré, porque sería feliz de colgando ahora mismo. Tú estás bien, nosotros estamos bien, así que todo está bien.

Ella retuvo un suspiro.

—Hazme la pregunta perfecta y te dejaré ir.

El silencio llenó el aire, hasta que finalmente hizo la pregunta.

—¿Quieres tener sexo telefónico?

Se rio.

—Debería decir que sí, sólo para obligarte a hacerlo —eso era lo último que Yerko haría. Requeriría hablar demasiado—. Puntos positivos por intentarlo. Ya puedes colgar.

Su risa baja en su oído envió una cálida ola de lujuria a su vientre.

—¿Quizás si alguna vez mejoro en esto podríamos hacerlo algún día?

—Sería una buena razón por lo que esforzarse.

—Suena como un plan. Buenas noches, Alicia.

—Buenas noches, Yerko.

Todavía tenía una sonrisa en su cara después de colgar. Incluso se acordó de decir adiós, había hecho una seria mejora. Y ella honestamente esperaba verlo el viernes. Lo había extrañado un poco los últimos días, pero necesitaba pasar la boda manteniendo su secreto intacto, antes de

ocuparse de dormir con él.



El viernes por la tarde, Alicia le entregó sus maletas para que Yerko las guardara en el helicóptero. Se veía bien, vestido con un par de pantalones de vestir y una camisa fresca para la cena de ensayo más tarde. Sería el hombre más guapo de todos.

—Entonces, debería preguntarte cuánto tiempo has sido piloto antes de dejar que tomes mi vida en tus manos.

—Hace tres o cuatro meses.

—¿Qué? Espera, yo...

Sonrió.

—Bromeo. Tan pronto como los chicos de mi familia cumplieron 18 años, todos recibimos lecciones de Zeke. Nos turnábamos para recoger a los famosos en Denver y así estar al día con nuestros horarios.

Ella cruzó sus brazos.

—Eso no fue gracioso, Yerko.

—Tu cara si lo fue —se rio mientras daba vueltas alrededor del helicóptero, buscando quién sabe qué—. Sube y ponte los auriculares. Estamos casi listos.

Poco después de que se instalara, Yerko se puso a su lado y encendió el motor. Mientras se levantaban, su estómago se sumergió rápidamente. Los nervios por la boda, y por estar en la casa donde Spencer sabía que estaría, se mezclaron con su excitación por volar sobre el hermoso terreno de abajo.

Mirando hacia el lago mientras lo cruzaban, y luego a todos los hermosos árboles verdes y las majestuosas montañas, quedó sin aliento.

—Vaya. ¡Esto es increíble! —su voz era ligeramente tintineante a través de los auriculares.

—¿No tienes miedo?

—No. Me encanta lo bajo que puedes volar. ¡Puedes ver todo! —se dio la vuelta y le sonrió—. Gracias por esto—.

Asintió mientras una linda sonrisa estiraba sus labios.

Yerko pilotando un helicóptero se veía demasiado atractivo. Probablemente debía centrarse en el hermoso paisaje de abajo y no en su sexy piloto. Necesitaban seguir siendo amigos durante el fin de semana. Luego, cuando regresaran, y no estuvieran rodeados por sus parientes a punto de revelar su secreto en cualquier momento, tal vez reevaluaría sus sentimientos.

—¿Qué hiciste con Sherlock? Pensé que lo traerías.

—A mi madre le daría un ataque si llevara un perro a su casa. Se quedará en casa de Meg este fin de semana. Eric lo mimma más que yo.

—Dudo de eso.

—Es Raro —se acomodó los auriculares—. Hay un molesto zumbido en mis auriculares, así que no puedo oír ni una palabra de lo que dices.

Su respuesta fue una sonrisa.

Después de una media hora de vuelo suave, Yerko sacó algo del bolsillo de su camisa y lo escaneó antes de devolverlo.

—Así que, describe tu día perfecto, Alicia.

—¿Qué? —era tan fuera de carácter en él preguntar eso, que ella intrigada le extendió la mano—. Déjame ver eso que tienes en el bolsillo —movió sus dedos.

Se encontró con su mirada brevemente antes de sacar lentamente el papel y entregarlo.

—¿Cinco iniciadores de conversación seguros? —ella leyó la lista. No eran malos, pero tampoco sería auténtico de Yerko. Aunque era lindo que lo hubiera intentado—. No uses bajo ninguna circunstancia la pregunta “Si encontraras un billete de cien dólares, ¿qué harías con él?” en la boda de este fin de semana. Para la mayoría de los invitados, un billete de cien dólares es lo que usan para dar propina al camarero de su restaurante favorito.

—Me imaginé que venías de una familia de gran fortuna. Pero no te guardo rencor por eso.

—¿Lo dice el hombre cuya familia es dueña de toda un pueblo y que tiene una cuenta bancaria con muchos ceros?

¡Espera! ¡Mierda! Se suponía que no debía saber eso.

Ladeó una ceja a la manera típica de Yerko, esperando que ella le explicara.

—Mi padre te ha investigado. Tengo un gran fondo fiduciario que le preocupa. Pasaste la prueba, si eso ayuda.

Su mandíbula se apretó lentamente.

—Esa información fue obtenida sin mi permiso. Ilegalmente, Alicia.

—Yo... no sé realmente cómo...

¿Qué podría decir? No tenía ni idea de lo que su padre había hecho para conseguir esa información.

—Lo siento, Yerko. No quiso hacerte daño. Sólo me estaba protegiendo —añadió.

—¿De qué, Alicia? ¿De un cazafortunas o algo peor? —se giró y la miró, con sus ojos duros e intensos—. Puedes tener este único pase libre, pero a cambio quiero que me respondas algo, y que lo hagas con la verdad. Sé que estás ocultando algo.

Maldición.

—No es nada ilegal si eso es lo que temes...

—Una pregunta.

—Bien —cruzó los brazos y se dio la vuelta para mirar por la ventana.

—Mírame, por favor.

Se giró y lo miró fijamente a los ojos otra vez. Ya no eran duros por la ira, sino que estaban llenos de preocupación.

—¿Estás en peligro?

Cerró los ojos y se tragó la ola de lágrimas que le subía por la garganta. Dios, quería decirle lo asustada que estaba de Spencer. Cuánto la había herido con ese cuchillo. Y cómo no podía dormir por la noche a veces por todo el miedo. Pero no podía. El detective Bailey le había dicho que no confiara en nadie, que su vida dependía de ello.

—No, no que yo sepa. Sólo estoy tratando de dejar mi pasado atrás y nunca más mirarlo.

Puso su mano sobre su muslo.

—Espero que sea verdad, Alicia —le dio un suave apretón—. No podría soportar que algo te pasara, especialmente si pudiera ayudar a prevenirlo.

Feliz de que su discusión pareciera haber terminado, ella puso su mano sobre la de él y lo acarició con su pulgar para calmarlo o calmarse a sí misma, no estaba segura.

Después de unos minutos más de silencio, las afueras de Denver aparecieron frente a ellos.

No le había creído. ¿Y si se ponía lo suficientemente curioso como para tratar de averiguar sobre ella usando sus recursos policiales? ¿Cómo podría pedirle que no escarbe en su pasado sin admitir que está en peligro? Que al buscar, Yerko podría alertar accidentalmente a Spencer de su paradero.

Nunca olvidaría el odio en esos ojos fríos y muertos la última vez que lo vio en la corte. Había amenazado con terminar lo que había empezado.

Para matarla.

Después de bajar del helicóptero, Yerko encontró el auto familiar en su lugar habitual. Cargó las maletas en la parte trasera del todoterreno mientras miraba a Alicia por el rabillo del ojo. Ella había sido sacudida por su conversación y desde entonces permaneció en silencio. El rápido destello de miedo en sus ojos, justo antes de que los cerrara le confirmó que estaba en algún tipo de peligro. El pensamiento se sentó como una bola de plomo en sus entrañas.

Por lo menos, finalmente admitió que tenía un secreto. Probablemente necesitaba mostrarle que podía confiar en él antes de que pudiera intentar preguntarle algo más. Era mejor que lo descubriera por sí mismo, encontrar alguna información clave de sus parientes. La primera orden, que debería ser fácil, era averiguar su apellido de soltera. Sólo tenía el nombre de Melissa Mc-algo.

Cerró la escotilla de un golpe.

—¿Alicia?

Su cabeza se sacudió como si él hubiera interrumpido algún pensamiento profundo.

—¿Si?

—¿Quieres conducir? —le tiró las llaves.

Ella las atrapó y forzó una sonrisa.

—No creí que lo tomaras en consideración, Sheriff. Vámonos.

Después de conducir durante unos cuarenta minutos, en un silencio mayormente áspero, entraron en una zona residencial con una serie de entradas y portones. No se podía ver ni una sola casa desde la carretera. Debían estar acercándose.

—Entonces, ¿vas a estar enojada conmigo todo el fin de semana?

—No estoy enfadada contigo, Yerko. He estado pensando. Volver a casa trae recuerdos... —ella se volteó hacia él—. ¿Qué tal si no hay más preguntas sobre mi pasado? Al menos por el fin de semana. Por favor...

—Trato hecho.

Se sintió como un canalla por colaborar a su angustia.

—Gracias —evidentemente aliviada por su promesa, ella le lanzó una linda sonrisa—. Mejor prepárate. Ya casi llegamos.

—¿Para qué me preparo?

—Ya lo verás.

Se acercaron a un gran conjunto de puertas de hierro, con dos tipos de guardias. Los hombres más grandes usaban trajes y tenían auriculares como los que usaba el FBI, y los otros llevaban uniforme caqui.

—¿Estos tipos siempre están aquí? ¿O es sólo para la boda?

—Siempre es así, pero hoy habrán más.

Alicia se mordió el labio inferior al apretar el botón para bajar la ventana.

Un hombre uniformado se inclinó y sonrió.

—Oh, hola, Melissa. Bienvenida a casa —inclinó la cabeza y miró fijamente a Yerko—. ¿Y tú eres?

—Retírate, Jason —Alicia le dio una palmadita en la mejilla—. Yerko es un amigo. ¿Cómo están Pat y Tiffany?

Miró fijamente a Yerko por otro momento antes de asentir con la cabeza.

—Señor —luego presionó un botón en su radio para abrir la puerta—. Mi esposa está muy bien y Tif está creciendo como la hierba. Gracias por preguntar. Me alegro de verte de nuevo —le guiñó un ojo.

Era muy claro que ese guardia trabajaba allí regularmente, pero ¿qué hay de los trajes?

—¿Retírate, Jason? —preguntó Yerko mientras se alejaban.

—Salimos durante un tiempo cuando éramos jóvenes y estúpidos —se rio—. Una buena manera de volver loco a mi padre. Jason está casado y tiene una hija ahora, pero sigue protegiéndome.

—¿Cuántos ex-novios protectores me mirarán fijamente este fin de semana?

Se encogió de hombros.

—Unos pocos tal vez. Solía salir mucho, pero normalmente seguíamos siendo amigos después. Te estás beneficiando de toda esa experiencia ahora, así que borra ese ceño fruncido de tu cara.

No estaba frunciendo el ceño. ¿O sí lo estaba? Miró su reflejo en la ventana del auto. Bien, tal vez sí lo estaba haciendo.

—Entonces, ¿hasta los guardias te llaman Melissa? ¿No sólo tu familia?

Sus ojos se encontraron rápidamente con los de él por un momento, antes de que volviera a prestar atención al largo camino de entrada.

—Empecé a usar mi verdadero nombre cuando que me gradué en la escuela de odontología. Pensé que debería coincidir con mis diplomas y mi licencia, ¿no?

—Hmmm.

Tenía sentido, pero parecía como otra de sus respuestas practicadas.

Después de unos minutos más, los árboles se despejaron y se vio una enorme casa.

—¿Es un club de campo o tu casa?

Sabía que eran ricos, pero eso iba más allá de lo que él podría haber imaginado.

—Es la casa de mis padres —ella suspiró—. Sé que es indignante. Así que me disculparé de antemano por todas las locuras que verás. Nunca estarás tan feliz de volver a Anderson Butte después de este fin de semana.

Cuando llegaron bajo un gran pórtico, una fila de hombres salieron por la puerta principal, seguidos por una versión más corta de Alicia que probablemente era su hermana, Laura. Pasó junto a los hombres vestidos con Dockers y polos a juego y corrió hacia el lado de Alicia. Los hombres rodearon el auto y abrieron las puertas.

—¡Por fin! ¡Han pasado años, Melissa! Te he echado tanto de menos!

Alicia entregó las llaves a uno de los hombres, y luego se lanzó a los brazos de la chica.

—¡Yo también te he echado de menos! ¿Estás emocionada? ¿Lista para caminar por ese pasillo mañana?

Sí. Era su hermana.

Laura liberó a Alicia y asintió. Mientras seguían charlando, Yerko fue a la parte de atrás del auto a buscar las bolsos, pero ya lo habían sacado.

Sin saber qué hacer ni con él mismo, se dirigió hacia las mujeres, que todavía no se habían calmado ni un poco. Tal vez buscaría a uno de los tipos que descargaron su equipaje para preguntarle a dónde habían llevado sus cosas. Tenía un arma en su bolso.

Alicia y Laura eran como sus hermanas cuando no se habían visto por un tiempo. Hablando a una milla por minuto y terminando las frases del otro.

Pero era agradable ver una sonrisa genuina en la cara de Alicia de nuevo. Ella le había dejado claro que su pasado y su secreto estaban fuera de los límites del fin de semana, así que tal vez él apartaría a Joe más tarde y cavaría un poco.

Alicia se separó y deslizó su mano en la suya, tirando de él hacia su hermana.

—Yerko, quiero que conozcas a Laura. La que pronto será la Sra. Bradley Acton.

—Felicitaciones —le extendió una mano—. Encantado de conocerte.

Laura tenía una gran sonrisa, muy parecida a la de Alicia. Ignoró su mano y le dio un abrazo.

—Vaya. Melissa me habló de ti, pero no mencionó lo guapo que eres, Sheriff Anderson.

Eso lo avergonzó. Antes de que pudiera pensar en una respuesta, los padres de Alicia llegaron junto con una mujer mayor usando un andador.

Javiera también le dio un abrazo.

—Hola, Yerko. Me alegro de volver a verte.

—Yo también me alegro de verte.

Abrazar a la familia le parecía extraño... pero agradable.

Alicia envolvió suavemente sus brazos alrededor de la mujer mayor.

—Hola, abuela. Me gustaría que conocieras a mi amigo Yerko.

La dama de cabello gris que llevaba una elegante bata de baño parpadeó mientras lo estudiaba.

—Es mucho más guapo que...

—¡Abuela! —Alicia se aclaró la garganta—. Vamos a elegir un vestido para que te lo pongas esta noche en la cena de ensayo. Laura, ¿quieres unirse a nosotras?

Laura asintió y alcanzó la lenta caravana que iba a la puerta principal.

—Yerko, me alegro de que hayas podido venir —Joe estrechó su mano—. Vamos por un trago antes de que las mujeres te absorban en el vórtice de la boda.

—Suenan genial.

Podría ser la oportunidad que esperaba para obtener la información que necesitaba.

—Quiero mostrarte mi habitación favorita de la casa. Un pub irlandés que compré e instalé aquí.

¿Un pub entero? ¿Quién hacía eso?

La abuela de Alicia gritó:

—¡No sé de qué sirve tener un pub cuando no todo el mundo puede usarlo! —gritó la abuela de Alicia, giró su cabeza lentamente sobre su hombro encorvado y miró fijamente a Joe.

—Por lo visto no hay nada malo con tu oído, Mildred —forzó una sonrisa y luego murmuró en voz baja—. Aunque estés loca de remate.

Javiera golpeó el brazo de Joe antes de unirse a las mujeres.

—Podrás tomar una copa de vino con la cena, madre.

Siguieron a las mujeres hasta el vestíbulo.

—Me acabo de dar cuenta de que tu bisabuelo solía hacer el whisky favorito de mi abuelo. Quiero oír más sobre eso —comentó Joe.

El hombre no había terminado de escarbar en su vida, evidentemente.

—Los alcanzo en un minuto. Papá, no reveles ninguno de nuestros secretos familiares, por favor

—Alicia le susurró al oído.

Joe le envió su par de pulgares hacia arriba.

Después de dar una serie de vueltas y giros, se acercaron a una puerta de madera con un trébol de vidrios de colores en el centro.

Joe abrió la puerta y se hizo a un lado. Yerko entró pero se detuvo en seco. Era como entrar en una nueva dimensión, la Irlanda de principios de 1900.

—Entonces, Yerko, ¿qué...? —el celular de Joe sonó, cortándole el paso—. Habla McDaniel —contestó.

Eso respondió a la pregunta del apellido. Iba a ser como disparar a los peces en un barril.

Después de que Joe terminó rápidamente su llamada, procedió a interrogar a Yerko sobre el whisky de Anderson Butte. El padre de Alicia incluso había investigado la nota oculta en la página web del pueblo.

Luego le preguntó cuáles eran sus intenciones hacia Alicia. Por suerte, el teléfono de Joe sonó de nuevo en su bolsillo antes de que Yerko pudiera responder.

No estaba seguro de la respuesta, pero extrañamente, no le importaban todas las preguntas. El padre de Alicia claramente la amaba, a diferencia de su propio padre, que parecía apenas tolerar a sus hijos.

Mientras el padre de Alicia hablaba de negocios en su móvil, Yerko echó un vistazo a la increíble habitación, auténtica hasta el último detalle. La barra de madera muy pulida que ocupaba todo un lado estaba completa con altos mangos de grifo, estantes de vidrio con espejos con docenas de variedades de whisky y otros licores que se exhibían detrás de ella. Muchos aldeanos probablemente se habían acercado al bar en una oscura víspera de invierno para tomar su cerveza Guinness después de trabajar en el campo todo el día.

En las paredes, había fotos de la verde Irlanda, carteles metálicos de cerveza y tambores irlandeses llenaban el espacio. Las cabinas de cuero desgastado se alineaban en la pared opuesta, mientras que las pequeñas mesas de madera estaban dispersas al azar en el centro. Incluso había un escenario elevado en la esquina que probablemente había acogido a muchos violinistas de talento en su día.

Un pub irlandés tenía sentido ahora que sabía que el nombre de soltera de Alicia, alias Melissa, era McDaniel. Ahora sólo necesitaba averiguar cuál era su nombre de casada y estaría un paso más cerca. Carter no había obtenido ningún resultado creíble en su investigación anterior.

Seguramente gente rica como los McDaniels anunciarían matrimonios en las páginas de sociedad. Una búsqueda rápida en Google debería servir.

Joe seguía al teléfono quejándose de los precios de los inmuebles mientras Alicia atravesaba la puerta de cristal de colores. Cuando vio a Yerko, le envió una sonrisa.

—Me imaginé que mi padre te estaría perforando con preguntas, no ignorándote.

—No hay problema. ¿Estás bien?

Todavía parecía estresada.

—Sí. Tengo que ir a una prueba de peluquería y maquillaje en un rato, pero primero quiero

mostrarte algo que creo que apreciarás —le extendió su mano.

Alicia se despidió de su padre mientras llevaba a Yerko por la puerta hacia un amplio y pulido pasillo de piedra. Aparte del bar, la casa tenía un aire de villa toscana. Sólo que de gran tamaño.

—Ustedes necesitan poner carteles de directorio. Como en los centros comerciales de Denver. Cualquiera podría perderse.

Se rio.

—No estarías perdido por mucho tiempo. Te encontrarías con alguien del personal bastante rápido. A mis padres les gusta que los cuiden bien. Siempre odié la falta de privacidad.

Sí. Él también lo haría. Le volvería loco que alguien tocara todas sus cosas. Le recordó el arma que guardaba en su bolso.

—No he estado en mi habitación todavía. ¿Sabes cuál es la mía?

—No, pero puedo averiguarlo. Es aquí.

Alicia puso sus manos en las dos manijas de un amplio conjunto de puertas dobles y las abrió. La brillante luz del sol a través de las altas ventanas le cegó por un momento antes de que viera dos pisos de brillantes estantes de madera oscura enmarcando una gran habitación con grandes muebles de cuero y mesas con lámparas en el centro. Había altas escaleras que rodaban por los rieles de arriba para llegar a los libros más altos.

—¡Wow!

Ella entró antes que él.

—Mi padre me dio esto para mi décimo cumpleaños. Las ventanas están tratadas para que la luz del sol no dañe a los libros, pero permite leer durante el día sin ninguna luz extra. Lo llenó con los clásicos de los cómics de época. Es mi habitación favorita de la casa.

Hizo que su colección pareciera de aficionados. Mientras miraba alrededor, Alicia fue a un panel en la pared y presionó un botón. La voz de un hombre con acento inglés resonó en la habitación.

—¿En qué puedo ayudarle?

Alicia habló con la voz y le preguntó dónde estaba la habitación de Yerko. Hablaban de diferentes alas y números de habitaciones. Debía tener tantas que tuvieron que enumerarlas para mantenerlas en orden. Nunca había visto nada parecido.

Estaba tan perdido en su exploración de la sección de misterio que no se dio cuenta de que Alicia se había deslizado a su lado hasta que habló.

—Tengo que irme. Un buen hombre llamado Jonathan vendrá en unos minutos para llevarte a tu habitación.

—¿Me veo bien para la cena, o debo usar un traje?

—Te ves perfecto —se puso de puntillas y le besó la mejilla—. Siento lo de antes... en el helicóptero, y que mi padre este fisgoneando.

—Desearía que confiaras en mí, Alicia —deslizó sus manos alrededor de su cintura y la abrazó—. ¿Tal vez pueda ayudarte?

Ella sacudió la cabeza mientras él le pasaba una mano por la espalda.

—Me cuesta mucho confiar. Aprendí esa lección de la manera más difícil —lo abrazó por unos momentos antes de darle un apretón fuerte y luego se inclinó—. Le pedí a Jonathan que te cuidara porque ha trabajado para nosotros desde siempre y lo adoro. Estará encantado de darte el gran tour si quieres. O te conseguiré cualquier cosa que necesites. Te veré en la cena.

Al salir, Alicia se detuvo frente a un tipo alto vestido con un traje de mayordomo como en las películas. Puso una mano sobre su brazo y le susurró algo antes de irse.

¿Trabaja para ellos desde siempre? Perfecto. Entonces Jonathan sabía todo lo que había que saber sobre los McDaniels. Podría ser justo la oportunidad que Yerko había estado buscando.



Más tarde esa noche, Jonathan le mostró a Yerko la sala de estar.

—Los invitados deberían estar aquí en un momento. ¿Necesitas algo antes de que me vaya?

—Estoy bien, gracias.

Jonathan asintió y luego se escabulló en silencio. Desafortunadamente, él era como esos mayordomos ingleses de las películas. Muy discreto, era como hablar con una pared, no había logrado sacarle nada de información durante el gran tour antes.

Yerko miró la habitación con muebles demasiado frágiles y elegantes para sentarse, y decidió que se quedaría de pie.

Su teléfono sonó con un mensaje de texto.

Era Vincent otra vez. Ya había enviado tres mensajes de texto.

«Tu padre me dio dos opciones, o arrestar a Walt por cavar en la tierra de tu abuela o dejar que le dispare. ¿Qué se supone que debo hacer con eso?»

Yerko respondió enseguida.

«Nada de disparos. Dile a mi padre que me ocuparé de todo el lunes. ¡Espero que tengas suerte!»

Sacudió la cabeza mientras metía el teléfono en su bolsillo. Necesitaba encontrar a alguien capaz de reemplazarlo antes de que se mudara.

Escuchó pasos lentos acercándose detrás de él. Se giró para encontrar a Mildred, todavía vestida con su elegante bata de baño. Se detuvo en seco cuando lo vio.

—¿Quién eres tú? Recuérdamelo.

—Soy Yerko. ¿Amigo de Alicia?

—¿Alicia? —parpadeó un momento antes de moverse hacia el sofá y se dejó caer—. Ah, sí. Tuvo que cambiarse el nombre por culpa del loco de su ex. ¿Hay ginebra por aquí?

Ahí estaba justo la oportunidad que necesitaba. Pero Joe había mencionado antes que la madre de Javiera estaba un poco confundida.

—Lo siento, no veo ninguna ginebra.

—Uno de ellos me la quitaría de todas formas, con la excusa de que no es bueno para mi memoria. Claro, a veces olvido dónde puse mis gafas —se golpeó la frente con un dedo—. Pero todavía estoy al noventa por ciento arriba. Creen que no sé nada al respecto, pero todos están nerviosos por aquí por culpa de Spencer.

—¿Spencer?

—El ex-marido de Melissa —Mildred frunció el ceño y cerró los ojos—. Loco hijo del diablo. Merece una muerte lenta y dura por lo que le hizo. Iba a llamar a su bebé como mi difunto marido, Sean. En lugar de la cárcel lo tiraron al manicomio. Eso no está bien.

¿Alicia estaba embarazada cuando su ex la hirió? ¿Así que ella quería ser madre, pero él la lastimó tanto al punto de quitarle la posibilidad de tener otro hijo?

La ira hizo que sus puños se apretaran. ¿Qué clase de monstruo era para herir a una mujer, especialmente a una que llevaba su propio hijo?

Justo cuando estaba a punto de pedir más detalles, una sirvienta entró en la habitación.

—Aquí tiene, Sra. Wellington. Vamos, tenemos que cambiarte para la cena de Laura.

Mildred miró su bata de baño.

—¿Qué tiene de malo lo que llevo puesto?

La chica sonrió mientras le ponía una mano en el brazo a Mildred y la ayudaba a levantarse.

—Laura quiere que lleves el bonito vestido azul que ha elegido para ti. Démonos prisa, para no llegar tarde a su fiesta.

Mildred parpadeó.

—¿Qué fiesta?

Mierda. La anciana no estaba ni siquiera cerca del noventa por ciento de lucidez como decía. Pero con suerte le quedaba suficiente para acertar el nombre del ex de Alicia. Ahora también tenía su apellido de soltera. Eso debería ser todo lo que necesitaba.

Pensó en ir a su dormitorio, deseoso de buscar quién era el bastardo, pero se detuvo. El resto de la familia llegaría en cualquier momento para la cena. Lo comprobaría más tarde. Por ahora, necesitaba sacudirse la imagen en su cabeza de que el ex de Alicia le hacía daño, mientras estaba embarazada. Debió haber querido tener hijos antes de lo que pasó. Tal vez eso significaba que algún día ella los querría de nuevo.

Mientras esperaba la llegada de los demás, Yerko atravesó un conjunto de puertas francesas abiertas hasta un gran balcón de piedra con vistas a los enormes terrenos de abajo. Podía ver los

caminos de piedra triturada que conducían a los establos y a la zona de equitación por un lado, a las pistas de tenis y a los invernaderos por el otro. El sonido de las fuentes que se vaciaban en largos estanques poco profundos llenaban el aire. Los setos esculpidos y los lechos con flores vivas estaban rodeados de grandes árboles que debían haber estado allí durante cientos de años.

Respiró profundo y calmado, tratando de pensar como un policía y no como un hombre que quiere venganza.

Lo único que había aprendido de su visita por la propiedad con Jonathan era que la riqueza de la familia de Alicia parecía no tener fin. Probablemente un buen motivo para alguien que quería poner sus manos en algo a través de su hija. Especialmente una hija dulce no afectada por el dinero, con un gran fondo fiduciario. Como Alicia, una dentista muy trabajadora que se preocupaba por ayudar a su abuela un domingo por la tarde. Alguien que no tenía necesidad que trabajar ni un día de su vida, si no quisiera. La admiraba aún más por ello, por dejar atrás lo que su ex le había hecho y hacer una nueva vida para ella.

Un vaso de whisky apareció de repente delante de él en la amplia barandilla de piedra.

—Tú debes ser Yerko. Soy el novio —el hombre le extendió una mano—. Roland.

Roland le recordaba a su hermano, Cesar. Cabello oscuro, alto y delgado. Ni una hebra fuera de lugar y vestido como un maniquí de uno de esos grandes almacenes de lujo.

Yerko devolvió el saludo.

—Felicitaciones.

—Gracias —bebía a sorbos su bebida. Luego, usando la mano que sostenía su vaso, barrió un gran arco hacia los jardines—. Esto hace que la riqueza de mis padres parezca dinero del Monopoly. Pero si me preguntas a mí... Hay algo que se llama límite.

A Yerko ya le gustaba el tipo.

—Así que también pasaste la revisión de antecedentes, ¿eh?

—No necesitaba una. Mi padre es socio de Joe en algunas empresas. Laura y yo nos conocemos desde que éramos niños. Nunca pude hacer que pensara en mí de otra manera que no fuera como un amigo hasta hace poco —levantó su copa en un brindis simulado—. La persistencia dio sus frutos.

Yerko tenía el mismo problema con Alicia. Encerrado en la zona de amigos también.

—¿Qué la hizo cambiar de opinión?

—Necesitaba una cita de última hora para la víspera de Año Nuevo. Así que, por supuesto, le preguntó a su viejo amigo. Por suerte para mí, hubo mucho licor mezclado con un beso caliente de medianoche, y el resto es historia. La mejor Nochevieja de mi vida.

Yerko asintió mientras tomaba un sorbo del suave whisky de su vaso. Roland probablemente no estaba tras el dinero de Laura. Parecía un tipo decente.

Las risas llenaron repentinamente el ambiente cuándo Alicia y su hermana se acercaron. Parecía relajada y feliz de nuevo. Cuando lo vio, esbozó una sonrisa brillante y sexy que envió un disparo

de calor directo a sus entrañas.

Se veía hermosa en su vestido rojo. Era corto y ceñido a su cuerpo, lo que mostraba sus largas piernas y sus perfectas curvas.

Necesitaba salir de esa zona de amigos también, convencerla de que era el hombre adecuado para ella.

Y no sólo a corto plazo.

Alicia observaba a Yerko sobre el hombro de su tía mientras él hablaba con los chicos. Tal como ella sospechaba, era el hombre más guapo de la habitación. Él y Roland parecían haber congeniado. Por alguna razón eso la hizo ridículamente feliz.

La cena ya había culminado horas antes y se estaba haciendo tarde. Yerko escuchaba más de lo que hablaba, así que tal vez era momento de salvarlo y ver si quería acompañarla a darse un chapuzón en el jacuzzi para relajarse. Eso sería mucho más divertido que oír los problemas de su tía por décima vez.

Excusándose de la conversación, Alicia se dirigió al grupo de hombres y se paró al lado de Yerko.

—Hola. ¿Quieres escabullirte conmigo?

—Por supuesto —dejó su bebida en la barra tan rápido que la hizo sonreír—. Nos vemos, chicos.

Laura apareció a su lado.

—Hey. ¿A dónde creen que van?

—Voy a presentarle a Yerko el jacuzzi.

—Ah —se volteó hacia Yerko y sonrió—. Es como tener un gran orgasmo...

—¡Laura! —Alicia golpeó el brazo de su hermana.

Su hermana se encogió de hombros.

—Bueno, todavía tendremos la fiesta de pijamas más tarde, ¿verdad? Es mi última noche como mujer soltera, y quiero pasarla con mi hermana.

—Sí. Sube cuando termines de festejar. Buenas noches a todos —metió su brazo en el de Yerko y lo llevó fuera de la sala de estar, para luego bajar por una larga escalera de piedra.

—Gracias por la salvada, Alicia.

—Me imaginé que estabas al límite.

—Totalmente. Espera... no tengo traje de baño.

—Yo tampoco.

Una lenta sonrisa floreció en su rostro.

—¿Significa eso...?

—No —se rio—. Significa que aquí tenemos trajes de todas las tallas.

Cuando llegaron a la zona de la piscina cubierta con el jacuzzi sobredimensionado y enterrado en su propio recinto de cristal para la privacidad, ella le indicó el camino.

—El baño para hombres está por allá, en el armario encontrarás los trajes de baño, escoge el que quieras. Te espero en el jacuzzi. Y prepárate para ser sorprendido.

Alicia cerró la puerta del baño de damas y caminó hacia el vestidor. Revisó los trajes de baño del estante, pasando por alto los lindos bikinis hasta que encontró un modesto traje de una pieza para ocultar sus cicatrices. Al menos era rojo.

Se quitó el vestido y se puso el traje. Luego encontró una cinta para el cabello en el cajón del tocador y se lo recogió en una cola de caballo alta. Agarrando un par de esponjosas toallas blancas al salir, se dirigió a “El Jacuzzi Orgásmico”, como lo llamaría Laura.

Él ya estaba allí, estudiando el control de mando a distancia. Cuando la notó, sus ojos hicieron un lento sube y baja por todo su cuerpo, calentando su piel a la estela de su mirada.

—Todas las opciones son buenas. Escoge la que quieras —Alicia bajó los escalones y se sumergió en el agua caliente.

Yerko presionó algunos botones, y la bañera cobró vida. Graduó la luz de ambiente y luego encontró el botón de aromaterapia, que enviaba al aire una niebla calmante con aroma a lavanda. Rápidamente se metió en la profunda bañera y se sentó a su lado.

Después de pulsar unos pocos botones más, los chorros bombearon a un ritmo que instantáneamente liberó toda la tensión de sus apretados hombros y espalda. Se acercó a ella para que sus piernas y caderas se tocaran. Cuando su mano aterrizó en su muslo, Tara juraría que la temperatura del agua subió unos diez grados.

—Esto es increíble, Alicia.

—Mmmm hmmm.

Puso su cabeza en el borde acolchado y cerró los ojos.

—No lo entiendo. ¿Cómo es que tú y Laura no son un par de Kardashians malcriadas?

—¿Kardashians? —abrió los ojos—. ¿Cómo es que...? Oh, sí. Anderson Butte, el lugar favorito de los famosos. Probablemente los has conocido —cerró los ojos de nuevo—. Mi madre nació en cuna de oro, pero mi padre se hizo a sí mismo. Tan pronto como Laura y yo pudimos caminar y hablar nos puso a trabajar para él. La opulencia que ves es obra de mi madre. Mi papá preferiría vivir en una linda casa como la tuya en el lago. Lo dijo cuando nos visitaron el fin de semana pasado.

—Entonces, ¿por qué convertirte en dentista en lugar de trabajar para tu padre?

—Cuando cursaba el instituto, nos visitó una mujer increíblemente dinámica que nos habló acerca de la organización de Médicos Sin Fronteras. Mencionó que había una necesidad aún mayor de dentistas en los países en desarrollo. Me inspiró a hacer algo noble con mi vida. Después de graduarme en la escuela de odontología, adquirí algo de experiencia en otro consultorio dental durante un año, luego me inscribí para ir al extranjero, pero... la dirección de mi vida tomó un desvío.

—¿Conociste a tu ex y te casaste?

No quería hablar de Spencer, así que sólo asintió con la cabeza.

—¿Así que fuiste a escuelas regulares y tuviste que ganar el dinero para las cosas? ¿Como tu primer auto?

—No. Javiera nunca permitiría que sus hijas fueran vistas en nada menos que un Benz o un Beemer. Fuimos a las mejores escuelas privadas de la ciudad y teníamos tutores para prepararnos para la universidad, clases privadas de música, arte, latín, pero tristemente, nada de clases de cocina. Estoy segura de que no fue nada parecido a la vida normal que imagino que tú y tus hermanos tuvieron.

Le dio otro suave apretón a su pierna.

—Me sorprende que hayas salido tan bien a pesar de todo eso.

Ese fue probablemente el mejor cumplido que alguien le haya hecho.

—Gracias, Yerko —apoyó su cabeza contra su amplio hombro—. Pienso lo mismo de ti. Odio que hayas crecido sin una madre. Y tu padre me asusta muchísimo.

—Sí. Es la peor persona que conozco —se quedó callado por un momento y luego preguntó—: Entonces, ¿cómo hace tu padre para ganar todo este dinero? ¿Qué es lo que hace?

—Banca, bienes raíces, productor de cine, lo que se te ocurra, él lo ha hecho —se rio—. Pensé que ya te lo habían comentado.

—Sólo tuvimos charla de fiesta. Aunque prefiero que todo me lo cuentes tú. No me canso de ti, Alicia —le puso un brazo alrededor de la cintura, la levantó y la sentó sobre su regazo—. Pensándolo bien. Hablar está sobrevalorado —deslizó una mano detrás de su cabeza y llevó sus labios a los suyos.

El deseo se arremolinó dentro de él, y los impulsos que había estado reprimiendo desde su último beso volvieron de golpe. Tara igualó la intensidad de su beso mientras se acurrucaba cerca de su cuerpo perfecto.

Rompieron el beso y se miraron fijamente el uno al otro.

—Eres tan hermosa, Alicia —susurró.

Yerko podría cambiar de opinión cuando viera las cicatrices en su torso. ¿Debería advertirle? Antes de que ella supiera qué decir, sus labios la distrajerón con suaves besos en su cuello. Incluyó la cabeza hacia atrás dándole acceso a más de ella. Amaba cuando él hacía eso.

Cerró los ojos, disfrutando del suave toque de sus manos y labios sobre su cuerpo vulnerable y

necesitado. Lenta y suavemente exploró sus curvas mientras el hermoso aroma de la lavanda flotaba en el aire a su alrededor.

Sabía que debía ponerle fin a todo, pero no quiso hacerlo. Lo que quería era besarlo de nuevo, así que tomó su cara con las dos manos y devolvió su boca a la suya. Mientras pasaba sus manos por su grueso cabello, él le bajó lentamente una de las tiras del traje de baño por su hombro.

Luego cambió el ritmo y redujo la velocidad de su beso urgente, tomándose su tiempo para ello. La volvió loca, haciendo que lo deseara más. Podría besarlo toda la noche.

Cuando deslizó la otra tira, se activó una alarma mental de advertencia. Las cosas se movían demasiado rápido, pero ella no había estado con un hombre en tanto tiempo, así que ignoró el molesto zumbido en su cabeza y lo besó más profundamente.

—¿Ves? Sí es un jacuzzi orgásmico. No tengo nada más que decir.

El molesto zumbido se convirtió en la voz de su hermana Laura. Mientras Alicia abría los ojos, Yerko rápidamente le subió las tiras de su traje de baño. Su hermana y Roland estaban parados en el borde con dos tragos cada uno y sonrisas en sus caras.

—Nos imaginamos que podrías necesitar esto para ponerte de humor. Pero parecen estar pasándola bien —Laura le ofreció una copa de Martini.

—Gracias —Tara aceptó la copa—. Parece que nada ha cambiado desde que cumpliste catorce años cuando empezaste a espiarme a mí y a mis citas, Laura.

—Sí. ¡Aprendí los sutiles matices de besuquearse!

Roland le dio a Yerko una cerveza.

—Lo siento, amigo.

—¿Quieren unirse a nosotros? —preguntó Yerko mientras aceptaba la botella.

—¡Claro! —Laura ligeramente borracha besó a su prometido antes de ir al vestuario.

Roland sacudió la cabeza.

—Me voy a la cama. Laura puso esa estúpida regla de no tener sexo durante dos semanas antes de la luna de miel. No necesito más frustración. Buenas noches —se dio la vuelta y se fue.

—Entiendo completamente su frustración —comentó Yerko.

—Lo siento.

La suya era bastante evidente debajo de ella. Le dio un beso rápido antes de pasar lentamente de su regazo al banco a su lado, equilibrando cuidadosamente su bebida. No sabía qué decir, tomó un largo sorbo de su Martini fresco mientras Yerko bebía su cerveza en silencio también. Necesitaba decidir qué hacer antes de que eso sucediera de nuevo.

—¿Realmente crees que podemos hacer esto sin que nadie salga herido? Porque estoy bastante segura de que si sale mal, tu abuela me dispararía —acortó Alicia.

—Recibiría la bala por ti. Voto por que nos arriesguemos —se puso de pie y salió del Jacuzzi. Las

gotas de agua serpenteaban lentamente por todos los planos duros de su pecho y los abdominales —. Buenas noches, Alicia.

—Buenas noches, Yerko.

Tomó su cerveza y una toalla y se marchó.

¿Recibir una bala por ella? Probablemente lo haría de verdad.

Spencer solía decir y hacer cosas bonitas como esas, respaldadas por todo el dinero del mundo. Había sido tan engañada por su falso encanto que por mucho que quisiera creer en Yerko, probablemente no debería.

Tomó otro trago mientras discutía con su confusión. El Martini no estaba ayudando. Sus defensas bajaban con cada sorbo. De seguir así, para cuando llegara al fondo de la copa, seguramente lo seguiría a su habitación, claro, si no fuera por su fiesta de pijamas.

Laura reapareció en un diminuto bikini rojo y recogió su bebida antes de deslizarse al jacuzzi.

—¿Adónde fueron los chicos?

—Ninguno de los dos tenía esperanzas de conseguir lo que querían, así que se fueron a la cama.

Laura puso su cabeza en el hombro de Alicia.

—Parecía que Yerko las tenía hasta que aparecimos. Lo siento.

—Eso fue vergonzoso. Hablemos de otra cosa, por favor.

—Es muy sexy, Melissa. ¿Cómo es que aún no le has dado a eso?

—¿Darle a eso? ¿Qué, todavía estamos en el instituto?

Ambas rieron.

—Hablando de comportamiento de adolescente, ¿crees que sea buena idea que Gina la ladrona de hombres cuide a Yerko mañana?

—Es nuestra única prima soltera, por eso.

—Ella es una puta —Laura tomó otro sorbo de su Martini—. Si no tienes cuidado, ella tendrá su lengua en la garganta de Yerko, incluso más profunda de lo que la tuya acaba de estar.

Gina era una bomba de veintitantos, hermosa, pelirroja y curvilínea. Tal vez si era un error.

—¿Eres feliz viviendo en ese pequeño pueblo? ¿No preferirías venir a vivir aquí otra vez? ¿Dónde estás a salvo? —agregó Laura.

Alicia atribuyó el abrupto cambio de tema al consumo constante de Martini durante toda la noche.

—Aquí sería como vivir en la cárcel. Con guardias veinticuatro siete como este fin de semana. Con mamá y papá constantemente encima de mí y evitándome a toda costa que vaya a trabajar. No, no quiero eso. En Anderson Butte me siento segura y libre. La gente allí es súper entrometida, pero en su mayoría, muy buena y amable. Como Yerko.

—Hablando de Yerko, ¿las manos del sheriff son ásperas? Ese es el problema de salir sólo con hombres ricos. Todos tienen manos suaves. Siempre me he preguntado qué se sentiría tener un gran conjunto de manos ásperas de obrero de la construcción vagando por todo mi cuerpo. Como se lee en los libros.

Alicia se rio. Su hermana estaba más borracha de lo que pensaba.

—Te vas a casar mañana. No es momento de pensar en un par de manos diferentes en todo el cuerpo.

—Es el momento perfecto —hizo una pausa para otro largo trago—. Es la última noche que estaré soltera. Así que responde a la pregunta, por favor.

—Sí, tiene manos ásperas. Envía a Roland a visitarlo por una semana en cualquier momento, y Yerko lo llevará de excursión, a hacer rafting y demás cosas que le pondrán las manos ásperas.

—¡Gran idea! —dijo su hermana con un fuerte asentimiento.

Okaaaay. Es hora de llevar a Laura a la cama. Una resaca en el día de su boda apestaría.

Alicia le quitó la copa de la mano de Laura.

—Estás oficialmente acabada por esta noche, chica. Vayamos a la cama. Así podrás soñar con todas las manos ásperas que quieras. Sólo asegúrate de quedarte en tu propio lado de la cama, por favor.

Laura salió lentamente del jacuzzi, y luego agarró la toalla que Alicia sostenía.

—No te preocupes. Estás a salvo. Tú también tienes manos suaves —le dio un brazo—. Te amo hermana. Gracias por venir. Sé que es un gran riesgo que estés aquí. ¿Por qué demonios ese enfermo y obsesionado bastardo tiene que ser tan inteligente? No es justo que tengas que esconderte el resto de tu vida.

Alicia la rodeó por la cintura para estabilizarla mientras subían las escaleras.

—Lo que no es justo es que tuvieras que hacer tu boda aquí, en Fort Knox, por mi culpa. Debiste haber tenido un lujoso romance en Italia o algo así. Con sólo nuestra familia y amigos más cercanos. Pero lamentablemente la riqueza de Spencer aún le proporciona subordinados por los que se preocupa el detective Bailey. Así que lo siento.

Laura sacudió la cabeza.

—No importa dónde nos casemos. Sólo que lo hagamos. ¿Quién hubiera pensado que me casaría con el viejo y confiable Roland?

Alicia siempre lo había esperado.

—Es el mejor. Y eso es lo que te mereces. Me alegro por ustedes.

Laura suspiró mientras se apoyaba aún más en Alicia.

—Tienes que dejar esa estúpida actitud de “nunca me casaré de nuevo” y mirar lo que tienes delante, Melissa. Yerko está muy bueno. ¡Y tiene manos ásperas! ¿Cómo puedes dejar pasar eso?

Alicia se rio mientras arrastraba a su hermana borracha por las escaleras hasta su habitación. Tenía razón sobre las manos de Yerko, las había sentido antes, y su tacto era incomparable.

¡Maldita sea! Su hermana se desmayaría en cuanto su cabeza tocara la almohada, y Alicia se quedaría despierta toda la noche pensando en esas manos ásperas rondando por todo su cuerpo.



La tarde siguiente, una hora antes de que la boda empezara, Yerko se paró en la terraza con vista al césped donde estaban las sillas y las tiendas.

Después de tratar con más mensajes de Vincent, hizo una búsqueda rápida del anuncio de compromiso con los nombres que había averiguado, pero no pudo encontrar uno que coincidiera. Frustrante. Pero cavaría más hondo cuando llegara a casa y podría usar algunos de los recursos disponibles en su oficina.

Un hombre a cargo de los guardias de traje dio instrucciones a dos tipos y señaló hacia los árboles cercanos. Yerko había visto a otros cuatro desaparecer en diferentes partes de los bosques circundantes antes. Había una seguridad más estricta que la que probablemente tenía la ONU.

¿De qué demonios tenían tanto miedo? ¿Podría el ex-marido en el manicomio, como dijo Mildred, ser tan peligroso? ¿Esa parte era verdad? Alicia había dicho que su ex estaba en la costa este.

Al llegar al patio trasero, navegó por el laberinto de puertas y pasillos hasta que finalmente se paró junto al tipo a cargo y le extendió su mano.

—Sheriff Yerko Anderson.

—John Bailey. Encantado de conocerle, Sheriff — le echó un vistazo a Yerko—. ¿Eres soldado raso o de la fuerza?

—Soy de la policía de Denver, pero el Sr. McDaniel es amigo del alcalde... y me pidió que supervisara la seguridad hoy. Gran operación. ¿Cuál es la amenaza?

—No tengo la libertad de decirlo.

—Comprendo —estudió los árboles de los alrededores. Había guardias cada pocos metros—. He estado buscando un trabajo en estos lugares. ¿Conoces alguno?

—¿Por qué querría un sheriff de un pequeño pueblo mudarse aquí? Me parece que tienes el mejor trabajo.

Así que el hombre sabía quién era.

—Puede ser demasiado tranquilo para mi gusto. Busco ser detective.

Bailey lo estudió durante un minuto.

—Bueno, te diré algo —sacó una tarjeta de su bolsillo y se la dio—. Llámame la semana que viene y veré qué podemos hacer. Estamos un poco cortos de personal en este momento. Nos vendría bien un poco más de gente en mi departamento.

Yerko leyó la tarjeta. Detective John Bailey. Unidad de Crímenes Especiales.

—Grandioso. Te llamaré.

—¿Llevas el arma que trajiste, Sheriff?

Por eso se llevaron las bolsas tan rápido. Para registrarlos.

—Sí.

—En ese caso, necesitamos llegar a un pequeño entendimiento. Tú estás a cargo en casa, pero aquí, todas las órdenes vienen de mí hoy. ¿Entendido?

—Entendido.

—¿Quieres ser útil? No apartes los ojos de Alicia hoy —se dio la vuelta y se alejó.

Ya había planeado quedarse al lado de ella de todos modos.

Bailey era la única persona que no la había llamado Melissa. Y trabajaba en Crímenes Especiales. Aunque puede variar, la mayoría de las ciudades usan esas unidades para actos particularmente atroces.

La bola de plomo en sus entrañas se hacía cada vez más pesada.

Escuchó unos pasos acercándose a él. Se dio la vuelta esperando encontrar a Alicia pero en su lugar estaba una pelirroja curvilínea con un par de bebidas en las manos.

—Hola, Yerko. Soy Gina. Melissa me pidió que te acompañe hoy mientras ella hace su cosa de hermana de la novia —le ofreció un vaso.

—No, gracias.

No iba a beber hasta después de la boda. Debía estar atento a cualquier posible amenaza.

—Bueno, eso no es divertido, Sheriff —se encogió de hombros—. Supongo que tendré que bebérmelas ambas. Planeo pasar un buen rato contigo hoy, guapo —arqueó una ceja mientras tomaba un largo trago.

—Gracias. Pero yo no...

—No quieres herir mis sentimientos, ¿verdad? —sacó el labio inferior haciendo un puchero.

Nunca había visto a una mujer adulta hacer eso.

No necesitaba una distracción. Necesitaba vigilar a Alicia, pero tendría que lidiar con eso como un caballero.

—Por supuesto que no —sacó el brazo—. Vamos a buscar un asiento.

Le costaba resistir el impulso de saltar del escenario en la recepción y estrangular a su prima. Fue un error colosal pedirle que acompañara a Yerko. Gina había bebido demasiado y estaba prácticamente encima de él.

Laura tenía razón. Ella era demasiado fácil con los hombres, pero cuando estaba borracha llegaba a ser desagradable a un nivel completamente intolerante. Y si “accidentalmente” frotaba ese voluptuoso escote falso contra él una vez más... podría perderlo.

Volviendo su atención al discurso del padrino, Alicia se obligó a relajar sus hombros. Debería estar agradecida. Todo acontecía perfectamente bien hasta el momento. No había lluvia ni viento, la noche era clara y estrellada, y su discurso había ido bien. Así que después de que el padrino terminara su larga nota, sus deberes estarían hechos. Eso dejaba pendiente sólo picar la torta y el baile de la noche. Lo mejor de todo es que no hubo sorpresas de Spencer. Esperaba que todo siguiera así hasta la mañana siguiente que regresaría al pueblo. Estaba ansiosa por llegar a casa de nuevo. Anderson Butte y Sherlock la esperaban.

Laura se inclinó y le susurró al oído.

—Te ves un poco verde, Melissa. ¿Celosa?

—No. Yerko y yo ni siquiera tenemos una relación.

No estaba celosa. Eso sería ridículo. Sólo estaba molesta por el comportamiento grosero de su prima.

Laura se rio.

—Puede que no creas que tienes una relación, pero apuesto a que el sheriff no está de acuerdo. No te ha quitado los ojos de encima en toda la noche.

Sí, se había dado cuenta de eso. Lo que la hizo sonreír.

—Probablemente ha estado fantaseando con todas las formas en que me hará pagar por haberle lanzado a Gina.

Laura puso los ojos en blanco.

—Lo que está fantaseando es cómo conseguir que te desnudes. Espera. Acaba de empeorar. Gina puso una mano en su pierna. No pasará mucho tiempo antes de que dé en el blanco deseado.

Alicia se inclinó más cerca de su hermana para tener una mejor vista. Claro que sí. La gran mano de Yerko atrapó a la de Gina para detenerla. Eso fue todo.

—Yo...

—Definitivamente estás celosa, admítelo. ¡Ve!

—No lo estoy.

Alicia frunció el ceño a su hermana antes de deslizarse silenciosamente del escenario y dirigirse a su objetivo. El regazo de Yerko. Eso pondría fin a todo. Y no estaba celosa, ¡maldita sea! Ella sólo estaba... Bien, tal vez sólo un poco, pero más que todo enojada con su prima.

Se movió rápidamente por un pasillo lateral y luego se abrió camino entre las mesas. La gran sonrisa en la cara de Yerko al acercarse cortó su ira a la mitad. Siempre que lo hacía, ella no podía evitar sonreír.

Él se puso de pie y deslizó su brazo alrededor de su cintura.

—Gina. Discúlpanos, por favor —guió a Alicia hacia la casa.

—Siento mucho que mi prima se comportara así. ¿Adónde vamos?

—A cualquier lugar donde Gina no esté. Y donde podamos estar a solas.

Ella lo había estado observando durante horas en su oscuro y bien ajustado traje, con su impecable camisa blanca y su bonita corbata azul. Y aunque tenía a la bomba sexy de su prima a su lado, sólo tenía ojos para ella. Estaba a favor de estar a solas con él.

—Vamos a la biblioteca.

Le abrió una puerta francesa y se hizo a un lado.

—Guía el camino.

Alicia agarró su mano, tomando nota extra de su aspereza sexy gracias a su hermana, y se dirigió hacia la biblioteca tan rápido como sus tacones y su vestido ajustado se lo permitían. Se sentía como una adolescente otra vez, escabulléndose entre el personal para encontrar un lugar para besar a su novio.

Tan pronto como estuvieron dentro de la habitación iluminada sólo con la suave luz de la luna, ella cerró rápidamente las puertas detrás de ellos.

Usando todo su cuerpo, Yerko la presionó lentamente contra la puerta de madera.

—He querido besarte todo el día —acunó su cara entre sus manos y llevó su boca a la suya.

El beso era necesitado y profundo, dejando claro cuánto la quería. Ella deslizó sus manos alrededor de su cintura y se acurrucó más él. Tenía un arma atada a la parte baja de su espalda. ¿Por qué traería un arma a una boda? No quería dejar de besarle para preguntarle sobre ello. Probablemente sólo sea un hábito de policía.

Se separaron y el hambre de su mirada le robó el poco aliento que le quedaba. Sus ojos oscuros y su sexy barba lo hacían bastante irresistible.

Mirándola profundamente a los ojos, acarició sus mejillas y sus labios se curvieron en una sonrisa como si supiera lo que ella pensaba antes de besarla de nuevo, presionando su gran y poderoso cuerpo contra el de ella, como si no pudiera acercarse lo suficiente.

El hombre besaba como nadie más.

A medida que sus manos vagaban por el cuerpo de Tara, sus besos se hicieron más urgentes. Necesitaba tomar su decisión. ¿Se iba a acostar con él?

Dejó sus labios, arrastrando suaves besos por su cuello, confundiendo aún más la situación. Cuando su mano se deslizó por su muslo y bajo su vestido, las dudas crecieron. Le dio a su trasero, apenas cubierto por la pequeña tanga que llevaba, un suave apretón, sellando el trato.

Ella iba a dormir con él.

—¿Tienes que proteger...

—Sí.

—Esto será sólo sexo, ¿verdad? ¿Nada serio?

—Es lo que tú decidas que sea —le susurró al oído.

Eso era todo lo que necesitaba oír. Sus manos se agarraron a la hebilla del cinturón y se ocuparon de desabrochar todo a su paso, mientras él le subía el vestido y le bajaba las bragas.

Cuando la levantó, presionando su espalda firmemente contra la puerta, ella envolvió las piernas alrededor de su cintura. Sería rápido de esa manera, y no vería sus cicatrices. Perfecto para su primera vez.

Le mordisqueó el labio inferior mientras la miraba a los ojos.

—Lo tomaremos más despacio la próxima vez.

El deseo en su mirada envió un cálido escalofrío por su columna vertebral. Más despacio estaría bien, pero por ahora, quería sexo rápido contra la puerta. La hizo sentir indecente y... deseada.

Atractivo por primera vez en mucho tiempo.

Sonrió mientras arrastraba la punta de sus dedos por su labio inferior.

—Eres tan hermosa.

Luego la besó suavemente mientras se abría paso a través de ella. Al principio fue lento, dejando que su cuerpo, que no había estado con un hombre en tres años, se adaptara a él. Luego aumentó el ritmo, volviéndola loca de necesidad con cada empuje.

Su cuerpo, duro contra el de Tara, irradiaba lujuria, deseo y pura fuerza mientras la penetraba, a la vez que besaba su cuello. Quería besarla de nuevo, así que atrajo su boca hacia la de ella. Cuando le mordió el labio inferior, Ryan soltó un sexy gemido, provocando que su vagina se apretara, pidiendo silenciosamente más. No iba a durar mucho más a ese ritmo.

Como si leyera su mente, se inclinó hacia atrás, cerró los ojos y aceleró el ritmo. Duro y rápido, justo lo que su cuerpo pedía. Tara deslizó sus manos alrededor su cuello y lo besó de nuevo,

perdiéndose en el delicioso y sensual placer. Cuando abrió los ojos, lo encontró mirándola, con necesidad y... ¿sentiría él lo mismo que ella? Era algo más que el deseo carnal. Algo que hizo que su corazón se calentara mientras miraba sus tentadores ojos.

Pero había pasado demasiado tiempo, su cuerpo pidiera a gritos su liberación. No pudo soportarlo más. Con su cuerpo apretando alrededor del suyo, apretando más fuerte con cada golpe, dejó caer su cabeza contra la madera a su espalda.

—Yerko, voy a...

—Juntos —jadeo con voz ronca.

Con un último y profundo empuje, y envueltos entre gemidos y jadeos, ambos fueron arrastrados por un intenso orgasmo.

Mientras Tara jadeaba por aire, recuperándose del sexo más increíble que había tenido, Ryan cerró sus ojos y apoyó su frente contra la de ella.

—¿Estás bien? —preguntó él.

—Mm hmm —pasó sus manos por su cabello, peinandolo con los dedos para ponerlo en orden—. Pero será mejor que volvamos antes de que nos echen de menos.

¿Cuánto tiempo llevaban fuera? Eso tuvo que haber sido rápido, pero se sentía completamente saciada.

Yerko la soltó lentamente, una vez que estuvo de pie le dio una palmadita en el trasero.

—¿Tenemos que ir?

—Mira el lado positivo. Habrá pastel y baile.

—Y Gina borracha.

—No. Eres todo mío por el resto de la noche.

—Seré tuyo todo el tiempo que quieras —la envolvió con sus brazos.

Cerró los ojos y se acurrucó en su cálido pecho. Mantener sus emociones fuera de las cosas había sido el plan, pero ahora su corazón albergaba un nuevo y más profundo deseo por él. Lo que acababan de compartir no había sido sólo sexo caliente y rápido, pero ella no quería reconocerlo por el momento.

Se inclinó hacia atrás y le dio un beso antes de guiarlo al baño.

Cuando abrió la puerta, la luz se encendió automáticamente en el espejo del tocador, cegándolos por un momento. Después de que sus ojos se ajustaron, Alicia miró fijamente su reflejo. Hacían una bonita y totalmente desaliñada pareja, con rostros sonrojados por la satisfacción del sexo rápido.

Tenían que arreglar eso, pronto.

—Puedes ir primero —señaló Ryan.

Necesitaba un momento para recuperarse.

¿Había sido un error? ¿O lo mejor que se ha permitido hacer en mucho tiempo? Yerko era considerado, dulce, divertido, y... no, ni siquiera lo consideraba. No era perfecto para ella. Había pensado eso sobre Spencer y mira a dónde la llevó eso.

Fue sólo sexo, uno muy intenso, y nada más. Se lo merecía después de su larga sequía. Después de encontrar un pañuelo, se limpió el rímel perdido bajo sus ojos. Su trenza francesa se había arruinado por completo, así que la deshizo y pasó sus dedos peinando el enredo. Le faltaba uno de sus pendientes, así que se quitó el que quedaba. Esperaba que nadie se diera cuenta por su cabello suelto. Alisó su vestido lo mejor que pudo y pensó que era lo mejor que podía conseguir.

Al salir, Yerko ocupó el baño y unos minutos después reapareció.

—¿Por qué hay una bañera y una ducha de vapor en el baño de la biblioteca?

Alicia le enderezó la corbata, y luego le quitó una mancha de su lápiz labial del cuello.

—Es el resultado de que tus padres tengan mucho dinero —sonrió.

—Ya que están ahí, ¿quieres pasar por alto el resto de la recepción y probar esa ducha de vapor conmigo?

Necesitaban hablar seriamente sobre sus cicatrices antes de que algo así sucediera.

—Si sonríes durante el resto de la recepción, por el bien de mi hermana, usaremos esa ducha más tarde.

—No puedo esperar a la torta y el baile —le mostró una gran sonrisa falsa.

—Es un buen comienzo inteligente.

Mantener su corazón fuera del asunto se había vuelto aún más importante. ¿Y si la Alicia totalmente desnuda, con cicatrices y todo, le repele? Eso dolería. Pero ella no podía culparlo si se sintiera así.

Sus cicatrices le repugnaban.

Yerko abrió la puerta de la biblioteca.

—Después de ti.

Al salir encontraron a un guardia parado afuera de la habitación. Claramente no era el único que vigilaba a Alicia, pero fue lindo como ella se sonrojó cuando vio al hombre en el pasillo esperándolos.

De camino al patio trasero, Alicia le apretó el brazo.

—Borra esa sonrisa de tu cara.

No podía evitarlo. Y con la propuesta de la ducha más tarde, su sonrisa no se desvanecería pronto.

—Deberías seguir tu propio consejo.

Cuando se reunieron en la recepción, cien pares de ojos parecieron dirigir su atención de los

novios a ellos. Laura sonrió por encima del hombro de Roland mientras bailaban. La ceja arqueada de la madre de Alicia lo dijo todo... lo sabían.

En lugar de preocuparse por ello, tomó a Alicia en sus brazos y se unió a las otras parejas en la pista de baile.

Alicia se acurrucó más cerca y susurró:

—Todo el mundo lo sabe —susurró, acurrucándose más cerca de él.

—Todos están celosos.

Ella sonrió.

—Especialmente el frustrado Roland.

—No tendrá que esperar mucho más.

Ryan se inclinó hacia atrás y la miró fijamente a los ojos.

—Y tampoco nosotros... todos tienen pastel —le mostró una sonrisa traviesa.

—Sí. Sobre eso —el ceño fruncido le arrugó la frente—. Necesito hablar contigo sobre algo.

La seriedad de su tono hizo que su estómago se hundiera.

—¿Has cambiado de opinión sobre nosotros?

—No. Es sólo... Quería advertirte sobre algunas cicatrices que tengo en mi estómago y en mi espalda. No quería que te tomaran por sorpresa. No son bonitas.

—Ya sabía lo de las cicatrices, Alicia. No es gran cosa.

Ella parpadeó sorprendida.

—¿Cómo?

—Meg. No puede decir una mentira para salvar su vida. Me pidió que no se lo dijera a nadie más. Y no lo he hecho.

—Gracias. Pero debes saber que son muy feas, Yerko. Así que si después de ver...

—No me preocupan unas cuantas cicatrices —bailaron en silencio durante unos minutos hasta que él no pudo soportar no decirle más la verdad—. Tu abuela me contó un poco sobre tu ex ayer. Que te hizo daño.

Los ojos de Alicia se abrieron de par en par antes de balbucear.

—Tiene demencia...

—¿Te cambiaste el nombre por él?

—Yerko, yo no...

—Sólo quiero ayudar, Alicia.

Cuando las lágrimas llenaron sus ojos, los cerró y dejó caer su frente contra su hombro.

—No hay nada que puedas hacer.

La derrota en su tono le partió el corazón.

—¿Spencer es el responsable de tus cicatrices?

No pensó que ella respondería hasta que sintió un ligero movimiento de su cabeza en afirmación contra su hombro.

—¿Y ahora está encerrado en una institución mental por eso?

Después de otra larga pausa, volvió a asentir.

Pero seguía siendo una amenaza, obviamente. ¿Quién era él? ¿Qué clase de monstruo podría herir a una dulce mujer como ella? Quería exigirle que se lo dijera, para mantenerla a salvo, pero controló su temperamento.

—¿Dónde exactamente...?

Sacudió la cabeza y empezó a alejarse.

—Bien. No más preguntas —ella se estaba cerrando de nuevo como lo había hecho antes, así que él la sostuvo más cerca—. Lo siento. No quise molestarte.

Mientras se balanceaban lentamente al ritmo de la música, él susurró a su oído.

—Me importas Alicia. Y... me preocupo por ti. Lo suficiente como para que no quisiera mentir acerca de saber lo que tu abuela me dijo.

Finalmente levantó la cabeza de su hombro y lo miró a los ojos.

—Yo también me preocupo por ti, Yerko.

¿A ella también le importaba? Su corazón quería elevarse, pero la tristeza de sus ojos rápidamente enraizó su felicidad. Odiaba verla tan preocupada.

La canción terminó, así que tomó su mano y la llevó de vuelta a su mesa vacía. Afortunadamente Gina estaba al otro lado de la habitación, coqueteando con uno de los camareros.

Sacó una silla para ella.

—Necesitas un trago y un poco de pastel —le dio un beso en la cabeza—. Vuelvo enseguida.

Alicia vio cómo los anchos hombros de Yerko se abrían paso entre la gente, y de repente se sintió muy mal por lo que acababa de pasar. Debió haberse enfrentado a sus padres y dejar a Yerko en casa, ahora sabía demasiado y no iba a dejarlo pasar.

Su abuela era la única persona que no habían considerado. No leyó el correo electrónico como todos los demás invitados que habían sido advertidos de no hablar sobre su pasado. Una prueba real de que no existe la mentira perfecta.

El detective Bailey estaba cerca, observándola. Tal vez debería preguntarle qué hacer. Pero, ¿y si su respuesta fuera mudarse y cambiar su nombre otra vez? Le gustaba vivir en Anderson Butte, y le

gustaba Yerko. Sus crecientes sentimientos por él hacían aún más difícil mentirle.

Necesitaba juntarlo todo y decidir qué hacer. Él no le había contado a nadie sobre sus cicatrices. Alguien en su pueblo entrometido ya le habría preguntado por ellos si lo hubiera hecho. Tal vez ella podría confiarle la verdad. Quería confiar en él.

Yerko reapareció y puso una copa de champán delante de ella, junto con dos trozos de pastel. Se sentó a su lado y se metió en su pedazo.

—Gracias. ¿no conseguiste nada para beber? Estoy segura de que podemos encontrarte una cerveza si lo prefieres.

Sacudió la cabeza.

—No estoy bebiendo. El detective Bailey me pidió que te vigilara.

¿El detective Bailey confiaba en Yerko lo suficiente como para pedirle que hiciera eso? Entonces probablemente ella también podría. Iba a hacerlo.

Apoyó su boca cerca de la oreja de Yerko.

—Si prometo contarte toda la historia más tarde, ¿me prometerás algo?

Dejó el tenedor en el plato.

—Cualquier cosa.

—Spencer es un hacker informático. Uno de los mejores. Si realmente quieres ayudarme a mantenerme a salvo, por favor no hurgues en mi pasado en Internet. Está obsesionado conmigo de una manera... enfermiza. Por ahora, no creemos que sepa dónde vivo o cuál es mi nuevo nombre, pero seguramente está monitoreando cualquier referencia a mi nombre de casada. Podría rastrear a cualquiera que lo haya buscado en Google con la esperanza de encontrarme.

La cara de Yerko se endureció.

—Anoche hice una búsqueda en mi teléfono usando tu apellido de soltera. Busqué el anuncio de la boda, pero no lo vi. ¿Podría eso haberlo alertado?

—No. Mi padre contrató a gente para eliminar todo eso de Internet. Y estoy segura de que ha descubierto que nunca se lo pondría fácil volviendo a usar mi apellido de soltera.

—Bien —alcanzó su mano y la acarició con su pulgar.

El hecho de confesar había quitado el peso sofocante del secreto de su alma. Y sabiendo que Yerko no alertaría accidentalmente a Spencer, ahora le daba la esperanza de poder tener una oportunidad de una vida normal de nuevo. Lo que más anhelaba.

—Vamos —se vació la copa de champán—. Hablaremos de todo esto mañana. Me niego a dejar que Spencer arruine la boda de mi hermana.

Con el brazo de ella enganchado en el de él, se dirigieron a la pista de baile llena de gente haciendo el Baile del Pollo. Era justo lo que necesitaban, una tonta y divertida canción para ahuyentar la energía negativa. Y ver a un tipo grande y varonil como Yerko agitando sus brazos como un pájaro no tendría precio.

Después de unas cuantas canciones más, la gente comenzó a irse, dejando la pista de baile despejada. Acurrucarse contra Yerko durante la última hora había hecho que Alicia estuviera ansiosa por saltarse el resto de la recepción, tanto como él lo había estado antes.

Como si leyera su mente, le susurró suavemente al oído.

—¿Podemos subir ahora?

Miró alrededor de la recepción, feliz de ver a sus padres en una profunda discusión con los padres de Roland. Laura y Roland se acababan de ir, así que probablemente también podrían escabullirse.

La ducha de vapor era muy iluminada y de repente le pareció una mala idea. Las dudas sobre sus feas cicatrices la llevaron a recoger pequeñas velas de los centros de mesa vacíos y meterlas en los bolsillos del traje de Yerko cuando entraban. Su oscuro dormitorio iluminado sólo por la luz de las velas sonaba como la mejor opción.

Mientras subían las escaleras, se oyeron pasos suaves no muy lejos de ellos, el mismo guardia que seguramente sabía lo que habían estado haciendo en la biblioteca. Era vergonzoso, pero estaba de tan buen humor y a punto de estar con Yerko, un hombre sexy que le gustaba mucho, así que nada podía apagar su entusiasmo por la noche de diversión que les esperaba.

Abrió la puerta de su dormitorio, parpadeando sorprendida de que todas las luces estuvieran encendidas. ¿Quizás las sirvientas habían limpiado y se olvidaron de apagar las luces?

Dejó que Yerko pasara y cerró la puerta tras ellos. Justo cuando alcanzó el interruptor de la luz, la cara de Yerko se endureció.

Cuando se giró para ver que lo había hecho reaccionar de esa manera, se quedó sin aliento. En su cama había una muñeca apoyada en las almohadas con otro muñeco bebé en brazos y una nota en las manos que decía el nombre... Sean. El nombre de su bebé, el niño que siempre quiso y que Spencer se aseguró de que nunca se abrazara.

El miedo la acuchilló en su angustia... ¿Spencer estaba cerca? ¿Todavía estaba en su habitación? Agarró el brazo de Yerko antes de que sus temblorosas rodillas se derrumbaran bajo ella.

—Sólo Spencer podría ser tan cruel. Por favor, Dios, no dejes que vuelva a suceder —las lágrimas brotaban de sus ojos y su voz era casi audible.

Yerko entregó a Alicia en los brazos del guardia que los había seguido.

—Llévala a un lugar seguro. Y luego llama a Bailey. Necesito registrar el dormitorio.

El guardia agarró una radio del interior de su abrigo mientras guiaba a una Alicia que se alejaba temblando. Yerko sacó su arma. La sangre le golpeaba en los oídos mientras buscaba cuidadosamente en la habitación, esperando encontrar al bastardo para poder derribarlo.

Unos momentos después, Bailey irrumpió en la puerta con otros cinco hombres.

—Todo despejado —anunció Yerko. Luego enfundó su arma—. ¿Alicia está segura?

La mirada de Bailey se fijó en la cama por un momento antes de instruir tranquilamente a sus hombres. Necesitaba ver lo que dice la nota.

—Sí, está a salvo. He hecho que Spencer esté bajo vigilancia extra este fin de semana, pero lo comprobaré ahora —sacó su teléfono y salió al pasillo.

Yerko quería asegurarse de que la escena del crimen se manejara correctamente. Un simple error podría liberar a Spencer, y eso no sucedería si pudiera evitarlo. Cualquiera que le haga eso a Alicia... No podía quitarse de la mente la mirada atormentada de sus ojos cuando vio la muñeca.

Tomó un lugar contra la pared para observar toda la habitación. Con la cantidad de seguridad que tenían, ¿cómo ocurrió eso? ¿Fue sólo cuestión de suerte que Laura hubiera pasado la noche anterior con Alicia para que no estuviera sola?

Después de fotografiar la muñeca desde todos los ángulos, Bailey volvió y se puso un par de guantes de látex. Tomó la nota de la mano de la muñeca y la abrió.

—Hijo de puta.

—¿Qué...?

Bailey cortó a Yerko.

—Ven conmigo, por favor —colocó la nota en una bolsa de plástico.

—¿Qué dice?

—Prefiero pasar por esto sólo una vez. Vamos al estudio donde los demás están esperando.

Yerko caminaba al ritmo de Bailey.

—Alicia no está segura aquí. Tenemos que irnos. Esta noche.

—De acuerdo —mientras bajaban las escaleras, Bailey añadió—: Teníamos este lugar sellado como un tambor. Quienquiera que haya sido, probablemente se fue hace mucho tiempo con los proveedores de comida o las floristerías. A menos que haya pagado a uno de los empleados de la casa. Lo haremos desde ambos ángulos, aunque Joe ha hecho una exhaustiva investigación de antecedentes de todo su personal.

Yerko había soportado lo mismo, pero ya no podía estar enfadado por ello.

Cuando entraron en el estudio, un Joe visiblemente agitado se paró detrás de su escritorio.

—¿Qué opinas, John?

Javiera se sentó en un sofá con la cabeza en las manos mientras Alicia le frotaba la espalda para calmarla. Debería ser Javiera quien consolara a Alicia, no al revés. Sólo la falta de color en el rostro y labios de Alicia delataron sus propias luchas internas. Sin duda, era la mujer más fuerte que él había conocido. Verla mantenerse en calma mientras su madre se desmoronaba le destrozó el corazón.

Cruzó la habitación y se sentó al otro lado de Alicia, atrayéndola contra él.

—Todo va a estar bien. Llegaremos al fondo de esto.

Esperaba que tuviera razón. Apoyando su cabeza en el hombro de Yerko, cerró los ojos. Aunque ella estaba feliz de que él estuviera allí, agradecida por el hombro grande y fuerte, odiaba que se hubiera metido más profundo en su mala situación. No debió haber vuelto a casa, ni haber puesto en peligro a su familia.

El detective Bailey se sentó frente a ellos y tiró una bolsa de plástico en la mesa de café.

—Spencer debe haber pagado a uno de los guardias donde está retenido, o pedir a alguien de fuera que lo arreglara por él. Llamé a su director. Dijo que revisaría las cámaras de seguridad para ver si lo descubrían —se paró y caminó por la habitación—. Entrevistaremos a los proveedores y a los floristas. Si podemos probar que Spencer envió esto, entonces tal vez podamos hacer que lo trasladen a la cárcel regular, en lugar de ese maldito club de campo para locos que sus abogados sobrepagados le otorgaron.

—Pero Spencer sigue ahí, ¿verdad? —preguntó Alicia. No podía evitar que sus manos temblaran, así que las dobló y las puso en su regazo.

—Sí. Acaban de hacer un chequeo de camas.

Su madre gimió en silencio.

—Gracias a Dios.

—¿Qué dice la nota? —preguntó su padre.

Bailey se miró a los ojos con su Joe.

—El hombre está loco. Tal vez...

—Necesito saberlo —exigió Alicia con lágrimas en los ojos—. Tengo que saber.

El detective respondió en voz baja.

—Decía: “Siento no haberte visto este fin de semana, Melissa. Pero te veré muy pronto.” Fue firmado con una S mayúscula —le entregó la pequeña bolsa de plástico—. ¿Se parece a la letra de Spencer?

¿Pero te veré muy pronto?

Obligándose a sí misma a mirar, estudió su nombre escrito en el exterior de la nota.

—Sí, Spencer lo escribió.

—Está encerrado, Alicia —susurró Yerko—. Y una vez que estemos en casa, me aseguraré de que estés a salvo.

Necesitaba concentrarse en eso y no permitir que Spencer la intimidara. Eso fue lo que le hizo prosperar. Tenía que mantener la calma.

—Al menos me llamó Melissa. Si supiera mi nuevo nombre, lo habría usado para asustarme.

—No podemos enviarte a casa sin seguridad, cariño —agregó su padre.

Sacudió la cabeza.

—No puedo tener guardias en Anderson Butte, papá. ¿Por qué un dentista necesitaría de seguridad? Yerko me mantendrá a salvo.

Ya había prometido que no dejaría que nadie la lastimara. Ella confiaba en su palabra.

—Tal vez tengamos suerte y demos con una prueba esta vez, para poder hundirlo en la cárcel. En una en la que no tendrá acceso a tantos civiles, y a Internet. Acaba de demostrar que los medicamentos que está recibiendo no le están funcionando. Si podemos culpar a Spencer, haré una petición al tribunal y me aseguraré de que entiendan lo peligroso que es. Necesita vivir el resto de su vida en confinamiento solitario sin ningún tipo de contacto con el exterior.

—De acuerdo —Yerko se puso de pie y extendió su mano—. Vámonos a casa.

—Déjame ir a buscar mis cosas.

—No. Los dos tenemos que dejarlo todo. Pudo haber hecho que alguien colocara rastreadores en nuestro equipaje o en nuestros teléfonos.

—¿Puedes volar de noche, Yerko? —preguntó Bailey—. ¿O necesitarás un lugar seguro hasta amanezca?

—Es una luna llena. Tenemos mucha luz, pero el vuelo en helicóptero es definitivamente más peligroso por la noche. Eso se lo dejo a Alicia.

Tenía que ser mucho más peligroso quedarse en Denver donde alguien que trabajaba para Spencer podría tener acceso a ella.

—Vámonos —abrazó a su madre y luego a su padre, mientras luchaba contra las lágrimas.

Necesitaba mantenerse fuerte para ellos—. No le digan a Laura sobre esto, por favor. Déjenla disfrutar de su luna de miel. ¿De acuerdo?

—Seguro —su padre se aclaró la garganta y luego le dio a Yerko su tarjeta—. Envíame un correo electrónico cuando ambos estén en casa a salvo...

También intentaba ser fuerte. Le rompió el corazón.

—Lo haré. Adiós, Javiera —le dio un abrazo y luego le dio la mano a su Joe—. La mantendré a salvo.

—Cuento con eso, muchacho.

Yerko la abrazaba contra su costado mientras se dirigían al pórtico delantero, donde esperaban tres todoterrenos negros con ventanas oscuras. Se deslizaron en los asientos traseros del todoterreno del medio, el detective Bailey tomó el asiento del pasajero delantero, y luego los tres vehículos arrancaron.

Ya había sido transportada así antes, durante el juicio, con autos señuelo, haciendo más difícil que alguien los siguiera.

Mientras Bailey y Yerko hablaban de la logística para llevar su camioneta al aeropuerto y hacer que todas sus cosas fueran escaneadas y devueltas, Alicia se desconectó de ellos y miró por la ventana en la oscura noche. Obligó a su mente a concentrarse en volver a casa en Anderson Butte, donde estaría a salvo de nuevo. No quería pensar en la alternativa.

Cuando llegaron a la pista del aeropuerto, Yerko salió del todoterreno para encontrarse con uno de los guardias. Necesitaba recuperar las llaves del helicóptero.

Cuando Alicia se disponía a alcanzar la manija de su puerta, el detective Bailey la detuvo.

—Tara, si no podemos hacer que trasladen a Spencer a un recinto de mayor seguridad, me gustaría que reconsideraras la protección de testigos. Acaba de demostrar que es demasiado peligroso para estar en mínima seguridad.

Las lágrimas que había estado reteniendo toda la noche le inundaron los ojos. Eso era lo que había tratado de evitar pensar. Significaba desaparecer para siempre, y probablemente, no volver a ver a su familia. Un último recurso.

—Espero que se mueva para no tener que considerarlo. Gracias por todo, Detective.

—De nada. Oh, antes de que lo olvide, Yerko preguntó por un trabajo aquí. ¿Debería hablar bien de él?

Ella quería lo que Yerko quería. Se merecía ser feliz.

—Sí, cualquier cosa que puedas hacer será apreciado. Te llamaré cuando tenga un nuevo móvil mañana.

—Perfecto. Parece que Yerko está listo para ti. Cuídate, Alicia.

—Tú también —abrió su puerta y se movió entre los dos hombres que la esperaban.

La flanquearon mientras se dirigían al helicóptero que ya estaba en marcha. Era su boleto de

regreso a casa sin importar lo peligroso que fuera el viaje. Esperaba que Anderson Butte pueda seguir siendo su hogar.

La luna llena iluminando el estrellado cielo nocturno hizo un inquietante y pacífico viaje en helicóptero a casa. Eso y que Yerko se había vuelto inusualmente callado. Cuando la miró con esa preocupación en sus ojos por vigésima quinta vez, ella no pudo soportarlo más.

—Te prometo que estoy bien ahora, Yerko. No me voy a desmoronar contigo.

—No estaba preocupado por eso —se encogió de hombros.

—Necesitamos aligerar las cosas aquí. Empieza tú. Me muero por escuchar tu chiste favorito de todos los tiempos —le mostró una gran sonrisa y lo que quedaba de su ansiedad se desvaneció.

Su frente se arrugó.

—Tengo que prepararme para aterrizar en un segundo. Y los únicos que puedo recordar son los estúpidos chistes de cuando era niño.

—Perfecto, esos son cortos. A ver.

—Bien. Tú te lo buscaste. Toc, toc.

—¿Quién es?

—Dame.

—¿Dame quién?

—Dame un beso, Alicia.

Ella gruñó.

—Sólo un chico guapo como tú podría salirse con la suya en el instituto —enmarcando su cara con sus manos, llevó su boca a la de él, tentada a quedarse, pero necesitaba hacerlo rápido si quería aterrizar en una sola pieza.

Sus labios se inclinaron en una sonrisa engreída.

—Todavía funciona, aparentemente.

Yerko se ocupó de ajustar los controles mientras se acercaban. Eran pasadas las tres de la mañana cuando Anderson Butte apareció debajo de ellos.

Al tocar tierra y apagar el helicóptero, Tara colgó los auriculares y suspiró.

—Acabo de darme cuenta que no podré entrar en mi casa. No tengo mis llaves.

—Conseguiré la llave de repuesto de mi padre por la mañana. Puedes dormir conmigo esta noche.

—¿Cómo entrarás en tu casa? Tampoco tienes llaves —abrió la puerta del helicóptero y salió.

Sus tacones altos estaban matando sus pies, así que se agachó y se los quitó. No estaban muy lejos de la casa de Yerko.

Él apareció a su lado y le pasó un brazo por encima del hombro.

—El viejo truco de la llave bajo la maceta de flores en el porche delantero.

—Pero por supuesto. ¿En qué estaba pensando?

—Estabas pensando en volver a casa descalza, pero no podemos permitirlo.

Yerko la sorprendió cuando la tomó por sus piernas y la levantó contra su pecho. Con sus zapatos colgando de las puntas de los dedos, le rodeó el cuello con sus brazos. Acurrucándose más cerca él.

—Mi héroe. Incluso aunque cuentes chistes de toc-toc muy malos.

—No soy tan heroico. Por dejarte pasar la noche en mi casa, espero el pago a cambio.

Alicia se inclinó hacia atrás y levantó una ceja.

—¿Pago?

—Sí. Quiero tus galletas caseras para el desayuno.

—¿Así que le das a una mujer una lección de cocina y se supone que es tu esclava de por vida?

—Por supuesto que no. Pero después de que te enseñe a hacer la mermelada también... entonces tal vez —le dio un rápido beso en los labios.

Abrió la boca para responder, pero su corazón estaba tan ocupado batallando con la confusión, que nada más que aire pasó por sus labios. Antes de que su cerebro pudiera juntarlo y llegar a una buena réplica, Yerko se paró en su porche delantero, la puso de pie, y luego recuperó la llave.

Una vez dentro, cerró la puerta con llave tras ellos. Algo que ella nunca le había visto hacer, pero debía estar más preocupado de lo que pensaba.

Sin encender ninguna luz, tomó su mano y subieron las escaleras hacia su dormitorio. Abrió un cajón de la cómoda y sacó una camiseta.

—¿Esto estará bien?

—Bien. Gracias.

—¿Quieres dormir en la habitación de invitados? —sacó su pistola y la puso en una mesita de noche.

—Prefiero dormir contigo. Si no tienes problema con eso.

Después del día que había tenido, la única cama que le atraía era una con Yerko dentro.

—Era la respuesta que esperaba. Puedes ir primero —señaló el baño antes de sentarse en la cama para desatarse los zapatos—. Iré a enviarle un e-mail a tu padre. Vuelvo enseguida.

Después de lavarse la cara, buscó en los cajones hasta que encontró la pasta de dientes de Yerko, y luego se lavó los dientes con los dedos. El dentista en ella se encogió de hombros por eso, pero tenía que ser así. Todo lo que quería era su cabeza en una almohada.

Cruzó el oscuro dormitorio hasta la cama grande.

Probablemente dormía en el mismo lado donde había puesto su arma. Era su lado preferido también, pero estaba tan cansada que no importaba. Se deslizó bajo las sábanas frías del lado opuesto y cerró los ojos. A pesar de lo cansada que estaba, su mente seguía corriendo con pensamientos no deseados sobre lo que había pasado antes.

Yerko se preparó para la cama y luego se deslizó bajo las sábanas a su lado. La rodeó con sus brazos, la acercó y luego le mordió suavemente la oreja.

—No puedo esperar por esas galletas en la mañana.

Se giró en sus brazos y respondió a su sonrisa con una de las suyas.

—Nunca acepté esos términos, amigo.

—En ese caso, estaría dispuesto a aceptar el pago en algo parecido a esto.

Cuando la besó lenta, dulce y profundamente, sus dedos se enroscaron.

—Mmmm. Sexo matutino o galletas caseras. Es una decisión difícil —se acurrucó más cerca y cerró los ojos, exhausta pero finalmente sintiéndose segura—. Buenas noches, Yerko.

—Buenas noches —pasaron unos segundos antes de que susurrara—: Y para que conste, voto por ambos.

Se rio mientras se dormía esperando tener sexo caliente y galletas caseras por la mañana.

Con el constante patrón de lluvia cayendo sobre el techo, Yerko despertó demasiado pronto. Un vistazo a su reloj lo confirmó. Eran las seis en punto. Alicia estaba tendida encima de él, usando su pecho como almohada.

Apoyó su mano en la parte baja de su espalda y debajo de su camiseta. Acarició lentamente su cálida piel, odiando el relieve de las cicatrices que Spencer le había hecho.

Con los ojos todavía cerrados, Alicia se acurrucó más cerca.

Nada le gustaría más que seguir durmiendo con ella, pero los oscuros pensamientos sobre Spencer y lo que le había hecho le hicieron salir lentamente de su abrazo. Se puso a sudar un poco con ejercicio y luego bajó para empezar con el café. Mientras la máquina gorgoteaba, encendió su iPad para ponerse al día con el correo electrónico. También le envió un e-mail a Bailey pidiendo que lo mantuvieran informado.

Cuando terminó de leer su correo electrónico, sacó los ingredientes de las galletas y los mezcló. Servirle galletas y mermelada en la cama sonaba como el perfecto comienzo de un día lluvioso.

Justo cuando el temporizador sonó, señalando que estaban listas, su manija de la puerta principal se movió de un lado a otro. Puso la sartén caliente en la encimera de granito y se dirigió a la puerta.

Entonces sonó un fuerte golpe.

—¿Yerko?

Era Meg.

Quitó el seguro de la puerta y la abrió. Sus dos hermanas estaban de pie en su porche.

—Hola. ¿Qué pasa?

Las cejas de Meg se arrugaron cuando empujó su capucha húmeda hacia atrás.

—¿Por qué estaba tu puerta cerrada con llave? ¿Y por qué no contestas tu celular?

—¿Qué pasa?

—Papá vio que el helicóptero había vuelto, así que nos pidió a Casey y a mí que averiguáramos cómo fue tu entrevista de trabajo. Y para convencerte de que te quedes.

Casey levantó su barbilla y olfateó.

—¿Estás haciendo galletas? ¿Tus famosas galletas con mermelada? ¡Increíble!

Ella y Meg pasaron a su lado, colgaron sus abrigos que goteaban en el estante junto a la puerta, y luego se dirigieron a la cocina.

—Estoy algo ocupado ahora mismo —les dijo a sus espaldas.

—¿Haciendo qué? —preguntó Meg mientras sacaba un taburete de la encimera de la cocina y se acomodaba.

Casey también se sentó.

Mientras pensaba qué decir, Alicia apareció en los escalones con su bata.

—Yerko, se supone que yo iba a hacer las... —se detuvo en seco—. Oh, hola, chicas —miró por encima del hombro como si buscara una escotilla de escape.

Ambas hermanas intercambiaron sonrisas de satisfacción antes de responder al unísono.

—Buenos días, Alicia.

Yerko cruzó a la cocina y sacó cuatro platos del armario. Tendría que conformarse con las galletas y la mermelada. El sexo matutino ya no sería una opción.

Por un momento Alicia sintió la necesidad de salir corriendo de esa casa. Sin embargo, después de respirar profundo, se paró firme y se preparó para enfrentarse a las hermanas de Yerko. Se sintió como una adolescente de dieciséis años de nuevo, atrapada por su padre dándole un beso de buenas noches a su primer novio.

—Bonita bata, Alicia. Se parece a la camiseta que le regalé a Yerko por Navidad el año pasado.

Casey esnifó su café.

Yerko envió a sus hermanas una mirada oscura.

—Ya basta.

Eso sólo hizo que las sonrisas de sus hermanas crecieran más.

Alicia sacó un taburete y se sentó al lado de Meg, sabía qué hacer para detenerlas. Se volteó hacia las chicas y habló en voz baja.

—¿Cómo es que nadie me dijo lo increíble que es tu hermano en la cama?

—¡Cállate! —Meg y Casey dijeron al unísono.

Casey se acobardó.

—Dios, eso casi me hace perder el apetito. Siguiendo tema, por favor.

Alicia captó la mirada de Yerko y le envió una sonrisa. Cuando este le respondió con otra muy cálida, algo se movió en su pecho otra vez. Si no hubiera tomado antes la decisión de mantenerse al margen como amigos, podría haber tomado la pequeña reacción de su corazón como... No, no se iba a permitir llegar allí nunca más.

—¿Cómo estuvo la boda? —preguntó Meg—. Además de todo el romance en el aire, finalmente haciendo que ustedes se den cuenta de lo mucho que no pudieron mantener sus manos lejos del otro.

—La boda estuvo bien —respondió Yerko sirviendo el desayuno en el plato de Meg para luego arrebatárselo—. ¿Quieres esto de vuelta?

Meg asintió.

—Entonces deja de hacer comentarios y come —le echó una mirada a Casey mientras le devolvía el plato a Meg—. Eso va para ti también.

Meg frunció el ceño mientras cavaba en su desayuno.

—Aguafiestas.

Cuando Yerko se sentó junto a Alicia, ella se inclinó y le besó la mejilla.

—¿Ves? Eres mi héroe.

Eso provocó que las hermanas hicieran ruidos de asfixia.

—Ojalá fuera hijo único —sacudió la cabeza y se metió en su plato de galletas.

—Alicia, sólo nos estamos burlando de Yerko —Casey soltó su galleta y sonrió—. Eres la única mujer con la que ha pasado toda la noche. Dice que odia la incómoda charla de la mañana siguiente.

Alicia le echó un vistazo. ¿Ella era la primera? Ni siquiera había dudado cuando ella pidió quedarse. Y él la había sostenido toda la noche. A pesar de sus mejores esfuerzos, su corazón se volvió completamente pegajoso.

—¿Eso es cierto, Yerko?

—Sí —llevó su plato sin terminar al fregadero—. Pero no es nada cómodo que mi hermana lo señale. Iré a buscar tus llaves, Alicia.

—Gracias —sonrió mientras lo veía subir a vestirse—. Ustedes son malas.

La sonrisa de Casey se atenuó lentamente.

—Sólo finge estar molesto cuando nos burlamos. Honestamente, esperamos que cambie de opinión sobre Denver. Pertenece aquí.

Ella también quería pertenecer a ese lugar. Esperaba que Spencer fuera trasladado a un lugar más seguro para que pudiera quedarse.

Después de que las chicas se fueron y ella lavó los platos, Yerko volvió con la llave de su casa. Era hora de ir a vestirse y luego dar su paseo de la vergüenza por el corto camino a casa. Tal vez todo el mundo estaría en la iglesia para no tener que explicar a nadie por qué seguía usando un vestido tan elegante a las nueve de la mañana.

—Voy a cambiarme y luego recogeré a Sherlock. Después de eso, iré a buscarnos nuevos teléfonos. Sin embargo, tengo que pensar en algo para decirle a Fred. Se preguntará por qué ambos necesitamos teléfonos nuevos. ¿Crees que debería cambiar mi número otra vez?

—Definitivamente —Yerko deslizó sus manos alrededor de su cintura—. Pero yo me encargaré de los teléfonos. Y después, ¿te gustaría aprender a hacer enchiladas de pollo para la cena de esta noche?

Le encantaba la comida mexicana.

—Suena increíble —lo era, pero aun así le debía una explicación sobre Spencer antes de irse.

Yerko había sido más que paciente con ella sobre eso. Era mejor terminar con eso de una vez—. Antes de irme, ¿quieres hablar del elefante en la habitación?

—¿Qué? ¿Que todavía te debo sexo matutino porque mis hermanas arruinaron el desayuno en la cama esta mañana?

—¿En serio? ¿Ibas a llevarme el desayuno a la cama? —sus ojos traidores se empañaron.

—Sí —la acercó más a él—. Pero te referías a hablar de Spencer, ¿verdad?

—Sí. Vamos a sentarnos.

Ella tomó su mano y lo llevó al sofá. Sentada a su lado, se dio vuelta y lo enfrentó.

—Nunca sé por dónde empezar cuando se trata de Spencer.

Yerko luchó por encontrar la pregunta correcta. Debía que ser difícil para ella revivir el dolor.

—¿Cómo se conocieron? ¿Era un paciente?

—No. Spencer y yo nos conocimos en una de las reuniones de la compañía de mi padre. Nos llevamos bien al instante. Era guapo, astuto, un genio, y estaba a cargo de la seguridad informática del principal holding de mi padre. Spencer venía de una familia muy conocida y rica de Denver. Nuestros padres a menudo jugaban al golf juntos. Mi madre consideraba a Spencer como “el partido más aceptable” para mí.

Se preguntaba cómo una mujer inteligente como Alicia pudo ser tan engañada por ese tipo.

—¿Así que todo el mundo confiaba en él?

—Sí. Exactamente. Spencer era el perfecto caballero. Atento, siempre a mi lado en las fiestas, hacía planes divertidos los fines de semana, y me regalaba hermosas joyas, todo.

Tomó su mano y entrelazó sus dedos con los de ella.

—Así que probablemente no tuviste que recordarle que te llamara a mitad de la semana, ¿eh?

—Justo lo contrario —sacudió la cabeza—. Me llamaba muchas veces al día, siempre quería saber qué estaba haciendo. Si estaba atendiendo pacientes cuando me llamaba, le pedía a la recepcionista que me dijera que estaba pensando en mí. Me pidió que me casara con él unos meses después de conocernos, y acepté rápidamente. Nunca había estado con alguien que me tratara tan bien, que pareciera tan devoto... tan perfecto. Él y yo podíamos discutir cualquier tema, teníamos antecedentes similares, y en general nos gustaban las mismas cosas. Ni siquiera nos peleamos antes de casarnos. Pero no me di cuenta hasta mucho más tarde de lo que motivaba su devoción y completa atención.

Todo el cuerpo de Alicia estaba tenso, así que Yerko pasó su pulgar por el dorso de su mano para calmarla.

—Entonces, ¿su atención era más bien una obsesión?

Ella asintió.

—¿Recuerdas que te dije que seguía siendo amiga de la mayoría de los chicos con los que salí?

Después de casarnos, si nos encontrábamos con uno de mis ex-novios en una fiesta y yo hablaba con él, Spencer se ponía celoso de camino a casa. Tuve que asegurarle durante horas que era el único hombre con el que quería estar. Eso debió haber sido mi primera pista de que algo no estaba bien con él, pero no lo vi. Ojalá nunca hubiera aceptado quedarme embarazada tan rápido. Debí haberlo conocido mejor, pero estaba muy ansiosa por tener un bebé.

Se paró del sofá para caminar y las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos. Eso fue como una puñalada en el corazón para Yerko. Claramente quería tener hijos. Quería hundir a ese bastardo.

—Spencer engañó a mucha gente, Alicia. No puedes culparte por eso. ¿Qué pasó después?

Ella miró hacia la ventana con vista al lago.

No estaba seguro de que ella terminaría la historia hasta que habló nuevamente con una voz tan suave que tuvo que esforzarse para escuchar.

—Un día, cuando estaba embarazada de unas diez semanas, salí de casa a trabajar y me di cuenta de que había olvidado mi móvil. Apenas estaba a una cuadra de distancia, así que di la vuelta y volví para buscarlo. Cuando entré en el dormitorio Spencer estaba en el baño, afeitándose. La música estaba extrañamente alta y él cantaba a todo pulmón, algo que nunca le había visto hacer. No me oyó acercarme detrás de él antes de ver tres frascos de medicamentos marrones alineados en el mostrador. Cuando le toqué el hombro para llamar su atención y preguntarle para qué eran las píldoras, se puso furioso y dijo que yo estaba siendo una perra entrometida y que un tipo puede tomar unos cuantos analgésicos después de un duro partido de tenis.

Finalmente miró de nuevo a Yerko, respiró profundo y continuó.

—Por el nombre que vi en dos de los frascos antes de que los recogiera y los metiera en el bolsillo de su bata, supe que no eran analgésicos. Después de buscarlos en Google, descubrí que estaba tomando medicinas que podían ser usadas para tratar enfermedades mentales. Delirios y esquizofrenia.

—Es difícil ocultar una enfermedad tan grave a un cónyuge, a menos que seas un sociópata. Nadie está preparado para lidiar con eso, Alicia. ¿Qué hiciste después?

—Me asusté mucho cuando comencé a pensar en su comportamiento temerario. Pensé que tal vez era mejor llamar a su madre y preguntarle antes de hablarlo con él. Ella negó cualquier conocimiento, pero ahora que miro hacia atrás, creo que fue ella quien le dijo que yo lo sabía.

Se abrazó a sí misma y cerró los ojos, luchando claramente por seguir adelante. Odiaba lo que venía a continuación.

—Alicia, si no quieres...

—No, puedo hacerlo —abrió los ojos y echó los hombros hacia atrás—. Uno de mis ex novios, Richard, era psiquiatra, así que le pedí si podía reunirme con él para almorzar ese día. Después de contarle todo, Richard dijo que debía empacar mis cosas mientras Spencer estaba en el trabajo y mudarme. Al menos hasta que llegué al fondo de lo que le pasaba. A Richard le preocupaba que Spencer pudiera ser, como dijiste, un sociópata peligroso. Gracias a Dios que llamé a mi padre y le dije lo que planeaba hacer... o estaría muerta.

Ella se sentó junto a él en el sofá de nuevo y continuó.

—Estaba haciendo las maletas cuando Spencer entró en nuestro dormitorio gritando que era una puta. Que sabía que había almorzado con Richard antes y que el bebé era de él. Admitió que me seguía cada vez que salía de la casa, así que traté de razonar con él, decirle que si eso era cierto, entonces debería saber que el bebé era suyo. Pero sus ojos se volvieron vidriosos cuando sacó un gran cuchillo —se detuvo y se mordió el labio inferior, luchando por mantener el control.

Yerko no podía soportar verla con tanto dolor.

—Puedo concluir el resto por mi cuenta. No importa...

Los ojos de Alicia se desviaron repentinamente de los suyos y su mirada se desenfocó.

—El dolor era insoportable, hasta el punto que desee morirme y que terminara todo de una vez. Pero luché tan duro como pude para tratar de salvar a mi bebé.

Cuando él se inclinó para abrazarla, ella salió del trance y levantó una mano para detenerlo.

—No, por favor no lo hagas. Me desmoronaré totalmente si me tocas.

—Lo siento —retrocedió, esperando en silencio mientras ella controlaba sus emociones.

Se concentró en sus manos apretadas en su regazo.

—Spencer me dijo que se iba a asegurar de que nunca pudiera tener el bebé de otro hombre. Grité, rezando para que alguien me escuchara, pero estábamos solos en la casa —las lágrimas caían por sus mejillas más rápido de lo que podía limpiarlas—. Lo último que recuerdo es a mi padre entrando en la habitación y quitándome a Spencer de encima. Cuando desperté en el hospital me dijeron que había perdido a mi bebé. Y peor aún, que estaba demasiado dañada para tener otro. Siempre me había visto con niños, así que estaba devastada. Me sentí tan insegura después de dejarme engañar por Spencer que entré en una profunda depresión durante los meses que pasé en el hospital. Una vez que me dieron el alta, tuve visitas de fisioterapeutas y psiquiatras casi todos los días durante un año hasta que finalmente pude volver a funcionar, tanto física como mentalmente.

Respiró profundamente intentando controlar las lágrimas, y luego volvió a centrar su mirada en Yerko.

—Mientras mis padres se centraban en mi recuperación, la familia de Spencer se puso en marcha, cubriendo los detalles y contratando expertos para mantener las cosas fuera de los registros públicos. Spencer aceptó un acuerdo de declaración de locura para evitar ir a juicio. En la sentencia, se supo que había estado medicado desde niño, y que había estado casado anteriormente. Después de que él la golpeará duramente, ella lo dejó, pero con un gran cheque de sus padres en el bolsillo a cambio del silencio. Afirmaron que había retomado el tratamiento después de eso, así que no pensaron que sería un peligro para mí. Pero Spencer es demasiado listo, sabía qué decir para convencer a los psiquiatras y a sus padres de que había mejorado. Estoy segura de que está haciendo lo mismo otra vez. Sus padres usaron su dinero e influencia para evitarle la cárcel. Tomó casi dos años para que finalmente lo enviaran al hospital psiquiátrico. Después de eso me cambié el nombre para que no pudiera vigilarme y luego busqué un nuevo lugar para vivir. Fue entonces cuando encontré a Anderson Butte. Y el resto ya lo sabes —se secó las mejillas y suspiró—. Bien, ya puedes abrazarme.

Rápidamente la puso en su regazo y la abrazó fuerte hasta que ella lloró todas las lágrimas que le quedaban. Sabía que lo que le había pasado había sido malo, pero nunca imaginó algo tan atroz. Parecía sacado de una película de terror.

Deseaba saber qué decir para hacerla sentir mejor, pero todo lo que se le ocurría parecía inadecuado después de lo que había pasado. Le sorprendió lo fuerte que era, y su valentía de enfrentarse cada día a la incertidumbre de si sería el día en que Spencer la encontraría. Esperaba que Bailey encontrara las pruebas necesarias para asegurarse de encerrar a ese bastardo. Mientras tanto, haría todo lo posible para convencerla de que pasara sus noches con él para mantenerla a salvo.

—Sus padres también deberían estar en la cárcel. Lamento que hayas tenido que revivir eso otra vez al contármelo. Pero gracias por confiarme tu secreto, Alicia —le susurró mientras pasaba una mano lentamente por su espalda.

—En realidad, me siento mejor de que lo sepas ahora —puso su cabeza sobre su hombro—. Es como si yo también hubiera estado viviendo en una cárcel, aunque mucho más agradable. El detective Bailey quiere que considere la protección de testigos si no podemos mover a Spencer. Así que si un día desaparezo, al menos tú...

—No vayamos allí todavía, ¿de acuerdo? Esperemos lo mejor —no podía soportar la idea de que ella desapareciera de su vida un día.

—Está bien. Gracias por dejarme pasar la noche contigo y por ese fantástico desayuno. ¿Qué tal si Sherlock y yo traemos el vino para la cena? —se puso de pie—. No quiero volver a dejarlo solo después de haber estado fuera unos días. Podría tomar represalias comiéndose otro de mis Jimmy Choos.

¿Cómo puede estar preocupada por un zapato con toda la mierda que hay en su vida?

—Claro, puede venir. Pero Alicia, ¿estás bien? ¿Necesitas que yo...?

—Estoy bien ahora. Sólo necesitaba un minuto —se inclinó y lo besó—. He estado viviendo así desde hace un tiempo, así que no es nada nuevo. Intento ser consciente en todo momento, pero no dejo que el miedo me abrume. Y no te atrevas a pagar por tu nuevo teléfono, haz que Fred lo ponga en mi cuenta, por favor.

Él se esforzó en sonreír por su bien.

—No. Si hago eso, todos en el pueblo pensarán que soy un mantenido.

—Bien —se rio mientras subía las escaleras para cambiarse—. Entonces no tendré más remedio que devolverte el dinero en galletas... o tal vez de otra manera —miró por encima del hombro cuando llegó a la cima de las escaleras. Luego le envió una sonrisa traviesa que le golpeó directamente en las tripas.

—Trato hecho.

Y después, esperaría que ella pasara la noche otra vez con él. Necesitaba mantenerla a salvo y hacerla cambiar de opinión sobre tener una relación real. Nunca quiso tanto estar con alguien 24/7 como lo sentía con Alicia. Simplemente... encajaban. Era como si la conociera de toda la vida en lugar de unas pocas semanas, como si siempre estuvieran destinados a estar juntos.

Se negaba a perderla por su incapacidad de comunicar sus sentimientos, como su padre. Nunca quiso ser tan frío y amargado como él. Tal vez Alicia reconsideraría si pudiera encontrar una manera de decir las palabras que nunca ha podido decir a nadie.

Que la amaba.



Yerko conocía a Fred de toda la vida y no quería mentirle. Tampoco le ayudaba que el dueño de la tienda fuera el Santa de cada Navidad desde que tenía memoria. La gente probablemente se iría al infierno por mentirle a Santa.

Mientras se abría paso por el pasillo de los panes, Yerko tomó un paquete de tortillas de maíz y las puso en el carrito de compras junto a las pechugas de pollo. Al pasar al siguiente pasillo, vio unas velas pequeñas y blancas, como las que Alicia había metido en los bolsillos de su traje en la boda. Recogió una docena y las tiró en el carrito.

Después de tener a mano todos los ingredientes para su cena, se dirigió al quiosco de telefonía. Fred, siempre deseoso de hacer una venta, apareció de inmediato.

—¿Qué puedo hacer por ti, Yerko?

Tomó un folleto del estante y fingió leerlo.

—Necesito dos teléfonos nuevos hoy, Fred.

Cuando no hubo una respuesta inmediata, Yerko le echó un vistazo, el hombre parecía perplejo mientras se acariciaba su larga y blanca barba.

—¿Por qué dos teléfonos?

Fingió leer el folleto de nuevo para no tener que mirar a Fred a los ojos.

—Uno para mí y uno para Alicia. Tuvimos un pequeño contratiempo este fin de semana —eso no era totalmente falso—. El agua y los móviles no se mezclan.

Un hecho bien conocido.

—¿Agua? Escuché que ustedes dos fueron a una boda en Denver.

Por supuesto, todo el pueblo sabía que habían ido a la boda de Laura, fue el tema de conversación en el póquer la otra noche. Vincent era más chismoso que la tía Gloria.

—Sí —Yerko se acercó y bajó la voz—. Diversión en el jacuzzi, ¿sí sabes a lo que me refiero?

Fred se inclinó más cerca también.

—¿Con o sin trajes?

—No es asunto tuyo —Yerko frunció el ceño.

Fred se rio mientras se movía a su computadora y tocaba algunas teclas.

—¿Ambos quieren el mismo modelo de antes?

—Sí, pero Alicia no ha tenido su nuevo número por mucho tiempo, así que preguntó si tenías uno un poco más fácil de recordar.

—Oh, claro.

—Tal vez yo también debería conseguir un nuevo número —los dedos de Fred dejaron de escribir—. Ahora, ¿por qué quieres un nuevo número?

Sí. ¿Por qué lo haría? Odiaba este negocio de la mentira. La historia que le iba a contar a Fred sobre un nuevo comienzo para cuando se mudara a Denver de repente sonaba bastante estúpida. Antes de que otra idea se materializara, los ojos de Fred se iluminaron.

—Oh, espera. Lo entiendo. ¿Todas esas antiguas novias siguen enviando mensajes de texto? Nunca saliste con una chica del pueblo hasta que apareció Alicia, así que ella debe ser la indicada, ¿verdad? Quieres hacer borrón y cuenta nueva.

Alicia parecía que sería la elegida, no sólo por él, sino por todo Anderson Butte.

—Algo así. Gracias.

—Claro. Ahora mismo vuelvo con sus teléfonos.

Mientras Yerko esperaba tamborileando sus dedos en el mango del carrito, Pam lo vio y se dirigió hacia él. Esperaba que Fred no volviera a mencionar los nuevos teléfonos y números delante de ella. No creería su historia tan fácilmente.

Pam le sonrió.

—Hola, Yerko. Te extrañé en la iglesia. ¿Escuchaste lo que tu padre anunció a todos esta mañana?

—No.

No le importaba saberlo, pero Pam seguramente se lo diría de todas formas.

—Dijo que cualquiera que sea sorprendido entrando en propiedad privada en busca de la receta del whisky está sujeto a perder los beneficios del pueblo —puso los ojos en blanco—. Y también aplica para los niños, sus padres pagarían el precio.

¡Maldita sea! Habían hablado de eso.

—No estoy seguro de que pueda hacer eso legalmente. Lo investigaré.

Pam le dio un apretón a su antebrazo.

—Todos pensamos que salvarías el día. Como siempre. Y todos esperamos que Alicia te haga cambiar de opinión sobre la mudanza. Extrañaríamos demasiado ese delicioso traserito —le guiñó un ojo y se alejó, moviendo sus caderas a un ritmo que sólo ella podía oír.

Fred regresó.

—Dos teléfonos nuevos listos para usar... Sheriff traserito delicioso —se rio mientras sostenía las cajas.

Yerko sacudió la cabeza mientras colocaba los teléfonos en su carrito. Apostaría a que el detective Bailey nunca tendría que soportar que Santa Claus le llamara de esa manera.



Alicia tomó la llave de su auto en el cajón de los trastos en la cocina, y luego se dirigió a recoger a Sherlock. La lluvia no había cesado. No es que le importara dar un paseo enérgico bajo la lluvia de vez en cuando, pero la perspectiva de un olor a perro mojado durante horas después del paseo de vuelta no le atrajo, así que decidió conducir.

Miró a los dulces patos que flotaban en el lago, aparentemente sin ser afectados por las gotas de lluvia que les caían, mientras se dirigía al otro lado. Ella amaba a Anderson Butte. Incluso era bonito bajo la lluvia torrencial. Dios, ella esperaba no tener que irse.

De ser así, no debió haber adoptado a Sherlock. Le habían dicho que si tenía que esconderse no podría llevar nada consigo. Necesitaba un plan para él en caso de que eso ocurriera.

Cuando se detuvo frente a la casa de Meg, sus esperanzas de un perro con olor a limpio se desvanecieron al instante. Eric tenía a todos los perros afuera jugando a buscar como si fuera un día brillante y soleado. Alicia se levantó la capucha de su impermeable y salió del auto.

—Hola, Eric.

—Hola —la respuesta de Eric carecía de su habitual entusiasmo.

Sherlock volvió corriendo delante del grupo, con su pequeña boca llena con una pelota de tenis. Lo escupió a los pies de Eric y luego corrió hacia ella. El humor melancólico de Alicia incrementó instantáneamente mientras se inclinaba para acariciar a su adorable perro mojado.

—Hola, amigo. Te he echado de menos. ¿Fuiste un buen chico para Eric?

Sherlock rodó sobre su espalda exponiendo su vientre para un masaje, aparentemente sin darse cuenta del charco de barro en el que había aterrizado.

Eric lanzó la pelota de nuevo para los otros perros y luego metió las manos en el bolsillo delantero de su mojada sudadera con capucha.

—Siempre es bueno.

Alicia le dio a Eric el dinero que le debía.

—Realmente aprecio que lo vigiles, Eric. Gracias.

Asintió y aceptó el dinero, metiéndolo en el bolsillo de sus pantalones.

—¿Todo bien? —preguntó Alicia.

Se encogió de hombros.

—Esta mañana el alcalde dijo que teníamos que dejar de buscar el mapa enterrado. Meg y Josh fueron muy amables al acogerme, así que ya no puedo meterlos en problemas por buscarlo. No querría estropear las cosas para mi adopción.

Así que el alcalde se atrevió a hacer lo que había oído a Yerko decirle que no hiciera.

—¿Qué harías con un montón de barriles de whisky?

Agarró la correa de Sherlock de un árbol cercano y luego se la puso.

—No es el whisky, es el dinero que todos dicen que vale. Realmente quiero ir a la universidad para ser veterinario. No puedo pedirles a Meg y Josh que paguen por eso. Es demasiado.

Eso envió una flecha a través de su corazón. Eric sería un veterinario impresionante. O lo que sea que elija ser dentro de ocho años.

Pasó su brazo por el hombro huesudo del niño y le dio un rápido abrazo.

—No estoy segura de que un niño pueda vender whisky, pero yo podría si lo encontráramos. Y sucede que necesito un favor, así que tal vez podamos hacer un trato.

—¿Qué clase de trato?

—Tú más que nadie sabes que a veces ocurren cosas inesperadas en la vida. No tengo a nadie que cuide de Sherlock si me pasa algo. Así que, ¿qué tal si me ayudas a buscar el whisky, y si lo encontramos, puedes tener todo el dinero que obtengamos por venderlo? Si nos atrapan, yo asumiré la culpa. Pero a cambio, me prometerás que siempre cuidarás de Sherlock si no puedo — le extendió la mano—. ¿Trato hecho?

—Pero podrías perder tus beneficios si nos atrapan. No puedo pedirte que hagas eso, pero seguiré cuidando de Sherlock pase lo que pase.

Las lágrimas se asomaron en los ojos de Alicia por lo dulce que era Eric. Había perdido a todos los que amaba, pero aún tenía más compasión que la mayoría de los adultos que conocía.

—No me importan esos beneficios, Eric. Como dentista gano mucho dinero. Entonces, ¿tenemos un trato?

Aunque no encontraran el whisky, ella se aseguraría de que Eric tuviera el dinero que necesitara para ir a la universidad cuando cumpliera 18 años.

Se formó una lenta sonrisa.

—Sí —le dio un fuerte apretón de manos—. Ya he investigado un poco en la biblioteca. Me dejaron revisar todo tipo de cosas viejas. ¿Quieres entrar y ver?

—Seguro.

Buscar el whisky perdido podría ser realmente divertido. Pero, ¿estaría Yerko de acuerdo con que ella rompiera la nueva regla de su padre? No había pensado en esa parte. Tal vez sea mejor que compruebe antes con él para asegurarse, pero esperaría hasta después de la cena y unas cuantas copas de vino.

Alicia se acurrucó al lado de Yerko en el sofá, después de una fantástica cena que él la ayudó a preparar.

—Oye, hoy descubrí algo interesante sobre tu bisabuelo. Cómo que le dispararon en tres ocasiones diferentes, pero murió de un corte infectado en su dedo.

Comían el mejor helado de chocolate que Alicia había probado, con Sherlock sentado a sus pies esperando una probada. No había posibilidad de que eso sucediera, era demasiado bueno para compartirlo.

—En realidad fueron cuatro veces. Y sí, la gente decía que sólo fue al médico a sacarse una bala que él mismo no pudo sacarse —Yerko raspó el fondo de su tazón hasta dejarlo limpio—. ¿Cómo lo supiste?

—Eric y yo vamos a tratar de encontrar la receta del whisky enterrado, a pesar de lo que dijo tu padre. Hicimos la investigación de Anderson Butte toda la tarde —miró hacia él y contuvo la respiración.

Esperaba que el vino con la cena y el helado le pusieran de buen humor para escuchar eso.

Puso su tazón vacío en la mesa de café.

—¿Porque necesitas tanto el dinero?

—Que gracioso. Yo no, Eric. Quiere pagar su propia universidad.

Yerko se pasó una mano por la cara.

—Nunca oiré el final de esto por parte de mi padre, si mi novia y mi sobrino son atrapados cavando para la caja.

—Menos mal que no soy tu novia —le ofreció lo último de su helado.

—¿Qué es esto? ¿Un soborno? —tomó el tazón.

—No, sólo soy yo compartiendo mi helado con mi amigo que no es mi novio. Esto no es nada serio, ¿recuerdas?

—No lo sé, Alicia. La mayoría de las mujeres sólo compartiría un helado así de bueno con su

novio.

—Pero teníamos un trato —le mordisqueó el cuello—. Lo digo en serio, somos amigos, unos con mucha confianza.

Terminó el resto de su helado, y luego puso el tazón vacío al lado del suyo.

—Tal vez estoy demasiado lleno ahora para llegar a algún acuerdo contigo.

—Apuesto a que puedo hacerte cambiar de opinión sobre eso —rápidamente se sentó a horcajadas sobre él y tomó su cara entre sus manos—. Prepárate para ser convencido.

—Esperar —le dio una palmadita en el trasero para que se moviera de su regazo—. Quédate aquí. Necesito preparar algo antes de que intentes distraerme de este plan de excavación con sexo.

Mierda. No iba a dejarlo pasar fácilmente.

—¿Qué vas a...?

—Paciencia.

Yerko subió las escaleras de su habitación de dos en dos.

¿Qué estaba haciendo?

Se giró, buscando a Sherlock, pero el cachorro sin esperanzas de recibir un poco de helado, se había arrastrado bajo la mesa de café y estaba profundamente dormido. Sonrió mientras veía su pequeño pecho peludo levantarse y caer en el sueño.

¿Quién sabe cuánto puede querer una persona a una mascota? Afortunadamente, estaría en buenas manos con Eric si ella tuviera que irse.

La voz de Yerko resonó desde el segundo piso.

—Bien. Ya puedes subir.

Se levantó lentamente del sofá, sin querer despertar a Sherlock. Resistiendo las ganas de correr, subió de puntillas las escaleras. Cuando dobló la esquina del dormitorio de Yerko, se detuvo en seco.

La luz suave bailaba en las paredes y el techo, haciendo sombra a los planos duros de la cara sexy de Yerko. Había esparcido las velas de la boda y algunas más en la habitación.

Para ella.

Se había puesto un poco sensible viendo a Sherlock. Ahora las velas habían hecho que su corazón se derritiera totalmente. ¿Quién cuidaría de Yerko si tuviera que irse?

—Gracias. Esto es hermoso.

—De nada —cruzó la habitación y la cargó en sus brazos. Luego la acostó suavemente en su cama antes de cubrir su cuerpo con el suyo y le quitó un mechón de su cabello suelto de la frente—. Prometí que iríamos más despacio esta vez, así que espero que tu madre haya comprado velas de larga duración.

Alicia lo miró fijamente a los ojos, apartando sus tristes pensamientos, recuperando la atención en el momento.

—Los proveedores de comida garantizaron seis horas. Sólo se usaron por unas tres.

—Desafío aceptado —le dio un suave beso en los labios.

—Mmmm, pero sobre mis cicatrices...

La silenció con otro beso mientras sus manos se ocupaban en quitarle la camisa. No se podrían ocultar sus cicatrices sin eso.

Decidida a superar la primera parte incómoda, levantó la camiseta de Yerko sobre su cabeza. Su pecho duro y sus abdominales esculpidos desterraron todo pensamiento de sus cicatrices.

El hombre estaba bien construido. Las sombras proyectadas por la luz de las velas sólo sirvieron para profundizar el contraste en su fina forma. Admiró sus músculos mientras desabrochaba sus pantalones y luego bajaba la cremallera.

—Un poco de ayuda con tus jeans, por favor.

Yerko de alguna manera ya la había desnudado sólo hasta las bragas. El hombre trabajaba rápido para alguien que intentaba tomarse las cosas con calma. Después de ponerse de pie y desnudarse, le deslizó lentamente las bragas por sus piernas, dejando besos en la parte interior de sus muslos a lo largo del camino.

Cuando su boca se dirigió al norte, ella cerró los ojos y agarró la sábana con los puños, no quería ver su reacción cuando llegara a la piel desigual de su estómago.

Le besaba constantemente el torso, sin dudar en absoluto en su piel estropeada. Cuando llegó a su caja torácica, soltó el aliento que sin darse cuenta había estado aguantando. ¿Quizás las cicatrices no se veían tan mal a la luz de las velas?

La intensa sensación mientras amasaba y chupaba sus senos la volvieron loca, y con una necesidad de explorar su cuerpo también. Soltando su apretado agarre de la ropa de cama, pasó las manos por su ancha espalda, maravillándose de la suavidad de su piel cubriendo el acero duro debajo de ella.

Cuando su boca finalmente llegó hasta el lóbulo de su oreja, su cuerpo jadeó de necesidad, rogando por tenerlo dentro de ella. Ir despacio había sido una buena idea en teoría, pero la estaba volviendo loca.

—Eres la mujer más hermosa con la que he estado, Alicia. Con cicatrices y todo eso —susurró.

—Hay peores en mi espalda...

—Llegaremos a eso luego. Estoy un poco ocupado admirando este lado ahora.

—Es mi turno de admirar —insistió, incapaz de aguantar mucho más.

—Con mucho gusto —se puso de espaldas y cruzó los brazos detrás de su cabeza—. Todo tuyo.

Los seis pies y medio del hombre más delicioso que jamás haya visto. Mirar su cuerpo perfecto hizo que le dolieran las manos por explorar.

Ella se subió a horcajadas en su cintura, y luego pasó las palmas de sus manos por su pecho. Yerko era el sueño de toda mujer. Músculos en todos los lugares adecuados, hombros y brazos grandes y fuertes, abdominales apretados, piernas largas y musculosas, construidas justo para complacer a una mujer.

La sonrisa engreída en su cara mientras la veía admirar su cuerpo sólo hizo que ella lo quisiera más.

Cuando tomó su dura longitud en su mano y comenzó a acariciarlo, él cerró los ojos y apretó la mandíbula. Poco a poco Alicia incrementó su ritmo. Yerko rápidamente cambió sus posiciones, haciéndola gritar de sorpresa. Luego la besó profundamente antes de buscar un condón.

Gracias a Dios.

Suavemente, y con un beso cálido se deslizó entre sus piernas. La miró fijamente a los ojos mientras entraba lentamente en ella. Ese mismo deseo caliente brotó rápidamente en su interior, y como la última vez que estuvieron juntos, su corazón se calentó, Tara lo besó profundamente, dejando que ese sentimiento abrumador de conexión con él la superara una vez más a medida que sus penetraciones se volvían más rápidas y duras.

Dejó que sus manos vagaran sobre los músculos de su espalda, como la suya se arqueaba de puro placer.

—Dios, Alicia eres tan perfecta —le susurró al oído.

Sólo eso bastó para que su cuerpo convulsionara alcanzando el clímax, uno mucho más intenso que la primera vez. Moviendo sus caderas en un duro y profundo empuje jadeó su nombre antes de dejarse caer en picada en un abismo de placer.

Yerko la siguió justo después.

Cayó de espaldas a su lado, con el pecho agitado.

—Cinco minutos y empezaremos por el otro lado.

—Muy bien —se giró y se acurrucó en el cuello de él, respirando profundamente.

Le encantaba su olor limpio y simple. Cuando él acarició su espalda en un largo y lento patrón, ella tembló de placer.

Su hermana tenía razón, esas manos ásperas eran mágicas.

—¿Considerarías quedarte aquí conmigo? ¿Al menos hasta que sepamos qué pasa con Spencer?
—preguntó Yerko.

Eso sonó muy bien. Pero ella nunca podría permanecer distante si hiciera eso.

Puso la palma de su mano a un lado de su cara y la inclinó hacia ella.

—Gracias por preocuparte por mí, Yerko. Pero estoy bien. Sólo estás a una llamada y un minuto y medio de distancia —le dio un rápido beso en la mejilla—. Tu período de descanso de cinco minutos ha terminado, amigo. Vamos a movernos.

—Alicia, creo que deberíamos hablar de...

—Y yo creo que esas velas van a ganar el desafío si no te ocupas de encantarme de nuevo.

Gruñó.

—Puedes evitar una conversación mejor que nadie que haya conocido.

—Gracias. Ahora, por favor, proceda.

Él rodó encima de ella.

—Vamos a hablar de esto, y de buscar la receta, por la mañana.

Ella lo abrazó y le dio un beso.

—Bien.

Nada le gustaría más que quedarse con él más tiempo, y sentirse tan segura como en ese momento. Pero no quería hacerle creer que alguna vez sería capaz de darle lo que tanto deseaba: una esposa e hijos. No podía romperle el corazón a Yerko como lo hizo Sarah. Le importaba demasiado para hacerle daño.

Aunque las cosas no iban del todo como las había planeado.



Una lengua caliente mojó la mejilla de Yerko, despertándolo de un sueño profundo. Parpadeó de mala gana y volteó para encontrar a Sherlock agitado a su lado. Necesitaba salir.

El sol que se reflejaba en las paredes era demasiado brillante...

Mierda. Se habían quedado dormidos.

Agarró su reloj de la mesa de noche e hizo un gesto de dolor.

—Alicia, despierta.

Acurrucada a su lado, ella sacudió la cabeza.

—Diez minutos más.

—Son las siete y cuarto.

Los ojos de Alicia se abrieron de golpe y saltó de la cama desnuda. Sin duda, era la mujer más hermosa que había conocido, y las cicatrices no eran nada desagradables. Al contrario, servían como recordatorio de lo valiente que era.

Apoyado contra la cabecera de la cama, disfrutó verla recorriendo toda la habitación en una desesperada búsqueda de su ropa.

Giró la cabeza de un lado a otro.

—Hoy tengo una agenda muy apretada. No puedo creer que se me haya olvidado activar la alarma

en mi teléfono. ¿Dónde está mi camisa?

—En la silla de la esquina.

—Gracias —agarró la camisa, corrió al baño y abrió la ducha.

Sherlock soltó un lloriqueo impaciente, así que Yerko salió de la cama y se puso sus jeans.

—Quieres ir...

Sherlock salió disparado por la puerta en un instante. Después de que terminara con sus necesidades afuera, Yerko tomó dos bagels y los puso en la tostadora. Justo cuando estuvieron listos, Alicia se apresuró a bajar las escaleras, con el cabello todavía húmedo.

—Siento salir corriendo así —agarró su enorme bolso de la encimera y luego se inclinó para amarrar a Sherlock.

Yerko untó un panecillo con queso crema y se lo entregó.

—Ten. Necesitas comer.

—Gracias. ¡Me muero de hambre!

Ella le sonrió dulcemente, cuando dio su primer mordisco, su corazón se apretó.

—Entonces, ¿te veré esta noche?

Su panecillo se detuvo a medio camino de sus labios.

—En realidad, tengo planes con otro tipo esta noche.

—¿Otro tipo?

¿Qué demonios?

Dejó su panecillo y luego deslizó sus brazos alrededor de su cintura.

—Eric y yo tenemos... cosas que hacer.

Una corriente de alivio instantáneo atravesó su cuerpo.

—¿Cosas que no quieres que los pille haciendo?

Ella lo besó.

—Exactamente.

—¿Habrá excavación involucrada?

—Con suerte.

—Envíame un mensaje y los ayudaré. Sería la mejor manera de poner fin a todo esto de una vez por todas.

—¿En serio?

Asintió mientras se metía el último bocado del panecillo en la boca y se dirigía a las escaleras.

Tampoco quería llegar tarde.

—Eres el mejor amigo con beneficios que una chica puede pedir. Incluso haces trabajos manuales. Hasta luego —gritó antes de salir.

Después de que la puerta principal se cerrara de golpe, respiró profundo y miró su reflejo en el espejo del baño.

¿Mejor amigo con beneficios? Necesitaba averiguar cómo superar eso. ¿Quizás si practicara diciendo las palabras en voz alta?

—Alicia, yo lo...

Aclaró su garganta y cerró los ojos, recordando cómo su mirada se suavizaba tan dulcemente cada vez que le hacía el amor.

—Alicia. Yo... te amo.

Listo. Lo había dicho.

Abriendo los ojos, se sonrió como un idiota en el espejo.

—¡Amigo con beneficio, mi culo!



A las cuatro y cuarenta y cinco, Alicia cayó agotada en la silla de su oficina. Había sido un lunes largo y satisfactorio. Y Veronica se había comportado de la mejor manera posible, así que la dejó ir a casa antes de la hora de salida.

Marcó el número del detective Bailey, pero se fue al buzón de voz.

—Hola, soy Alicia. Sólo estoy comprobando y esperando buenas noticias. Llámame cuando tengas oportunidad, por favor —presionó “Fin” y se inclinó hacia atrás en su silla.

Tal vez las cosas funcionen después de todo. Aun así, necesitaba moverse y ayudar a Eric a encontrar esa caja enterrada por si acaso.

Todavía estaba en shock porque Yerko quería ayudar. Ella nunca querría causarle más problemas con su padre, pero si los atrapaban, tal vez podría salvarlos declarando que sólo estaba tratando de poner fin a todo como el alcalde quería.

Le envió un mensaje de texto.

«Mi cita viene a las seis y media. Si quieres competir por mí, también podrías aparecer a esa hora. Probablemente le ganarías si trajeras la cena y un par de palas. No tengo ninguna de las dos.»

Sonrió mientras pensaba en cómo había superado las tres horas que quedaban de las velas anoche. Hay que darle puntos a un hombre por eso.

Su teléfono sonó con una respuesta.

«No, gracias. No tengo ganas de cocinar esta noche.»

¿Qué?

Miró fijamente su teléfono. ¿Tal vez el haberle abandonado tan rápido antes lo había hecho enojar? Empezó a escribir su respuesta pidiéndole disculpas cuando su teléfono sonó de nuevo.

«Podrías convencerme para unirme a ti para la cena y llevar las palas también si averiguas cómo hacernos a Eric y a mí unos espaguetis.»

Se rio.

Chantaje. ¿Pero qué tan difícil podría ser?

«Bien. Nos vemos a las seis y media. ¡Tú llevas el postre!»

En pocos segundos la respuesta de él apareció en la pantalla.

«Perfecto. No puedo esperar a ver eso.»

Bueno, ella le mostraría, entonces.

Alicia agarró su bolso y sus llaves, y salió de su consultorio. Necesitaba parar en la tienda de camino a casa y recoger lo que necesitaba. ¿Pero qué necesitaba exactamente? Sacó su teléfono para buscarlo en Google, pero luego se dio cuenta de que la casa de la abuela de Yerko estaba en la dirección opuesta. Seguramente sabría cómo hacer los espaguetis que a Yerko le gustarían.

Se abrió camino hacia el lago. La Sra. Anderson estaba de rodillas en su jardín, con un gran sombrero y guantes, llenando una cesta con verduras frescas.

—Hola, Sra. Anderson. ¿Cómo estás?

La anciana echó un vistazo en su dirección y sonrió.

—Oh, hola, Alicia. Escuché que tú y Yerko finalmente han tenido sexo.

¡Dios mío!

—Supongo que has estado hablando con Meg y Casey.

—Por supuesto —se rio—. Creo que nunca te había visto alcanzar ese tono de rojo que tienes ahora, Alicia. ¿Necesitas sentarte o algo así?

Resignada, Alicia no tuvo más opción que reír también.

—No. Lo que necesito es saber cómo hacer la cena de espaguetis favorita de Yerko antes de las seis y media de la noche.

—¿En serio? —le mostró una sonrisa pícar—. Bueno, tienes suerte que esté aquí recogiendo tomates frescos, entonces. Normalmente preferiría que la salsa se cocinara más tiempo, pero también tengo una versión rápida. Pasa. Vamos a tener que darnos prisa.

Complacer a Yerko en la cocina ganó a la vergüenza.

—Gracias, Sra. Anderson. Te lo agradezco.

—Bueno, ya le has dado la leche gratis. Pero podría echarle una mano para que vea qué más se perderá si te deja escapar.

Alicia sacudió la cabeza y la siguió.

—Yerko y yo tenemos un trato, ¿recuerdas? Por consentimiento mutuo, la leche es lo único que hay en la mesa. Y si no prometes dejar de hacer preguntas entrometidas, tendré que agradecerte por tu ayuda, pero luego lo resolveré por mi cuenta.

La abuela de Yerko se detuvo y levantó una ceja.

—Bastante mandona para alguien que pide un favor, ¿no?

—Se necesita serlo para reconocerlo en otro —Alicia cruzó sus brazos y levantó su barbilla, haciendo lo mejor para no temblar en sus zapatos.

La abuela de Yerko le fascinaba tanto como la asustaba.

—Cierto —sonrió y luego inclinó la cabeza en un gesto de “ven aquí”—. Pero algo debes sentir por él, Alicia. Porque la mejor manera de llegar al corazón de un hombre es a través de su estómago.

Alicia parpadeó mientras procesaba esa declaración. ¿Estaba cometiendo un error al cocinar para Yerko? Necesitaba mantener las cosas fáciles y ligeras.

—¿Sabes qué? Tal vez no es buena idea que...

—Gallina —se dio la vuelta y entró por la puerta trasera, dejando que se cerrara detrás de ella.

Alicia se quedó en el patio mirando la puerta de la pantalla.

¿Gallina?

No era una gallina. Había ido y vuelto del infierno y ahí seguía de pie.

La puerta mosquitera se abrió con un chirrido y la anciana apareció nuevamente.

—¿Vienes o no? Me estoy haciendo más vieja cada segundo que espero aquí por ti.

Alicia relajó sus hombros y respiró profundo.

—¡Ya voy!

Lo del corazón y el estómago en los hombres era probablemente un cuento de viejas.

Era lo que esperaba.

Alicia deslizó los platos de espaguetis humeantes delante de Yerko y Eric, y luego pasó el pan y la ensalada. El aroma del ajo y el tomate mezclados en el aire le hizo darse cuenta de lo hambrienta que estaba.

—¿El pan francés con queso de mi abuela? ¿Cómo...? —preguntó, claramente confundido.

—Pasé por su casa al salir del consultorio. Dijiste que debería resolver esto, así que le pregunté a un experto.

Eric mordió el pan caliente y sus ojos se iluminaron.

—¡Wow! ¡Esto está realmente bueno, Alicia!

—Gracias, Eric.

Se volvió hacia Yerko, que seguía frunciendo el ceño ante el pan.

—¿Tú hiciste esto? ¿Todo por tu cuenta?

—Sí. Rebeca, así es como me pidió que la llamara de ahora en adelante, me dijo que te ibas a volver loco de que yo supiera cuál era el ingrediente secreto que hasta ahora tú no conoces.

—No puedo creer que te lo haya dicho. Se lo he estado pidiendo durante años —dio un mordisco y cerró los ojos—. Esto es increíble, Alicia. ¿Cuál es?

—Mis labios están sellados.

Ver lo mucho que Yerko disfrutaba el pan la llenó de más orgullo que el día que se graduó de la escuela de odontología. Era una tontería lo mucho que ella esperaba que le gustara su comida. Cuánto le gustaba verlo feliz.

Pero necesitaba controlar eso. No podía permitirse los sentimientos que tenía por él, ya estaba muy lejos de lo que había planeado. Ni siquiera podía pensar en cuánto lo extrañaría si tuviera que irse.

—Eric y yo hemos identificado los dos mejores sitios potenciales de excavación. Uno está en la tierra de tu abuela. La otra está detrás de la tienda de camisetas, que después de hacer algunas averiguaciones y de pasar por un montón de material de la biblioteca, nos dimos cuenta que solía ser una vieja parada. Encontramos una foto de gente parada bajo el refugio mientras esperaban la

llegada de los autobuses. Ahora es el área cubierta y cerrada donde está el basurero.

Cuando Yerko se sirvió una segunda porción en su plato y ella sonrió. No podía esperar a decirle a su abuela cuánto le había gustado la comida de la mañana.

—¿El lugar en la tierra de mi abuela es un bosque de árboles en forma de diamante que rodea un gran árbol en el medio?

—Ajá —dijo Eric con la boca llena.

—Pillé a Pete cavando allí. Parece un buen lugar, pero me gusta la tienda de camisetas. Leí de nuevo la pista. Tiene sentido que dondequiera que la caja esté enterrada pueda estar en algún lugar que solía proporcionar sombra y refugio. Mi tío no quería que se encontrara esa receta de whisky. Lo haría difícil. Probablemente no sea nada obvio.

Alicia apartó su plato vacío antes de también sucumbir por una segunda porción. Quería guardar espacio para el postre de mousse de chocolate que Yerko había traído.

—O, justo lo contrario. Es tan obvio que a nadie se le ocurriría mirar allí. Oculto a plena vista, por así decirlo. Podría estar en cualquier dirección.

El corazón de Alicia se enterneció mientras veía a Yerko y Eric devorar la comida que ella había hecho. Era agradable compartir una comida con sus dos chicos favoritos del pueblo. Si tan sólo pudiera quedarse... no. Necesitaba parar. No sabía si podría quedarse, y pensar en lo agradable que sería tener cenas como esas todas las noches la ponía triste.

Pero esperaba poder encontrar el mapa para Eric. El chico merecía tener un buen futuro. Y de esa manera, tal vez el padre de Yerko dejaría de acosarlo y se quedaría en Anderson Butte donde claramente pertenecía. Odiaba cómo lo trataba, él también merecía algo mucho mejor.

Justo cuando estaban a punto de salir, sonó su teléfono. Era el detective Bailey. Dio la vuelta a la pantalla para que Yerko pudiera ver quién era. No podía hablar delante de Eric.

—¿Por qué no se adelantan? Los alcanzo enseguida.

Yerko la miró con preocupación.

—Empezaremos primero en el basurero —colocó un brazo alrededor del hombro de Eric y luego agarró la correa de Sherlock, llevándolos por la puerta principal.

Alicia contestó su teléfono.

—Hola, detective. ¿Alguna noticia?

—Nada —dejó escapar un largo suspiro—. El sistema de vigilancia del hospital había sido objeto de una actualización, por lo que el personal de TI había desconectado diferentes secciones por períodos de tiempo la semana pasada, dejando grandes lagunas. Nuestras entrevistas al personal y a los proveedores están casi terminadas, y todavía no tenemos un sospechoso.

Las esperanzas de Alicia de encontrar al cómplice se desplomaron rápidamente.

—¿Y el personal de mis padres? ¿No hay nada ahí?

—No. Estoy viendo la posibilidad de que tengamos una fuga interna en mi departamento. Por eso

te llamo desde casa. Creo que es hora de que empiece a buscar un nuevo lugar para ti.

No, todavía no.

Las lágrimas calientes le picaban los ojos.

—No estoy segura de querer...

—Nada tiene que decidirse esta noche. Pero quiero tener un lugar listo para ti, por si acaso. ¿Sigues insistiendo en practicar la odontología?

La idea de no volver a hablar con su familia y de dejar a Anderson Butte, Yerko, Eric y Sherlock, hizo que las piernas de Alicia se debilitaran.

—Me gustaría conservar sólo una cosa por la que he trabajado tan duro en mi vida. Pero entiendo que es otra forma de que Spencer me encuentre —se dirigió al sofá y se hundió en él.

—Déjame ver qué hay disponible. Pero es importante que no aceptes instrucciones ni discutas los planes de reubicación con nadie más que yo. ¿Entendido?

—Sí. Sólo tú —tragó fuerte, sintiendo el nudo en su garganta.

—No me estoy rindiendo todavía. No hasta que hayamos agotado todas las posibilidades. Te haré saber inmediatamente si hay alguna noticia.

—Gracias. Pero si no conseguimos nada, ¿cuándo hablaremos de trasladarme? Quiero decirle a mis padres bien...

—No puedes hacer eso, Alicia. No puedes decírselo a nadie. Especialmente porque no sabemos de dónde viene la fuga. Les diré a tus padres después de que te tenga bien escondido en algún lugar.

¿Ni siquiera podría despedirse?

—Tal vez debería quedarme y arriesgarme. Estoy tan cansada...

—Alicia, tienes esa opción, pero me temo que sólo será cuestión de tiempo que te encuentre. La reubicación es la única manera de mantenerte a salvo.

Mantenerla a salvo, tal vez. ¿Pero qué hay de su felicidad? ¿Cuánto valía eso?

—Bien. Busca un nuevo lugar, pero todavía tengo que pensarlo un poco más.

—Lo haré. Estaré en contacto.

—Gracias —pulsó el botón “Terminar”, y luego tiró el teléfono sobre la mesa de café. ¿Qué iba a hacer?

Miró la pared, mientras las lágrimas cálidas goteaban por sus mejillas. Pasando diferentes escenarios por su mente una y otra vez, no podía encontrar una manera de moverse. Pero tenía que haber otra opción. ¿No había otra forma de hacer las cosas? La idea de dejar... no. Lo que iba a hacer era esperar lo mejor y mantenerse positiva. Tal vez pronto encuentren a quien están buscando.

Fue al baño a lavarse la cara. Había estado llorando durante casi una hora y no podía dejar que los chicos vieran lo alterada que estaba. Después de secarse la piel, fue a la cocina y agarró una linterna del cajón de los trastos. En el tiempo en que había estado ponderando su destino, se había vuelto oscuro afuera. Cuando abrió la puerta principal, Sherlock cruzó el porche seguido por Yerko, quien tenía una mirada sombría en su cara.

—Hola. ¿No hubo suerte?

—No —Yerko apoyó las palas en su porche delantero y luego entró—. Eric estaba bastante decepcionado, así que se fue a casa.

Ella también estaba decepcionada, pero ahora estaba aún más decidida a encontrar esa caja. Especialmente porque puede que no esté cerca para ayudar pronto.

—Tendremos que volver al principio y buscar más pistas, supongo.

—¿Qué tenía el detective Bailey para decir? —preguntó, después de liberar a Sherlock de su correa.

Dijo que no hablara con nadie sobre sus posibles planes de reubicación.

—Todavía están investigando y me lo hará saber tan pronto como sepa algo.

—¿Le llevó una hora decírtelo?

Su ceño fruncido le dijeron que sospechaba que no le estaba diciendo toda la verdad.

—No. Pero fue una gran excusa para sacarme de la excavación —tomando su mano, lo llevó hacia su dormitorio. No quería perder ni un momento del poco tiempo que le quedaba con él—. ¿Qué tal si le doy a tus pobres y cansados músculos un masaje como recompensa?

—Oh, no, no lo harás —la cargó en sus brazos y luego la dejó caer en el sofá—. Nada de sexo entre amigos hasta que me digas el ingrediente secreto de mi abuela.

Alicia agarró el control remoto del televisor y lo encendió.

—Puede que quieras reconsiderar, amigo. Ya he demostrado que puedo vivir sin sexo durante casi tres años.

—Pero apuesto a que no durarás ni diez minutos besándome en el sofá.

—¿Vas a torturarme con casi sexo?

—Sí —le quitó el control remoto de su mano y apagó la televisión.

Tomó su cara entre sus manos y la besó tan lenta y dulcemente que sus defensas ya estaban cortadas a la mitad.

Maldición.

Se inclinó hacia atrás para tomar aire.

—No voy a decir...

La cortó con otro beso. Luego le mordisqueó el lóbulo de la oreja. Eso siempre la volvía loca.

Cuando se acercó a su cuello, ella suspiró.

Después de dos minutos más de su dulce tormento, a su cerebro sólo le quedaban unas pocas células en funcionamiento, lo único que le impedía decir la verdad. Le era muy difícil mentirle al hombre.

—Está en la nevera. Estante superior a la derecha.

Se levantó tan rápido que sorprendió a Sherlock de su profundo sueño bajo la mesa de café.

Ella gritó a su espalda en retirada.

—No te lo dije, tú mismo lo adivinaste, por si tu abuela pregunta.

Rebeca le había dado todos los ingredientes a Alicia para que pudiera sacar el pan del horno justo antes de que Yerko llegara. De esa manera los tres tipos de queso aún estarían calientes y pegajosos.

—¿Es mayonesa? ¿Le pusiste eso antes del pimentón y el queso? Mi abuela no debería comer todo ese queso, y mucho menos mayonesa de verdad. Eso es malo para su colesterol.

Se movió al lado de Yerko, que seguía de pie con la puerta de la nevera abierta, examinando el frasco con total horror en su cara.

—Ella dijo y cito: “No le digas a Yerko, le dará un ataque, pero la mayonesa es lo que lo hace tan condenadamente bueno. Aceptará toda la leche que quieras darle si le haces su pan favorito esta noche.

—¿Leche? —puso el frasco en su sitio y cerró la puerta—. ¿Qué tiene que ver eso?

—Ya sabes, ese dicho de que un hombre no comprará la vaca si la leche es gratis —se dio la vuelta y se dirigió a su dormitorio—. ¿Eso es así?

Yerko la alcanzó.

—Depende de la vaca —le abrió la puerta de la habitación y luego la cerró tras él.

—¿Y en este caso?

—Por supuesto —la acostó en la cama, y luego comenzó a quitarle la blusa—. Está garantizado.



Al día siguiente en un descanso entre pacientes, revisó su celular. Era mediodía y todavía no había señales del Detective Bailey. Trató de mantenerse positiva, pero cuanto más tiempo pasaba más difícil era.

Veronica asomó la cabeza por la puerta de su oficina.

—El almuerzo está aquí.

—Gracias. ¡Me muero de hambre! —siguió a Veronica a la sala de descanso y sacó dos botellas de aguas de la nevera.

Cuando Veronica abrió su pedido del almuerzo, sus cejas se arrugaron.

—¿Pastel de pollo? Normalmente pides la ensalada de pollo a la parrilla con aderezo. Todo ese sexo de “sólo amigos” con Yerko debe estar aumentando tu apetito —sus labios se inclinaron en una sonrisa maliciosa—. ¿O tal vez estás comiendo por dos?

Alicia aceptó su almuerzo y se sentó a la mesa.

—Viendo que me faltan las partes necesarias para que eso suceda, nos quedaremos con todo el sexo divertido.

La sonrisa de Veronica desapareció rápidamente.

—Lo siento, Alicia. No tenía ni idea.

—No te preocupes. Es lo que es.

—Entonces, ya que tú y Yerko son sólo compañeros de sexo, ¿crees que volverá con Sarah ahora que ha dejado a Ed? —le dio un mordisco a su sándwich.

—¿Qué? —el estómago de Alicia se hundió—. ¿Cuándo ocurrió eso?

—Durante el fin de semana. Se está quedando con su madre temporalmente. Me encontré con ella en Brewster la otra noche, y me contó toda la historia. Dice que se mudará con su hermana en Denver tan pronto como encuentre a alguien con un camión que le ayude a llevar todas sus cosas hasta allá. ¿Es sólo una coincidencia que tanto Yerko como Sarah se muden a Denver? ¿O crees que han estado planeando esto todo el tiempo?

La posibilidad de perder a Yerko la hizo olvidar lo que tanto había estado tratando de negar. El pensar en él con alguien más le provocó una sensación de vacío en el estómago. Pero no podía estar enamorada de él, era demasiado pronto. Sólo se conocían desde hacía poco tiempo. Sin embargo, el dolor en sus entrañas decía todo lo contrario. Estaba enamorada de él. ¡Maldita sea!

Forzando una sonrisa, sacudió la cabeza.

—Yerko nunca haría algo tan solapado.

—Tienes razón —Veronica asintió mientras masticaba—. Bueno, no mates al mensajero, pero hay una nueva apuesta en el pueblo. ¿Quién ganará el corazón de Yerko, tú o Sarah?

Por supuesto. La gente de Anderson Butte amaba apostar sobre la vida de los demás.

—Bueno, espero que apuestes por Sarah, porque no voy tras el corazón de Yerko.

Aunque debió habérselo dicho antes a su propio corazón.

—Demasiado tarde. Apuesto por ti —se metió en su sándwich.

—¿Por qué harías eso cuando te he dicho todo el tiempo cómo están las cosas entre Yerko y yo?

—Porque veo la forma en que te iluminas cuando hablas de él. Además él rompió su regla de citas por ti. Acéptalo, ambos están enamorados.

Yerko no le había dicho la palabra con “A”, así que no podía estar segura de sus sentimientos. En

la boda sólo había dicho que la quería cuidar, aunque...

Oh, Dios. ¿Y si él estaba realmente enamorado de ella? No podría decirle los detalles de su reubicación. Lo sabría después de que ella se fuera, pero esa no era forma de decir adiós. Necesitaba romper con él primero, de una manera agradable, una que no hiriera demasiado sus sentimientos. ¿Pero cómo?

Entonces se le ocurrió una idea. Sarah.

Le haría ver cómo Sarah sería la mejor opción para él. En su última noche de chicas, Sarah había hablado de querer niños, y todos en la ciudad dijeron que Yerko estaba enamorado de Sarah pero era demasiado tímido para decírselo. Ella le ayudaría a decírselo, luego le recordaría a Yerko su trato original para ayudarlo a tener una mejor cita y así poder encontrar la adecuada para él.

—Oye, ¿a dónde te fuiste? —preguntó Veronica entre mordiscos.

Alicia levantó la cabeza.

—Lo siento. Sólo pensaba. Necesito hacer un recado rápido. Vuelvo enseguida.

—¿Algo que dije? ¿Acabo de meter la pata otra vez?

—No. Si no estoy de vuelta cuando Martha llegue, prepárala y dile que estaré con ella en breve.

Salió por la puerta y se dirigió directamente a la juguetería, esperando que Sarah no hubiera renunciado todavía. De haberlo hecho, tendría que buscarla en la casa de su madre.

Después de un corto paseo, Alicia entró en la tienda. El lugar estaba vacío, así que se acercó a la caja registradora y tocó el timbre. Después de unos momentos, Sarah apareció con los brazos llenos de osos de peluche.

—Oh, hola, Alicia. ¿Cómo estás?

—En un apuro, desafortunadamente, así que voy a ir al grano. ¿Sigues enamorada de Yerko?

Las mejillas de Sarah se volvieron rosadas.

—Él está contigo ahora. Yo nunca...

Alicia levantó una mano para detenerla.

—Quiero lo mejor para los dos. Así que, por favor, responde a la pregunta.

Sarah puso todos los peluches en el mostrador.

—Siempre lo he amado. Pero no sé lo que siente por mí. Él nunca me llegó a decir “Te amo”. Meg me dijo que nunca le ha dicho a su familia que los ama, pero todos sabemos que sí.

Eso hizo que a Alicia le doliera aún más el corazón.

—¿Así que nunca dijo que te amaba?

—No —la mirada de Sarah se posó en sus zapatos—. Cuando Ed me invitó a salir, acepté, esperando que Yerko finalmente me dijera cómo se sentía. Pero salió mal. No debí ponerlo a prueba de esa manera. Nunca dejaría que nada se interpusiera en el camino de la felicidad de otra

persona, así que se hizo a un lado.

El dolor en la voz de Sarah hizo que Alicia parpadeara sus amenazantes lágrimas. Eso era tan cierto sobre Yerko. Era el hombre más amable y paciente que había conocido. Y Sarah era la pareja perfecta para él, amable, dulce, quería una familia y lo amaba con todo su corazón. Alicia tenía que hacerse a un lado ella misma.

—Necesitas tener una charla con Yerko. Dile cómo te sientes.

Sarah finalmente encontró la mirada de Alicia de nuevo.

—Creo que Yerko tiene verdaderos sentimientos por ti, Alicia. Tuve mi oportunidad, y creo que ahora tú deberías tomar la tuya.

Una lágrima amenazó con deslizarse por la mejilla de Alicia mientras se armaba de valor para contarle una mentira a Sarah.

—No lo amo, Sarah. Así que por favor, invítalo a cenar o algo así. Entonces podrás ver si la vieja chispa sigue ahí.

Sarah frunció el ceño ligeramente.

—¿Estás segura?

—Totalmente —necesitaba irse antes de que se desmoronara por completo—. Buena suerte.

Se escabulló rápidamente por la puerta, pero volvió lentamente a su oficina para darse tiempo a recuperarse. Ahora tendría que hablar con Yerko. Más temprano que tarde sería lo mejor. Entonces así, cuando ella tuviera que irse, tendrían una ruptura limpia y podría marcharse sabiendo que él terminaría con alguien que lo había amado toda su vida.

La dulce y amable Sarah era la mejor opción para Yerko. Podría darle hijos, y además no tendría que preocuparse de que un ex aterrador volviera un día a lastimarla a ella y a su familia. Sería mejor así, antes de que los corazones se involucraran más.

Había jurado no volver a involucrarse emocionalmente con un hombre por razones sólidas y reales. Razones que tienen sentido para la seguridad de todos. Es mejor atenerse al plan y vivir una vida libre de todas las emociones desordenadas que vienen con una relación.

Asintió mientras abría la puerta de su oficina. Era la elección correcta.

Yerko terminó el último de sus papeles y estaba a punto de dar por terminado el día antes de que Alicia apareciera en su puerta.

—Hola. Me encontré con Vincent cuando salía. Me dijo que seguías aquí.

—Hola.

Algo estaba mal. Alicia parecía nerviosa. ¿Malas noticias de Bailey?

Se puso de pie y le dio un abrazo antes de guiarla a una silla.

—Pareces nerviosa. ¿Qué está pasando?

—Tenemos que hablar, Yerko. Sobre nosotros —miró hacia otro lado y cruzó las manos en su regazo.

No. No podría estar sucediendo de nuevo. Había perdido a Sarah. No dejaría que volviera a ocurrir lo mismo.

—¿Qué es? ¿Bailey te está presionando para que te mudes? Porque me iré contigo, si se trata de eso.

—Eso es increíblemente dulce —pestañeó las lágrimas que se formaban en sus ojos—. Pero nunca le pediría a nadie que viviera mi vida. Escondiéndome de Spencer, teniendo que recoger y mudarme justo cuando me acostumbro a algún lugar. Sin mencionar que Spencer te haría daño y no puedo dejar que eso suceda. Nunca debí dejar que esta relación sucediera.

La repentina una punzada dolorosa le oprimió el pecho.

—¿Así que tu idea es romper para protegerme? Puedo tomar decisiones por mí mismo. No tienes ni idea de lo que soportaría sólo por estar contigo, Alicia.

—Recuerda cuál fue nuestro trato original. Iba a ayudarte con tus habilidades para las citas y tú me enseñarías a cocinar, junto con el sexo sin ataduras. Creo que ambos hemos hecho nuestra parte, así que es hora de dar un paso atrás. De esa manera podemos seguir adelante y conseguir lo que queremos.

Necesitaba darle la vuelta a eso. Rápido.

Yerko le tomó la mano temblorosa.

—Mírame a los ojos y dime que no sientes nada por mí, Alicia.

—Sarah me dijo que te ha amado toda su vida. No tiene que vivir su vida huyendo, y puede tener hijos. Sarah no pondría en peligro sus vidas. No puedo estar contigo, Yerko —cerró sus ojos, era imposible verlo.

Ella pensaba que lo estaba protegiendo, pero en realidad lo estaba matando. Necesitaba decirle cómo se sentía, decir las palabras.

—No quiero estar con Sarah. Quiero estar contigo y haré lo que sea necesario. Alicia. Mírame. Por favor... —ella abrió sus párpados y se encontró con su mirada—. Haré todo lo que esté a mi alcance para mantenerte a salvo. No puedo perderte, yo... Alicia, yo...

Las palabras no le salían. Por mucho que quisiera decirlas, no podía pronunciarlas.

—No puedo hacer esto más, Yerko. Dejé que las cosas fueran demasiado lejos y ahora tengo que ser justa contigo. Ve a buscar a la mujer que puede darte lo que te mereces, porque esa mujer no soy yo.

Ella deslizó sus manos de las suyas y se levantó para irse.

No podía perderla.

—¡Alicia, espera!

Se dio la vuelta lentamente y se enfrentó a él de nuevo, luchando claramente contra sus emociones.

—¿Qué?

—Dime que no crees que podamos tener un futuro juntos y te dejaré ir sin luchar. Si no, quédate y hagamos que esto funcione.

Se quedó ahí parpadeando con su labio inferior temblando por lo que pareció una eternidad.

Por favor, no lo digas.

Por favor, no.

Finalmente, echó los hombros hacia atrás y lo enfrentó.

—No veo un futuro contigo, Yerko —luego se dio la vuelta y salió por la puerta.

Sus palabras lo atravesaron como un cuchillo cuando cayó en la silla. ¿Qué estaba tan mal con él que no podía decirle que la amaba? Pero, ¿habría hecho alguna diferencia? Ella no veía un futuro con él. Y él no podía ver uno sin ella.

Alicia salió rápidamente de la oficina de Yerko, con lágrimas que le nublaban la visión. Odiaba tener que mentirle, pero él no iba a dejarla ir de otra manera. No importa cuánto doliera, era lo correcto.

Sus piernas temblaban, así que se hundió lentamente en un banco del largo pasillo que llevaba al vestíbulo. Abrió su bolso y sacó un pañuelo para secarse las lágrimas antes de encontrarse con alguien que le hiciera preguntas.

Se sentía fatal por lo que le había hecho. Incluso se había ofrecido a irse con ella. Eso había sido tan tentador. Tener a Yerko a su lado para ayudarla a enfrentar los retos del próximo pueblo...

¿En qué estaba pensando? No podía poner en peligro su vida también. Todo ese dolor fue su propia culpa. Sabía que no debía volver a tener una relación real nunca más, maldita sea.

Estaría mejor si se olvidaba de los hombres para siempre.

Se frotaba los ojos, y mientras reunía fuerzas para volver a casa, estudiaba los viejos cuadros en blanco y negro de las paredes que tenía delante. Anderson Butte en los primeros días. Los días del bisabuelo de Yerko. Caminos polvorientos con carros estacionados frente a los pocos edificios que rodeaban la Plaza del pueblo. Ahora había más edificios, pero la plaza no había cambiado nada. El mismo quiosco encalado estaba en el centro, o quizás uno reconstruido que se pareciera a ese, rodeado de hierba y caminos que llevaban a través del parque al otro lado de la plaza.

La familia de Yerko había trabajado duro para preservar su lindo pueblo y hacerlo prosperar. Esperaba que Yerko y Sarah se quedaran ahora que tenían una oportunidad el uno con el otro.

Una puerta se abrió al final del pasillo. Temiendo que pudiera ser él, se dirigió a la salida del vestíbulo principal. No podía mirarlo a los ojos tan pronto o podría derrumbarse y confesar su mentira.

Justo cuando abría la puerta de cristal sonó su celular. Miró el identificador de llamadas, pero no reconoció el número. Bailey dijo que la había llamado desde su casa anoche, así que tal vez estaba llamando desde un número seguro. Tocó el botón verde.

—¿Hola?

No hubo respuesta.

—¿Hola? —repitió.

Finalmente, una voz profunda y grave habló.

—Lo siento. Le di al número de contacto equivocado, Alicia.

Entonces la línea se cortó.

No reconoció la voz. Y la había llamado Alicia. ¿Alguien del pueblo? Pero aún no le había dado a nadie su nuevo número. ¿Había sido Fred? ¿O... alguien que trabaja para Spencer?

¿Spencer había descubierto su nuevo nombre?

Siguiendo su ritmo, se dirigió a casa mientras marcaba el número del detective Bailey. Esa llamada era todo lo que necesitaba para tomar su decisión. Yerko no la necesitaba. Tenía a Sarah ahora y verlos juntos sería demasiado doloroso de soportar.

Cuando Bailey respondió, Alicia ya estaba decidida.

—Hola. Estoy lista para ser trasladada lo antes posible.



Yerko se fue a casa, repitiendo mentalmente su conversación con Alicia. Ella le había dicho de antemano cuáles eran las reglas básicas. Y Meg tenía razón al respecto, había sido un plan estúpido para tratar de cambiar su mente, sin contar que en el proceso se enamoró de ella.

Al llegar a su casa encontró a Sarah sentada en su porche. Saber que ella lo había amado toda su vida debería haberlo hecho feliz. En lugar de eso, sólo confundió las cosas.

—Hola —se sentó en el escalón junto a ella. No estaba listo para invitarla a entrar.

—Hola —sonrió pero rápidamente miró hacia otro lado—. Alicia habló conmigo.

—Sí, lo sé.

—¿Te dijo lo que discutimos? —preguntó suavemente mientras dibujaba garabatos con un palo.

—Mm hm.

—Bueno, parece que ambos vamos a vivir en Denver pronto, así que... tal vez podríamos reunirnos y cenar o algo así. Después de que tenga mis papeles de separación todos archivados y me instale.

—Claro. ¿Pero puedo preguntarte algo?

Finalmente encontró su mirada.

—Cualquier cosa.

—Si siempre... has sentido algo por mí, ¿por qué empezaste a salir con Ed?

—No sabía lo que sentías por mí, Yer —se encogió de hombros—. No hay nada peor que el amor no correspondido. Una mujer necesita oír las palabras para estar segura.

—Sí. Necesito trabajar en eso. Entonces, ¿te está ayudando Ed a mudarte?

Sacudió la cabeza.

—Tomó un trabajo en el norte por unos meses. Le dije que me iría cuando volviera. Verte en nuestra casa el otro día y cómo mostraste una preocupación honesta por mí me hizo enfrentar la verdad de que Ed no me ama. Sólo quiso robarme porque nunca había podido superarte en otra cosa. Pensé que tal vez con el tiempo llegaría a amarme, pero nunca va a suceder.

—Sí.

Siempre supo que eso era cierto. Al menos Sarah finalmente se había dado cuenta de eso.

La miró fijamente, estudiándola, buscando una respuesta clara, pero nada se materializó. Sentía algo por ella, pero no como los golpes en el pecho que sentía por Alicia.

—Entonces, ¿cuándo piensas irte?

—Diego iba a ayudarme con la mudanza en su día libre el jueves, pero entonces su camión se

daño. Zeke dijo que tomaría una semana conseguir la pieza para arreglarlo. Ed se llevó nuestro auto, así que supongo que tendré que esperar hasta que reparen el camión. Mi hermana me dijo que podía usar su viejo auto una vez que llegara a Denver.

El silencio cayó entre ellos otra vez.

—Tienes una camioneta. ¿Podrías llevarme a Denver? —preguntó finalmente.

Abrió la boca para decirle que probablemente no era una buena idea, pero ella se veía tan perdida y frágil sentada allí mirándolo con sus tristes ojos marrones. Tenía que estar sufriendo por su ruptura. ¿Cómo podría decir que no?

Además, tal vez un viaje a Denver y una visita a Bailey eran justo lo que necesitaba para averiguar qué hacer con su vida.

—Claro. Puedo llevarte el jueves. Necesito ver a alguien allá de todos modos.

La cara de Sarah se iluminó como cuando lo vio llegar.

—Eso sería genial, Yerko. Y nos daría la oportunidad de ponernos al día en el camino, ¿verdad?

Asintió.

—¿Qué tal si cargamos tus cosas alrededor de las siete y media? ¿Necesitas ayuda para empacar antes?

Se paró y se limpió las manos polvorientas en sus pantalones.

—No. Ya he hecho las maletas, estoy lista. Llamaré a mi hermana y se lo haré saber —se inclinó y le besó la mejilla—. Gracias, Yer. Eres el mejor.

—De nada —se recostó sobre sus codos y la vio alejarse.

Había esperado cuatro años para que ella dejara a Ed. ¿Por qué no estaba más feliz por eso?

Porque era Alicia con la que quería estar, pero ella había dejado claro que no lo quería. Nunca había conocido a nadie como ella. ¿Encontraría alguna vez a alguien a quien pudiera amar tanto?

Se levantó lentamente y se abrió paso hasta el interior. Cruzó a la cocina y abrió la nevera, buscando algo para hacer de cena antes de darse cuenta de que era martes. Solía comer en la cafetería todos los martes antes de Alicia.

Cerrando la puerta de un portazo, se dio la vuelta y fue por un maldito pastel de carne.



Alicia miró fijamente el contenido de su nevera. Tenía todos los ingredientes para hacer una pizza casera, pero la idea de comerla sola cuando planeaba hacerla para Yerko como sorpresa la hizo cerrar la nevera de un portazo otra vez. Había perdido el apetito.

Cayendo en el sofá, cruzó los brazos.

Alaska.

Ahí es donde Bailey dijo que había encontrado un lugar para ella, un pequeño pueblo que necesitaba desesperadamente un dentista para atender no sólo a sus residentes, sino también a muchos otros de pueblos pequeños en kilómetros a la redonda. Estarían encantados de tenerla. Se iría el sábado.

Alassssska. Donde hacía mucho frío y permanecía deprimentemente oscuro durante meses. ¡Yupi!

Miró a su cachorro, que la miraba con tal adoración en sus ojos que destrozó lo que quedaba de su corazón roto.

—Te voy a echar mucho de menos, Sherlock.

Él cachorro lloró y ella dejó caer sus lágrimas mientras le acariciaba su cabecita. ¿Cómo sabía que ella estaba triste?

Deseaba poder conservar a Sherlock. Probablemente le gustaría Alaska. Eso la haría menos solitaria. Pero las reglas que Bailey le había enviado por e-mail antes decían que nada de mascotas.

Un fuerte golpe en su puerta la asustó. ¿Era Yerko?

Saltó y corrió para abrir la puerta, pero luego se obligó a ir más despacio. Si era él, tendría que echarlo.

Entrecerró los ojos por la mirilla. Eran Eric y la abuela de Yerko con un plato envuelto en la mano.

No había ningún arma a la vista, pero Alicia había sido advertida por Rebeca sobre las consecuencias de romper el corazón de Yerko. ¿Tendría arsénico la comida que traía?

Lista para hacer frente a lo que venía, Alicia abrió la puerta. Aunque incluso preferiría que le dispararan o envenenaran antes que irse a vivir a Alaska.

—**H**ola. Adelante, pasen —Alicia abrió la puerta para que Eric y Rebeca pasaran. Tal vez el que Eric estuviera allí la salvaría de la ira de la anciana.

—Espero que no estemos interrumpiendo tu cena, Alicia —la Sra. Anderson traía un plato de galletas con chispas de chocolate.

—Siento que falte una —Eric sonrió—. Son mis favoritas.

Por lo visto eran seguras de comer ya le había dado uno a Eric.

—Creo que esta será mi cena. Gracias. ¿Y cómo estás, Eric? ¿Además de no sentirte para nada culpable por comer mis galletas?

—Lo siento. Pero nos han atrapado.

—¿Atrapado? ¿Qué quieres decir? —Alicia se dirigió a la sala de estar y extendió una mano hacia el sofá—. Tomen asiento.

La abuela de Yerko cojeó hasta el sofá y luego se dejó caer en él.

—Vi a Eric y Yerko cavando en mi tierra la otra noche. Me conseguí un nuevo par de esas gafas de visión nocturna en Amazon para atrapar a los intrusos. Eric se sinceró con los detalles. Ahora estoy tratando de decidir si quiero delatarlos o si me voy a unir a todos ustedes.

Alicia se rio al pensar en la Sra. Anderson mirando a través de las gafas de visión nocturna. Pero ya nada de lo que hacía la mujer le sorprendía.

—En otras palabras, ¿nos estás chantajeando para poder participar en la caza?

—Sí. Se podría decir que sí.

Alicia le echó un vistazo a Eric.

—¿Tienes alguna objeción si se une a nosotros?

Rápidamente sacudió la cabeza, claramente aterrorizado por la mujer. No podía culparlo.

Probó una galleta tan buena, que no pudo evitar comer más.

—Creo que estamos con uno menos de todos modos. Es probable que Yerko no nos ayude más de

aquí en adelante; pero nos ignorará para que podamos encontrar la caja. Y no me importa si quieres ayudar, pero todas las ganancias de esta cacería tienen que pertenecer a Eric, de oponerte no podremos dejar que te unas a nosotros —puso sus manos en sus caderas como había visto hacer a la Sra. Anderson para parecer más formidable.

Rebeca le hizo un gesto con la mano.

—No es el dinero lo que busco. Es justo que un Anderson sea parte de la búsqueda de la caja. Y quiero finalmente probar ese llamado whisky de fama mundial. No era educado que las mujeres lo bebieran cuando yo era joven. Ahora digo, ¡al diablo con eso!

—Yo también. Vamos a acabar estas galletas mientras juntamos nuestras cabezas. Rebeca, tal vez puedas llenar algunos espacios en blanco en la historia de Anderson Butte para mí y Eric. Vuelvo enseguida —recuperó la investigación en su estudio, y luego soltó los documentos sobre la mesa del comedor—. La respuesta tiene que estar aquí en alguna parte.

Y sólo le quedaban unos pocos días más, así que tenían que darse prisa.

Después de que eligieran tres sitios potenciales más para excavar, Alicia se adentró más en la caja para buscar más periódicos archivados. Estaban llenos de hechos interesantes.

Masticaba su cena de galletas mientras escaneaba las páginas, cuando su mano aterrizó en el último periódico de la pila, levantó suavemente el frágil y amarillento papel. La primera página mostraba una foto de un hombre con un número bajo la barbilla, una foto de la ficha policial. La foto era en blanco y negro, descolorida y oscura, pero el hombre que robó el Banco Anderson Butte tenía unos ojos inquietantes.

Le mostró la página a Rebeca para que la viera.

—¿Vivías aquí cuando este tipo robó el banco?

La anciana miró la foto y luego respiró hondo.

—Sí. La única vez que hemos tenido un robo de banco.

Alicia estudió la imagen más de cerca.

—Parece demasiado guapo para ser un ladrón de bancos. Me pregunto de qué color eran sus ojos.

—Tan azules como el Mar Mediterráneo. Era el hombre más guapo que jamás hayas visto. Fue mi primer marido.

Los ojos de Eric se abrieron de par en par.

—¿Te casaste con un ladrón de bancos?

—Bueno, no sabía que era un ladrón de bancos cuando me casé con el hombre. No teníamos Internet y todo eso para revisar a la gente como lo hacen ustedes ahora.

—Vaya —Alicia se inclinó más cerca—. Esto es lo más interesante que he escuchado desde que me mudé aquí.

Rebeca se quitó las gafas, se frotó los ojos y se las puso de nuevo.

—Fue uno de los mayores escándalos de la historia del pueblo. Pero sé que la historia es bastante interesante, y después de todo, ¿qué importa la reputación? —tomó la foto y la miró fijamente. Una mínima sonrisa inclinó sus labios—. Jake era el hombre más encantador que he conocido. Cuando llegó al pueblo ese día, supe que mi vida cambiaría para siempre.

Eric sorbió su leche y luego se limpió la boca con el dorso de la mano.

—¿Cómo llegó? ¿En un caballo? ¿Fue hace tanto tiempo?

Rebeca se rio.

—No. Llegó en un llamativo descapotable rojo para ser exactos. No soy tan vieja, Eric. Esto fue en los años 50.

—Oh —Eric miró a Alicia y frunció el ceño.

Los años 50 eran historia muy antigua para él.

Rebeca le hizo un gesto con la mano.

—De todas formas. Mi padre era el gerente del banco en ese momento, trabajó directamente para el bisabuelo de Yerko. Quién se decepcionó de que no aceptara la propuesta de matrimonio del siguiente Anderson. Lo creas o no, Eric, yo era una mujer guapa en mi época.

Antes de que el niño expresara en voz alta la conmoción que brillaba en su rostro, Alicia habló rápidamente.

—Entonces, ¿cuánto tiempo saliste con Jake antes de casarse?

—Bueno, en ese entonces no éramos tan fáciles como esta generación —miró a Eric y luego a Alicia—. La gente tendía a casarse más rápido, no habían subsidios de leche. Salimos durante unos cuatro meses antes de que yo aceptara su propuesta.

Eso fue más o menos el mismo tiempo que ella y Spencer salieron juntos. Y más corto que su tiempo con Yerko. Extrañamente, se sintió un poco mejor que una mujer inteligente y fuerte como Rebeca hubiera sido engañada por el mismo tipo de hombre engañoso que ella.

—¿Así que siguió siendo encantador después de que te casaras con él?

—No —Rebeca frunció los labios y agitó la cabeza—. Resultó ser un verdadero diablo disfrazado. Sólo se casó conmigo para poder tener en sus manos las llaves del banco. No fue hasta dos meses después de casarnos que estuvo en la cárcel cumpliendo condena por robo del banco. Unos meses después, le dispararon y lo mataron mientras intentaba escapar. Yo tenía diecinueve años en ese momento. La gente se reía de mí a mis espaldas por mi falta de juicio o se compadecían de la pobre viuda joven.

—Así que, naturalmente, tenías miedo de ser engañada por un hombre otra vez, ¿verdad?

—No. Tápatelo los oídos, Eric —ordenó. Después de que él cumpliera, ella continuó—. Las cosas que Jake podía hacer en la cama me proporcionaron recuerdos de los que vivir el resto de mi vida. Pero finalmente me di cuenta de que había sido engañada por un hombre malo pero extremadamente encantador. Así que hice lo más sensato y me casé con un hombre de confianza que conocía de toda la vida. Lo amaba, aunque podía ser un poco aburrido. Era demasiado pedir

que un hombre fuera confiable y excitante en la cama.

Yerko era ambas cosas.

Rebeca le dio un golpecito en el brazo a Eric.

—Ya puedes dejar de tapar tus oídos. El resto de la historia es que nos fugamos porque su padre, el alcalde, no estaba contento de que su hijo saliera con una mujer manchada como yo, pero lo superó tan pronto como nació nuestro primer hijo.

Alicia sacudió la cabeza con asombro. Rebeca había pasado por mucho, especialmente viviendo en un pequeño pueblo donde todos conocían su negocio. Probablemente explicaba su naturaleza ruda.

—Esa es una buena la historia, Rebeca. Me alegro de que todo haya salido bien.

—Las cosas suelen ser así. A menos que hagas algo tonto para estropearlo todo —Rebeca la miró fijamente a los ojos—. Sólo porque un hombre no funcione no es razón para tirar la toalla, Alicia. Hay buenos y malos. Tiras lo malo y te quedas con lo bueno. Es tan simple como eso. Tápatelo otra vez, Eric.

Puso los ojos en blanco, luego se paró y se dirigió a la puerta trasera.

—Vamos, Sherlock. Vamos a jugar a la pelota afuera hasta que terminen.

Alicia se rio entre dientes y esperó a que se cerrara la puerta.

—Yerko te habló de nosotros, entonces, ¿entiendo?

Rebeca asintió.

—Le llamé antes por otra cosa y me lo contó. No puedo entender cómo la misma mujer que estaba tan emocionada de hacerle una comida a Yerko un día, pudo darse la vuelta y decirle que se fuera por otra al día siguiente.

—Las circunstancias cambiaron, y es porque me preocupó por él, quiero lo mejor para su vida, Rebeca. Si Jake te hubiera pedido que te fueras con él después de robar el banco, ¿habrías ido?

—Te diré algo que nunca le he dicho a nadie, Alicia. Me pidió que me mudara con él, lejos de mi familia y amigos y de la única vida que he conocido. Estaba tan encaprichada con él que no dudé —sacudió la cabeza y suspiró—. Jake dijo que tenía que hacer un recado y estaría listo para salir. Tenía mis maletas hechas, listas para saltar a su elegante auto, pero nunca vino a por mí. Se fue en sentido contrario tan rápido que me rompió el corazón. Nunca había planeado llevarme. Me usó para conseguir lo que quería y luego me dejó como basura a un lado de la carretera. Me enteré más tarde de que me había pedido hacer las maletas porque nos habían echado por no pagar el alquiler.

—Lo siento por eso. Pero al final, ¿no es mejor que te haya roto el corazón y te haya dejado atrás en lugar de poner en peligro tu vida o tu libertad?

La anciana frunció el ceño.

—¿De qué estamos hablando realmente aquí con tu circunstancia, Alicia? Seguramente no hay

nada tan malo como robar bancos.

—De algo peligroso, pero muy diferente.

¿Qué daño haría decir un poco sin detalles específicos? De todas formas, se iría para siempre en unos días.

—Tengo cosas que están pasando que no puedo compartir con ustedes. Pero no sería justo cargar a Yerko con mis problemas. Al igual que no hubiera sido correcto que Jake te llevara con él.

—Nunca lo sabremos, supongo, pero quizá deberías dejar que Yerko decida si quiere subirse al auto de huida contigo. A menos que seas tú el que teme arriesgarse con otro hombre y tener el corazón roto otra vez.

Tenía miedo de volver a enamorarse del hombre equivocado y que le rompieran el corazón.

—Es un poco de ambos, supongo.

—No te ves muy feliz por la ruptura, así que tal vez deberías pensar bien las cosas —se puso de pie y se apoyó en su bastón antes de gritar—. ¡Eric, es hora de irnos!

Eric y Sherlock reaparecieron rápidamente.

—Entonces, ¿sigue en pie lo de mañana por la noche para la gran excavación? Nos encontraremos en mi casa justo antes de la puesta de sol. Puede que tenga algunas ideas más para entonces. Pero los dejaré a ustedes dos para que hagan la excavación —aclaró Rebeca.

—¡Estoy dentro! —exclamó Eric.

Los labios de Rebeca se inclinaron en una de sus raras sonrisas cuando vio el entusiasmo del niño.

—Tengo un buen presentimiento sobre esto. Pregúntale a cualquiera en el pueblo y te dirán que siempre tengo razón, incluso cuando no la tengo —le guiñó un ojo a Alicia y se dirigió a la puerta—. Vamos, Eric. Sé un caballero y acompaña a una anciana hasta su puerta.

Alicia los acompañó hasta la puerta principal y la mantuvo abierta para ellos. Sintiendo que estaba a punto de perder a su mejor amiga, necesitaba decir algo más.

—Rebeca, gracias por todo. Las historias que has contado esta noche sólo confirman que eres la mujer más temible y a la vez más asombrosa que he conocido.

Se rio.

—Me gusta más la parte aterradora. Trabajo en eso, ya sabes —de repente dejó de caminar y miró por encima del hombro—. Espera un minuto. Eso ha sonado mucho como una despedida, Alicia. ¿Vas a algún sitio?

Antes de que pudiera responder, Eric intervino.

—Nunca se sabe cuándo será la última vez que veas a una persona. Por eso hicimos el trato. Cuidaré de Sherlock si algún día le pasa algo a Alicia, y a cambio ella me está ayudando a buscar el whisky para que pueda pagar mi propio camino a la universidad.

Los ojos de Rebeca se entrecerraron ante Alicia.

—Eso es una planificación bastante detallada por adelantado, ¿no es así? ¿Tienes las maletas hechas esperando el auto de huida, Alicia?

—A mis padres no les gustan las mascotas, así que no tendría a nadie que acogiera a Sherlock, eso es todo. Y te estaba agradeciendo por enseñarme a hacer la cena la otra noche. A Yerko le encantó.

Rebeca asintió lentamente.

—Bueno, espero que no estés planeando hacer algo tonto, Alicia. Eso siempre estropea las cosas. Entonces, ¿te veré mañana?

Maldición. Rebeca vio a través de ella. Debe ser de donde Yerko lo obtuvo.

—Sí. Puedo prometerarte que me verás mañana.

Pero no podía hacer ninguna promesa después de eso. Odiaba irse y que todos pensarán que no le importaban. Había encontrado su verdadero hogar en Anderson Butte. La mataba el pensar en dejarlo todo y a todos detrás.

Especialmente Yerko.

La noche siguiente, después del trabajo, Alicia entró en la cafetería, echando una mirada extra larga, memorizando cada detalle para volver a visitarlo en su mente en una de esas largas y frías noches de invierno que seguramente estaba en su futuro. Sonrió cuando su mirada se posó en la cabina donde había tenido su primera cita con Yerko.

Su mente seguía volviendo a la pregunta que Rebeca le había hecho. Si pudiera estar con Yerko, ¿volvería a arriesgar su corazón? Se había dejado engañar tanto por los encantos de Spencer, que se había enamorado de él, así como Rebeca por su ladrón de bancos. ¿O fue sólo encaprichamiento? No se conocían desde hacía tanto tiempo. Eso es lo que más la asustó. ¿Podría confiar en los deseos de su corazón?

Gloria gritó un saludo y Alicia levantó una mano a cambio, luego se deslizó en su cabina favorita. Era improbable que su próximo hogar tuviera un lugar tan cálido y acogedor para que alguien nuevo en el pueblo cenara solo sin sentirse solo. Nunca se había dado cuenta hasta entonces, pero así es como siempre se sintió al comer en ese lugar. Tal vez por eso no tenía prisa por aprender a cocinar hasta que conoció a Yerko.

—Hola, Alicia —Gloria se deslizó en la cabina frente a ella—. Lamento lo que pasó entre tú y Yerko. Aposté a que le ganarías a Sarah.

Eso fue muy dulce.

—Siento haberte hecho perder tu dinero.

Sacudió la cabeza.

—No me importa el dinero, me preocupo por ti. Rara vez me equivoco cuando se trata de cosas como esta. Y para que lo sepas, Yerko vino a cenar anoche. Llevará a Sarah a Denver mañana porque necesita ir a una entrevista de trabajo de todos modos, por si oyes algo diferente. Espero que tú y Yerko todavía puedan resolver las cosas —se deslizó de la cabina y comenzó a alejarse, pero luego se detuvo—. Mírame, estoy tan nerviosa que olvidé tomar tu pedido. ¿Qué vas a ordenar?

Le calentó el alma que Gloria sintiera los verdaderos sentimientos de ella hacía Yerko. Y eso le importaba lo suficiente como para tratar de ayudarlos a permanecer juntos.

—Gloria, tienes el corazón más grande de este pueblo y espero que encuentres a alguien con quien

compartirlo pronto. ¿Estás saliendo con alguien?

La mujer sonrió.

—Tengo algunos caballeros que llaman de vez en cuando, pero estoy casada con este negocio. Prácticamente, todos mis clientes habituales son como mis hijos. Estoy feliz y contenta. Ahora, ¿qué puedo ofrecerte?

Una porción de felicidad sería genial, pero Alicia la dejó cuando la cagó casándose con Spencer.

—Lo que sea el especial estará bien, Gloria. Gracias.

La mujer guardó su lápiz en su alto cabellera armada, y luego le dio un suave apretón al antebrazo de Alicia.

—Espero que todo funcione, cariño.

Sí, ella también lo esperaba, pero lo máximo que podía esperar era que la gente del nuevo pueblo fuera la mitad de acogedora y cuidadosa que la de Anderson Butte.

Después de terminar de comer, fue a la tienda a recoger unas golosinas para perros para que Eric supiera qué tipo de cosas le gustaban más a Sherlock. Abrió la puerta de la tienda y se dirigió al pasillo de la comida para mascotas.

Una voz grave que no reconoció la interrumpió.

—Buenas noches, Alicia.

Se dio la vuelta y encontró a Fred saludándola desde la caja registradora. Recogió la caja de golosinas y se dirigió hacia él.

—Hola, Fred. ¿Está resfriado, eh?

—Por eso estaba buscando el número del Doctor Anderson ayer en mi teléfono, pero en su lugar le di a la Doctora Carter. Lo siento.

¿Así que fue Fred quien llamó? ¿Entonces no fue alguien que trabaja para Spencer? ¿Se había asustado demasiado pronto?

—No te preocupes. Espero que te sientas mejor pronto. No necesito una bolsa.

—Gracias, Alicia. Que tengas una buena noche.

—Tú también.

Salió lentamente de la tienda mientras consideraba su decisión precipitada de irse. Mientras caminaba por la plaza del pueblo, se desvió al quiosco que estaba en el medio y se sentó en los escalones. ¿Había sido demasiado rápida en apretar el gatillo por miedo? Ya estaba arrepentida de su decisión de irse.

Respirando profundamente, mantuvo el olor de pinos centenarios en sus pulmones hasta que su pecho se quemó para liberarlo. Otro recuerdo que siempre llevaría con ella.

No. Irse sería lo mejor. Pero en el siguiente pueblo no cometería el mismo error de volver a

confiar en alguien al punto de contarle toda la verdad. Con eso sólo había logrado conseguir un corazón roto.

Miró hacia arriba y vio a Yerko bajando lentamente las escaleras de su oficina, vestido con su uniforme, se veía tan apuesto que la hacía sonreír. Se acercó a ella y cuando se encontró con su mirada, su estómago se apretó. Le dolía mirarlo a los ojos sabiendo lo mucho que le había hecho daño.

—Hola —se sentó en el escalón junto a ella—. ¿Qué estás haciendo?

—Nada.

Bueno, tal vez sólo despidiéndose del pueblo.

—¿Así que es oficial?

Por mucho que quisiera decir lo mucho que deseaba quedarse y que no quería ir a Alaska, sólo asintió.

Yerko puso una mano sobre su muslo y le dio un suave apretón.

Ese gesto tácito de apoyo a sus problemas le obstruyó la garganta con la emoción.

—Tenemos que hablar de esto. No estoy listo...

—Yerko, por favor no —las lágrimas brotaron de sus ojos—. Tengo que irme. Fin de la historia. Sólo espero que algún día puedas perdonarme por haberte hecho daño.

—Yo sólo... —su mandíbula se apretó como lo hacía cuando estaba molesto—. ¿Así que no hay nada que te haga cambiar de opinión?

Sólo podía sacudir la cabeza. Su garganta estaba tan forzada que las palabras no podían pasar del bulto que se había formado.

Respiró hondo y señaló las golosinas para perros.

—¿Qué pasará con Sherlock cuando te vayas?

Se las arregló para aclarar su garganta lo suficiente como para susurrar.

—Eric lo cuidaría por mí.

—¿Podría quedármelo?

Alicia se giró y se encontró con su mirada fija.

—¿En serio?

—Necesitaré un amigo cuando me mude a Denver —sonrió débilmente—. Y siempre me recordará a ti.

Eso fue todo. La presa se rompió y las lágrimas le cayeron lentamente por las mejillas. Que amara a Sherlock y pensara en ella cuando se fuera la movió más allá de la razón.

—Gracias. Me gustaría mucho eso —deslizó sus brazos alrededor de sus hombros y acurrucó su

cara en el cálido pliegue de su cuello, respirando su aroma único, sexy y embriagador, otro recuerdo para esconder en su corazón para siempre—. Nunca te olvidaré, Yerko —le susurró.

—Yo tampoco te olvidaré, nunca.

Aguantó unos momentos más, disfrutando de esa pequeña dosis de felicidad y satisfacción que sólo él parecía ser capaz de darle, antes de soltarlo a regañadientes.

Se aclaró la garganta.

—Mi abuela me llamó y me dijo que no te molestara esta noche. Buena suerte con la excavación —se puso de pie y se metió las manos en los bolsillos—. Volveré de Denver el viernes por la noche, si quieres dejarme a Sherlock.

—Bien. Gracias, Yerko. Por todo.

Abrió la boca para decir algo, pero luego exhaló un respiro y se giró para irse.

—Adiós, Alicia.

—Adiós.

Lo vio alejarse lentamente, y salir de su vida para siempre. Una insoportable tristeza descendió sobre ella al pensar en el resto de su vida sin él. Se quedó sentada allí entumecida por el dolor, mientras revivía esa horrible conversación que había tenido con él en su oficina, y la mentira que ella le había dicho sobre no ver nunca un futuro a su lado. Pero no podía traer el tipo de problemas que Spencer representaba para Anderson Butte. La larga fila de sheriffs de Anderson cuyas fotos colgaban fuera de la oficina de Yerko había mantenido el pueblo a salvo todos estos años.

Sonrió pensando que un día la foto de Yerko se colgaría junto a todos los demás que habían servido antes que él. Venía de una larga línea de hombres guapos, los cuadros de las paredes lo demostraban. Y Yerko envejecería bien, muy probablemente. Deseaba poder quedarse el tiempo suficiente para verlo por sí misma.

De repente apareció un breve flash de memoria de las viejas fotos colgadas en el pasillo fuera de la oficina de Yerko. El quiosco en el que se encontraba sentada estaba en las fotos, había estado ahí todo el tiempo, incluso antes de las calles pavimentadas. Y estaba situado exactamente en el centro del pueblo, según los viejos artículos de los periódicos que había leído. Proporcionaba sombra y refugio, y no estaba situado demasiado al oeste del lago. Parpadeó cuando se dio cuenta. ¡La caja podría estar enterrada ahí mismo!

Ella saltó y se paró en el lado sur de la estructura. Ahí era donde necesitaban cavar. Y no iba a esperar a que oscureciera para hacerlo. No le importaba quién los viera cavando, sabía en su corazón que tenía razón. Sacó su móvil para llamar a Eric. ¡Esperemos que esté a punto de convertirse en el chico más rico del pueblo!

Después de que Eric accediera a reunirse con ella en diez minutos, Alicia corrió a casa y se puso unos jeans y unas zapatillas de tenis, y luego agarró del porche las palas que Yerko les había prestado. Estuvo tentada de pedirle a él que viniera también, para que fuera parte de la diversión, pero luego lo pensó mejor. Sólo prolongaría su dolorosa despedida.

Corrió hasta el quiosco, con ganas de empezar a cavar. Cuando llegó, Rebeca y Eric estaban sentados en las escaleras esperándola.

—Hola, chicos. ¿Listos para cavar?

Eric saltó y agarró la pala que Alicia sostenía.

—Sí. Tienes razón, Alicia, este lugar tiene mucho sentido. La nota que Arthur había dejado decía que la caja estaba enterrada a unos tres pies de profundidad, pero el lado sur del quiosco tiene al menos tres metros de ancho. ¿Deberíamos empezar justo en el medio?

—Rebeca, si fueras a enterrar una caja en el extremo sur de este quiosco, ¿dónde la enterrarías?
—le preguntó Alicia.

La Sra. Anderson se puso de pie y se movió al lado de Alicia. Mirando sobre su hombro.

—Probablemente lo enterraron durante la noche —miró hacia arriba—. La farola más cercana está allí, así que diría que en el lado opuesto, en las sombras de los escalones.

—Entonces ahí es donde empezaremos. ¡Hagámoslo, Eric!

Tres pies no parecían tan profundos hasta que sus hombros y brazos comenzaron a gritar en agonía a unos dos pies. Pero necesitaban apurarse antes de atraer demasiada atención, así que después de un breve descanso, siguieron adelante.

Cuando profundizaron un poco más, Tara fue más lento, queriendo que Eric fuera el primero en ver la caja. Pero para cuando estaban a casi cuatro pies de profundidad, no lo habían encontrado.

—Eric, creo que este es el lugar equivocado.

¿Pero dónde cavar después? ¿Iban a tener que cavar una trinchera de tres metros de largo para encontrarla?

Alicia miró por encima del hombro y sonrió a los espectadores que habían atraído.

Si eso es lo que se necesita, entonces tendrían que hacerlo. Ella y Eric rápidamente llenaron el agujero de nuevo, y luego colocaron la hierba de arriba. No era perfecto, pero no fue un mal trabajo de parche.

Zeke se acercó y se puso a su lado.

—Sabes, el viejo Arthur era muy preciso, y el pueblo no se encuentra exactamente en el norte. Si tuviera una brújula podría mostrarte.

Alicia sacó su teléfono del bolsillo trasero.

—Estoy segura de que hay una aplicación para eso... vamos a comprobarlo —después de descargar una aplicación de brújula le entregó el teléfono a Zeke—. Aquí tienes.

El hombre se rio mientras se rascaba la barba.

—¿Quién hubiera pensado que una persona podría sacar una brújula de la nada de esa manera? Bastante astuto —sostuvo el teléfono en la mano y se dirigió al centro del lado sur del quiosco. Alicia miró por encima de su hombro mientras Zeke caminaba lentamente hacia la derecha hasta

que la aguja se detuvo apuntando hacia el norte—. Y aquí tienes. Apuesto a que aquí es donde querrás cavar.

El punto estaba un poco a la derecha del punto central.

—¡Gracias, Zeke!

Ella y Eric comenzaron rápidamente mientras los demás los animaban. Tenían unas diez personas en fila.

—Alicia, nos sentimos muy mal por no ayudar, pero ninguno de nosotros quiere arriesgar sus beneficios. ¿Puedo volver a la cafetería y traerles agua fría o algo así? —preguntó Gloria que también estaba de espectadora.

—No, estamos bien, pero gracias, Gloria.

El estímulo de la multitud alimentó la emoción a medida que ella y Eric se acercaban. Sólo unos pocos centímetros más y tal vez se encontrarán con la tierra de pago.

—¡Viene el alcalde, Alicia! —gritó Fred.

¡Mierda!

—Eric, deja de cavar y deja la pala.

Eric rápidamente dejó caer la pala y metió las manos en sus bolsillos.

Se dio la vuelta y esperó mientras el alcalde se abría paso entre la multitud.

—¿Qué demonios está pasando aquí?

Levantó la barbilla, negándose a ser intimidada por él.

—Estoy buscando la caja que tu tío escondió.

Cruzó sus brazos y se inclinó más cerca.

—¡Sólo porque te acuestes con mi hijo no te da el derecho de ignorar mis reglas!

Ella se inclinó aún más.

—¡Y que seas el alcalde no te da el derecho de obligar a la gente a vivir con tus tontas reglas inventadas!

Un grito de jadeo surgió de la multitud.

—Escúchame ahora, joven la...

—¡Ya basta, Mitch! —la Sra. Anderson se movió al lado de Alicia—. Yo les pedí a ambos que cavaran para mí porque soy demasiado vieja para hacerlo por mi cuenta. Es a mí a quien tienes que dirigir todas esas bravatas.

El alcalde se volvió hacia su madre.

—¿No crees que te voy a quitar tus beneficios como a cualquier otro en el pueblo, madre? Porque

lo haré si no paras esto ahora mismo.

—¿En serio? —la anciana se rio—. Creo que te olvidas de que el hecho de que dirijas todos los negocios del pueblo no significa que seas el dueño. ¡La dueña soy yo! ¡Si te atreves a cortarme, le dejaré hasta la última de mis propiedades a un maldito Grant cuando muera!

Los murmullos bajos surgieron de la multitud de ahora veinte personas.

—Nunca le darías el pueblo a un Grant —la mandíbula del alcalde está apretada—. Estás fanfarroneando.

Ruth se encogió de hombros.

—Ponme a prueba y lo verán.

¿Quizás es por eso que la Sra. Anderson quería ayudarles a buscar? Para protegerlos del alcalde en caso de que los atrapen. Rebeca tenía un corazón mucho más grande de lo que dejaba ver.

—Sigán cavando, ustedes dos —ordenó la anciana, mientras seguían enfrentando al alcalde.

Recogieron las palas y volvieron al trabajo. Unos 15 centímetros más y sabrían si habían elegido el lugar correcto. De no serlo, Alicia no tenía muchas esperanzas de que pudieran seguir cavando en la plaza del pueblo. El alcalde encontraría una manera de detenerlo. Probablemente era su última esperanza.

Cuando la pala de Eric golpeó algo sólido, gritó.

—¡Creo que lo encontré!

Usando sus manos, limpiaron la suciedad de una vieja caja metálica. Una vez que estuvo mayormente expuesta, Alicia se agarró a un mango en el extremo y tiró tan fuerte que terminó en cayendo de trasero en la hierba con la caja frente a ella.

—Ya que la caja fue encontrada en la propiedad del pueblo, te la quitaré ahora —el alcalde llegó a la caja.

Alicia sacudió la cabeza y se agarró con más fuerza.

—La nota de tu tío decía que le pertenecería a aquel que la encontrara. Esta caja y lo que sea que esté dentro es ahora de Eric. Ese era nuestro trato, ¿verdad, Rebeca?

—Así es, Mitch —se giró hacia la gente que estaba mirando—. Y todos ustedes acaban de ser testigos de que Eric fue el que encontró la caja, ¿verdad?

Todos asintieron.

El alcalde se quejó en voz baja pero se echó atrás, así que Alicia volvió a colocar la caja en el césped, con el corazón acelerado por ver lo que había dentro.

Eric extendió la mano para abrirla, pero se detuvo.

—Está cerrada con llave.

Un candado oxidado colgaba del cierre que mantenía la tapa cerrada.

Zeke se arrodilló junto a ellos.

—Llevemos esto a mi tienda, y cortaré ese viejo candado de inmediato.

Eric miró a Alicia para confirmarlo, probablemente desconfiando en que uno de ellos se escaparía con su caja.

—Buena idea, Zeke. Eric, tú toma un lado y yo tomaré el otro.

Llevaron la caja entre ellos, liderando el desfile de gente ansiosa por ver lo que había dentro por la calle hasta el taller mecánico de Zeke.

Alicia, Eric y Ruth se pararon detrás de Zeke mientras él quitaba el candado. El alcalde y los demás estaban fuera de la tienda, ansiosos de ver si la caja contenía lo prometido.

—Ahí tienes, Eric —Zeke tiró el viejo candado a la basura y se hizo a un lado.

El niño respiró profundo, nervioso de lo que le esperaba.

—Por favor, que esté ahí dentro —susurró.

Alicia se inclinó sobre el hombro de Eric mientras levantaba la tapa. Había fardos dentro envueltos en plástico y cinta de embalaje. No existían las bolsas Ziploc en ese entonces.

Eric le entregó uno de los paquetes.

—Tú abre esta y yo abriré la otra.

—Bien.

Ella soltó cuidadosamente la cinta, y luego deslizó suavemente los papeles del plástico. Las páginas mecanografiadas estaban grapadas en la esquina y la portada decía: *El mejor whisky de la historia de Anderson Butte*.

Levantó las páginas para que la gente que estaba fuera de la tienda pudiera verlas.

—¡Aquí está la receta!

Una ovación sonó mientras el alcalde se abría camino dentro de la tienda.

—Déjame ver eso.

—No —se acercó la receta a su pecho—. Pertenece a Eric. Va a entrar en el negocio de fabricación de whisky con mi padre.

Había llamado a su padre la noche anterior e hizo todos los arreglos en caso de que encontrarán la caja. Ella quería que Eric tuviera un adulto de confianza para llevar el negocio por él hasta que cumpliera los dieciocho años, ya que ella no iba a estar allí para ayudarlo. Su padre esperaba el desafío de replicar la vieja receta.

El alcalde se dirigió a su madre.

—Llamaré a mi abogado. Esa caja fue encontrada en la tierra de Anderson, todo lo que hay en ella nos pertenece a nosotros y al pueblo y lo sabes. ¿Por qué los ayudas?

Enseguida Alicia intervino.

—El whisky seguirá beneficiando al pueblo. Mi padre se enamoró de Anderson Butte en su última visita y aceptó montar la producción aquí mismo. Está dispuesto a compartir algunas de las ganancias devolviéndolo a la comunidad, tal como Arthur quería —ella sonrió—. Y créeme, no querrás tratar de pelear con mi padre en la corte, tiene a los mejores abogados del país en retención, y el dinero para atar esto en el sistema durante años.

—Ya lo veremos —el alcalde frunció el ceño y cruzó los brazos—. Entonces, ¿hay un mapa ahí también, niño?

Eric había colocado sus páginas sin envolver en un banco de trabajo cercano. Él y Rebeca los estudiaron en silencio.

—Sí. Hay un mapa aquí. Pero ciertamente no vamos a mostrarte esto. Les haremos saber pronto si los barriles están todavía intactos —declaró Rebeca.

Cuando el alcalde empezó a echar un vistazo, Zeke se interpuso en su camino para detenerlo. Era como el espantapájaros del Mago de Oz enfrentándose a Goliat.

—Ya has oído a la dama. Voy a tener que pedirles a todos que se vayan ahora hasta que podamos resolver esto.

La gente que miraba se quedó tan silenciosa y quieta, que sólo se oía el chirrido de los grillos afuera mientras el alcalde miraba a Zeke. Alrededor de un minuto después de su partido de voluntades, la voz de Yerko resonó en el lugar.

—Ya lo oyeron. Todo el mundo a moverse —todos los espectadores empezaron a irse, pero el alcalde seguía de pie, negándose a ceder—. Tú también, papá.

—No olvidaré esto, Zeke —con una mirada de amenaza, se dio la vuelta y se fue.

Gracias a Dios por Yerko, o quién sabría lo que el alcalde podría haber hecho.

Tara esperaba que él se quedara y celebrara su hallazgo, pero sus ojos se llenaron de dolor en el breve segundo en que la miró antes de apartar la vista y seguir a su padre por la puerta. No podía culparlo por no querer quedarse. Lamentaba profundamente lo que sus acciones le habían hecho, por mucho que odiara la idea de no volver a verlo.

Tal vez ella reservaría un rincón de su corazón sólo para él. Y en esas solitarias, frías e invernales noches, se permitía recordar su sonrisa y la forma en que la hacía reír, aunque sólo fuera por unos momentos antes de dormirse. Parecía una manera sombría de vivir, pero era necesario seguir adelante. No cometería el mismo error de exponer su corazón a un hombre como lo hizo con Yerko, nunca más.

Zeke deslizó las puertas de la gran tienda cerrándolas detrás de él con un sólido golpe, y se unió a los demás en el banco de trabajo.

—¿Puedes decir dónde están los barriles?

—Están en una vieja mina a las afueras del pueblo. Pero este mapa fue dibujado hace mucho tiempo, y han excavado algunos más desde entonces. Puede que tengamos que hacer una pequeña investigación antes de poder determinar cuál. Incluso entonces, podría ser demasiado peligroso ir tras el whisky. Una vez que las minas están cerradas, todos saben que no es seguro entrar en una. En realidad es el lugar perfecto para esconder los barriles —aclaró Rebeca.

Alicia estudió el mapa.

—¿No podríamos pedirle a Pete Grant que nos ayude? Leí que solía estar a cargo de todas las minas.

Rebeca se rio.

—Pete y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo. No hay forma de que ayude a un Anderson si tiene elección. Es más probable que pretenda ayudar y nos envíe a una búsqueda inútil, para poder encontrar el whisky él mismo.

Eric, todavía estudiando el mapa, intervino.

—¿Por qué no salimos mañana por la mañana? Tal vez tengamos suerte y lo encontremos. Muestra exactamente cuán lejos está la mina del centro del pueblo, que ahora sabemos que es el quiosco de la plaza.

—Eso fue antes de que entraran y enderezaran la carretera. Podría ser diferente ahora —agregó Rebeca.

Parecía que Alicia estaría camino a Alaska para cuando pudieran empezar la caza de los barriles de whisky.

—Se está haciendo tarde. ¿Por qué no vamos a escanear todas estas páginas para que estén a salvo? Le enviaré una copia de todo a mi padre, y después los llevaré a casa.

Rebeca agitó su mano.

—Les dejaré las cosas de la computadora a ustedes dos y me iré caminando a casa. ¿Nos vemos mañana? —la Sra. Anderson levantó una ceja mientras miraba a Alicia.

Sería su último día de trabajo mañana ya que estaba cerrada los viernes. Pero sólo tenía una cita a primera hora de la mañana.

—Sí. Estaré en tu casa, ¿digamos alrededor de las nueve?

La Sra. Anderson sonrió.

—Suena bien. Buenas noches a los dos.

—Buenas noches —respondieron Alicia y Eric al unísono.

Con todo empacado para irse, se dirigieron a su casa. Mientras subían la colina, Tara miró al niño. ¿Qué tan decepcionado se sentirá cuando despierte el sábado por la mañana y se entere que ella ya no está en el pueblo? ¿Se sentirá abandonado? Había perdido a toda su familia y ella no podía soportar que sintiera eso. Lo amaba.

—Eric, ¿puedes guardar un secreto muy grande?

Asintió.

—Me guardé este, ¿no?

—Sí. Pero este es aún más grande. ¿Tengo tu palabra de que no le dirás nada a nadie, al menos hasta el domingo?

—Bien.

Abrió la puerta principal y desactivó la alarma. Después de entrar y cerrar la puerta con llave, por fin habló.

—Has sido el mejor paseador y cuidador de cachorros, y también cazador de tesoros que he conocido. Estoy tan contenta de que hayamos podido ser amigos. Pero tengo un ex-marido muy malo que quiere hacerme daño, así que tengo que esconderme de él, y eso significa que tendré que dejar el pueblo, pero no puedo decirle a nadie adónde voy.

Eric arrugó su frente.

—Pero... Pensé que me ibas a ayudar con el whisky. Teníamos un trato.

—Lo sé. Y lo siento, por eso le pedí a mi padre que te ayudara. Mis padres ni siquiera sabrán dónde estoy. La policía dijo que tengo que dejar todo y a todos atrás si quiero estar a salvo.

Eric parpadeó lágrimas que enviaron una daga a su corazón.

—¿Así que no puedo volver a hablar contigo? ¿Alguna vez?

—No —ella sacudió la cabeza y lo abrazó—. Te voy a extrañar mucho. Eres un buen chico y sé que vas a resultar ser un gran hombre —se inclinó hacia atrás y subió su barbilla para verlo a los ojos—. Y sé que serás el mejor veterinario de la historia, o lo que quieras ser. Tu familia estaría muy orgullosa de ti. Y sé que tu nueva familia ya está orgullosa de ti. Meg, Josh y Heather te quieren.

Eric la rodeó con sus brazos apretándola fuerte.

—¿No puede Yerko mantenerte a salvo para que puedas quedarte?

—Lo haría si pudiera. Pero no es justo poner a ninguno de mis amigos o familiares en peligro también —se mordió el labio para detener sus lágrimas. Necesitaba poner una cara valiente para Eric—. ¿Pero me harás un gran favor? ¿Dejarás que Yerko se lleve a Sherlock para que no esté solo cuando me vaya?

—Bien —Eric secó sus lágrimas en su camiseta—. Pero, ¿estás segura de que tienes...

Ella lo cortó antes de que él le pidiera que se quedara, y antes de que ella se desmoronara completamente.

—Sí —forzó una sonrisa—. Ahora enviemos todo esto por e-mail a mi padre para que puedas empezar con tu nuevo negocio. Te gustará mi padre, Eric. Es un gran tipo.

Y tal vez trabajar con Eric le daría a su padre lo que Sherlock le daría a Yerko, un pequeño recordatorio de ella de vez en cuando.

Escanearon todos los documentos en silencio.

—Llamaré a mi padre y le haré saber del e-mail. Entonces te llevaré a casa.

—Está bien —la tristeza en la voz de Eric le oprimió el corazón—. Tal vez encontremos los barriles mañana. ¿Sabrás lo que pasó antes de que tengas que irte?

Forzó una sonrisa mientras buscaba su teléfono en el bolsillo trasero.

—Lo dudo, Eric. Pero tal vez sea capaz de mantenerme al día leyendo la página web del pueblo desde lejos. No podré dejar comentarios, pero tú y yo sabremos que lo veré.

Eric asintió, e incluso logró una sonrisa apretada.

—Eso sería bueno. Sólo estás siendo amable dejándome el whisky de todos modos. Tú eres quien lo encontró.

Su bolsillo trasero estaba vacío, así que buscó el otro bolsillo.

—Basta con saber que el whisky está en las manos adecuadas, no con un adulto codicioso —su otro bolsillo también lo estaba—. ¿Me prestas tu celular? El mío se debe haber caído cuando estaba cavando.

No importaría tanto, de todas formas tendría que conseguir uno nuevo en unos días.

—Se lo prestaste a Zeke, ¿recuerdas? Creo que lo vi en el banco de trabajo por donde abrimos la caja —le prestó su teléfono.

—Oh, es cierto. Para la brújula. En toda la confusión, me olvidé de recuperarlo.

Pasaría por la tienda mañana a primera hora y lo conseguiría.

Marcó el número de su padre. Cuando respondió, el sonido de la voz de su padre, que tal vez no oiga durante mucho tiempo, si es que vuelve a hacerlo, le oprimió la garganta.

¿Cómo iba a vivir sin toda la gente que amaba?



A la mañana siguiente, Yerko cargó las últimas cajas de Sarah en la parte trasera de su camioneta y cerró de golpe la puerta. No tenía tantas cosas como él había pensado. ¿Tal vez temía que Ed se enojara con ella por tomar todas las cosas?

Tenía un gran nudo en el estómago, temiendo todas las horas de charla que se avecinaban. Sarah no era como Alicia, que parecía conseguir que hablara sin que él se diera cuenta. Sarah era tan callada como él. Se arrepintió de no haber llevado con él esa lista de iniciadores de conversaciones seguras que imprimió para el viaje en helicóptero con Alicia.

Subió a la camioneta y arrancó.

—¿Seguro que tienes todo lo que necesitas? Si estás preocupada por Ed...

—No —Sarah sacudió la cabeza—. No es nada de eso. No quiero que me recuerden mi error, así

que me llevo lo esencial.

—Bien —salió del camino y se dirigió a la autopista principal.

Después de unos quince minutos de silencio, Sarah finalmente lo rompió.

—Así que, es muy emocionante que Eric haya encontrado la receta del whisky, ¿eh?

Maldición. ¿Por qué no había pensado en hablar de eso? Era tan obvio.

—Sí. Es increíble que haya estado ahí todo el tiempo —Sarah le sonrió como si estuviera esperando que él continuara la conversación a partir de eso—. Y es genial que la producción de whisky pueda traer empleos al pueblo.

—Sí. Fue muy amable de Alicia dejar que Eric tuviera la receta.

La mención del nombre de Alicia envió una daga caliente a su corazón. Esperaba que eso desapareciera pronto.

—Sí. Lo fue —necesitaba cambiar de tema—. Entonces, ¿ya tienes un trabajo?

Qué manera de ser inteligente e ingenioso. Apeataba mucho en eso. Tendría que mejorar si alguna vez quería tener citas en Denver.

—Mi hermana me consiguió un trabajo de recepcionista en la oficina de abogados donde trabaja. Es sólo temporal, hasta que la persona cumpla el tiempo por maternidad.

—Oh. Bueno, tal vez te contraten después.

Se encogió de hombros en respuesta.

La conversación se secó una vez más.

Pasaron otros quince minutos mientras revolvía su mente tratando de conjurar una de las preguntas de esa lista de conversación. Luego recordó que Alicia le quitó el papel de la mano y le advirtió que no hiciera esas preguntas a su familia.

—¿Qué harías si encontraras un billete de cien dólares tirado en el suelo?

Sarah le frunció el ceño.

—Yerko, si no quieres hablar, por mí está bien. No tenemos que hacerlo. Estoy feliz de estar contigo.

Iniciadores de conversaciones seguras, su trasero. ¿En qué mundo funcionaban esas preguntas? Ese fue el segundo strike.

—No es que no quiera hablar, lo hago. Yo no...

—Lo sé, Yerko —le dio una palmadita en el brazo—. Nunca fuiste muy bueno en la comunicación.

Había hablado con Alicia más que con cualquier otra persona, y no había sido difícil en absoluto tener conversaciones normales con ella. Lo que no había logrado fue expresarle sus sentimientos. Poniendo en riesgo lo que realmente sentía. Su padre siempre había dicho: “Los hombres de verdad no lloran, no se dejan llevar por sus malditos sentimientos ni se quejan”. ¿Tener eso

metido en su cabeza durante toda su infancia fue la razón por la que no pudo decirle a Alicia que la amaba? Terminar siendo un hombre sin corazón como su padre era lo último que querría.

Mientras reflexionaba, Sarah rompió el silencio.

—Es curioso, aquí estamos, somos dos adultos ahora y sin embargo no ha cambiado mucho. Sigues siendo tranquilo y melancólico, y yo sigo siendo tímida a tu alrededor.

El pánico se apoderó de él. ¿Qué se supone que debía decir a eso? ¿Era una prueba? ¡Maldita sea!

—Tal vez la gente no puede cambiar.

Quería cambiar, pero cuando tuvo la oportunidad de decirle a Alicia que la amaba, al final no pudo hacerlo. ¿Quizás el dicho era cierto?

Sarah asintió mientras mordisqueaba su labio inferior, como siempre lo hacía cuando pensaba profundamente.

¿Significaba eso que había respondido correctamente? Había olvidado cómo solía hacer eso. Lanzaba pequeñas preguntas y esperaba. Después de que él respondiera, se daba cuenta por la expresión de su cara que normalmente había dado una respuesta equivocada, pero ella nunca dijo nada.

Alicia nunca jugó esos juegos. Ella a veces era bastante directa y eso le encantaba.

Sarah ladeó la cabeza.

—¿Qué es tan gracioso?

¿Estaba sonriendo? Ni siquiera se había dado cuenta.

—Nada. Es sólo... nada.

—Bueno, una cosa ha cambiado. Es la forma en como miras a Alicia —suspiró—. Nunca me miraste de esa manera.

Se esforzó por encontrar las palabras correctas. No quería herir sus sentimientos pero él y Sarah no iban a terminar juntos. Especialmente después de ver lo bien que habían ido las cosas con Alicia.

—Tú y yo nos conocemos desde que éramos niños...

Puso una mano sobre su brazo y apretó.

—Está bien, Yerko. No quise ponerte en un aprieto. Tú y yo siempre seremos sólo amigos. Buenos amigos. Pero después de Ed, quiero un hombre que me mire como tú miras a Alicia.

Su celular sonó. Gracias a Dios. No tenía ni idea de lo que iba a decir a eso. Sacó el teléfono y miró la pantalla.

—Es el detective con el que tengo la entrevista de trabajo mañana.

Sarah sonrió dulcemente.

—Entonces deberías tomarlo.

Presionó el botón del altavoz.

—Anderson.

—Yerko, soy Bailey. ¿Sabes dónde está Alicia? No contesta su celular.

Sus tripas se apretaron ante la urgencia de la voz de Bailey.

—No lo sé. Estoy conduciendo a Denver. ¿Qué pasa?

—Es Spencer. Se ha escapado. No se le ha visto desde la revisión de cama anoche.

¡Maldita sea!

Yerko pisó el freno de la camioneta bruscamente.

—¿Eso significa que tiene una ventaja de ocho a diez horas, entonces?

Su corazón latía con temor por la vida de Alicia. ¿Podría Spencer de alguna manera conseguir un avión? ¿O alquilar un auto? Tenía que estar seguro de que estaba a salvo.

—Sí. Estoy en el aeropuerto tratando de organizar un vuelo para ir a buscar a Alicia. Llama a tus ayudantes y haz que la encuentren.

—Lo haré —colgó la llamada y le envió a Sarah una mirada de reojo—. Alicia está en problemas. Tenemos que volver.

—Espero que esté bien.

—Yo también.

Una cosa era perderla por protección de testigos, pero otra dejar que un loco la lastimara de nuevo. Daría su vida para protegerla de Spencer. Ya le había dado su corazón.

—La amas de verdad, ¿no es así, Yerko? —preguntó Sarah al ver su reacción.

Asintiendo, hizo un giro de 180° y se dirigió de nuevo a Anderson Butte, acelerando el motor lo más que podía mientras esperaba que Vincent respondiera por el altavoz. No podía dejar que le pasara nada a Alicia. La amaba y necesitaba averiguar cómo decírselo.



Alicia cerró la puerta de su oficina detrás de ella mientras pensaba en una nota de despedida para Yerko cuando se fuera. La dejaría en la mesa del comedor donde alguien lo encontraría eventualmente.

Quienquiera que alquilara su casa a continuación sería ciertamente afortunado. Iba a dejar atrás todos los hermosos muebles y adornos que su madre le había enviado. Sus padres no sabrían su nueva dirección, así que tendría que redecorar todo de nuevo, pero por su cuenta la próxima vez. Eso podría ser divertido, al menos. Había estado luchando por ver el lado positivo de su movimiento pero no había encontrado mucho por lo que tener esperanzas.

Se distrajo y buscó su teléfono para comprobar la hora cuando se dirigía a la casa de Rebeca,

pero su mano se detuvo en el aire. La batería estaba muerta. Zeke no supo cómo apagar la aplicación de la brújula, así que siguió encendida toda la noche, agotando la energía.

Tenía que ser cerca de las nueve, así que caminó por el largo camino de grava de Rebeca, emocionada ante la posibilidad de encontrar qué mina contenía esos viejos barriles de whisky.

Cuando levantó la mano para llamar a la puerta, se abrió y Meg salió.

—Oh. Hola, Alicia. ¿Has visto a Eric? He estado buscándolo en todas partes. La abuela dijo que tenían una reunión planeada aquí a las nueve.

—Sí, se suponía que todos nos íbamos a encontrar... Espera, apuesto a que fue a buscar el whisky por su cuenta. Déjame buscar mi auto e iré por él.

Eric estaba tan ansioso por comenzar la cacería, que probablemente planeaba salir y regresar a tiempo para su reunión. Era un chico responsable, así que probablemente se lo encontraría de regreso al pueblo.

—Gracias. Iré a casa y veré si ya ha vuelto. Te llamaré si está ahí.

Alicia empezó a bajar las escaleras.

—Mi teléfono está muerto. Pero no está lejos, así que te veré en tu casa dentro de un rato después de que mire.

Rebeca cojeó hasta el porche.

—Alicia, ¿recuerdas dónde buscar? ¿O debería ir contigo?

Agitó una mano.

—No, yo me acuerdo.

Sólo esperaba que Eric no hubiera entrado en una de las viejas minas por su cuenta. Podría ser peligroso.

Ese pensamiento la hizo correr el resto del camino a su casa para conseguir su auto y luego salir. El mapa decía que la mina estaba a 2.3 millas del centro del pueblo, había seguido el rastro del kilometraje después de pasar por el quiosco, así que la mina debería estar cerca. No habría sido fácil para Arthur medir el camino a vuelo de pájaro, y Rebeca mencionó que el camino había sido enderezado, así que la mina estaría probablemente más cerca por unas pocas décimas de milla.

Justo después de pasar la marca de los 3 kilómetros, Alicia redujo la velocidad del auto mientras buscaba a ambos lados de la carretera. No había muchas señales de una vieja mina. Gruesas masas de altos árboles salpicaban la ladera de la colina a su izquierda y a su derecha había una fuerte caída limitada por una barandilla. Debía estar a la izquierda, entonces.

Un oscuro todoterreno se acercó detrás de ella, así que se hizo a un lado y sacó la mano, agitándola a su alrededor mientras miraba por el espejo retrovisor, esperando que el auto pasara. Cuando no lo hizo, se detuvo y sacó la mano por la ventana una vez más. El auto se ralentizó como si se fuera a detener detrás de ella, de repente apareció otro vehículo en la dirección opuesta, y el oscuro todoterreno aceleró y la pasó. Las ventanas estaban tintadas, pero ella vio a un hombre con gorra de béisbol y gafas de sol al volante mirando al frente. No era del lugar, o la habría saludado.

Después de que ambos autos desaparecieran, ella volvió lentamente a la carretera. Un destello rojo a la izquierda llamó su atención. ¡La bicicleta de Eric!

Encontró un lugar donde estacionarse y luego fue en busca del niño. Caminando hacia la bicicleta, encontró un viejo camino cubierto de vegetación y se aventuró más lejos a la sombra de los altos árboles. Pronto apareció un amplio claro cubierto de hierba de la pradera. ¿Tal vez el viejo estacionamiento de la mina?

Caminó hacia la entrada tapiada que había sido cercada con un eslabón de cadena oxidado. El candado estaba en su lugar en la puerta, así que llamó.

—¿Eric?

Cuando no hubo respuesta, miró a su alrededor y vio un hueco en la valla lo suficientemente grande como para que un niño se colara. ¿Pero era lo suficientemente grande para una mujer tan alta como ella? Pronto lo descubriría.

Después de luchar a lo largo de su longitud a través del agujero en la valla y rasgar su camisa y pantalones en el proceso, se dirigió a la entrada. Se puso las manos alrededor de la boca.

—¿Eric?

—Aquí, Alicia. Ahora mismo voy.

Gracias a Dios que estaba a salvo. Pero la visión de arañas espeluznantes y quién sabe qué más cosas podría haber dentro, le hizo temblar la columna vertebral.

Eric apareció con una gran sonrisa y una linterna en la mano.

—¡Está aquí! ¡Lo encontré! Ven a ver. ¡Vaya! ¡Es fantástico!

Era increíble que el whisky hubiera estado allí todo ese tiempo y que nadie lo encontrara de casualidad. De repente su corazón se hundió al pensar que no podría ver toda la empresa.

—Vale, pero, ¿es espeluznante ahí dentro? Porque no me va bien con...

—No. ¡Vamos! He quitado todas las tablas de donde estaban las puertas grandes para que entre más luz. No está nada mal. Los barriles están abajo en el siguiente nivel.

Probablemente la idea de espeluznante de un niño pequeño y la suya no eran las mismas, así que respiró hondo y la siguió, lista para una rápida retirada si fuera necesario.

—Esto podría no ser seguro, Eric.

—Es peligroso sólo más adentro. Pero no estoy seguro de cómo sacaremos los barriles.

Siguió a Eric dentro de la mina, felizmente sorprendida de que no fuera un espacio estrecho y oscuro. En cambio, tenía un techo de unos tres metros de altura reforzado por viejas vigas de madera. Los lados estaban cubiertos de la misma manera.

Se acercaron a una barandilla desvencijada. Cuando Eric se apoyó en la madera, ella le agarró la parte de atrás de la camisa y tiró de él.

—Mantente alejado del borde. Esta madera es vieja. Podría estar podrida y quebrarse en

cualquier momento.

—Bien —encendió su linterna—. Pero mira ahí abajo.

Alicia se acercó lentamente un paso más y siguió el rayo de la linterna. Estaban los barriles, todos alineados en filas. ¿Cómo los habían llevado allí abajo? ¿Tal vez sobre la barandilla? ¿O era una vieja zona de carga? Podría haber otra forma de entrar.

La valla de alambre de afuera se agitó. Alguien más debía estar intentando atravesarla. Tal vez Meg y Rebeca habían decidido ayudar en la búsqueda de Eric.

—Estamos aquí —gritó Alicia.

Una voz profunda gruñó.

—He esperado mucho tiempo para terminar lo que empezamos, Melissa. ¿O debería llamarte Alicia ahora?

La voz familiar envió escalofríos por su columna vertebral, así como los recuerdos dolorosos enviaban el miedo a su palpitante corazón. Era difícil llevar suficiente aire a sus pulmones mientras se daba vuelta lentamente para enfrentarlo.

Spencer la había encontrado.

El miedo por su propia vida había estado con ella desde el juicio. Pero un nuevo y aún mayor temor por Eric hizo que su mente corriera por una solución.

Seguramente los mataría a ambos.

Eso no podía estar sucediendo. Tenía que encontrar una forma de salvar al niño.



Después de dejar a Sarah en la cafetería, Yerko marcó el número de Vincent otra vez.

—¿Ya la has encontrado?

—No. Pero acabo de descubrir que fue a las minas a buscar a Eric. El niño llevaba unas horas desaparecido. Alicia fue a buscarlo pero le dijo a Rebeca que la batería de su móvil se había agotado.

—Bien. Iré hasta allá. Encuéntrame ahí fuera.

¿Por qué desapareció Eric y desde cuándo Alicia estaba sin batería en su celular? Por mucho que intentara convencerse de que Spencer no podía subir a un avión y que le llevaban ventaja, el instinto de Yerko le decía que Alicia estaba en peligro.

Sacó la pistola que tenía metida en la parte de atrás de su cintura y la puso en su regazo. Si Spencer estaba allí, necesitaría toda la fuerza que tuviera para contenerse y no dispararle al hombre en el acto.

Alicia empujó a Eric detrás de ella. Sus rodillas temblaban mientras luchaba por mantenerse en control y hablar en un tono uniforme. Spencer estaba loco. Tendría que seguirle la corriente si quisiera sacar a Eric con vida.

—Hola, cariño. Me alegro de verte.

Spencer parpadeó rápidamente por un momento, luego su frente se arrugó mientras caminaba hacia ellos con su arma apuntando a su pecho.

—Buen intento. Pero sabes que soy más inteligente que eso, Melissa.

—Tan listo que sabía que me encontrarías, aunque la policía me hizo esconderme de ti.

Cuando él se acercó, ella dio un pequeño giro a la derecha, esperando que eventualmente la llevara de vuelta a la puerta para que Eric pudiera correr. El loco brillo de los ojos de Spencer hizo que su corazón palpitara. ¿Cómo lo había amado?

La mirada demente de sus ojos se desvaneció de repente. Luego toda su cara se ablandó y sonrió cálidamente, como cuando salían juntos y ella lo amaba. Era un hombre guapo con la sonrisa más encantadora que ella había visto. La rápida transformación la puso desprevenida por un momento. ¿Cómo debería proceder?

—Por suerte, los hábitos de regalos generosos de tu madre no han cambiado. Eché un vistazo a la lista de clientes de sus tiendas habituales, y vi que enviaba todo tipo de cosas de diseño hasta acá, a alguien llamado Alicia Carter.

Maldición. Nunca pensaron en eso. Pero el hecho de que se mostrara ser el hombre cuerdo que una vez conoció le dio una pizca de esperanza de que salieran vivos.

—Eso fue muy inteligente. ¿Cómo saliste del pabellón, bebé?

—¿Bebé? —el odio volvió a llenar sus ojos—. Pagué a uno de los guardias en la boda de Laura. Ví fotos de tu nuevo “bebé”. Es interesante lo similares que somos en cuanto a textura y color. ¿Quizás tienes problemas para dejarme ir?

Un escalofrío recorrió su columna vertebral. El loco había vuelto.

—Eso es cierto. Te he echado de menos.

—Mentirosa —miró al techo—. Eres como los idiotas de la sala, diciéndome cosas que quería oír. Pero les mostré a todos lo hábil que puedo ser. Soborné a un guardia para que me prestara su tarjeta, y luego hice una nueva.

Eric dejó escapar un bajo gemido detrás de Tara y sus manos se agarraban con fuerza de su cintura por el miedo. Necesitaban apurarse.

Dio unos pequeños pasos hacia la puerta mientras Spencer inspeccionaba el lugar que los rodeaba. Tal vez si pudiera mantenerlo hablando, Eric tendría la oportunidad de escapar.

Alicia se forzó a sí misma a mantener la calma mientras luchaba por llevar suficiente aire a sus pulmones.

—¿Cómo llegaste aquí desde Nueva York?

Spencer caminó hacia la pared y soltó una viga de soporte mientras seguía apuntando a Alicia con su arma.

—Autos privados, aviones privados, la identificación de mi hermano. El dinero compra lo que una persona necesita. Mis padres son tan idiotas, que ni siquiera sabían que había estado desviando sus fondos a una cuenta extranjera todo este tiempo.

Cuando él pateó otra viga, un flujo constante de suciedad se filtró desde el techo. Necesitaba sacar a Eric antes de que Spencer hiciera colapsar la mina.

—Bueno, me alegro de que estés aquí ahora. Pero deja que Eric se vaya, ¿vale? Él no tiene nada que ver con esto. Si nos damos prisa, podemos llegar a la frontera mexicana esta noche.

—No lo creo —Spencer se movió hacia atrás y miró por encima de la barandilla—. Veo que han encontrado el whisky. Leí sobre eso en el pintoresco sitio web del pueblo.

Mientras Spencer se acercaba un paso más a la barandilla, Alicia empujó a Eric hacia la puerta detrás de ellos. Sólo unos pocos metros más.

—Vale una fortuna. Podríamos compartirla. Haría que tu padre se sintiera orgulloso de ti para variar.

Era un riesgo tocar ese tema, pero se estaba quedando sin opciones.

Spencer sacudió lentamente la cabeza.

—Mi padre puede irse al infierno, ese bastardo. Ya te lo dije, mi único propósito aquí es terminar lo que empezamos. Siempre tuviste un problema para escuchar a los demás.

El sudor goteaba por su espalda mientras empujaba a Eric unos centímetros más hacia atrás.

—Trabajaré en eso. Vámonos antes de que nos encuentren.

—Nos encontrarán bien, porque estoy cansado de vivir entre tontos. Es tan tedioso. Pero no voy a tolerar que el sheriff toque a mi mujer, así que vamos a morir juntos. Aquí mismo. Has elegido un gran lugar para ello —apuntó el arma hacia el techo y apretó el gatillo.

Hizo un gesto de dolor cuando el fuerte disparo la ensordeció, pero cuando los trozos de tierra cayeron desde arriba, empujó a Eric más lejos hacia la salida.

—No. Huyamos. ¿Recuerdas lo felices que fuimos en nuestra luna de miel? Podríamos ir a Europa en el jet privado de mi padre. Te encanta Italia.

—Sólo cállate, Melissa. Vamos a morir aquí mismo. Juntos. Como siempre estuvimos destinados a estar.

Apuntó el arma y apretó el gatillo otra vez, y luego otra vez, tantas veces que dejó de contar. La suciedad caía en cascada a ambos lados de la pared mientras seguía disparando.

Era hora de hacer el movimiento.

—¡Corre! —entre uno de los disparos gritó y empujó a Eric.

Esperaba que el niño la hubiera escuchado. Moviéndose hacia Spencer, se interpuso en su camino obstaculizándolo tanto como le fuera posible. Sí pensaba dispararle a Eric, tendría que dispararle a ella primero.



Yerko corrió hacia la mina con su arma desenfundada, rezando para llegar a tiempo. Los disparos resonaron en el aire mientras abría la valla de par en par. Eric apareció de repente desde la apertura de la mina con el polvo saliendo de detrás de él. Las lágrimas corrían por su cara mientras gritaba.

—¡Ese hombre está tratando de enterrar a Alicia!

—Ve. Sube a mi camioneta y escóndete hasta que llegue Vincent.

Eric asintió y siguió avanzando hacia el vehículo.

Una vez dentro de la mina el polvo espeso asfixió a Yerko, intentando ver el camino se levantó la camisa cubriendo su nariz. Parpadeando la suciedad de sus ojos, se adentró más. Alicia estaba en el suelo sobre su estómago, con su cara totalmente cubierta de tierra, mientras que Spencer le retorció el brazo en su espalda, sosteniéndola en su lugar.

Alicia lo vio, y sus ojos pidiendo ayuda en silencio le arrancaron el corazón.

—Suelta el arma, Spencer, o dispararé.

Una sonrisa enferma se extendió en la cara de Spencer mientras restos de tierra seguía cayendo sobre ellos como la lluvia. Liberó a Alicia y se puso de pie, apuntándolo con su arma.

—No si yo te disparo primero, Sheriff. ¡No debiste haber tocado a mi esposa!

Apertó el gatillo.

El tiempo se movió en cámara lenta. Yerko cayó al suelo y rodó, evitando de alguna manera la bala. Alicia se puso de pie y reaccionó dándole un puñetazo en la nariz a Spencer, tal y como había golpeado a Yerko en el lago.

Spencer tropezó hacia atrás y Yerko se abalanzó sobre él. Los restos de tierra caían en mayor

cantidad sobre ellos desde el techo.

—¡Sal, Alicia!

—Pero...

—Busca ayuda —gritó—. ¡Ahora!

Esperaba que ella creyera en la petición, porque su oportunidad de sobrevivir parecía sombría al ritmo que se derrumbaba el techo.

Tara corrió hacia la entrada, y tras ella un rugido furioso sonó en lo profundo del pozo de la mina, como un tren de carga que se acercaba. Mientras luchaba contra Spencer, la locura cargada de adrenalina no era fácil de contener. Al oír un fuerte chasquido, Yerko miró hacia arriba y vio una viga de madera que se dirigía directamente hacia ellos.

—¡Muévete! —se alejó rodando y la viga aterrizó en la cabeza de Spencer.

Agarrando las piernas del hombre inconsciente, se dirigía a la entrada entre tablas, vigas y piedras que caían a su alrededor. Quería dejar atrás al enfermo bastardo, pero su entrenamiento policial no se lo permitía.

Estaban avanzando demasiado lento, así que colgó a Spencer sobre su hombro y caminó hacia la salida mientras el techo seguía colapsando. Rocas del tamaño de puños golpearon a Spencer y Yerko se agachó, cubriéndose la cabeza con los brazos. Las tablas de madera y la tierra caían sobre ellos tan rápido que serían enterrados pronto si no salían.

Una gran viga colapsó desde arriba, golpeándolo y haciendo que cayera en el suelo. Inmediatamente un dolor repentino atravesó su pierna. Luchó por liberarse, pero su pierna estaba atascada. No tenía intención de ser enterrado vivo, tiró de su pierna, luchando por soltarse.

De repente, el ruido se detuvo y un espeluznante silencio llenó el aire. ¿La calma antes de la gran tormenta? Una vez que el polvo se asentó un poco, miró a Spencer. Sus ojos estaban abiertos y con la mirada perdida. Estaba muerto.

Tosiendo, asfixiado por la tierra inhalada, Yerko tiró de su pierna antes de que el colapso comenzara de nuevo, pero no se movía. Si no lograba salir, Alicia nunca sabría de sus sentimientos hacia ella. Necesitaba que supiera cuánto la amaba.

Dando todo lo que tenía, apretó los dientes y tiró. Su pierna se aflojó un poco, y la adrenalina lo impulsó a seguir tirando. Finalmente cuando logró liberarse, se dio cuenta de no funcionaba bien. El dolor era más grande de lo que nunca había sentido, pero lo ignoró y se enderezó un poco, medio cojeando, medio arrastrándose siguió hacia su libertad. Cuando vio indicios de cielo azul, intentó en vano respirar profundamente.

Una vez afuera, apoyó sus manos en sus muslos, luchando por respirar mientras tosía tierra de sus pulmones. Mirando hacia arriba, Yerko nunca había estado tan feliz de ver a Vincent. Bailey estaba un paso detrás de él. y gritó,

—¿Dónde está Spencer? —gritó el detective.

Yerko tosió tan fuerte que apenas podía hablar. El alivio de que Alicia finalmente se liberara del

bastardo hizo que el dolor en su pierna fuera casi soportable. Tirando un pulgar por encima de su hombro, señaló hacia la mina.

—Está muerto.

—Gracias a Dios. Vamos a sacarte de aquí y así podremos verte mejor.

—¿Alicia?

Necesitaba decirle que la amaba, de inmediato. Si ella seguía insistiendo en que no quería una relación seria, al menos él le habría dicho lo que sentía. Ya había cometido el error de dejar que su padre se metiera en su cabeza antes. No lo haría de nuevo.

—Está en camino a la clínica. Encontramos a Eric y lo enviamos con ella también. Tú eres el siguiente.

Un fuerte choque detrás de ellos envió una enorme nube de tierra volando en el aire mientras la entrada de la mina se derrumbaba y las rocas caían en cascada por la colina.

Todo el mundo se dio la vuelta y corrió. Yerko se quedó atrás por su pierna pero Vincent lo esperó y luego le puso un brazo alrededor del hombro.

—Te tengo, amigo.

Cuando llegaron al claro, todos se giraron y vieron como todo el frente de la colina se derrumbaba. Había salido justo a tiempo.

Yerko empezó a cojear hacia su camioneta para ir a buscar a Alicia, pero Vincent lo agarró del brazo.

—No vas a conducir hasta que te vea un médico.

Tosiendo e incapaz de discutir, se subió a la patrulla junto a Vincent y luego se dirigieron a la clínica.



Alicia hizo un gesto de dolor cuando Cesar puso su mano rota en posición para el yeso.

—Lo siento, sé que duele, pero si te quedas quieta, terminaremos en un momento.

Estaba ansiosa por ver a Yerko. Cuando él salió de la mina, ella pudo finalmente respirar, tenía mucho miedo de no volver a verlo. Quería acercarse a él y abrazarlo, pero los otros policías con Bailey no la dejaron. La metieron en el auto que la esperaba para llevarla a la clínica. Sabía que habían encontrado a Eric en la camioneta de Yerko, pero tampoco lo había visto todavía.

El sonido de las voces de las mujeres precedió a Casey, Meg, Rebeca, y luego a Eric cuando entraron a la sala de examen. Cuando Eric la vio, corrió a través de la habitación y la abrazó.

—Me alegro de que estés bien.

Le pasó su mano buena por la espalda.

—Tú también. Lo siento mucho. Sé que eso fue aterrador.

—Tómalo con cuidado, Eric. Alicia tiene que quedarse quieta hasta que el yeso se fije —aclaró Cesar.

Joyce, la antigua enfermera de Cesar y no fan de Alicia desde que golpeó a Yerko, levantó las manos en señal de frustración.

—¿Por qué nos molestamos en tener reglas de privacidad, Doc?

Cesar se rio.

—¿Estas personas te están molestando, Alicia?

—No. Hola a todos.

—Estamos tan contentos de que estén bien —expresó Casey.

—Los detectives de ahí fuera nos acaban de decir que ese tipo está muerto. ¿Eso significa que puedes quedarte ahora? —añadió Eric.

Alicia levantó la vista. Todas las damas asintieron con la cabeza. Eric debe haberles contado toda la historia.

Ni siquiera había procesado completamente el hecho de que de repente tenía su vida de nuevo. Que no tendría que esconderse más, o sentir sus tripas apretadas cada vez que su móvil sonara con un número desconocido.

Cerró los ojos y respiró lenta y largamente. Por fin había terminado.

Pero ver a Spencer de nuevo había hecho que volviera a revivir el horrible error que había cometido al escuchar a su poco fiable corazón. Había cambiado toda su vida por el hombre. Fue engañada por su encanto. Había decidido que se quedaría soltera y sin compromisos de ahora en adelante. Tal vez sería mejor volver a su plan original de ofrecer sus habilidades dentales para los pobres. Darse un tiempo en un país en vías de desarrollo y averiguar lo que realmente quería.

Su corazón le decía que quería a Yerko, y eso la asustaba. ¿Sería Yerko otro error que descubriría unos meses después como lo hizo con Spencer?

—No... no estoy segura de eso, Eric.

—Olvida lo malo y quédate con lo bueno, Alicia. Esconderse y no arriesgarse no es la mejor manera de vivir —se apoyó en su bastón y se dio la vuelta para irse—. Eric nos contó cómo lo protegiste de ese hombre. Para ser una mujer valiente, puedes ser muy gallina a veces. Vamos, todos, esto está lleno de gente aquí.

Rebeca salió cojeando por la puerta, y uno por uno todos la siguieron como patos pequeños, incluso Joyce. Excepto Eric, que se mantuvo firme al lado de Alicia, aparentemente incapaz de dejarla.

Meg se detuvo.

—¿Vienes, Eric?

Cuando sacudió la cabeza, Meg miró fijamente a Alicia como si le preguntara si estaba bien. Cuando ella asintió, Meg se escabulló silenciosamente por la puerta.

—¿Estás seguro de que estás bien, Eric? —le preguntó mientras Cesar seguía trabajando en su mano.

—Pensé que ibas a morir... —su voz se convirtió en un susurro.

—Yo también —le dio un beso en la frente—. Fuiste muy valiente.

Las lágrimas llenaron sus ojos.

—Pero me escapé y te dejé.

—Podríamos estar todos muertos si no me hubieras escuchado y corrido cuando lo hiciste. Distrajo a Spencer, y eso es justo lo que necesitaba. Me fui cuando Yerko me dijo que fuera a buscar ayuda por la misma razón. Todo funcionó como se suponía que debía hacerlo.

No era exactamente la forma en como debieron suceder las cosas, pero no podía dejar que Eric pensara que había hecho algo malo.

Cesar terminó y luego se paró de su silla.

—Eric, tengo un escondite secreto de galletas en el congelador de la cocina. Creo que te mereces una por ser un héroe hoy.

—Vale. Ahora mismo vuelvo.

Reapareció minutos después.

—¡Yerko está aquí! —exclamó.

El corazón de Alicia saltó al escuchar eso. Dios, ella esperaba que estuviera bien. Había salido de allí con una mano rota, algunos rasguños y moretones. Con suerte, las heridas de Yerko también eran menores.

Cesar salió corriendo al pasillo, y luego reapareció con un Yerko muy polvoriento a cuestas. Lo guió a la mesa pero él lo ignoró y se acercó a Alicia, abrazándola con fuerza y necesidad.

Su corazón traidor se derritió cuando la empujó contra su pecho.

—Me alegro mucho de verte, Yerko. ¿Estás herido? —se agarró fuerte de él, tan agradecida de que saliera con vida.

Abrió la boca para hablar, pero sólo salió un graznido. Vincent lo siguió.

—Perdió la voz por toser una tonelada de tierra —agregó.

—Necesito escuchar tus pulmones, Yer —Cesar sacó el estetoscopio de su cuello y agarró a Yerko del brazo, pero este se sacudió.

Miró a los ojos de Alicia e intentó hablar de nuevo, pero no salió nada. Frunció el ceño y señaló su pecho.

—¿Te duele el pecho?

Ella no estaba segura de lo que él estaba tratando de decirle.

Sacudió la cabeza. Luego se volvió hacia su abuela y sus hermanas, que se habían amontonado en la pequeña habitación detrás de él y les hizo un gesto para que lo ayudaran.

—¡Oh, está jugando a las charadas! Creo que se refería a sí mismo, Alicia —gritó Casey.

Yerko se dio una palmadita en la nariz y luego se volvió hacia Alicia otra vez.

—¿Así que estamos jugando un juego? —preguntó ella.

Asintió y señaló su camisa.

—¿Bolsillo?

Puso ambas manos sobre su cabeza en la frustración, y luego sus ojos se iluminaron con una idea. Juntó los nudillos con los pulgares tocando abajo, y luego puso la forma sobre su bolsillo.

—¿RCP?

—¡No! —Meg intervino—. ¡Está haciendo un corazón!

Yerko asintió y la miró fijamente a los ojos. Repitió la secuencia una y otra vez señalando su pecho.

—Yo —dijeron sus hermanas al unísono.

Luego hizo el gesto de los nudillos otra vez.

—Corazón.

Luego Yerko la señaló y las hermanas adivinaron.

—Tú. Quiere decir que ¡Te ama, Alicia!

Tosió violentamente mientras asentía con la cabeza.

—¿Me amas? —su propio corazón casi se sale del pecho. Nunca le había dicho eso a nadie antes. El hecho de que la eligiera para ser la primera casi le hizo soltar un rotundo “¡Yo también te amo!” antes de que se detuviera. ¿Podría arriesgar su corazón otra vez?

La tos de Yerko se volvió tan fuerte que lo dobló.

Tara extendió la mano para ayudarlo, pero Cesar lo agarró del brazo y lo llevó hacia la mesa de examen.

—¡Todo el mundo fuera! ¡Ahora! —ordenó.

—¿Puedo quedarme, Cesar? —preguntó Alicia.

Joyce reapareció y la tomó del brazo.

—No. Ya escuchaste al doctor. Todos a la sala de espera.

Había dicho que la amaba. ¿Fue sólo la adrenalina de casi morir? ¿Podía creerle?

Todos salieron a la sala de espera, Tara no podía dejar de morderse la uña del pulgar de su mano buena mientras contemplaba lo que significaba realmente para Yerko admitirle su amor. Asumiendo que ella pudiera superar sus miedos y correr el riesgo, ¿la amaba lo suficiente como para renunciar a tener sus propios hijos? Había dejado claro que quería una familia. ¿Y ella quería volver a la ruta de las relaciones serias cuando juró que no lo haría? Sólo lo conocía desde hacía unas semanas.

—¡Alicia! —Rebeca la llamó en voz alta—. Prácticamente puedo ver esos pensamientos negativos girando en tu cabeza. O lo amas o no lo amas. Fin de la historia. ¡Deja de pensar demasiado en esto y arriégate!

¿Arriesgarse? ¿Era realmente tan simple?

Después de una hora de espera y reflexión, Cesar reapareció.

—¿Alicia? Yerko no descansará hasta que te vea. Pero no se le permite hablar.

Se levantó y siguió a Cesar por el largo pasillo hacia la parte de atrás de la clínica.

—¿Se va a poner bien?

—Sus pulmones deberían volver a la normalidad en una semana más o menos, pero tiene una pequeña fractura en la tibia y un severo esguince en el tobillo. Debería poder irse a casa pronto, pero necesitará ayuda una vez que llegue allí. Por ahora, necesita descansar.

—Esto es mi culpa. Yo me haré cargo de las tareas de cuidado en casa.

Cesar se rio.

—Yerko es un paciente horrible. Sólo te lo advierto.

—Puedo manejarlo.

Miró su mano fundida.

—Lo sé, tienes un buen gancho de derecha.

Se rio suavemente cuando entró en la habitación. No sabía que había camas de hospital en la clínica, pero Yerko estaba en una, con tubos de oxígeno en la cara.

—Hola —se sentó a su lado en la cama—. Ahora no se puede negar. Eres oficialmente mi héroe. Gracias por salvarme —le dio un beso en la frente.

Cuando él le sonrió, su estómago se retorció como siempre lo hacía. Se había convertido en una especie de hábito.

Yerko tomó un bloc de papel y un bolígrafo de la mesa junto a su cama, garabateó algo, y luego extendió la nota.

«Siento lo de tu mano, pero gracias por salvar mi vida.»

Echó un vistazo a su dolorosa mano enyesada.

—Cuando te apuntó con el arma, dejé de pensar y sólo reaccioné. Pero siento mucho que te hayas

herido por mi culpa. Espero que me dejes compensártelo de alguna manera.

¿Cómo es que siempre estaba en deuda con él? ¿Y por qué era el único tipo de deuda que siempre le agradaba?

Sacudiendo la cabeza en desacuerdo, volvió a garabatear en el bloc. Después de lo que pareció una eternidad, le entregó el papel a ella.

«Te amo, Alicia. Si te hubieras ido, no habría dejado de buscar hasta encontrarte.»

Levantó la cabeza y le parpadeó. Hasta ese momento no se había dado cuenta de que en el fondo de su corazón esperaba que él también fuera por ella. Se rompió en su defensa de línea dura.

Levantó la página y leyó más.

«Recuerdo la primera vez que me sonreíste, fue el mismo día que me rompiste la nariz, ese día le hiciste algo a mi corazón que no podía entender. Eso nunca me había sucedido antes, y tengo miedo de que no vuelva a suceder. Te preocupa que no puedas tener hijos conmigo, y sé que eso es todo lo que te detiene, pero hay alternativas para que esto funcione, mira a Eric. Si pudiéramos tener un niño como él, seríamos los padres más afortunados del mundo.»

Alicia asintió mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas. Tendrían suerte de tener un niño tan dulce como Eric. Puso el papel en la cama y deslizó los dedos de su mano buena en la de él mientras continuaba leyendo sus palabras que le tocaron el alma más profundamente que nunca antes. La pared que protegía su corazón comenzó a desintegrarse.

«Meg me dijo una vez que las mujeres quieren oír las palabras de los hombres para expresar sus sentimientos, no algo de un libro, pero no conozco palabras que puedan decir adecuadamente cómo me siento. Así que me gustaría tomar prestadas algunas de un autor que sé que respetas, Keats: “Mi credo es el amor y tú eres su único principio”.»

Eso era todo. Rebeca tenía razón. O le quería o no le quería, así que resolvería el resto más tarde.

Poco a poco dobló el papel, sonrió, y luego lo metió en su bolsillo para guardarlo para siempre. ¿Citando a Keats? Y de memoria, nada más ni nada menos. Nunca lo habría visto venir ni en un millón de años, tenía mucho más que aprender sobre Yerko. Y estaba segura que disfrutaría haciéndolo.

Secándose las mejillas, forzó una expresión seria.

—Crees que escribiendo todo esto y citando mis líneas favoritas me convertiré en un gran charco de mugre a tus pies, ¿no?

Yerko hizo una mueca de dolor, pero luego asintió lentamente.

Era tan lindo.

—¿Te das cuenta de que voy a necesitar escuchar todo esto de nuevo, una vez que recuperes la voz? Vas a tener que decirlo todo en voz alta para que sepa que hablas en serio.

Frunciendo el ceño, agarró el bloc y escribió.

«¿Incluso los Keats?»

—Especialmente Keats, amigo. ¿Todavía estás dispuesto?

Puso los ojos en blanco, pero luego asintió.

Ella le besó en la mejilla. Debía irse; Cesar dijo que Yerko necesitaba el descansar.

—Bien, entonces...

Le agarró la mano y susurró tan suave que ella tuvo que esforzarse por escuchar.

—Te amo, pero ¿qué sientes por mí?

Su corazón se derritió ante la incertidumbre de su mirada.

—¿Así que los hombres también necesitan escuchar las palabras de una mujer?

Asintió.

—Yo también te amo, Yerko.

El alivio cruzó su rostro y luego levantó una sola ceja, haciendo la pregunta silenciosa de la que finalmente sabía la respuesta. Cualquier chico que citara a Keats, que pudiera besar como ningún otro, y que quisiera chicos como Eric era el mejor trato que podría conseguir. Sería una tonta si no aceptara el regalo que él le ofrecía y le negara a su corazón el regalo que tanto quería darle a cambio.

Se inclinó junto a su oído y le susurró.

—He oído que necesitas a alguien que haga galletas para tu mermelada por las mañanas mientras te curas. Y resulta que ahora soy muy buena en eso.

Sus labios se inclinaron en una sonrisa traviesa y escribió otra nota.

«¿Es una frase para ligar, Alicia?»

—No necesito una —le dio un suave y tierno beso en la boca—. Ya eres mi novio. Pregúntale a cualquiera en Anderson Butte.